

# VIRIATO



JOÃO AGUIAR

se

Hispania, entre 150 y 75 a. C., es la auténtica protagonista de esta excelente novela que marca la lucha de resistencia contra el poder romano encabezada por Viriato.

Auténtico genio militar, político y diplomático, Viriato, elegido por los lusitanos para asumir el mando supremo de millares de guerreros, derrotó a los sucesivos ejércitos enviados por Roma con el propósito de apoderarse de la península Ibérica, hasta que finalmente, murió asesinado.

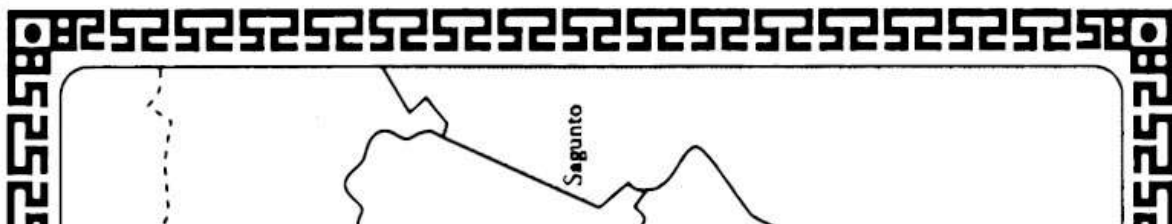
Viriato ha pasado a la historia sobre todo como el defensor de un mundo que corría el riesgo de morir asfixiado por el poderío romano; el mundo en que se hunden las raíces más profundas de Portugal y España. Y es ese mundo, entonces en declive, el que con asombrosa fuerza y dramatismo evoca esta novela.

Viriato. *Iberia contra Roma es una obra de ficción y no un ensayo histórico riguroso. Sin embargo, estoy sinceramente convencido de que, si el héroe Viriato existió —de hecho, hay historiadores que basta esto cuestionan—, el personaje que los lectores van a encontrar en este libro está más próximo a su modelo histórico que la tradicional imagen del rudo pastor de los Herminios bravamente atrincherado en su Cava, en Viseu. Esto, claro, para los lectores portugueses; los españoles tendrán de él otra imagen, igualmente fantástica, pero algo diferente, ya que Viriato entró definitivamente en la mitología de los dos países y pertenece a ambos. Lo que yo he intentado es aproximarme a lo que podía haber sido un «Viriato real».*

*Aun así, bubo que rellenar muchas brechas existentes en nuestro conocimiento histórico y, para eso, tuve que recurrir a la imaginación, aplicando la célebre frase de un gran escritor portugués, Eça de Queirós: «Sobre la fuerte desnudez de la verdad, el diáfano manto de la fantasía».*

*Los lectores interesados encontrarán en las páginas finales de este libro algunas notas que les ayudarán a distinguir entre la desnudez de la Historia y el velo de la Fantasía.*

João Aguiar, marzo 2005



## PRÓLOGO

(Año 84 a. C.)

Arcóbriga y Meríbriga son ciudades muertas desde que sus habitantes se vieron obligados a establecerse en el valle. Abandonadas en lo alto de sus lomas, siguen dominando la amplia planicie ondulada, pero aquí, en el santuario, continúa dominándolas el dios, porque este monte es su morada terrenal y sobrepasa en altura a todos los cerros vecinos.

Arcóbriga y Meríbriga nacieron bajo protección divina. En todo lo que abarca la memoria de los hombres, jamás las murallas de las dos ciudades cedieron a un ataque, e incluso cuando llegó la hora de la derrota, no hubo sufrimiento o ignominia. Por eso los antiguos habitantes, ahora instalados a lo largo del río, siguen trayendo ofrendas a la divinidad, pues saben que le deben la vida, el pan y la seguridad que les permite labrar la tierra, cazar, apacentar el ganado y, al atardecer, encender con tranquilidad sus hogueras para preparar el yantar. Es el humo de estas hogueras el que veo dispersarse por la llanura, al azar del viento fresco y fuerte.

También la hoguera que me protege contra el frío se doblega bajo el ímpetu del viento, pero cuando miro hacia delante puedo distinguir, en el interior del templo, cuya puerta está abierta, la llama sagrada que arde erguida e impasible, sin un soplo que la perturbe. Pero, junto a mí, al aire libre, las flores que cubrían el ara de los sacrificios aparecen ahora dispersas por el suelo.

Esta es mi hora preferida. Están ya cumplidos los ritos y consagradas las ofrendas de los fieles, los acólitos se han recogido a sus alojamientos, situados en la ladera, para preparar la cena, y aún no han llegado los peregrinos que desean consultar al oráculo.

Estoy solo, al fin, envuelto en el gran silencio de la tierra. Y este silencio, tan profundo que en él se pierden el canto de los pájaros y el silbido del viento, libera mi alma. Cuando me hundo en él, el dios, a veces, me habla.

No ha sido siempre así. Los dioses hablan a los hombres con voces diferentes, de acuerdo con lo que son capaces de entender. Los jóvenes oyen esas voces en el estrépito de las batallas o en el acto del amor, los viejos aprenden a escuchar de otra manera. Antaño, también yo oí la voz de los dioses en el amor, en la guerra, en los sueños y en la tempestad — incluso en las palabras de otros mortales—. Ahora, cuando han pasado ya ochenta inviernos en mi vida —si es que no he dejado pasar algunos sin saberlo— me queda el silencio.

No siento amargura, solo fatiga. Con todo, la fatiga se va disolviendo como yo mismo me disuelvo lentamente en el aire puro y luminoso del santuario (cuando, en la pasada primavera, me torcí un tobillo y tuve que ser llevado hasta el templo por los acólitos, quedaron estos sorprendidos al sentir mi cuerpo tan leve y frágil).

He vivido bastante más que la mayoría de los hombres. Durante mucho tiempo no comprendía cuál era la razón de que los dioses conservaran una vida que, creía yo, había cumplido su destino en plena juventud. Ahora ya sé la razón, como sé muchas otras cosas: he oído en el silencio de la noche la voz de la divinidad.

Por eso estoy sentado aquí, grabando estas palabras en tablillas de cera que voy amontonando ante mí. Además, en aquel cofre herrado guardo mi tesoro más precioso, algunos rollos de papiro (el mejor papiro de Egipto), en los que copiaré en forma definitiva los textos cuya primera versión escribo en cera. No temo que la muerte me sorprenda en medio del trabajo, pues obedezco al dios y él me preservará hasta que su voluntad se cumpla. Estoy en sus manos, y solo eso me importa.

1

# El Oráculo

# I

Yo nací bajo el yugo de Roma. El antiguo reino de Cinéticum, famoso por sus bosques, por la suavidad de su clima y por sus grandes riquezas, ha atraído siempre la presencia de los dioses y la codicia de los humanos. En el año en que vine al mundo, ya las águilas romanas dominaban la mitad de nuestra costa, desde la hoz del Anas hasta occidente, y eran suyas las grandes ciudades de Ossonoba, en el litoral, y Conistorgis, en el interior. Balsa, mi tierra natal, no es tan populosa, pero en tiempos de los fenicios fue un fondeadero importante, y aún hoy figura entre los puertos principales de Cinéticum.

Nací junto al mar, y el mar es uno de los primeros recuerdos de mi infancia. Otro recuerdo, por extraño que parezca, es el amuleto que mi madre me colgó al cuello para alejar las fiebres y los dolores cuando empezaron a asomar los primeros dientes. Ese amuleto —un diente de jabalí, perforado, colgado de un hilillo de oro fino y flexible— no me ha abandonado nunca y, gracias posiblemente a él, en mi vida, que yo recuerde, no he sufrido jamás un dolor de muelas.

Por línea materna desciendo de los conios, cuyos reyes hicieron de Cinéticum un país próspero. Esa prosperidad atrajo a comerciantes y a invasores. Unos y otros se sucedieron a lo largo de los tiempos, llegados desde el mar o de la vecina Bética, se establecieron en nuestro territorio y acabaron por estrechar vínculos profundos con la población conia. Su llegada provocó muchos cambios y mudanzas, entre ellos la desaparición de

la dinastía real que nos había unificado. Pero Cinéticum supo absorber y asimilar a sus dominadores, al menos hasta que aparecieron los romanos. En mi familia, como en todas las familias de nuestras ciudades, hay casi tanta sangre fenicia o turdetana como antigua sangre conia.

Las guerras y las invasiones habían alterado también lo que parecía destino inmutable de los hombres de mi clan. Durante muchas generaciones—desde la época de los reyes— mi familia estuvo entre las notables de Ossonoba. Cuando los guerreros envejecían y dejaban las armas, tomaban asiento en el Consejo de los Ancianos y se ocupaban de las tierras que poseían al Este del Promontorio Sagrado. La llegada de los extranjeros acabó por romper esa tradición al debilitarse los vínculos del clan y separarse las familias cuando se dispersaron por todo Cinéticum o se fueron al Norte, al otro lado de las sierras. Cada agregado pasó a contar solo con sus propios miembros o con las amistades o alianzas hechas en la tierra donde se habían instalado.

Mi bisabuelo fue el último en seguir la carrera de las armas: se alistó en el ejército cartaginés, sirvió bajo el mando de Aníbal Barca y murió en Italia, en una escaramuza con las legiones romanas. Sus restos mortales no fueron recuperados nunca, y sus hijos no pudieron cumplir con el ritual fúnebre.

Se dice que los muertos no perdonan a quien los deja sin sepultura, y el caso es que, muy pronto, la suerte de la familia empezó a cambiar y los cuatro hijos perdieron casi todo el patrimonio que habían heredado. El tercer hijo, pese a todo, no aceptó pasivamente la mala fortuna: sin consultar a nadie, cumplió él mismo con los ritos ante un sepulcro vacío que había comprado, para que así supiese el difunto que le eran rendidos los honores debidos, y, tomando bajo su protección al hermano menor (que sería mi abuelo materno), se estableció en Balsa como mercader. Murió pronto, soltero, pero mi abuelo, hombre inteligente y enérgico, había aprendido el oficio y supo rehacer la riqueza perdida. Se casó con una joven perteneciente a la pequeña nobleza local y tuvo dos hijos con ella: Camalo, a quien él inició en los negocios, y Camala, mi madre.

De mi padre solo conservo la imagen fugitiva de un muchacho que me sentaba en sus rodillas y que era tan hermoso, de una belleza tan

resplandeciente, que yo no sabía (y aún hoy no tengo esa seguridad) si era realmente mi padre o si era una de aquellas divinidades luminosas que se aparecen a los niños. He pensado en eso muchas veces, pero creo que, si fuese una aparición, no sería su mirada tan triste y tan ausente. El recuerdo se me fue haciendo más vago con el paso de los años, pero no voy a olvidarlo nunca. No olvidaré al menos aquellos ojos tan claros, de un tono verde-mar, que me miraban casi sin poner atención en mí.

Cuando comprendí que ya no tenía padre, intenté saber qué le había ocurrido y quién fue. De mi madre no conseguí información alguna. Casi no hablaba más de él que para rezar a su espíritu (acusándolo sin embargo de haberla abandonado) y llorar su muerte —cosa que ocurría sobre todo cuando alguien la contrariaba. Fue Camalo, mi tío, quien me contó un día, con una amargura que no podía disfrazar, la historia de aquel casamiento del que soy único fruto. Ya entonces sabía yo, por intuición infantil, que la elección de mi madre no le había gustado nunca.

Camalo era un hombre austero y reservado. Tras la muerte de mi abuelo había asumido la responsabilidad de proteger a su hermana, quince años más joven. Se había quedado viudo muy pronto, sin hijos, y decidió no volver a casarse hasta que la joven Camala encontrara un marido capaz de defenderla en caso de peligro, pues se vivía entonces una época agitada y constantemente llegaban a Cinéticum noticias de combates entre los gobernadores de la Hispania Ulterior (como decían los ocupantes) y los pueblos de las regiones no subyugadas. En la Bética y en Beturia eran frecuentes las incursiones de los lusitanos, y los mercaderes llegados de Gadir contaban historias inquietantes de sangrientas revueltas contra Roma. Ante esta situación, Camalo quería casar a su hermana con algún sólido e influyente comerciante que fuera capaz de mantenerla al abrigo del infortunio. Pero los hombres son muñecos en manos de los dioses.

Me fue contada la historia cuando yo tenía doce años. Hacía ya algún tiempo que mi madre, cada vez que yo hacía una travesura propia de mi edad, me decía en tono grave y solemne:

—¡Tongio, no puedes comportarte como si fueses un chiquillo cualquiera!

—¿Por qué? —preguntaba yo, solo por ganar tiempo.

Y la respuesta, ya conocida, no se hacía esperar:

—Recuerda quién eres. Recuerda que eres de sangre real.

Decía esto, y se negaba a darme más explicaciones. No me fue difícil entender que sus palabras tenían el poder de exasperar a mi tío. Y me di cuenta también de que él y mi madre estaban empeñados en una lucha sorda cuyo botín era yo.

Un día, Camalo no pudo contenerse más, y cuando la odiada frase fue pronunciada de nuevo, se levantó y me hizo una señal para que lo siguiera, al tiempo que, con una mirada cuya dureza me sorprendió, acallaba las protestas de mi madre. Durante unos instantes insoportables se enfrentaron los dos casi con rabia; después, ella cedió, y mi tío se fue hacia el jardín con el cuerpo aún envarado por el esfuerzo que había hecho para contenerse. Yo fui tras él.

Era un día de primavera, un día dorado de sol, y en el aire había olor a flores, a miel, a pan recién salido del horno. Camalo se detuvo en un rincón del jardín y yo me quedé esperando a que eligiera una sombra y me mandara sentarme. Su aire grave, más grave aún que de costumbre, me causaba una sensación incómoda.

—De esto teníamos que hablar tarde o temprano —dijo casi bruscamente— y creo que ha llegado ya el momento.

Empezó entonces un relato que yo iba oyendo con avidez, bebiendo sus palabras. Eligió un lenguaje propio para mi edad, y omitió ciertos pormenores, pero fue suficiente para que más tarde pudiera yo llenar las lagunas del relato con mi conocimiento de adulto.

\* \* \*

Cuando mi madre cumplió quince años, tomó la inesperada decisión de acompañar a Camalo en uno de sus viajes de negocios. El hermano la había dejado siempre bajo el cuidado de siervos de confianza, pero, aquel año, ella se empeñó en ir con él a Baesuris y desde allí, siguiendo el curso del río Anas hacia el Norte, hasta la ciudad de Myrtilis.

Mi tío intentó negarse, pero, conociendo el temperamento de mi madre, sé que eso no era fácil. Para imponer su voluntad podía rebelarse abiertamente, recurrir a una sonrisa humilde o romper en una crisis de llanto. En cualquier caso, no cedía, jamás daba cuartel y empleaba todas las armas a su alcance. Así, durante la discusión, argumentó que no había ningún peligro en el viaje, puesto que, como Camalo sabía muy bien, reinaba cierta paz en la Bética y en las tierras entre el Anas y el Tagus, habitadas por celtas y lusitanos. Aunque hubiera bandas de salteadores, añadió, los hombres armados que protegían las mercancías defenderían también a quienes las acompañaban.

Las razones más poderosas las reservó para el final: una negativa de Camalo podría incluso ofender a la Gran Diosa. En realidad, era la devoción, y no el espíritu de aventura, lo que movía a mi madre a seguir la caravana. Habían llegado a Balsa noticias de prodigios ocurridos en algunos lugares al Norte de Myrtilis. Se decía que la divinidad se había manifestado ocultando la luna, astro que era su imagen visible en el cielo. Hechos los sacrificios, y leídos los presagios, los sacerdotes habían anunciado que la diosa exigía la construcción de un santuario. El lugar exacto había sido indicado, iban ya mediados los trabajos y de todas partes acudían peregrinos. Era aquel santuario lo que mi madre se había empeñado en visitar.

El argumento doblegó a mi tío, pese a que él sacrificaba con más fe a los dioses de los bosques y de las aguas y a los que ayudan a los comerciantes o inclinan sus atenciones hacia las dolencias que afligen a los hombres. Realmente, nadie lleva su insensatez hasta el punto de enfrentarse al temible poder de esa diosa enigmática que reinaba ya desde generaciones incontables cuando los otros dioses se manifestaron por primera vez. Por eso cedió Camalo a la insistencia de su hermana y, como medida de precaución, reforzó la escolta con algunos esclavos armados.

El viaje hasta Baesuris transcurrió sin incidentes. Pasaron tres días en esa ciudad, mi tío hizo en ella algunos negocios rentables, con lo que mejoró su humor, y la caravana enderezó su rumbo hacia el Norte siguiendo el río Anas, que allí marca la frontera con la Bética.

Para mayor comodidad acampaban siempre junto al río. Y fue a un día de marcha de Myrtilis cuando, al ponerse el sol, se detuvieron en un sitio elegido para pernoctar, y uno de los hombres, que había salido en busca de leña seca para la fogata, dio con un hombre inerte entre unos matorrales.

Lo llevaron junto al fuego, y mi tío, tras examinarlo con cuidado, quedó convencido de que nada se podía hacer porque aquel hombre tenía una gran herida en la espalda, infectada ya. Tomó su puñal, dispuesto a evitar mayores sufrimientos al moribundo, pero se interpuso una sombra entre él y el cuerpo del forastero. Era Camala, con las manos alzadas en una súplica.

—No podemos hacer nada por él —explicó Camalo—. Lo único que podemos hacer es evitarle sufrimientos cuando despierte, si llega a hacerlo.

—Déjame cuidarlo —respondió la hermana—, déjame intentarlo. Si no da resultado, entonces...

Sorprendido ante aquel interés, Camalo miró al herido con más atención y se dio cuenta de que era muy joven, casi un adolescente. Se encogió de hombros y accedió, pensando que el muchacho no iba a sobrevivir ni hasta la madrugada siguiente y que, en consecuencia, no valía la pena contrariar a la hermana. Se equivocó.

Camala lo veló toda la noche, preparando unguentos e infusiones. Conocía las virtudes de muchas hierbas y las fórmulas mágicas que refuerzan sus poderes. Sin atender a las repetidas intimaciones para que reposara y durmiera, no abandonó al herido ni un solo instante y, cuando nació el sol, la vieron, con ojos enrojecidos y marchitos por la vigilia, pero exhibiendo una sonrisa triunfal, vertiendo sobre la hoguera una libación al dios de la luz. El joven no había recuperado por completo el sentido, pero había abierto los ojos durante un instante, tomó un caldo de carne y se quedó dormido, aparentemente tranquilo. Camala había vencido a las tinieblas.

Fue entonces (demasiado tarde, como luego confesó) cuando sospeché mi tío lo que estaba aconteciendo. ¿Quién puede entender los sentimientos de las mujeres? Medio muerto, flaco como un esqueleto, cubierto de suciedad, el extranjero había conquistado el amor de mi madre. Aquel día, la caravana no continuó su marcha y, tras una discusión casi violenta, fueron enviados siervos a Myrtilis para vender parte de la mercancía a

comerciantes de confianza y comprar más provisiones. Entretanto, Camala se mantenía junto al herido. Mi tío perdió la paciencia y dijo que se negaba a seguir más tiempo allí. La caravana volvió a Balsa.

Durante largos días mi madre luchó para arrancar al desconocido del poder de los espíritus de la muerte. Aplicó bálsamos y compresas sobre la herida, llamó en su auxilio a todos los dioses y diosas que protegen la salud de los mortales y, para no dejar de lado ninguna oportunidad, consultó a los vecinos que ella sabía que habían sobrevivido a heridas semejantes.

El enfermo volvió al fin al mundo de los vivos. El reposo, el tratamiento y la buena alimentación, cambiaron por completo su aspecto: era, realmente, un muchacho atractivo, bien proporcionado, con una larga cabellera como el cobre pulido, y ojos verdes. En cuanto a mi madre, debía de ser muy bonita (al crecer pude yo aún hallar vestigios de su belleza); la sangre fenicia había dejado su marca en los rasgos finos y puros del rostro, en el pelo, de un negro profundo, y en los ojos, también negros, enormes y con una armoniosa forma almendrada.

Era imposible que no se sintieran atraídos el uno por el otro. Incluso antes de saber quién era, Camala decidió que no habría otro hombre en su vida ni en su lecho. Ese amor se transformó en una pasión absoluta y enfermiza cuando el muchacho, al recuperar la consciencia, pudo hablar de sí mismo.

Dijo que se llamaba Tongétamo y que era hijo del rey de los brácaros, un pueblo de la Galecia, nombre que se da a la parte de Lusitania situada al Norte del río Durius. Brácara, la capital del reino, es una ciudad importante comparada con la mayoría de los poblados de aquella región, aunque no pase de ser una gran aldea fortificada si la comparamos con nuestras ciudades.

Aún hoy, las tribus del Norte y del centro de Iberia viven en estado de efervescencia latente; en aquella época, la guerra abierta era una situación normal, y los períodos de paz eran una excepción. Los pequeños reyes y príncipes, incluso simples jefecillos de tribu, hacían de la guerra su oficio, por necesidad o por gusto, y cuando el invierno impedía las expediciones o cuando los enemigos (es decir todos los vecinos que no tuvieran antepasados comunes) se mostraban demasiado fuertes, se recurría a la

guerra civil. Eran raras las familias reinantes de Lusitania sin una interminable historia de duelos, asesinatos y ajustes de cuentas.

Tongétamo, tercer hijo de Tongétamo, rey de los brácaros, había sido uno de los pocos supervivientes de la revuelta que había destronado a su padre y aniquilado a toda su familia, incluyendo mujeres y niños, hasta los recién nacidos. El último día de lucha, el joven, al frente de un puñado de hombres fieles, había roto el cerco y pudo abandonar la ciudadela en llamas. La pequeña banda erró durante un tiempo por los alrededores de Brácara, ocultándose en las colinas, pero el invierno era durísimo y los caminos transitables estaban vigilados por el enemigo. Los compañeros de Tongétamo empezaron a sucumbir ante el hambre y el frío. Los que lograron resistir se encaminaron hacia el Sur, atravesaron el Durius, y buscaron, en vano, un espacio que les proporcionara refugio y reposo. Enflaquecidos, acosados por los partidarios del usurpador, eran solo quince fantasmas hambrientos cuando llegaron a las márgenes del Tagus, y antes de atravesar el río, cinco de ellos murieron con las fiebres.

Cuando Tongétamo llegó a la región de Eborá, el grupo había quedado reducido a tres. Uno de ellos tuvo un sueño que se interpretó como un presagio, y decidieron seguir su marcha hacia el Sur —hasta que fueron atacados por los bandidos. Durante la lucha, Tongétamo fue herido en la espalda y no recordaba nada más; sus compañeros estaban tal vez cautivos; él había quedado abandonado en pleno campo, dado por muerto.

Esta fue la historia que contó el extranjero. Mi tío, que en la práctica de su oficio había aprendido a desconfiar de la naturaleza humana, lo oyó con cierta incredulidad, porque todo aquello le parecía un cuento pensado a la medida exacta para encantar doncellas: revueltas, matanzas, la ciudadela de Brácara ardiendo, un joven príncipe escapando de la muerte en el último instante... todo le sonaba a fantasía, y Camalo prefería las cosas simples, las situaciones normales y sin sorpresas. La historia de Tongétamo le causaba cierto malestar.

Sobre mi madre, como es lógico, la historia tuvo efectos contrarios, y pronto se transparentó que no iba a ser posible separar a Tongétamo de Camala a no ser por la violencia. Porque (hoy estoy seguro, pese a la opinión distinta de mi tío) también mi padre se había enamorado

profundamente de mi madre; no se trataba, como pensó siempre Camalo, de una atracción pasajera.

Al fin, mi tío tuvo que inclinarse ante la evidencia: la única forma de evitar el deshonor de la familia y la necesidad de venganza, era permitir el casamiento, y eso fue lo que se hizo. Yo nací exactamente doscientos setenta días después de la ceremonia nupcial.

\* \* \*

Cuando mi padre fue hallado herido e inconsciente, Camalo había advertido a su hermana de que emprender de inmediato el regreso a Balsa, abandonando la idea de ir al nuevo santuario de la Luna, equivalía a una grave afrenta a la diosa. Al menos, sugirió, debían intentar comprobar antes en Myrtilis que las noticias llegadas a Cinéticum eran ciertas. Perdida en su obsesión por el regreso, mi madre se negó, diciendo que, como mujer, sabía mejor que él lo que podía ser grato a la diosa. Y se mostró triunfante cuando, ya en Balsa, unos amigos de Camalo aseguraron que la información era exacta: que había realmente un santuario de la Luna, pero muy antiguo ya, y que quedaba muy lejos, más allá del río Tagus. De una historia vieja se había hecho una leyenda nueva —desde luego, algunos viajeros habían hablado del santuario en Eborá o en Myrtilis, y tal vez el deseo de atraer peregrinos y mercaderes hubiera llevado a las gentes del lugar a modificar la historia... Al oír aquello, Camala declaró que había sido voluntad de la diosa el que ella hubiera ido en busca de un lugar sagrado inexistente para que se encontrara con Tongétamo en el camino.

Así intentan los mortales conocer los designios de los dioses y hacerlos propicios a sus intereses, aunque sin resultado. Al regresar a Balsa, desistiendo de sus piadosas intenciones, mi madre había atraído sobre sí las iras del cielo. Su matrimonio fue un desastre.

No dudo, como he dicho ya, de que mi padre amase realmente a su mujer, pero la vida en Cinéticum era demasiado diferente de aquella a la que estaba habituado, y, además, no podía olvidar la matanza de su familia, la huida ignominiosa. Su deseo era regresar a Galecia, formar un ejército,

atacar Brácará, lavar con sangre la afrenta y los crímenes, tomar el poder. Pero (y en esto tenía razón mi tío) le faltaba la fuerza interior que hace de un hombre un verdadero jefe. Su deseo de venganza era intenso, pero no lo suficiente como para enfrentarse con éxito a dificultades casi insuperables —estaba solo, el enemigo había tenido tiempo para consolidar la posición conquistada.

Después, estaba la mujer, que iba en breve a darle su primer hijo. Una esposa conia, aunque la amase mucho, debía de ser una novedad inquietante para un brácaro. Entre los lusitanos de las regiones del Norte —y muy especialmente entre los galaicos—, es costumbre que las mujeres acompañen a sus hombres en la guerra y que combatan a su lado. Tongétamo se sentía desorientado ante una mujer que se pasaba el día entero en casa, que bajaba los ojos al hablar, y que hacía de la pasividad un arma para dominar al marido.

Cuando yo nací, ya debía de haber comprendido mi padre que, al casarse, había abdicado de su libertad, a no ser que abandonara a la mujer y al hijo. Esa angustia mortal la pudo leer Camalo en el rostro del cuñado el día de mi nacimiento.

El parto fue lento, pero sin grandes sobresaltos. Después de lavarme y fajarme, las mujeres me dejaron en el suelo para que recibiese allí las bendiciones de la Madre Tierra, y abrieron luego la puerta. Entró mi padre, seguido de mi tío y de algunos vecinos encargados de dar testimonio de que Tongétamo, al tomarme en sus brazos y pasarme a los de la esposa, me reconocía como hijo suyo verdadero y legítimo. El primer hijo —un varón, continuador de su nombre, y, tal vez, un vengador... pero mi padre me miró con ternura y también con tristeza, como quien mira para la última esperanza que se deshace en humo.

Al contrario de lo que esperaba Camala, su marido nunca se adaptó a la nueva existencia. Se negaba con obstinación a secundar a su cuñado en los negocios (para no aparecer como un ingrato o un parásito, se ofreció como jefe de la escolta de protección a las caravanas; mi madre se opuso porque eso lo apartaría de ella, y todo volvió a lo mismo). Paseaba, solo y sombrío, por las calles de Balsa. El mar, que es para los conios la imagen viva y móvil de un dios temible, pero también generoso, lo llenaba de inquietud y

de terror. Vivía esperando noticias de Lusitania, y pasaba largas tardes en las tabernas o en el mercado, a la espera de viajeros llegados de Galecia. Por respeto a su mujer, rendía homenaje a los dioses de Balsa, pero no descansó hasta conseguir labrar de memoria una tosca imagen de Tongoenabiago, el dios tutelar de Brácar. La colocó en el patio, Junto a la fuente (tal como el dios se encontraba en su ciudad natal) y ante ella hacía sacrificios y libaciones.

A medida que fue pasando el tiempo, mi padre se fue mostrando más distante y más triste. Cuando, por insistencia de mi madre, dejó de escoltar las caravanas de Camalo, guardó cuidadosamente las armas, una espada y una daga, como si en cualquier instante pudiera volver a necesitarlas. Un día, corrieron por Balsa noticias interesantes: tribus lusitanas habían invadido Carpetania y luchaban victoriosas contra el ejército romano. Mi padre escuchó estas noticias encantado. Ante la imposibilidad de vengarse de los enemigos de su familia, había dirigido su odio contra Roma y los romanos, que intentaban dominar toda Iberia, y había entrado varias veces en conflicto con mi tío, obligado, por su condición de mercader, a mantener buenas relaciones con todo el mundo y, sobre todo, a no hostilizar a las autoridades de Roma.

Cuando se hicieron más insistentes los rumores de guerra, Tongétamo, una noche, fue a buscar sus armas —solo para verlas, como quien contempla a la mujer amada. Pero le esperaba una sorpresa.

Mi madre juró siempre que no había sido ella, pero lo cierto es que el cuero de las vainas había sido empapado en agua y tanto la espada como la daga estaban irreconocibles, negras de herrumbre. Tongétamo pasó el resto de la noche reparando los estragos, afilando las hojas y pasándoles aceite. Desde entonces se mostraba aún más sombrío —y mi madre más posesiva, absorbente y quejumbrosa. Llegó el invierno, se cerraron las rutas marítimas y terrestres y nada más se oyó sobre la guerra hasta la llegada de la primavera, momento en el que se supo que ya no había lusitanos en la Carpetania.

Poco después cumplí yo los tres años de edad. El día del cumpleaños, mi padre estuvo conmigo más tiempo de lo que era habitual en él, y ofreció por mí un sacrificio a Tongoenabiago. Por la noche, parecía bien dispuesto,

incluso alegre. Fue a buscar la espada y colocó la empuñadura en mis manos, que, de tan pequeñas, no conseguían agarrarla. Sonriendo, dijo en voz lo suficientemente alta como para ser oído por su mujer y, por el cuñado:

—Toma, hijo mío. Yo ya no podré usarla; pero cuando crezcas, será tuya.

Mi madre se acercó, intrigada por su actitud. Él se rio, le pasó el brazo por la cintura y la llevó hacia el cuarto suavemente. A la mañana siguiente los esclavos lo encontraron muerto al pie de la estatua de Tongoenabiago. Se había matado con la daga; la sangre, al saltar de la herida, había salpicado la imagen del dios. Tenía veinte años.

## II

Camalo había finalizado su relato. Yo, con la cabeza baja, fingía estar muy atento al avance de una hilera de hormigas, pero notaba sus ojos clavados en mí.

Necesitaba tiempo para pensar y digerir todo lo que había oído. Hasta entonces, estimulado por el misterio que mi madre había tejido a su alrededor, yo había imaginado a mi padre como un héroe abatido por los dioses en plena gloria... supongo que esa es la aspiración de todos los chiquillos que se quedan huérfanos siendo aún muy niños.

La desilusión fue un choque violento, casi físico, y entretanto una voz interior me decía que era preciso defender la memoria de aquel hombre de quien yo era la única simiente entre los vivos. Y pensaba que cuando creciera, tendría que tomar sobre mí el peso de un deber difícil: vengar a mi familia, porque Yo, Tongio, era nieto del rey de los brácaros... Mi cabeza estallaba con ideas nuevas.

Sin levantar la cabeza sabía que mi tío estaba mirándome aún. Su voz sonó muy grave y pausada:

—¿No tienes nada que decir? ¿Nada que preguntar?

Se acercó a mí. Su mano, enorme y recia, bronceada por el sol, me tomó la barbilla y, con un ademán lento, pero con una fuerza que yo no podía resistir, me obligó a mirar hacia arriba.

—¿Qué? ¿Nada?

Cuando un hombre se enfrenta a la muerte, los dioses a veces le conceden el privilegio de ver el destino con indiferencia, como algo inevitable. Una cosa semejante me ocurrió a mí entonces. «Si he de defender la memoria de mi padre», pensé, «es mejor que empiece ya, contra todo y contra todos». Por eso sostuve la mirada de Camalo y respondí:

—Hasta ahora, señor, solo he oído contar aquello en lo que mi padre falló. No veo a nadie que lo defienda. ¿Qué voy a decir cuando su espíritu es solo invocado para oír las censuras de su viuda y las dudas del cuñado sobre el valor de su palabra?

Me callé, dispuesto a aguantar la tempestad, comparándome, con cierto placer (la juventud siempre tiene una imaginación excesiva) a los reyes y guerreros que ofrecen su vida por rescatar a su pueblo. Pero no hubo tempestad. Camalo siguió mirándome y, de repente, murmuró:

—Es justo que defiendas a tu padre y quieras honrar su memoria.

Posó la mano en mi hombro.

—Pero no debes condenarme. Es verdad que el casamiento de tus padres no me gustó, y que solo lo acepté porque me vi forzado a hacerlo. También es verdad que me sentí ofendido cuando tu padre se negó a ayudarme y no pudo disfrazar la baja opinión que de los mercaderes tenía. Nuestra familia en nada cede a la sangre brácará, en nada es inferior a ella, aunque sea sangre real. Yo me enorgullezco de la herencia que me fue confiada, porque somos nosotros, los mercaderes, los que hacemos vivir a los pueblos y, a los reinos. Sin nosotros, los hombres se verían privados de muchas cosas, utensilios que les ayudan en su trabajo, armas para defenderse, ropas y adornos que hacen más agradable la vida. Y los pueblos no sabrían lo que acontece más allá de sus límites: nosotros les llevamos mercancías, y también noticias... es verdad que ganamos dinero, pero podemos también perderlo todo, pues vamos y venimos a merced de la voluntad de los dioses, desafiando peligros, cruzando los mares, atravesando países enteros.

Camalo respiró hondo. El hombro empezaba a dolerme bajo el peso de su mano, pero no quería parecerle débil. Afortunadamente, se alejó de mí unos pasos, se sentó de nuevo y empezó a hablar.

—Espero que hayas comprendido. No voy a mentir, no te diré que llegué a querer a tu padre: no me gustaba. Lo respeté porque era el marido de mi hermana y también porque mostró gran valor en los pocos viajes que hizo conmigo y cuando sufrimos algunos ataques. Creo que, si viviera, no iba a ser un gran príncipe, pero sí un buen guerrero. Y también él aprendió a respetarme. Ninguno de los dos podía ir más lejos, pertenecíamos a mundos diferentes.

Iba el sol alto, y el calor apretaba ya. Me abrigué a la sombra de una higuera y, con el ánimo sosegado, me di cuenta de que tenía hambre, pero era la primera vez que mi tío hablaba conmigo de igual a igual, y eso me llenaba de orgullo. Pregunté:

—¿Por qué no creyó la palabra de mi padre? ¿Por qué no lo reconoció como príncipe?

Camalo se encogió de hombros.

—No sé si le creí o no. Siempre pensé que si realmente era un príncipe volvería a Brácara para reclamar su herencia o para morir. Creí que no cedería a las instancias de una mujer a quien apenas daba importancia, y que no iba a preferir matarse. Podía ser hijo de un rey, pero no tenía voluntad de príncipe. Y, además, y esto no lo digo para afrenta de tu padre, te lo juro, la verdad es que esos pueblos que viven al norte del Tagus, especialmente los de más allá del Durius, son poco más que unos salvajes. En cuanto a sus reyes y príncipes... bien, tú no conoces los poblados fortificados de Galecia ni la vida de esa gente. Para nosotros, conios, los pequeños jefes de Lusitania son como jefes de aldeas.

(Reproduzco aquí, con tanta fidelidad como mi memoria me permite, la opinión de mi tío. Más tarde pude comprobar que solo en parte era verdad. Por otra parte, una de las cosas que mi larga vida me ha enseñado es que cada pueblo tiende a considerar a los otros como bárbaros).

Un siervo se acercaba para anunciar que la comida estaba servida. Camalo se levantó e hizo una señal al hombre indicando que iríamos enseguida. Luego, se volvió hacia mí:

—Mañana, con el alba, iremos tú y yo a sacrificar una cabra y un cerdo a Tongoenabiago, para que el dios vele sobre el espíritu de Tongétamo.

Los dioses que me privaron de un padre me dieron en cambio a mi tío Camalo. Durante mi infancia, me había parecido distante e infundía en mí más bien respeto que amor filial, pero eso fue solo mientras pensó que los cuidados de mi madre serían preferibles a los suyos. Cuando cumplí los doce años, su actitud cambió: indiferente a la furiosa resistencia de su hermana, se encargó con firmeza de mi educación y fue un verdadero padre y un verdadero amigo. Por mí, no volvió a casarse, para que no me viera perjudicado en la herencia por un hijo que pudiera darle una segunda mujer.

Al hablar de la conversación en la que me fue revelada la identidad de mi padre y las circunstancias de su muerte, he omitido un pormenor importante de mi propia historia; la conversación no tuvo lugar en Balsa sino en Gadir. Un año después del suicidio de Tongétamo, Camalo decidió establecerse en la Bética, región que conocía muy bien y donde tenía amigos.

Diversas razones lo llevaron a tomar esta decisión. Mi madre se marchitaba a ojos vista y pasaba la mayor parte del día junto al sepulcro de mi padre, y Camalo temía que se dejara morir. Por otro lado, la expansión de los negocios había hecho que Balsa resultara ya un lugar inadecuado para tanta actividad: necesitaba una ciudad más importante, con buenos astilleros donde se pudieran construir barcos más grandes, y con un puerto que los pudieran abrigar. Pero su prudencia le decía que las otras ciudades conias del litoral no ofrecían la seguridad deseada: los romanos, que dominaban Ossonoba, no tardarían en poner sus ojos golosos sobre Lacóbriga y Portus Hanníbalis, y aunque no sucediera tal cosa, llegaban rumores insistentes de Eborá y de Myrtilis —donde eran conocidos los movimientos de las tribus célticas y lusitanas— que insistían en el riesgo de una incursión. En cualquier caso, Cinéticum podía convertirse de repente en un campo de batalla.

Bética y la costa turdetana parecían, al contrario, relativamente seguras, y los gobernadores romanos respetaban —o al menos eso hacían en los últimos tiempos— las garantías concedidas a la ciudad de Gadir. Esta era un enorme depósito de mercancías y una base ideal para operaciones comerciales. Mi tío preparó la mudanza con todo cuidado, se llenó de valor y anunció su decisión a su hermana.

La batalla fue terrible, no la habría ganado de no contar con el apoyo de los inmortales. Camalo ordenó dos generosos sacrificios, uno a la diosa Luna y otro a la diosa Atégina —mi madre tenía particular devoción por ambas— y fueron leídos los presagios en las venas de las víctimas, a la manera de los lusitanos (para agradar al espíritu de Tongétamo) y también en las vísceras, según el uso romano que se había popularizado en Balsa. En los dos casos, la respuesta fue clara: debíamos abandonar Cinéticum.

### III

Gadir es una ciudad magnífica, la más antigua y rica de toda Hispania, el sueño de los jóvenes que desean hacer fortuna y el refugio de aquellos a quienes un delito grave ha obligado a abandonar su tierra ancestral. A los que bajan de las serranías, Gadir debe de parecerles un prodigio, el lugar adecuado para residencia de los dioses.

La ciudad se alza en el extremo noroeste de una isla estrechísima y alargada, en la desembocadura del río Gilbus, no lejos de la hoz del Betis. La zona poblada, incluyendo los almacenes, astilleros y talleres, se extiende a las islas vecinas, entre las que Erytheia es la más importante. Erytheia está consagrada por los romanos a su diosa Juno. También se extiende la zona urbanizada hasta el continente, que está muy próximo, pues la isla principal, Kotinoussa, está separada de él por un canal de solo un estadio de anchura.

En Gadir el aire vibra, se respira una atmósfera de actividad permanente y de febril prosperidad. La reputación de opulencia es merecida: desde Gadir se exportan los metales preciosos del interior, que son trabajados en la ciudad; allí se pesca y sala el atún en grandes cantidades, y se prepara el mejor *garum*, esa espesa y deliciosa salsa de pescado que los navíos gaditanos llevan hasta Ostia, desde donde sigue hacia los mercados de Roma, y aún más lejos, hasta Atenas y otros puertos de la Hélada. También es famoso el ganado, sobre todo el que se cría en la isla frontera al templo de Saturno.

Con todo, el verdadero orgullo de Gadir es el gran santuario de Hércules, donde reposan los restos mortales del dios. Aquel fue también el lugar favorito de mi infancia. Siempre pedía que me dejaran ir allá. Muchas veces me era negada la autorización, porque, en contra de lo que ocurría con el templo de Saturno, el santuario está lejos de la ciudad, casi en el otro extremo de Kotinoussa.

Cuando lograba convencer a mi madre o a mi tío, era un día de fiesta para mí. Me preparaban un fardel, y Beduno, esclavo de confianza que me acompañaba y vigilaba, me ayudaba a subir a lomos de la mula más mansa que había en las cuadras. Nos poníamos en marcha, él a pie, llevando las riendas, y yo intentando apresurar el paso de la montura. Casi siempre llevaba una pequeña ofrenda —una paloma, un tarro de miel o incienso— para presentárselo al imponente guardián que recibía las dádivas de los peregrinos y vigilaba el acceso al recinto sagrado, donde está prohibida la entrada de mujeres.

Lo que más me gustaba era estar junto a la puerta del templo, en el que solo los sacerdotes pueden entrar. Estos infundían respeto con su porte solemne, su holgada vestimenta y la cabeza rapada. Al verlos, me preguntaba qué se sentiría al vivir tan cerca de un dios, en el lugar donde su cuerpo reposa; seguro que la presencia divina sería una compensación por el sacrificio que hacían al renunciar a tener descendencia, porque en Gadir, ciudad fundada por navegantes de Tiro, el dios Hércules es adorado bajo el nombre de Melkaart, según el ritual fenicio, y sus servidores están obligados por voto de castidad.

El santuario tenía aún otro atractivo para mí: el espectáculo de los visitantes llegados de los confines del mundo, con ropas y lenguas extrañas. Los romanos y los griegos me eran familiares, pero había también egipcios de piel cobriza, persas de larga cabellera y barba crespa, y muchos otros... Todos venían a rendir homenaje a la divinidad o simplemente a admirar el santuario, sobre todo aquellas puertas macizas donde se ven, en bajorrelieve, los trabajos impuestos a Hércules-Melkaart durante su vida mortal, y también dos enormes columnas de bronce que flanquean los batientes. Los gaditanos las llaman «columnas de Hércules» y dicen que fueron puestas allí por el dios —cosa que no es verdad, pues se pueden leer

las inscripciones fenicias grabadas en el bronce. Creí que serían un himno de alabanza, pero mi tío Camalo me sacó del error: los tirios, constructores del santuario, llevan el comercio en la sangre, y creen que el mejor homenaje que podían rendir al dios era grabar en las columnas la relación pormenorizada de los costes de construcción, y eso es lo que pone en el texto.

En cuanto a las verdaderas columnas de Hércules se encuentran, como todo el mundo sabe, al este de Gadir, una a cada lado del estrecho, marcando la entrada a lo que hoy es Mar Romano.

\* \* \*

Por voluntad expresa de mi tío, recibí una educación tan completa como su fortuna permitía, y él era rico. Por eso hablo y escribo el latín y el griego, aparte de conocer la vieja escritura conia y buena parte de las lenguas ibéricas. Siempre he tenido gran facilidad para el aprendizaje de idiomas, y, esto satisfacía a Camalo, que me preparaba para sustituirlo al frente de los negocios. Un mercader, decía él, tiene que saber un poco de todo, y tiene que saber hablar y escribir el mayor número de lenguas.

Yo tenía varios compañeros de juegos, todos de mi edad, pero mi gran amigo (y víctima) era Beduno. Este hombre, de estatura y musculatura impresionantes, era un céltico nacido en las tierras de entre el Tagus y el Anas (región que los romanos y los griegos llaman Mesopotamia, por estar limitada por los dos ríos). Nunca he visto a nadie con una apariencia semejante de fortaleza y solidez: parecía una torre de piedra y, era casi tan silencioso como la piedra. Beduno me tomó cariño desde muy pronto, hasta el punto de que yo era la única persona capaz de hacerlo sonreír, e incluso reír. Pero ni siquiera a mí me contó nada de su pasado. Lo único que admitió es que había sido un hombre libre.

Cuando cumplí los catorce años se planteó una última discusión doméstica por mi causa. Desde hacía meses venía yo recibiendo instrucción en el manejo de las armas; antes de eso, naturalmente, había jugado a guerras y, aprendí los rudimentos del combate cuerpo a cuerpo, pues

Camalo quería que yo fuese tan diestro en la lucha como en las cuentas y en la escritura, porque las armas son tan indispensables al mercader como las mercancías. Él mismo se encargó de entrenarme, secundado por Beduno — y si alguien cree que los grandes comerciantes son todos barrigudos y blandengues, tendría que conocer a mi tío. Es posible que Camalo no pudiera ya hacer vida de combatiente, pero se defendía muy bien, y era ágil con la espada. En cuanto a Beduno, hasta yo, en mi inexperiencia, adiviné cuál habría sido su ocupación antes de perder la libertad: sin duda fue un buen guerrero.

Los nubarrones domésticos se adensaron cuando mi madre supo que Beduno estaba instruyéndome en el uso de la azagaya, un arma típicamente lusitana, y la atmósfera familiar pareció helarse de repente el día en que entré en casa con el arma en la mano. Camala se volvió más sombría, su aire de sufrimiento casi permanente se vio sustituido por una brusquedad igualmente desagradable.

Por aquel entonces conocía ya lo bastante de su carácter para saber qué tenía que hacer: si me arrodillaba a sus pies y le preguntaba cuál era mi falta, todo acabaría en una escena de lágrimas, abrazos, acusaciones contra mi tío. Pero nada de esto hice, por la sencilla razón de que estaba al lado de él y porque estaba en juego mi independencia y mi entrada en el mundo de los adultos.

Una tarde, después del diario entrenamiento con la azagaya, la lanza y la espada, Beduno me acompañó a los baños para quitarme de la espalda el óleo de limpieza y me ayudó a ponerme una túnica limpia. Comentando los últimos lances del duelo a espada que acabábamos de sostener, entramos en la sala donde mi tío comprobaba los informes de las transacciones que le había traído el comandante de uno de sus navíos. Al vernos, Camalo sonrió levemente.

—¿Qué tal? ¿Tenemos ya ahí un guerrero?

—Casi —replicó Beduno con gruñido benevolente—. Si logra aprender a pelear con tanta estrategia como furia, tal vez sobreviva a la primera escaramuza...

Yo protesté, recordándole que lo había desarmado una vez, y Beduno se defendió diciendo que había resbalado.

—E incluso así, en un combate de verdad tendría tiempo sobrado para invertir la situación...

Camalo se levantó, rodeó la mesa y se acercó a nosotros con cara seria.

—Beduno, aumenta las horas de entrenamiento. Voy a estar demasiado ocupado para comprobar sus avances... —y, volviéndose hacia mí—. No tardarás en emprender tu primer viaje, tienes que prepararte. Por lo demás, creo que es hora ya de que te entregue algo que te pertenece.

Se dirigió a uno de los grandes arcones de madera y hierro que estaban junto a la pared, lo abrió y retiró un objeto largo y estrecho, envuelto en paños, que trajo a la mesa.

—Aquí está. Puedes...

En aquel momento entró mi madre. No había estado escuchando, porque no prestó atención a lo que había en la mesa, y empezó a hablar con su hermano de un asunto trivial cualquiera, pero, de repente, se quedó callada al ver aquel objeto, y su expresión cambió. Clavó los ojos en mi tío, unos ojos que echaban chispas de cólera, y gritó, con una voz ronca y restallante como un látigo:

—¡No lo permito! ¡No lo permitiré nunca!

Incluso habituado como estaba al ambiente de hostilidad que allí reinaba en los últimos tiempos, me estremecí. Camalo, curtido por largos años de experiencia, se encogió de hombros.

—Tongio, tengo que hablar con tu madre. Te llamaré después.

Beduno retrocedió, abrió la puerta, me dejó pasar y me siguió luego. Me hubiera gustado que la puerta hubiese quedado entornada para poder oír la disputa, pero él, indiferente a mis gestos imperiosos, cerró con firmeza y se alejó hasta la ventana silbando levemente.

—Vamos a ver esos caballos nuevos que han llegado —propuso—. Creo que tu tío va a regalarte uno, y tal vez puedas elegir el mejor.

Me negué:

—Quiero quedarme aquí. Beduno ¿sabes qué es aquello que iba envuelto en los paños? ¿Será un arma?

—No lo sé. Yo...

Pero la discusión al otro lado de la puerta llegaba a su ápice y oímos que mi madre gritaba: «¡Claro que tengo derechos! ¡Tengo todos los derechos!

Él es mío. ¡Fui yo quien lo hizo!». E inmediatamente, la voz de mi tío: «No lo hiciste sin ayuda. Y antes de ser tu hijo, él pertenece, como todos nosotros, ¡a la Madre Tierra que lo engendró!». Y, de nuevo, mi madre: «¡Sí, pero usó mis entrañas!».

—¿Qué están diciendo? ¿Están discutiendo derechos de maternidad sobre mi persona?

Ante mi aspecto desconcertado, Beduno no pudo contenerse y se rio silenciosamente:

—Vámonos... No debemos escuchar. Entre los potros que han llegado, hay uno...

Se abrió la puerta y apareció mi tío, aún algo alterado. No había nadie más allí dentro. Mi madre había utilizado la otra salida. Obedeciendo al gesto de Camalo, volví a entrar, con Beduno detrás.

Recuperado ya su autodomínio, mi tío estaba desempaquetando aquel objeto. Hablaba como si nada hubiera ocurrido:

—Iba diciendo que es hora va, y de sobra, de que te dé esto, que es muy tuyo...

Cayeron los paños sobre la mesa y se me cortó la respiración al ver la magnífica espada que Camalo sostenía en sus manos. Por su aspecto, venía de Evión, con toda seguridad. La empuñadura tenía incrustaciones de oro. Cuando mi tío la desenvainó, la hoja, perfecta y refulgente, parecía un rayo de luz.

—¡Es la espada de mi padre! —exclamé.

Camalo hizo un gesto de asentimiento, y comenzó con ironía un poco ácida:

—Sí, es la espada de Tongétamo. No la espada noble, de príncipe, porque se la robaron los asaltantes. Esta vino de Evión, y se la regalé yo.

Cogí el arma fascinado, y mis dedos, instintivamente, se aferraron a la empuñadura —ahora mi mano era ya lo suficientemente grande para agarrarla. Camalo había cumplido el último deseo de mi padre.

Otras cosas importantes ocurrieron después de esto: recibí como regalo un hermoso potro, completamente negro, de pelo sedoso, que me empeñé en domar y al que di el nombre de *Trueno*. Mi madre desistió de interferirse en mi vida y adoptó una actitud de afectada indiferencia que, gradualmente,

se convirtió en indiferencia real. Yo la amaba como siempre la había amado, pero todos los puentes entre los dos estaban cortados. Ella se había encerrado en su pasado, en un mundo tortuoso y estéril en el que parecía encontrar un amargo placer.

\* \* \*

A los catorce años recibí mi espada, gané mi primer caballo y tuve la primera experiencia con una mujer.

Siete años antes había sido blanco de las audacias de una compañera de juegos que tenía mi misma edad, pero una experiencia mucho mayor: era hija de una sierva de la casa y había visto muchas cosas en el ala de la casa reservada al personal. Empezó a decir que yo tenía unos ojos muy hermosos, cosa que me enfurecía, porque me ponía colorado de vergüenza. Una tarde, en el jardín, puso la mano entre mis piernas, hizo una caricia rápida y escapó riéndose. Pasada la sorpresa, me di cuenta de que aquello era agradable. Por la noche me sentí excitado, lamenté no haber aprovechado la ocasión (aunque no sabía muy bien qué era lo que tenía que hacer para aprovecharla) y decidí que en la próxima oportunidad sería yo quien tomara la iniciativa.

No hubo otra oportunidad. La muchacha fue un día con su madre a una de nuestras casas de campo, a buscar provisiones para la cocina, y no sé bien qué ocurrió —tal vez bebió agua emponzoñada— pero cuando volvió, por la noche, estaba ya febril, y murió días más tarde. Tras aquella fallida aventura, el deseo sexual volvió a adormecerse, o casi, y fue pasando el tiempo sin grandes sobresaltos (los que acontecían eran resueltos a la manera tradicional de los adolescentes) hasta que apareció Lobessa.

Lobessa tenía diecinueve años cuando la compraron para incorporarla al servicio de mi madre. Era una muchachita alta, vigorosa, de formas sólidas y bien delineadas, con una parte considerable de sangre celta y una influencia fenicia o cartaginesa no menos fuerte: tenía el pelo y los ojos de un negro intenso, y en las facciones se notaban los rasgos sensuales de las mujeres de origen tirio. En la sonrisa, que, cuando quería ella, podía ser

impúdica, había una promesa que evocaba más las suaves delicias de Cartago que la simplicidad de las aldeas célticas.

En contra de lo que yo había pensado, Lobessa gustó a mi madre: era paciente, tenía una enorme capacidad de trabajo y, pese a su alegría natural, realizaba todas sus tareas con rapidez y en silencio, sin perturbar la atmósfera sombría, por no decir deprimente, de la parte de la casa que Camala se había reservado y que constituía un mundo aislado.

Rápidamente, mi madre convirtió a su nueva sierva en confidente y criada personal. Esta le mostraba verdadera dedicación, otra actitud femenina que no comprendo, porque su temperamento no debería adaptarse con facilidad al ambiente taciturno del que mi madre se había rodeado. Pero Lobessa se mostró digna de su confianza, excepto en un único aspecto: aún no habían pasado quince días desde su llegada y ya era evidente —para mí— que estaba dispuesta a seducirme.

Al principio no había pensado en ella como posibilidad real. Había sentido una fuerte atracción física, pero el deseo se mantenía indefinido, y aunque en aquella época yo era aún muy ignorante en materia de mujeres, sabía que ellas tienden a interesarse por hombres más viejos. Una esclava de diecinueve años, y con el aspecto de Lobessa, no podía ser virgen, y bastaba con mirar a sus ojos para descubrir en ellos un pasado turbulento. Junto a ella me sentía como un niño, como un cachorrillo que recibe caricias. Tras hacerme esta reflexión, decidí no hacer nada que pudiera provocar una negativa que fuese ofensiva para mi orgullo. Con todo, y para desconcierto y asombro por mi parte, Lobessa no me quitaba los ojos de encima ni perdía ocasión de provocar un contacto físico.

¡Qué ridículo debía de resultarle, tartamudeando, desviando la mirada, fingiendo no darme cuenta! Llegué a ponerme ante un espejo de cobre preguntándome si era posible que Lobessa me amara. Yo sabía —y esto era tema de burlas frecuentes— que «hacía que las mujeres se pararan», como decía Beduno, gruñendo tras su barba rubia. Había heredado de mi padre los rasgos del rostro y el color de los ojos, que eran verdes, pero tenía el pelo tan negro como el de mi madre, y esta combinación, por lo que dicen, tiene efectos mágicos. Era alto para mi edad... pero, al pensar en mi edad,

al reparar en mi pinta de adolescente desgarrado y aún frágil, no podía creer que las maniobras de Lobessa fueran otra cosa que un juego.

El trabajo de domar y adiestrar a *Trueno* me absorbió durante semanas y olvidé ese problema. Cuando al fin pude montarlo a gusto y salir con él de paseo y correrías, todo se borró de mi espíritu, y gasté alegremente la mitad del dinero que mi tío me había dado como obsequio de cumpleaños en ofrecer a Heracles el sacrificio de un carnero.

¿Cuántos días duró esa tranquilidad? No lo sé, pero fueron pocos. Una hermosa mañana estaba yo en la caballeriza frotando con paja seca el pelo de *Trueno* cuando entró Lobessa y se acercó a mí. No voy a reproducir nuestra conversación porque, después de tantos años, mis recuerdos son confusos. Su mano derecha recorrió el pescuezo del caballo, al encuentro de la mía. No había nadie alrededor, Y, muy cerca, se alzaba un montón de paja. Ella cogió mi cabeza entre sus manos y dijo algo que no entendí porque mis oídos zumbaban. De repente, me besó en la boca, y fue como si me envolviera un turbión arrancándome del suelo. Acabamos, evidentemente, en el montón de paja.

Aún hoy no he olvidado aquella primera vez: mis gestos ansiosos y desastrados enfrentados a su experiencia; la suavidad de su piel, y el calor, la tersura deliciosa de sus ancas larguísimas. Devoré, fui devorado. Me sentí por instantes poseído por la Madre Tierra. Al final, ella se quedó aún algunos instantes acariciándome el cabello. Luego, oímos pasos y se quebró aquella magia.

Así perdí la virginidad y gané mi primera amante, porque aquello se repitió muchas, muchas veces. Y, a pesar de haber conocido a otras mujeres y amado a algunas de ellas, nunca he olvidado a Lobessa, la maestra que hizo de mí un hombre y que me enseñó que el acto del amor es santificado por los dioses cuando el deseo es recíproco. Tampoco he olvidado esta lección, y nunca, en toda mi vida —ni en las privaciones ni en la euforia de la guerra— tomé mujer por la fuerza.

## IV

La relación con Lobessa marcó la última fase del período en que yo, creyéndome ya un hombre solo porque había domado un caballo y poseído una mujer, vivía en la despreocupación de la juventud sin reparar en que en el horizonte se iban acumulando nubarrones. Ni la insistencia de mi tío para que intensificara mi entrenamiento de combate fue capaz de despertar en mí una sospecha.

Realmente, todo parecía estar en orden en el Universo cuando Camalo llegó un día a casa más pronto de lo habitual, fruncido el ceño, y con una noticia que no era inesperada para él pero que a mí me dejó estupefacto: el nuevo gobernador romano de la Hispania Ulterior, el pretor Servio Galba, se había refugiado en Cinéticum, estableciendo sus cuarteles de invierno en Conistorgis, tras haber sido estruendosamente derrotado por los lusitanos. Toda la Bética, desde Beturia al litoral turdetano, volvía a estar expuesta a incursiones.

Hasta ese momento, la guerra entre romanos y lusitanos me había parecido algo lejano, que no podía afectarme —había oído hablar de ella como se oye hablar de una tormenta o de una inundación en tierras distantes. Cuando tenía nueve años, un nombre se hizo de pronto famoso y temido: Púnico. Este jefe de tribu había derrotado a dos ejércitos romanos, se había aliado con los vetones y se acercó peligrosamente a Gadir para atacar a los bastulofenicios. Al año siguiente reanudó sus ataques y fue muerto en combate, pero sus hombres eligieron un nuevo jefe, César, y

prosiguieron la campaña. Por si eso no bastara, otra hueste llegada de Lusitania bajo el mando del rey Cauceno había invadido Cinéticum y ocupó Conistorgis.

Después sobrevino bruscamente un cambio de situación, cosa nada rara tratándose de Lusitanos. César y Cauceno debieron de cometer errores, pues ambos fueron aplastados y los romanos conquistaron nuevamente Conistorgis; y, con la capital, todo el territorio conio que les había sido arrebatado. Todo esto significaba que mi tío Camalo había recibido un apreciable favor de los dioses cuando estos le aconsejaron que abandonara Cinéticum, porque si nos hubiéramos quedado en Balsa habríamos tenido que sufrir la violencia de los atacantes y de sus adversarios.

La idea de la guerra me acompañaba siempre, pero las historias y comentarios que había oído no habían despertado mi interés —aquello eran preocupaciones de adultos que nada tenían que ver conmigo. Ni con la entrada de las bandas de Púnico en la Bética me di cuenta del peligro, fundamentalmente porque tanto mi madre como Camalo y Beduno procuraban evitar que yo oyera demasiado. Sin embargo, ahora mi tío me hablaba de la derrota de Galba, y comprendí que al fin me había vuelto un hombre, con más preocupaciones que placeres.

A decir verdad, los hechos no eran recientes. El pretor había sido derrotado a finales de otoño, poco antes del inicio de una serie de aguaceros tempestuosos que habían interrumpido las comunicaciones. Galba estaba en sus cuarteles de invierno desde hacía unas semanas cuando llegaron a Gadir los relatos traídos por navíos llegados del Norte y a los que el temporal había obligado a buscar refugio en el puerto de Balsa.

—Ahora, la situación depende de dos cosas —terminó Camalo—: de la iniciativa de los lusitanos en cuanto llegue la primavera, y de la capacidad de recuperación de Galba. ¿Podrá contar este con la ayuda de las fuerzas romanas de la Citerior? No lo sabemos, y apostarí a que tampoco lo sabe el mismo Galba.

—¿Pero qué peligro podemos correr? —pregunté—. Los lusitanos nunca tuvieron conflictos con Gadir, que yo sepa.

Camalo hizo un leve gesto de impaciencia:

—No se trata de conflictos. Los lusitanos atacan por dos motivos: por odio a Roma, o para saquear; atacan a veces por las dos razones al mismo tiempo. Necesitan botín para sobrevivir, sobre todo después de un invierno riguroso.

—Creía que Lusitania era rica —objeté.

Beduno, que había visitado el país en su juventud, me había contado prodigios de la fertilidad y de la abundancia de metales preciosos en aquellas tierras.

Camalo respiro profundamente, como quien intenta contener la irritación.

—Siempre olvido que tú apenas sabes nada del país de tu padre. Sí, Lusitania es rica, o mejor, lo son algunas regiones de ella, pero otras no. Y tanto la tierra como el ganado lo heredan siempre los primogénitos. Es una costumbre que viene de tiempos muy antiguos, y los lusitanos la respetan. Por eso es habitual que los restantes hijos de una familia se unan a los más pobres de la tribu o a los montañeses para formar bandas que atacan las tierras más ricas... no las de Lusitania, claro, ni las de entre el Tagus y el Anas, porque ahí también viven lusitanos y célticos, que son sus aliados. Y como los vetones son también tradicionalmente aliados de los lusitanos...

—Solo queda la Bética —completé.

Él hizo un gesto.

—Sí, la Bética. Y, a veces, Carpetania o la Bastetania... Son las regiones más expuestas. Aparte de eso, hay que contar con la aversión de los lusitanos al dominio de Roma. Desprecian a los pueblos que han aceptado ese dominio, y no les importa saquear sus ciudades y destruir todo lo que no pueden llevarse consigo.

Digerí la información y evité mirar para mi tío mientras preguntaba:

—¿Quiere decir que tenemos que ayudar a los romanos...?

Camalo respondió:

—Quiero decir que debemos estar preparados para la defensa. Lo que nos interesa es Gadir, y no Roma. El dominio romano es una prueba que nos enviaron los dioses, aunque realmente no sé cómo viviríamos sin el orden y la paz que Roma impone. Pero fue Gadir la ciudad que nos acogió...

Y como yo no respondiese, continuó:

—Sé qué estás pensando: que eres hijo de un príncipe brácaro. Pero, Tongio, si los lusitanos entran en la ciudad no irán de puerta en puerta preguntando el origen de los moradores. Nunca pensé que un día tuvieras que usar tu espada contra los lusitanos, pero... En fin, es poco probable que haya brácaros entre las bandas que se encuentran en las fronteras de Beturia.

Charlamos aún un poco sobre el tema, y luego, como se acercaba la hora de la cena, me retiré a hablar un rato con Beduno antes de sentarme a la mesa. Había oscurecido casi por completo, y andaban los esclavos encendiendo los candiles de aceite. Una silueta surgió de la penumbra y vino hacia mí. Era Lobessa: nuestra intimidad había aumentado, y ella aprovechaba todos los momentos libres para buscarme —no necesariamente para hacer el amor, pues a veces solo charlábamos y cambiábamos informaciones.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

A aquella hora tendría que encontrarse en los aposentos de mi madre.

Lobessa me habló en voz baja:

—Mi señora está indispuesta y se ha retirado ya. Me envía para que os diga que no va a cenar con vosotros.

Dijo esto con un tono más o menos formal. Después me empujó hacia la oscuridad, se pegó a mí y susurró:

—Hay algo en el aire... He oído hablar de guerra... ¿qué está pasando?

—De momento, nada. Galba, el gobernador romano, ha sido derrotado por los lusitanos, pero eso ha ocurrido hace ya unas semanas. ¿Falta mucho para la cena?

Lobessa hizo como si no se diera cuenta del cambio de tema. Se acercó aún más a mí y preguntó:

—¿Y qué va a pasar ahora?

—No lo sé. Quizá nada. Quizá los lusitanos se hayan vuelto a sus tierras. No te preocupes por ellos, están muy lejos.

Una breve sonrisa amarga me hizo entender que la guerra formaba parte de su pasado. Pero no era mujer de andar con lloriqueos. Movié la cabeza y volvió a sonreír de modo diferente, posando el brazo sobre mi hombro. Su

olor —un vago perfume captado en el cuarto de mi madre y combinado con el aroma propio de su piel— empezaba a excitarme.

—Sí, deben de estar muy lejos... pero es increíble lo que los hombres pueden llegar a andar cuando piensan en guerra y en saqueos.

Intentando sin mucha convicción liberarme de su abrazo, respondí:

—Es una decisión de los dioses, Lobessa. ¿Y qué hay de la cena? ¿Está ya lista?

—¿Por qué? ¿Tienes hambre?

Retrocedí un poco acalorado.

—Sí, tengo; es decir, tenía... No sé... ¿De qué te ríes?

Teníamos aún un rato antes de la cena.

Mucho más tarde, mediada ya la noche, desperté de repente. Notaba la garganta seca como si hubiera atravesado un desierto; mi corazón latía con fuerza y me faltaba el aire. Me quedé inmóvil, con los ojos abiertos. Poco a poco fui comprendiendo donde estaba mi error, la idea que me había asaltado en pleno sueño.

Me levanté, agarré la lámpara apagada y salí del cuarto sin ruido. La casa estaba envuelta en las tinieblas, pero yo conocía el camino con los ojos cerrados. En la cocina, encendí la lámpara aprovechando algunas brasas que aún ardían y maté la sed con agua fresca. Llené después un vaso de nuestro mejor vino y me dirigí hacia el pequeño patio resguardado del viento —allí ardía otra lámpara ante la imagen de Atégina. La diosa clavó en mí sus ojos de piedra en los que danzaban sombras animadas por los movimientos de la llama. Ante la estatua, en una libación respetuosa, vertí parte del vino sobre la tierra. Después, recordando lo que sabía de las divinidades que protegen a las tribus de Lusitania, hice una nueva libación y oré:

—Tongoenabiago, Trebaruna, y tú, Runesos-Cesios, dios de la guerra y señor de los dardos, no permitas que mi espada tenga que ser usada contra mi propia sangre...

Volví a la cama antes de que el frío de la noche me traspasara los huesos, y poco después me quedé dormido.

\* \* \*

La noticia de la derrota de Galba se difundió con rapidez y, de inmediato, la ciudad entró en efervescencia. Mientras los ciudadanos cambiaban rumores y noticias en los baños, en las calles o en sus casas, el Consejo se reunió para tratar de las medidas que había que tomar. Gadir tenía gobierno propio, pero cualquier decisión sobre política exterior o defensa precisaba el visto bueno del gobernador de la Hispania Ulterior. El gobernador estaba atrincherado en Cinéticum y la posición de los gaditanos era difícil: tenían que preparar la defensa sin que los romanos pensasen que estaban tomando las armas contra ellos. Tras encendidos debates, los Ancianos mandaron instalar puestos de vigía en posiciones estratégicas, entrenar un cuerpo de milicias y, para evitar malas interpretaciones, enviaron un mensajero a Conistorgia para pedir instrucciones al pretor.

Después de la conversación con mi tío, discutí nuevamente el asunto con Beduno durante la tarde que pasamos en los baños públicos. Beduno acababa de someterme a un enérgico masaje y habíamos encontrado un rincón solo para los dos donde podíamos hablar a gusto.

Le hice una señal para que se sentara a mi lado, y él se negó. Era terriblemente formalista en todo lo que señalaba su condición de esclavo. Obraba así por orgullo, por no querer aceptar nada a lo que no tuviese derecho. Y como se empeñara en su negativa, se lo ordené diciéndole que tenía que hablarle y que era incómodo mantener la cabeza alzada. Acabó por ceder.

Se lo conté todo, la conversación con Camalo, las dudas que sentía, la oración junto a Atégina —aquí, él enarcó las cejas al pensar que yo había conseguido salir del cuarto sin que se diera cuenta (dormía en un cubículo al lado, y siempre decía con mucho orgullo que oía cualquier rumor, por dormido que estuviera). Cuando acabé, comentó:

—Tu tío tiene razón, claro. Si los lusitanos atacan, no van a perder tiempo preguntando quién es gaditano, romano o brácaro. Este es el drama de quien vive, como nosotros, bajo el dominio de Roma... No obstante, es muy posible que no lleguen a atacar: he oído decir que Lúculo envió mensajes a Galba y que apenas pase el invierno entrarán ambos en campaña.

Lúculo —Lucio Licinio Lúculo— era el procónsul que gobernaba la Hispania Citerior. Beduno estaba bien informado, tenía relación con esclavos de algunos miembros del Consejo —y, efectivamente, aquella misma noche se confirmó la noticia de que el procónsul se preparaba para la guerra.

Lucio Licinio Lúculo era odiado por los pueblos de la Citerior desde que, sin motivo alguno, había atacado a los vaceos y, no contento con eso, tras aceptar la rendición de la ciudad de Cauca mandó decapitar a todos sus habitantes. En aquel tiempo, la Hispania romana estaba entregada a dos asesinos ávidos de oro: también Galba había venido a la Península con la intención de aumentar su ya considerable fortuna, y se mostraba dispuesto a conseguirlo a cualquier precio.

Entre tanto, las noticias sobre Lúculo no eran las únicas que llegaban. Días después, un mensajero, empapado y cubierto de barro, montado en un caballo medio muerto de cansancio, llegaba a la costa procedente del Norte, y se negó a hablar con quienes le dieron albergue, diciendo que el mensaje iba dirigido al Consejo. Apenas cobró huelgos cruzó el estrecho y desembarcó en Kotinoussa. Poco después ya estaban enterados todos los gaditanos de que habían cesado las lluvias en el Norte y del avance de una columna de lusitanos por la Bética en dirección a la ciudad.

\* \* \*

Pese a todo, la ciudad de Gadir mantuvo una apariencia casi normal, como si sus habitantes intentaran asumir de manera forzada esa normalidad pensando que así podrían conjurar la amenaza. Solo en los ojos de las mujeres podía leerse la angustia y el miedo ante el futuro. En caso de derrota su suerte iba a ser más cruel que la de los hombres, pues estos siempre pueden morir combatiendo, y en esos momentos morir es la salida mejor.

Todos los días esperábamos ver las márgenes del estuario del Cilbus cubiertas de guerreros lusitanos. Para calmar los nervios, salía yo de mañana con *Trueno* con el pretexto de mantenerme en forma. Pero mi

cuerpo exigía algo más que paseos y galopes: Lobessa decía que había encendido un fuego en el bosque y que no conseguía apagarlo por más que se esforzara. Era la única mujer en cuyos ojos no veía yo miedo a la guerra, aunque en su cubículo descubrí oculta una daga. Se negó a decirme de dónde la había sacado, pero me confesó que la guardaba para darse muerte a sí misma: «No quiero volver a ser botín de guerra», murmuró besándome.

Llegó la primavera, y un día vimos realmente tropas junto al río Cilbus, pero eran romanos. La legión acampó junto al estrecho que separa Kotinoussa del continente, y el tribuno que la mandaba vino a la isla para ofrecer un sacrificio a Heracles y conferenciar con los miembros del Consejo, es decir para dictarles su voluntad.

Nos enteramos entonces de lo que había ocurrido durante las últimas semanas, y, aunque era poco, significaba mucho: Galba había salido de Conistorgis para encontrarse con Lúculo, y los dos, juntos, habían trazado los planes de campaña.

Los gaditanos suspiraron aliviados. La ciudad recibió a los legionarios con sonrisas abiertas de bienvenida; el comercio —incluyendo, claro, el de las prostitutas— estaba exultante con tan sustancial aumento de clientela, y el optimismo aumentó aún más cuando se supo que la hueste lusitana en marcha hacia Gadir había sido desbaratada por Lúculo, que había dado muerte a mil quinientos guerreros y aprisionado a los restantes. El procónsul estaba ahora ocupado en saquear sistemáticamente Lusitania.

La dureza de la represión no perturbó los espíritus en Gadir, muy al contrario, y era natural: la ciudad había temblado ante la aproximación de los invasores; era, además, una vieja aliada de Roma —hacía dos generaciones que había abandonado la causa de Cartago para entregarse voluntariamente a los romanos. Aún hoy afirman los gaditanos que aquella decisión había sido tomada a causa de las injusticias cometidas por los cartagineses, pero quien conoce como yo a las gentes de Gadir sabe que esas injusticias nunca hubieran sido motivo bastante si no estuvieran también en juego sus intereses comerciales.

\* \* \*

Sin embargo, ni los mismos gaditanos estaban preparados para oír con serenidad lo que los viajeros llegados del Norte revelaban sobre el comportamiento monstruoso de Servio Sulpicio Galba. Las sonrisas de acogida a los legionarios se fueron volviendo más prudentes y formularlas. No era indignación, era miedo.

Lobessa y Beduno me contaron lo que sabían; en los baños públicos oí una versión más completa de los hechos, y luego fui a ver a mi tío para que me confirmara la historia y la completara con pormenores. Lúculo y Galba habían actuado separadamente, pero según un plan establecido. El primero había explotado la victoria conseguida y entró en Lusitania devastando las llanuras. Luego, se retiró cargado de botín. Entonces le llegó el turno al ejército de Galba. Agotadas, sin víveres, las bandas lusitanas se reunieron y enviaron mensajeros al pretor pidiendo condiciones de rendición explicando los motivos que los habían llevado a iniciar la guerra.

Los enviados fueron recibidos en el campamento romano con una cortesía que no era habitual. Galba en persona los recibió y respondió con benevolencia a sus deseos. ¡Cuántas veces me contaron lo que les había dicho! Tantas que puedo repetir sus palabras una a una: *Es la esterilidad de vuestros campos y vuestra pobreza lo que os lleva al latrocinio. Por eso, si queréis mi amistad, os daré las tierras fértiles que necesitáis, asentándoos en las llanuras, que dividiré en tres partes...*

Las asambleas tribales lusitanas aceptaron con entusiasmo la generosidad del pretor, y muchos guerreros llamaron a sus familias para, con ellas, ocupar las nuevas tierras. Se formaron tres grupos de colonos, que se fueron asentando en los lotes prometidos. Tras una gran ceremonia que consagraba la paz, las bandas lusitanas ofrecieron sus armas. No se dieron cuenta de que, a su alrededor, las legiones de Galba habían ido ocupando posiciones estratégicas para atacar apenas los lusitanos depusieron las armas.

En solo un día fueron asesinados miles de lusitanos. Al llegar la tarde del día siguiente, las víctimas pasaban de nueve mil, y la matanza continuaba: todos los guerreros del primer grupo de «colonos» fueron abatidos. Los restantes, con sus familias, fueron a parar a los mercados de esclavos de la Galia —más de veinte mil personas incluyendo mujeres y

niños. La tierra y los arroyos estaban aún manchados con la sangre de los diez mil muertos cuando Galba recibió el producto de la venta de los primeros cautivos.

Lo oí todo sin hacer comentarios. Por la noche, mi lecho me pareció de piedra. No conseguía dormir, y acabé por sentarme en la cama con los brazos cruzados sobre las rodillas.

«¿Qué me pasa? —me preguntaba—. ¿Cuál es la razón de este sentimiento de rebeldía? Verdad es que los romanos se portaron de manera cruel y despreciable, pero no habían hecho más que lo que antes hicieron muchos invasores. Derramaron sangre lusitana, Mi sangre... pero el único lusitano que yo he visto era mi padre, y apenas conseguía recordarlo. Yo soy un conio, habituado a la ley de Roma, a las costumbres romanas... pero esta rabia, estas ganas de luchar...».

Quedó en suspenso la pregunta, y como la Juventud tiene fuerza para vencer por sí misma dudas y angustias, poco después el sueño se apoderó de mí. Volví a tenderme, y me quedé dormido de inmediato para no despertar hasta la madrugada. Pero algo había pasado durante la noche, porque me desperté con una decisión tomada.

Cuando un hombre es atacado por la duda, debe volverse hacia los dioses que mejor pueden entenderle y ayudarlo. Por eso, sin detenerme siquiera para quebrar el ayuno, salí discretamente de casa llevándome buena parte de mis economías y me dirigí al mercado, donde compré un cabrito blanco, el más hermoso que pude encontrar. A la salida de Gadir, junto al camino que lleva al puerto, hay un altarcito consagrado a Hércules donde suelen los marineros rezar y dejar ofrendas si no tienen tiempo para llegarse al santuario. Cuando me acercaba al ara, vi al sacerdote, hombre gordo y calvo, con los dientes podridos, a la puerta de su casa. Se notaba que acababa de saltar de la cama. A fin de convencerlo para que me atendiera sin demora, le dije (y tal vez fuese verdad) que el dios me había hablado en sueños y me había ordenado que ofreciera una víctima en sacrificio al nacer el sol si quería que me concediera un favor que le había pedido hacía ya tiempo. Reforcé mis argumentos con algunas monedas de cobre, y acabé convenciéndolo.

Sobre el ara, colocada ante la estatua del dios —una vieja imagen en la que Hércules está representado con vestiduras fenicias— fue inmolado el cabrito en el momento en que los rayos del sol doraban la blanca piedra. Cuando el sacerdote me entregó la taza llena de sangre del animal, alcé los ojos a la estatua y oré pidiéndole a Hércules-Melkaart que recordase su vida terrenal, su existencia de guerrero, pero, sobre todo, que recordase que había sido un hombre sometido a las flaquezas y a los errores de los mortales. Después, me faltaron palabras; mi súplica era aún indecisa, tan indecisa como la voluntad que me la había dictado. «No importa», pensé, «el dios sabrá leer en mi alma». E hice la libación mientras el sacerdote lanzaba al fuego la parte del cabrito reservada a Hércules y ponía al lado, con evidente placer, la porción reservada a él.

El frío de la madrugada se había disuelto en la luz del nuevo día. Me eché a los hombros el manto en que me había envuelto lentamente, caminé de regreso a la ciudad. Iba tan abismado en mí que no oí el galope de un caballo sobre la tierra batida. Por eso me sobresalté cuando sonó a mi lado la voz de Camalo:

—El guerrero sacrifica a Hércules... ¿Eh?

Era típico en él adivinar lo que yo acababa de hacer. Desmontó y empezó a andar a mi lado, con el caballo sostenido de las riendas.

—No te ruborices, hasta hombres con más años sienten dudas en un momento como este.

Hubo un silencio, y continuó:

—Vengo del puerto. Estuve comprobando un cargamento de ámbar que nos llegó ayer tarde. Unos hombres estaban contando lo de las matanzas de lusitanos y hablaban también de Galba, de los impuestos, de las extorsiones a que se ven sometidos incluso los aliados de la República.

—¿Y qué podemos hacer, tío? ¿Qué *debemos* hacer?

Camalo se encogió de hombros:

—Esperar, y no confiar demasiado en los romanos. Soy hombre de paz, todos los mercaderes somos hombres de paz, al menos en la tierra donde estamos establecidos, pero hasta un pacífico mercader conoce el honor y las leyes de la guerra. Y el pretor las desconoce o las olvidó deliberadamente. Ten cuidado, Tongio, se acercan tiempos difíciles.

No volvimos a decir nada hasta llegar a casa.

\* \* \*

El terror desencadenado por Galba abrió un amplio camino a sus ambiciones. Antes de terminar el mandato, el gobernador de la Hispania Ulterior había llenado sus cofres. Aparte de esto (o, mejor, para conseguir esto) había ocupado las ciudades del Cinéticum que aún no estaban bajo dominio romano: Lacóbriga y Portus Hannibalis cayeron en sus manos como fruta madura, y del antiguo reino de los conios solo se libró del invasor el Promontorio Sagrado, porque hasta Galba, que era solo un carnicero sin escrúpulos, no se atrevió a entrar con las manos teñidas en sangre de miles de lusitanos en aquel lugar sagrado.

A finales de aquel mismo año, el pretor regresó a Roma. Más tarde supimos que sus crímenes habían llenado de repugnancia a sus mismos compatriotas, hasta el punto de ser juzgado ante el Senado, pero el oro que había robado en Iberia le sirvió para comprar la absolución. «La República es tan corrupta como Galba», murmuró mi tío a modo de comentario.

Nosotros teníamos preocupaciones más próximas: el gobierno de la Hispania Ulterior se había olvidado, pura y simplemente, de retirar las tropas acampadas en Gadir, cuya presencia era ahora innecesaria. La llegada del nuevo gobernador no alteró la situación, tal vez porque aquel magistrado tenía asuntos más graves y urgentes de que ocuparse. Así, el campamento de la legión fue convertido en cuartel de invierno, en una verdadera ciudad poblada por hombres que si algo aborrecían era la inactividad. Desgraciadamente, su comandante no tenía la inteligencia o la experiencia necesarias para comprender los peligros de tal situación. Juegos y ejercicios son un medio excelente para mantener la disciplina y la moral de cualquier tropa, pero quizá el mismo tribuno que la mandaba estaba también desmoralizado. El caso es que no tardaron en surgir problemas.

Esos problemas se iban multiplicando, y cuando llegó el invierno la tensión era tan fuerte que casi la podíamos ver y palpar como si fuera una bruma venenosa. Primero se plantearon cuestiones sobre las prostitutas

disponibles, y pronto los soldados molestaron incluso a mujeres del pueblo y hasta a señoras de familias respetables. La población empezó a vivir en permanente alerta. Y no solo las mujeres corrían peligro al salir a la calle, sino que hubo también casos de chiquillos y adolescentes seducidos o violados.

Con la llegada del invierno, se vieron interrumpidos con frecuencia los abastecimientos de la tropa y empezaron a ser cosa vulgar los robos en las tiendas y en los puestos del mercado. Y no se trataba de actos de indisciplina, porque los mismos oficiales, e incluso los tribunos, ordenaban los asaltos como forma de obtener víveres y otros artículos.

Para no agravar las relaciones con las autoridades de Gadir, las víctimas elegidas eran preferentemente extranjeros. Durante semanas, los griegos y los tirios, nosotros mismos —es decir, todos los mercaderes extranjeros de la ciudad—, soportaron una escalada de abusos ante el silencio embarazoso de los gaditanos. Hasta que ya no se pudo aguantar más. Entonces, los miembros influyentes de la comunidad extranjera convocaron una reunión.

Camalo me ordenó que lo acompañara a la asamblea, donde me presentó como heredero y auxiliar. Nada recuerdo de las discusiones y discursos, solo la decisión final: fueron elegidos tres representantes —uno de ellos mi tío— que deberían presentar un ultimátum al Consejo anunciando que si no se aseguraba la protección de los extranjeros estos abandonarían la ciudad con todos sus bienes.

Realmente, el ultimátum iba dirigido más a los tribunos romanos que a los miembros del Consejo. Los términos habían sido acordados con algunos Ancianos que solo esperaban esto para enviar una embajada al Senado romano. Esta actitud, que dejaba ostensiblemente de lado al gobernador, no era nueva. Muchos años antes había sido enviada una embajada semejante a Roma para quejarse del quebrantamiento de los acuerdos firmados con Gadir y de las extorsiones practicadas en Iberia por los procónsules Blasio y Stertinio.

Cuando terminó la reunión, Camalo me llamó con un ademán:

—Tongio, tengo que hablar con Eunois de un asunto. Vuelve a casa con Beduno. Empieza ya a oscurecer. Eunois me proporcionará una escolta de esclavos suyos.

Se alejó, pero volvió de nuevo para añadir:

—Tengo que pedirte algo más: aunque estés cansado, espera hasta que yo vuelva. Tengo que hablar contigo.

Era ya tarde cuando regresó. Fui a su encuentro y pasamos los dos a su gabinete de trabajo. Camalo ordenó que trajeran vino y dos copas. Cumplida la orden, le dijo al esclavo que podía irse a dormir, tras comprobar que todas las puertas y ventanas estuvieran bien cerradas. Cuando quedamos a solas, me preguntó:

—¿Qué sabes tú de Eunois?

La pregunta era inesperada, pero de fácil respuesta:

—Sé que es un griego de Massilia... que es uno de los comerciantes más ricos de Gadir... y que tenemos negocios con él.

—Exacto. Aparte de eso, es hombre honrado. Lo conozco desde hace muchos años y sé que es honrado. Digo esto porque, si fuera necesario, puedes confiar en él como en mí mismo.

Un estremecimiento me recorrió la espalda en una advertencia de peligro.

—¿Si fuera necesario?

Camalo se levantó, se dirigió a un estrado cubierto de cojines, en el que a veces descansaba, y se dejó caer pesadamente.

—Estoy cansado —dijo en el tono de quien pide disculpas—, pero no podemos esperar hasta mañana. Quiero decir que si algo me pasa puedes pedir ayuda y consejos a Eunois. En caso de... en fin, cualquier desgracia, tú asumirás la dirección de mis negocios. Y, si no te desagrada, me gustaría —siempre dentro de esa eventualidad— que te casaras con la hija de Eunois. Es una hermosa muchacha, un poco mayor que tú, pero eso es igual. ¿Qué dices?

Me levanté me acerqué a él.

—¿Por qué me dices todo eso de Eunois? ¿Por qué ahora?

Aun sentado, y mirándome de abajo arriba, Camalo me dominaba.

—¿Por qué? No sé cómo puedes andar por ahí sin ver ni oír nada. Todos sabemos que los legionarios obedecen órdenes de los oficiales, y eso significa simplemente esto: Gadir está sometida a saqueo, pero lo que de ningún modo desean los tribunos es que llegue a Roma un eco de nuestras

quejas... sobre todo después del interrogatorio a que fue sometido Galba en el Senado. Tenemos que estar preparados para un... «incidente», mañana, cuando vayamos al Consejo.

—Pero si es así, no puedes... —me callé, buscando las palabras. Comprendí entonces, creo que por primera vez, hasta qué punto quería a mi tío. Y conseguí decir—: No puedes correr ese riesgo. Es absurdo. En todo caso, lo mejor sería salir de la ciudad sin previo aviso. O, mejor aún: incitar a los gaditanos a la revuelta.

—Calla.

Su tono no era violento, pero le obedecí. Camalo sonrió, casi con ternura.

—Estás diciendo tonterías. ¿Incitar a los gaditanos a la revuelta, con una legión romana acantonada aquí? ¿Salir de un día para otro?

Se apagó la sonrisa de Camalo, y cuando habló su voz era amarga:

—Tongio, espero tu autorización para ser fiel a mi honor, pese a no ser un príncipe brácaro.

Me ruboricé, y bajé la cabeza. Él se levantó.

—Comprendo y valoro tu preocupación. Si pudiera, evitaría este riesgo. Sabes muy bien que soy un hombre prudente, pero hay cosas más importantes que la seguridad e incluso que la vida... Si Galba gobernara aún en la Ulterior, no valdría la pena correr peligro, lo admito. Pero no conocemos las intenciones del nuevo gobernador, y los legionarios tampoco las conocen. Quizá eso les obligue a pensarlo dos veces antes de intentar cualquier barbaridad. Y, ahora, tengo que despedirme; es tarde y el Consejo nos recibirá mañana al amanecer.

\* \* \*

En todas las madrugadas, desde que el mundo existe, hay un momento de silencio absoluto en el que la propia Madre Tierra está en reposo. Desperté en ese preciso instante: aún no había salido el sol, pero ya se hacía anunciar, y lo que había en mi cuarto era ya perfectamente visible.

Había dormido mal, sentía un tremendo dolor de cabeza, y no desperté por completo cuando me di cuenta de que allí cerca estaban hablando dos hombres y reconocí la voz de Beduno. Necesité algún tiempo para aclarar ideas, y cuando salí del cuarto ya no se oía la conversación. Beduno apareció en la puerta y me saludó.

—¿Y mi tío?

—Ha salido ya. Me prohibió que le acompañara.

—¿Era él quien hablaba contigo?

Beduno asintió.

—Le pedía que me dejar acompañarlo armado, pero no quiso.

Me fijé en su expresión, y le dije:

—Vamos a mi cuarto. Voy a vestirme, y mientras me ayudas puedes contarme lo que sabes.

No hice caso de sus protestas y le volví la espalda. Poco después, él me contaba lo que había conseguido saber:

—Ayer, cuando estabas hablando con tu tío, volví a salir. Había un movimiento anormal en ciertas calles... en fin, la cosa es esta: el jefe de la legión había recibido informes sobre los planes de los mercaderes extranjeros. Durante la noche, algunos soldados anduvieron repartiendo dinero por los barrios pobres... sé que eran soldados porque fueron reconocidos, pero no llevaban uniforme. Es casi seguro que las monedas que repartían iban acompañadas de una sugerencia... Médamus, que es esclavo de uno de los Ancianos, me dijo que solo repartían dinero entre los mendigos, los que no tienen oficio y algunos hombres que mejor estarían en la cárcel que fuera de ella.

Apenas acababa de hablar cuando llegaron hasta nosotros los ruidos inconfundibles de un motín: vocerío (conseguí distinguir la frase: «¡Muerte a los extranjeros!»), cascos de caballos hiriendo las losas de las calles, y un resonar de metales. Nos armamos a toda prisa y salimos, sin prestar atención a las exclamaciones de las mujeres, que se precipitaban a cerrar puertas y ventanas.

Los ruidos nos guiaban, y echamos a correr. Era temprano, había poca gente en las calles, e incluso esa apresuraba el paso para refugiarse en las casas. Se oyó de nuevo el grito: «¡Muerte a los extranjeros!»), un error,

pensé, porque nunca había habido el menor conflicto entre gaditanos y residentes extranjeros.

Poco después oí el toque de carga, y la calle se llenó de gente en desbandada. Por su aspecto, eran los mismos manifestantes pagados por los legionarios, que huían de quienes los habían comprado. Pensé que no podríamos seguir adelante, pero no había contado con la estatura y la fuerza de Beduno: fruncido el ceño y la mano crispada sobre la empuñadura de la daga, hendía la multitud con asombrosa facilidad, y los que no se apartaban eran arrollados y tirados hacia los lados. En una placita encontramos a los legionarios reconstruyendo las filas deshechas con la carga. Había en el suelo cinco o seis cuerpos ensangrentados. Un centurión de aspecto brutal sacaba la espada clavada en uno de los cuerpos con el aire indiferente de quien termina un trabajo aburrido. El cuerpo se estremeció y se quedó inmóvil mientras la sangre empezaba a extenderse por el suelo, formando regueros en el pavimento irregular.

Era mi tío Camalo.

Un grito cortó el aire, un grito agudo, pero no de mujer, y acabó en una nota ronca de odio. Ni yo reconocí mi propia voz. Un velo espeso, ígneo, enturbió mis ojos.

Solo sé lo que más tarde me contó Beduno: que había tenido que usar de toda su fuerza para dominarme y sacarme de allí. Nada recuerdo. Cuando recuperé la lucidez era ya de noche. Miré a mi alrededor y comprendí que me encontraba de nuevo en casa, en el pequeño patio consagrado a Atégina. Ante la diosa, lavado, ungido y adornado, estaba el cadáver de Camalo.

## V

—¿Y ahora, qué vas a hacer?

Eunois me había hecho la pregunta y me miraba con curiosidad, sin intentar esconder que estaba sondeándome. Era un hombre de mediana edad, seco, de rasgos marcados y ojos vivos.

Habían pasado tres días durante los cuales yo había cumplido mis obligaciones, había comido, bebido y, cuando era necesario, había hablado —pero como si fuese otra persona quien estuviese en mi lugar—. Sumergido en aquella semiinconsciencia había asistido con mi madre a los funerales de Camalo y había recogido sus cenizas en una urna, pero si me preguntaran qué había ocurrido exactamente no habría sabido qué responder. Volví en mí aún con tiempo de ofrecer algún consuelo a Camala, y me dispuse a ejecutar las voluntades del muerto. Para eso había ido a casa de Eunois y allí estaba, sometido a su examen y a sus preguntas.

—Aún no he tomado ninguna decisión —le respondí—, porque todo depende de lo que ocurra estos días.

—¿De lo que ocurra?

Eunois acompañó su pregunta con un movimiento rápido y elegante del brazo, llenando de nuevo de vino la copa colocada ante mí.

—Pienso seguir los consejos de mi tío, que son sus últimas voluntades, quiero decir que tomaré la dirección de sus negocios, de la casa, y te pediré consejo siempre que lo necesite.

—Me parece muy bien y tendré el mayor placer en ayudarte, tanto más cuanto que es necesario que vuestros esclavos y criados se den cuenta de que no van a darse a la buena vida solo porque ha muerto el amo... Pero... a juzgar por el tono que has empleado ¿ves algún obstáculo en este plan?

—Sí —había decidido ser franco y aquel me parecía el mejor momento para dejar claras todas las dudas—. Hay, un obstáculo, es verdad. El hombre a quien le debo todo, ha sido asesinado por un centurión romano. Están cumplidas las honras fúnebres, pero su espíritu pide venganza y justicia.

—Y crees que esa tarea te corresponde. Es natural.

Eunois se levantó y empezó a pasear con un aire pensativo. De repente, se detuvo ante mí.

—Pero no se trata de un crimen cometido por un salteador de caminos. El asesino ha sido, como acabas de decir, un centurión romano. Para empezar, será difícil...

—No —le interrumpí—, no es difícil. Llegué a la plaza cuando él estaba arrancando la espada del cuerpo caído, lo vi perfectamente y soy capaz de reconocerlo en cualquier lugar en que lo vea.

—Eso facilita las cosas... o las complica —replicó Eunois.

Volvió a sentarse y se inclinó hacia delante, como para tener la seguridad de que yo no perdería una palabra.

—Supongo que te darás cuenta de que la muerte de Camalo no fue una casualidad, un gesto irreflexivo de un centurión estúpido. Fue un acto de intimidación. El motín estaba preparado desde la víspera, claro, y los tribunos habían decidido que sería muerto «por accidente» un mercader extranjero. Podía haber sido yo mismo, ya que entonces también yo estaba en la calle e iba al encuentro de tu tío. El destino decidió que yo me salvara a costa de la muerte de mi mejor amigo. Pero, Tongio ¿comprendes la situación? Oficialmente, todo se reduce a un desgraciado accidente, y nadie puede aceptar otra versión o mover un dedo. Es demasiado peligroso.

—Esto excluye la posibilidad de recurrir a la justicia de la ciudad o a los tribunos de la legión, pero Camalo sigue exigiendo venganza.

Eunois asintió:

—Es verdad... pero hay otras verdades que conviene considerar, y debes pensar en ellas antes de tomar cualquier decisión. Camalo sabía que... lo que ocurrió podía ocurrir. Tomó disposiciones y te dijo lo que deseaba que hicieses. Tienes que elegir: cumplir su voluntad o vengarlo; no puedes hacer las dos cosas. Si matas al centurión... si lo consigues... tienes que salir inmediatamente de Gadir *con tu madre*.

Había acentuado las últimas palabras. Levanté la cabeza y lo miré.

—Sí. ¿Qué podrías esperar? Los legionarios tendrían una ocasión excepcional de exterminar a una familia *extranjera* acusada de sedición contra Roma. Sería un aviso enérgico a los gaditanos. Una advertencia sin tener que atacarlos frontalmente.

Dejó que sus palabras produjeran el efecto deseado y se levantó para dar por terminada la entrevista.

—Piénsalo bien. Sabes que, decidas lo que decidas, puedes contar conmigo. Sin duda tu tío te dijo que tengo una hija casadera... Eurídice. Una hermosa muchacha. Sale a la madre. Sería conveniente que la conocieses, pero aún es pronto para que consideres ese proyecto. Quizá dentro de unos días... cuando hayas reflexionado.

Le dije que nada me gustaría más —una respuesta de pura cortesía. Él comprendió y no se mostró ofendido—. Con una palmadita familiar en la espalda, me preguntó:

—¿Está ahí fuera Beduno, tu fiel perro guardián?

No, le respondí. Beduno se había quedado en casa vigilando a los otros esclavos; era aún de día, y yo no precisaba protección.

—No lo creas, está oscureciendo, y aunque las calles están ahora más seguras... a los legionarios no les gusta andar a estas horas sin compañía... Pero no se sabe qué puede ocurrir. Te acompañarán dos esclavos míos. No, no insistas, he dado ya las órdenes.

Me acompañó hasta la puerta y me despidió con un abrazo rápido y vigoroso.

—Espero verte pronto. Que los dioses te indiquen el camino, hijo de Tongétamo.

La casa de Eunois no estaba muy distante de la nuestra, pero cuando llegué ya había anochecido casi por completo. Los esclavos que me

acompañaban, se despidieron y se alejaron rápidamente. Me quedé parado ante la puerta, sin ganas de entrar. Notaba la cabeza ardiendo y la sangre latiéndome en las venas. Movidó por el instinto, empecé a andar. Quería respirar el aire de la noche, quería fatigar el cuerpo y quería estar solo. Vagabundé al azar por las calles.

«Que los dioses te indiquen el camino», había dicho Eunois. Aquella noche lo hicieron. Caminando sin rumbo cierto, no era yo quien decidía la dirección de mis pasos. Una fuerza oculta me impelía hacia el lugar donde se iba a cumplir... —¿cómo dicen los griegos?— mi moira, el trazado y realización de mi destino; pero cuando al fin me detuve y comprendí donde estaba, no sabía aún que aquel era el momento decisivo en mi vida.

Me encontraba en el más famoso barrio de prostitutas de Gadir. Lo frecuentaba raramente —prefería la compañía de Lobessa— pero conocía a una o dos que en ciertas ocasiones me habían recibido con particular simpatía. «¿Por qué no?», pensé, «al menos olvidaré todo esto hasta mañana».

Se abrió la puerta de una casa y el ruido me llamó la atención. En el umbral apareció una silueta de mujer envuelta en un manto blanco. Sostenía un candil, alzándolo por encima de la cabeza, y hablaba con alguien a quien no se veía aún. Oí su voz, murmurando, y luego una risita impúdica y estridente. Un hombre bajó los tres escalones de piedra y la luz de la llama le dio de nuevo en la cara.

Era el centurión que había matado a Camalo. Reconocí de inmediato sus rasgos brutales, la mirada insolente y estúpida, el pescuezo gordo y brillante como la cerviz de un toro. Mi mano derecha aferró la empuñadura de la espada. Me pegué a la pared para quedar oculto por las sombras.

El hombre gruñó unas palabras incomprensibles y se alejó con pasos inseguros mientras la puerta se cerraba con estruendo. Dejé que se alejara un poco y empecé a seguirlo. Confieso que sentí la tentación de abatirlo en la oscuridad —no sería un asesinato, sino la matanza de una alimaña—, pero me contuve, porque aquella muerte no era digna de mí ni de Camalo. Tenía que ser en combate, cara a cara. Él tenía enormes ventajas: su entrenamiento militar, su fuerza, su porte macizo, pero iba medio borracho

y ablandado por el placer. «Juego limpio», concluí, «las fuerzas se equilibran».

Tenía que buscar un lugar propicio, suficientemente iluminado y fuera de la ciudad, para que el tumulto no atrajera demasiados testigos, y empecé a temer que se dirigiera al embarcadero, de regreso al campamento, por un camino que no ofrecía demasiadas oportunidades. Realmente, el romano, al salir de la ciudad, tomó la dirección del altar de Hércules. Allí el camino se bifurca: el que sigue por la izquierda va hasta el puerto y el embarcadero pequeño, donde incluso por la noche —con tal de que haya luz de luna— hay siempre barqueros dispuestos a hacer el transporte hasta el continente. El camino de la derecha lleva a un olivar y, más lejos, entronca con la carretera que conduce hasta el santuario.

El centurión se detuvo en la encrucijada y, cuarenta pasos detrás de él, temblando de fiebre y de ansiedad, me detuve yo también. El silencio era tal que podía oír la respiración pesada del hombre a quien perseguía. Momentos después, eructó, se encogió de hombros como si estuviese discutiendo con alguien y avanzó por el camino de la derecha.

No necesitaba seguirlo: sabía que iba en busca de un lugar abrigado para dormir y liberar los vapores del vino. La noche estaba clara y yo conocía bien toda aquella zona, por eso me fue posible elegir el terreno, y cuando el asesino de mi tío doblaba una curva cerrada que ceñía una zona de espesos matojos, me encontré cerrándole el paso. Iluminada por la luna, la hoja de mi espada brillaba con una luz azulada.

—¿Qué hay? —gruñó perplejo—. ¿Quieres robarme? ¿Has visto quién soy? ¿Has visto esto?

Oí un roce metálico: era su espada al salir de la vaina.

—Sí, lo he visto. No quiero robarte, quiero hacer justicia. Hace tres días mataste a un hombre desarmado. Ese hombre era mi tío.

El centurión abrió los ojos con asombro, como si lo acusaran en falso.

—¿Hace tres días? ¿Yo? —pareció buscar en la memoria y, de repente, soltó una carcajada—. ¡Ah, sí! ¡Ahora me acuerdo! ¡Uno de esos puercos gaditanos!

Alcé el arma:

—No era de Gadir. Y tú, ladrón romano, lo mataste cuando estaba desarmado. Yo llevo una espada, y podía haberte matado por la espalda, pero no lo he hecho. Yo no soy romano ni cobarde, como tú.

Había dado en el blanco. A la luz de la luna lo vi rojo de ira. Furioso, se lanzó contra mí.

En el aire frío y seco, nuestras espadas soltaban chispas al chocar entre sí. Él tenía a su favor la experiencia y la fuerza, pero estaba enturbiado por el vino y la cólera. Solo la agilidad me salvó de varios golpes mortales, y el combate se prolongó hasta resultarme interminable —peor aún, empezaba a sentirme cansado y me había dejado llevar, también yo, por la rabia. El odio y el ansia de venganza me arrebataban la lucidez y me llevaban a cometer errores—. De pronto, oí una voz precisa y clara dentro de mi cabeza... «¡Menos ardor y más estrategia!», la voz de Beduno, la frase que me repetía durante los entrenamientos. Y sus lecciones saltaron a mi memoria mientras se disipaba ante mis ojos la niebla roja.

Muy a tiempo: la espada del romano avanzaba hacia mi vientre. La esquivé, y contraataqué con nuevas energías. Entonces ocurrieron al mismo tiempo dos cosas: con un gesto instintivo bajé la punta de la espada, y él tropezó y cayó de rodillas. Quedó descubierto su pescuezo unos instantes, y eso bastó.

Con un grito ronco soltó el arma y se llevó las manos al cuello mientras yo hacía retroceder la hoja y le aplicaba al romano un puntapié en pleno rostro. Cayó de espaldas y quedó inmóvil, jadeando, casi ahogado por la sangre que le brotaba de la boca. Me incliné: era el primer hombre muerto por mí. Le miré a los ojos, ya cubiertos por una película vítrea, y oí el sonido horroroso de su estertor. Rápidamente, para acabar aquella escena repugnante, encomendé su espíritu a las divinidades infernales e invoqué a mi tío Camalo. Agarré la espada con las dos manos y le solté el último golpe, de lleno en el cuello.

Cuando acabó todo, me recosté, jadeante, en el tronco de un árbol, incapaz de sostenerme en pie.

—No estuvo mal, pero hay que emplear menos ardor y más estrategia...

La misma voz —ahora real y no dentro de mi cabeza. Una mano grande y recia, de piel callosa, cogió la espada que yo apenas podía sostener.

—¡Beduno! ¿Tú aquí?

En vez de responder, se acercó al cuerpo del centurión y limpió la hoja en la ropa del cadáver. Sus gestos eran tranquilos y eficientes, como si ejecutase un trabajo de rutina diaria.

Cuando acabó, me devolvió el arma, y dijo:

—Estaba esperándote, en casa. Te vi llegar y salir de nuevo. Te seguí...

—¿Lo has visto todo?

Beduno asintió:

—No lo hiciste mal, pero sigues siendo demasiado emotivo. Es necesario...

—Sí, lo sé: menos ardor y más estrategia... A propósito, ¿dijiste tú eso mientras estaba luchando?

—No. Decidí intervenir solo en última instancia, para evitar que él te matase, Era tu venganza, y tenías derecho a ella, pero... —vaciló— hubo un momento en que pensé lo peor, y pensé con mucha intensidad en que tendrías que usar menor ardor y...

Le interrumpí:

—En aquel instante oí una voz...

Nos quedamos callados durante un momento, comprendiendo que entre nosotros había actuado una entidad extraña a la que yo debía la vida. Pero Beduno era hombre práctico y aceptaba con naturalidad la intervención de los dioses.

—Bien, fuiste protegido, y ahora vamos a hacer algo para merecer esa protección. Descansa un poco, yo me encargaré de todo.

Cogió el cadáver y fue a ocultarlo entre las zarzas. Luego, siempre con movimientos tranquilos y precisos, borró los rastros de la lucha y echó tierra y piedras sobre el lugar donde la sangre del romano había dejado una amplia mancha oscura. Hecho esto, regresamos a Gadir.

El espíritu de Camalo debió de aprobar mi acción, pese a que imposibilitaba el cumplimiento de su voluntad. Cuando me acosté, sentí una gran paz, una sensación confortante de haber cumplido con un deber sagrado y también de haber dado el primer paso para la realización de mi destino.

\* \* \*

Eunois oyó el relato sin sorpresa ni recriminaciones y, cuando terminé, observó, en el tono de quien trata de un negocio cualquiera:

—Por lo visto los dioses se encargan de decidir por ti. Veamos lo que hay que hacer. Creo que no tienes más que una solución: liquidar los negocios y salir de la Bética. Esta noche mismo. Luego, descubrirán el cuerpo del centurión y serás el primer sospechoso.

—Salir de la Bética es relativamente fácil. Pero liquidar los negocios...

—También es fácil —interrumpió—. Puedo comprar los bienes de tu tío. Así tendrás dinero para rehacer tu vida en lugar seguro, es decir fuera del alcance de los romanos. ¿Has decidido ya a dónde vas a ir?

Le respondí que había elegido Mesopotamia, las tierras entre el Tagus y el Anas, una ciudad cualquiera, tal vez Eborá, donde mi madre pudiera tener todo el confort, y le pregunté si no sería peligroso para él comprar los bienes de un proscrito.

Eunois sonrió con astucia:

—*Futuro* proscrito... No te preocupes, hay medios de hacerlo. Por ejemplo, podría haber sido Camalo quien me vendió sus bienes el día antes de su muerte... Esta noche te daré parte del valor, en oro y plata, junto con una carta para un mercader de Baesuris que te entregará el resto. Pasarás por allí camino de Mesopotamia. El modo más seguro de viajar es por mar.

Hizo una pausa y clavó intencionadamente sus ojos en mí:

—Solo hay un problema, realmente, yo podré engañarte o traicionarte. Es preciso que confíes en mí, pero esa decisión te corresponde solo a ti. Claro está que pude comprometerme mediante juramento...

No le dejé acabar:

—Redacta el contrato, Eunois. Los dioses ya son testigos de tu compromiso, y mi tío me dijo que podía confiar en ti, Solo te pido que seas justo con mis esclavos. Beduno irá conmigo. Y... sí..., me gustaría que tuvieras una especial atención con una esclava, Lobessa: no la vendas ni la ofrezcas a un hombre a quien ella no quiera.

—Prometido. Vuelve aquí antes de ponerse en sol.

Al llegar a casa, decidí afrontar el problema más delicado: explicarle a mi madre su situación. Camala me oyó en silencio, y dijo solo:

—¿Cuándo tengo que estar lista?

Suspiré largamente (de cansancio, de impaciencia) y le supliqué:

—Madre no puedes culparme de nada, yo no podía...

Ella me hizo callar:

—No te culpo de nada. Y nada lamento. Hace mucho tiempo que dejé de interesarme el lugar donde vivo. Ya eres un hombre. Tienes ya quince años, y sabes lo que tienes que hacer, o, al menos, eso espero.

Y, cambiando de tono, continuó:

—¿A dónde iremos? ¿Podemos volver a Balsa? Sería el único lugar donde me gustaría vivir, cerca de las cenizas de tu padre.

Moví la cabeza negativamente:

—Lo siento, pero es imposible. Balsa es territorio romano. Iremos más allá de las sierras de Cinéticum, quizá hacia Ehora.

—Muy bien. ¿Has dicho esta noche? Estaré dispuesta.

Sorprendido y aliviado ante su reacción, me despedí y salí pensando que es muy difícil prever el comportamiento de las mujeres. Estaba pensando aún en eso cuando sentí mi mano prendida por las manos de Lobessa.

—No te preocupes, Tongio. Mi señora Camala y yo estaremos dispuestas cuando llegue la hora.

—No debes escuchar detrás de las puertas —respondí irritado—. Pensaba decírtelo, de todos modos. Pero es un secreto ¿comprendes? ¿Comprendes que los otros esclavos no deben saber nada?

—Claro.

—¿Y comprendes que tenemos que separarnos? Pero ya me he asegurado de que serás bien tratada. Además, voy a convencer a Eunois para que te dé la libertad y...

—No.

Lobessa se había colocado delante de mí, desafiante, y comprendí que este caso iba a ser más difícil que la entrevista con mi madre.

—Soy tu esclava, pero no lo seré de nadie más, y no quiero ser libre en Gadir. Y no te lo pido por mí: ¿Cómo crees que tu madre va a soportar el

viaje? No es ya joven, y nunca ha pasado privaciones. Tienes que pensar en ella, aunque yo no te interese ya...

—No es eso... Yo... —me callé. Ella tenía razón. Y, además, la separación me costaba un esfuerzo—. Muy bien. Todo tiene que estar listo al caer la tarde, sin que los siervos de la casa se enteren de nada... No podemos llevar muchas cosas.

Me acerqué a ella y la atraje hacia mí:

—Y no creas que ya no me interesas, pero me preocupan otras cosas.

Lobessa se desprendió y se apartó riendo. A la hora acordada volví a casa de Eunois, recibí el dinero y nos pusimos de acuerdo para preparar la partida. El griego lo había tratado todo con una rapidez que manifestaba su influencia en la ciudad.

—Gracias sean dadas a Poseidón —dijo—, parece que va a haber luna y los presagios garantizan un viaje seguro hasta mi navío *Hermes*, que ha salido ya de Gadir con destino a Balsa. En realidad, está esperándote en una ensenada próxima. Mi enviado os llevará. En Balsa, el capitán del *Hermes* te conducirá a ver a un hombre con quien tratarás de tu viaje a Baesuris, y una vez allí tienes que buscar a un mercader que se llama Reburrus. Después... que los dioses te acompañen.

Le di las gracias y me despedí, no sin informarle primero de que Lobessa iba a partir con nosotros y que continuaría sirviendo a mi madre. Eunois soltó una breve carcajada, y me guiñó el ojo:

—Y también para servirte a ti ¿no? Creo que haces bien: un hombre necesita una mujer... Una, al menos. Es el orden natural de las cosas, Siento que el destino no permita que seas mi yerno... En fin, es la vida.

Le dije que también yo lo lamentaba. Nos abrazamos, y salí de la casa de Eunois por última vez.

## VI

Hace falta valor para que un hombre, por valiente que sea, se acerque de noche a una necrópolis, pues nunca se sabe qué espíritus o entidades errantes pueden andar por tales lugares. No obstante, decidí arriesgarme a topar con los muertos, porque los vivos, en aquel momento, podían resultarme aún más peligrosos: la playa que queda al lado de la vieja necrópolis cartaginesa de Gadir era un lugar abrigado y solitario donde sería posible esperar el embarque en seguridad.

Bien abrigados contra el aire nocturno, esperábamos sentados en la fría arena. El mar está siempre sereno allí, y el ruido del oleaje era solo un rumor sordo, pero el aire estaba lleno de murmullos. Nos mantuvimos en silencio para no atraer la atención de los difuntos.

Al fin oímos el ruido de los remos hiriendo el agua, y una pequeña embarcación se aproximó hasta encallar casi silenciosamente.

Fui al encuentro de su único tripulante, que me miró con atención, como para estar seguro de que yo era un ser de carne y hueso, y dio la contraseña: «Eunois».

Le respondí: «Tongio». Él saludó, dijo que cuando más rápidamente nos alejásemos de allí mejor sería para todos y se ofreció para cargar los equipajes con Beduno, mientras yo ayudaba a mi madre y a Lobessa a embarcar. Llegamos antes de lo que esperaba, porque tuvimos una corriente favorable. Aun así, la luna estaba ya alta y resplandecía en el cielo cuando llegamos a la ensenada y descubrimos la negra y voluminosa silueta del

*Hermes* en contraste con la mar plateada. Empezaba nuestra verdadera huida.

Balsa no me impresionó, pese a ser la ciudad donde nací (comparada con Gadir era solo una aldea grande, y ningún recuerdo me vinculaba directamente a ella). Una caravana iba a partir hacia Baesuris el mismo día en que desembarcamos y era preciso aprovechar la protección de su escolta, por lo que no pudimos siquiera ofrecer un sacrificio junto a las cenizas de mi padre.

Es confuso y tenue el recuerdo que guardo de aquellos días, y ni retuve los rasgos de Reburus, el comerciante de Baesuris a quien me había recomendado Eunois. La memoria nos hace jugarretas extrañas... por ejemplo, tengo la impresión de que todo pasó muy deprisa —llegamos, Reburus pagó y nos preparó una nueva escolta, con la que seguimos viaje a orillas del Anas. Claro que no debió de ser exactamente así y que el trayecto de Gadir a Baesuris no debió de ser tan fácil como hoy me parece, pero lo que sucedió a partir de entonces apagó el recuerdo de vicisitudes menores.

No tardé en observar que los hombres de la escolta —cuatro siervos de Reburus— estaban bastante más interesados en comer, beber y descansar que en velar por nuestra seguridad. Al cabo de unos días, hablé discretamente sobre el tema con Beduno, y este me confesó que pensaba como yo:

—Y lo peor no es eso —añadió mirando de soslayo a nuestros «protectores»— lo peor es que el oro y la plata que llevamos son una tentación muy fuerte.

Yo había aprendido a no subestimar las preocupaciones de Beduno, aunque me parecieran exageradas. Forcé mi caballo a aproximarse al suyo, y le propuse:

—Esta noche vamos a dormir separados de ellos. Tú y yo haremos turnos de vigilancia. Y lo haremos así todas las noches hasta que encontremos un poblado. Entonces les diré que vuelvan con Reburus.

—Eso es lo mejor —dijo también él en voz baja—, y... ojos abiertos, hasta de día...

Aquella noche no ocurrió nada, aunque yo estaba seguro de que durante mi vigilia al menos uno de los esclavos de Reburus estuvo despierto y

fingía dormir. Proseguimos el camino de madrugada; era el quinto día de viaje y estábamos atravesando una región deshabitada donde un ataque a traición no tendría testigos, y por eso redoblamos la atención.

Nos detuvimos a la orilla del río para comer. Teníamos aún provisiones cocinadas, pero decidimos encender una hoguera para calentarnos, porque el aire estaba frío y corrían nubes pesadas por el cielo robándonos el calor del sol. Beduno se alejó un poco, buscando leña, mientras yo me quedaba junto a mi madre con un aire aparentemente despreocupado. Por si acaso, desenvainé la espada y la miré como si solo quisiera comprobar que la hoja estaba limpia, lo que me permitiría usarla al primer gesto sospechoso. Los hombres de Reburus se mantenían quietos demasiado, pensé, y esa idea empezó a preocuparme y me hizo sentirme inseguro.

Habría comprendido antes lo que pasaba si mi madre no se hubiera desmayado, agotada por el viaje. Fue preciso ayudar a Lobessa a acostarla sobre una piel de carnero, y correr a una de las alforjas para buscar vino... y fue entonces cuando un galope de caballos me devolvió a la realidad: los siervos de Reburus huían sin mirar atrás.

Empuñé de nuevo la espada, que había dejado, y llamé a Beduno a gritos: acababa de ver lo que los fugitivos habían visto antes que yo: cuatro hombres armados se aproximaban lentamente. Uno de ellos venía a caballo, los restantes a pie —y todos llevaban uniformes romanos.

Como por encanto, Beduno apareció a mi lado.

Nuestra escolta huyó sin advertirnos siquiera —le dije, sin dejar de mirar a los recién llegados.

—Lo sé. Vamos a avanzar un poco para impedir que se acerquen estos a tu madre y al equipaje. Apártate un poco de mí, necesito espacio para lanzar la azagaya.

Volví la cabeza y lo miré:

—Son cuatro, y nosotros somos dos y con la desventaja de tener que proteger a las mujeres. Tal vez no quieran atacarnos, quizá sea una patrulla...

Beduno me interrumpió con una breve carcajada feroz:

—¿Patrulla? Hace ya días que hemos salido de territorio romano. ¿No ves que son desertores?

Miré mejor a los romanos y comprendí. Llevaban la barba crecida, los uniformes estaban sucios, como sucios y descuidados iban ellos mismos. Además, les faltaban piezas del equipo normal de los legionarios.

Era sabido que en las regiones montañosas y en las fronteras de las tierras sometidas a Roma vagaban grupos de desertores de las legiones viviendo del pillaje o uniéndose a grupos de íberos hostiles a la presencia romana.

No cabía, además, ninguna duda sobre las intenciones del grupo. El que iba montado, dio una orden breve. Beduno murmuró:

—Van a abrirse. Hay que evitarlo, tenemos que atacar.

Hizo un gesto tan inesperado que hasta me sobresalté, y la azagaya que sostenía en la mano derecha partió silbando y fue a clavarse en el flanco del caballo del romano. El animal se encabritó y cayó de lado, arrastrando al jinete. Beduno y yo atacamos en aquel preciso instante.

Era una lucha sin reglas, porque estábamos en inferioridad. Afortunadamente, el jefe de la banda seguía aprisionado bajo el caballo, lo que disminuía nuestra desventaja. Dos de los desertores creyeron que yo sería una presa fácil y se lanzaron contra mí, pero pronto el que luchaba contra Beduno pidió auxilio. «Mi» romano era un hombre aún joven, quizá de treinta años, y tenía mucha fuerza muscular, pero yo era más ágil. Lo fatigué con amagos y le obligué a cambiar constantemente de posición hasta que, en su ansia por acabar el combate, empezó a descuidar la defensa. Sonó un grito detrás de mí, Beduno acababa de herir a uno de sus adversarios. El grito turbó aún más al hombre con quien yo luchaba, y poco después llegó la oportunidad esperada: la punta de mi espada penetró por una hendidura de la coraza. El romano emitió un gemido y soltó el arma mientras yo empujaba la hoja hacia delante hundiéndola en su cuerpo. Retiré entonces la espada. Él cayó, y le grité a Beduno que iba ya en su ayuda.

Antes de hacerlo, miré a mi alrededor para tener la seguridad de que no había más enemigos y solo entonces me di cuenta de que el jefe de los desertores, en quien no había vuelto a pensar, había conseguido liberarse del peso del caballo muerto, aunque quedó con una pierna aplastada.

Desgraciadamente lo vi demasiado tarde. En aquel preciso instante estaba alzando una daga celta, dispuesto a lanzarla contra Beduno, que estaba de espaldas, a corta distancia.

Solté un grito desesperado de advertencia y sentí náuseas cuando la hoja de la daga se clavó en la espalda de Beduno. Corrí hacia él, sin dar tiempo a que de nuevo lo hiciera el único romano aún ileso. Este, animado por la intervención de su jefe, abrió los labios en una sonrisa como si saboreara ya la victoria. Pero yo tenía que matarlo, aunque muriera yo también.

Salté hacia delante, interponiéndome entre él y Beduno. Pero apenas cruzamos las espadas, vi que abrió mucho los ojos en un asombro lleno de incredulidad y que dejando de luchar, caía a mis pies. Un dardo estaba alojado en la parte posterior de su cuello, junto a la base, y la sangre empezó a chorrear como el agua que sale de una fuente.

Desorientado, miré hacia el lugar donde se encontraba Lobessa con mi madre, pensando, estúpidamente, que quizá era ella quien había lanzado el dardo... vi entonces un grupo de jinetes que se acercaba lentamente, y reconocí de inmediato los escudos, las armas y los yelmos: eran lusitanos. Pero en aquel momento solo me interesaba Beduno, que había caído de bruces y no volvió a moverse. Con todo cuidado, le di la vuelta y lo protegí pasándole un brazo por los hombros. Abrió los ojos.

—No has luchado mal, pero a ver si aprendes esta lección. Nunca se debe desatender a un enemigo que no esté muerto. Yo quería haber acabado con él...

—No te esfuerces en hablar —interrumpí—. Vienen jinetes que nos ayudarán. Son lusitanos. Podremos sacarte de aquí.

Beduno intentó sonreír:

—Es inútil, Tongio. Procura llegar a un poblado lo antes que puedas. Ahora puedo decirte por primera vez...

Se calló. Le pasé la mano por el rostro para cerrarle los ojos y me quedé inmóvil, tragando las lágrimas e intentando habituarme a la idea de que había muerto.

—Táutalo: uno está vivo aún.

Levanté la cabeza. A pocos pasos se encontraban los desconocidos. Dejé el cuerpo de Beduno y me levanté. Sentía la garganta apretada como

por un nudo tan fuerte que me dolía, pero encontré valor para hablar.

—Quienquiera que seáis, caballeros, agradezco vuestra ayuda.

Uno de los hombres, aquel a quien llamaban Táutalo, respondió:

—Nada tienes que agradecer. Veo que hemos llegado demasiado tarde. Pero hay aún un romano vivo y, al menos, vamos a acabar con él.

—No, te lo ruego. Soy yo quien debe hacerlo. Pero, antes, desearía conocer vuestras intenciones... Comprenderéis mi cautela: estamos aún cerca de Cinéticum, y encontrar jinetes lusitanos en estos parajes...

Táutalo me cortó la palabra con una carcajada alegre que cambió su expresión. Era aún un muchacho, de rostro curtido por la vida al aire libre y marcado por la guerra; sus ojos reían cuando él reía, con una alegría contagiosa.

—Lusitanos por estos parajes quiere decir razia ¿no? Puedes estar tranquilo. Si quisiéramos, ya nos habríamos apoderado de las mujeres y los bagajes que tú defiendes... ¡Oh, sí! Ahí están, en esa loma, las vimos muy bien... Pero no es esa nuestra intención.

—Entonces... ¿cuál es?

Táutalo me miró, como intentando adivinar quién podría ser yo, y dijo con voz tranquila:

—Si quieres conocer nuestra intención, tendrás que preguntar a nuestro jefe. Fue él quien ordenó que viniéramos en tu ayuda, cuando, desde aquella colina, os vimos luchar. Ahora no puedes verlo... está oculto por un cerro más cercano... viene lentamente porque su caballo cojea. En fin, el romano que mató a tu amigo todavía está vivo. ¿Qué vas a hacer con él?

Me dirigí al lugar donde estaba el último superviviente de la banda de desertores. Tras lanzar la daga contra Beduno, volvió a tenderse en el suelo, junto al caballo muerto. Había perdido fuerzas, pero estaba vivo, y cuando oyó los pasos abrió los ojos y comprendió por mi expresión que había llegado su hora. El apego a la vida nubló su entendimiento, y empezó a suplicar y a llorar.

Si se hubiera mostrado más valiente, yo hubiera vacilado: era joven e inexperto, no estaba acostumbrado a la guerra ni a matar hombres a sangre fría. Pero los lloriqueos me dieron asco y, además, a dos pasos, estaba el cadáver de Beduno.

Alcé la espada sobre su cabeza, y la descargué con todas mis fuerzas. Sentí que la hoja atravesaba la carne, rasgaba músculos y se detenía al tropezar con un hueso. Un chorro de sangre manchó mis ropas. Lleno de repugnancia, tiré de la espada y me alejé.

Tres lusitanos más habían llegado, y el caballo de uno de ellos cojeaba. No habría precisado de las palabras de Táutalo para saber que era el jefe del grupo.

Lo que acabo de escribir es rigurosa verdad: cuando lo vi por primera vez, aquella tarde negra, rodeado por media docena de guerreros, la llama del Poder brillaba en él como si fuera una coraza de metal. Hasta aquí, mis recuerdos son nítidos, no sé si la memoria de lo que pensé y sentí después estará deformada por el conocimiento que de él tengo.

De todos modos, estoy seguro de que lo miré, en aquel primer momento, pensando: «Sí, este es el jefe...». Táutalo acababa de contarle cómo habían cumplido sus órdenes. Él le oyó con atención, volvió los ojos hacia mí, y dijo:

—Antes de presentarnos tal vez desees saber cómo se encuentran las mujeres a quienes acompañas...

Solo entonces volví a acordarme de mi madre y de Lobessa. Corrí hacia ellas. Camala estaba aún tendida en la piel, pero con los ojos abiertos. Me arrodillé.

—Madre ¿cómo estás?

No respondió, pero Lobessa me tranquilizó:

—Pronto estará bien. Fue el cansancio, el susto y... en fin, el dolor, sobre todo cuando hirieron a Beduno.

Habló entonces mi madre para preguntarme si Beduno había muerto. Le dije que sí, y que habíamos sido ayudados por unos guerreros lusitanos, lo que hizo que se agitara, ansiosa, y preguntara qué querían de nosotros.

—No lo sé, pero me han salvado la vida. Además, saben que estáis aquí y no mostraron ningún interés especial. Ahora hablaré con ellos.

Una vez más me dirigí al grupo. El jefe, que había desmontado, examinaba la pata herida del caballo con un cuidado que era casi ternura. Al oír mis pasos, se volvió y esperó a que yo hablase.

—Extranjero —le dije—, estoy en deuda contigo. Permíteme que la pague ofreciéndote el caballo de mi esclavo, muerto por los desertores romanos.

Una leve sonrisa suavizó sus severos rasgos y traicionó, también en él, la juventud. No tendría más de diecinueve años, aunque la expresión de su rostro, los gestos y la voz mostrasen una inesperada madurez.

—Gracias. Hablaremos de eso más tarde, cuando sepa quién eres. Por tus ropas, te tomaría por romano, pero hablas muy bien nuestra lengua...

—No soy romano. Verdad es que he vivido en la Iberia que ellos dominan, pero odio a Roma. Ahora sé que la he odiado siempre. Nací en Cinéticum.

—¡Ah! ¡Eres, pues, conio!

—Sí, por mi madre. Pero por mi padre pertenezco a tu raza. Realmente, yo...

Me callé, y deseé poder engullir lo que acababa de decir. ¿Y si por un capricho del destino aquellos hombres fueran brácaros, guerreros del usurpador que había destronado a mi abuelo? Pero las palabras habían salido de mi boca y ya no podía volverme atrás. El jefe, Táutalo y los restantes esperaban a que yo acabase de hablar. Respiré hondo.

—Te pido perdón, pero tengo razones para no seguir hablando mientras no sepa cuál es vuestra tierra y cuál vuestra tribu.

Táutalo, impaciente, iba a dar una respuesta, pero el otro lo hizo callar con un leve ademán. Su sonrisa se amplió un poco más.

—Y nosotros tenemos razones suficientes para decir solo que somos oriundos de las planicies y colinas del Norte del Tagus. Eso basta.

—Muy bien —respondí—. Yo soy Tongio, hijo de Tongétamo, que era hijo de Tongétamo, rey de los brácaros, y...

—... Y que fue destronado y muerto con su familia —completó él—. No sabía que uno de los príncipes, había conseguido escapar. Para que estés tranquilo, te voy a decir una cosa: por mucho que odies a los romanos, no podrás odiarlos tanto como nosotros. Todos los hombres que aquí ves consiguieron escapar, gracias al favor de los dioses, de la traición del pretor Galba. ¿Oíste hablar de esta traición?

Me apresuré a decir que sí y, mirándolos con nuevo respeto, conté mi historia. Al terminar, dije:

—Comprendo vuestro odio, pero el mío es igual. Y ahora que ya me he presentado, me gustaría saber quién eres, pues te debo la vida.

Sin apresurarse, el jefe alzó el yelmo redondo adornado con tres plumas y se pasó la mano por el cabello cobrizo, empastado de sudor y polvo. Luego respondió:

—Yo soy Viriato, hijo de Cominio.



## VII

Pasaba del mediodía. Las nubes habían desaparecido y empezaba a hacer calor, como si hubiera llegado ya la primavera. Noté que una gota de sudor se deslizaba por mi frente y se perdía en las cejas. Al fin me di cuenta de que estaba agotado. Viriato, que seguía observándome, parecía haber leído mis pensamientos porque dijo:

—Tienes que descansar. Luego podrás seguir viaje, y si tu camino no es muy diferente del nuestro contarás con la protección de mis hombres. Pero antes tienes que comer algo.

Moví la cabeza:

—Más tarde. Ahora no soy, capaz. Y hay algo más urgente: encomendar a los dioses el espíritu de Beduno, que no solo era mi esclavo, sino también mi protector y amigo.

—Es justo —respondió él—. Y te ayudaremos a hacerlo. Mientras tanto, tienes derecho a los despojos del romano a quien mataste en combate.

Me negué a aceptarlos. De los romanos, ahora, no quería ni las armas. Obedeciendo órdenes de Viriato, los guerreros entraron en actividad con una eficiencia que denotaba larga práctica. Los cuerpos de los desertores fueron rápidamente despojados de todo lo que podía ser de utilidad: armas, escudos, protecciones del pecho y del cuello. Al mismo tiempo, dos hombres alzaban una pira destinada a Beduno.

De haber prevalecido mi voluntad, los cadáveres de los romanos deberían haber sido arrojados al Anas o abandonado a los buitres, pero

Viriato observó que nos arriesgábamos a convertir aquel lugar en un espacio maldito, frecuentado por los espíritus de los muertos sin sepultura, que no dejarían de perseguir a los viajeros que por allí pasaran. Sugerí excavar una tumba, pero no había palas ni azadones, y los tiramos a un pequeño foso natural que descubrimos allí cerca. Luego los cubrimos con piedras traídas de las márgenes del río. Quise ayudar en esta tarea, pero Viriato dijo que yo ya había trabajado bastante por aquel día, luchando con una banda de romanos, e insistió en que reposara.

Fui a sentarme al lado de Lobessa y de mi madre. Me acribillaron a preguntas sobre los lusitanos, pero yo no sabía qué responder. Al fin, Táutalo vino a decirme que la pira estaba ya lista.

Me levanté y miré a Camala.

—Madre, voy a ejecutar el rito fúnebre por Beduno.

Esperaba que ella se levantara también para acompañarme, pero, en vez de hacerlo, me miró con aire sorprendido:

—¿Los ritos? Sí, claro... merece que se haga algo por él, al fin y al cabo luchó valerosamente, pero no era más que un esclavo...

Supongo que mi mirada cortó su frase —por primera vez. Me volví hacia Lobessa:

—Ven conmigo, voy a necesitarte. Trae la cantarilla de vino que llevaba Beduno en la alforja.

Mientras andaba, iba pensando: «¿Por qué estoy furioso? Ella no puede entenderlo. Hace mucho tiempo que no vivimos ya en el mismo mundo». Pero yo era joven, y el destino había vibrado en mí con un golpe inesperado.

Táutalo y otro guerrero habían colocado el cuerpo sobre la pira, y estaban esperando con la antorcha encendida. Fui a buscar la espada de Beduno, que había quedado en el sitio donde la había dejado caer, y la coloqué a su lado, con la empuñadura en su mano derecha. Allí puse también el dardo arrojado contra el cadáver del romano, que arranqué del cuerpo del animal. Su cantarilla llena de vino quedó al lado con algo de comida que saqué de mi ración.

Lobessa había cogido la antorcha de las manos de Táutalo y estaba esperando. Ante la pira, tendí los brazos en la posición del rito e invoqué a

Runesos-Cesios, dios de la guerra, a Atégina, señora de los frutos de la tierra y de los reinos del Más Allá, y a Hércules, a quien Beduno había hecho, conmigo, tantas ofrendas en el santuario de Gadir. Cuando me callé, la voz de Viriato sonó a mi lado, grave y profunda:

—Y que el gran dios Endovélico te conduzca con seguridad y paz hasta la presencia de los inmortales.

No había víctima para sacrificar: en voz alta pedí disculpas al espíritu del difunto, e hice la libación con agua y luego otra con vino. Lobessa me entregó la antorcha y con ella prendí el montículo de matojos y ramas secas, en la base de la pira. El fuego se extendió y el humo ocultó el cuerpo. El viento cambió de dirección. Una vaharada de aire cargado con el hedor de carne quemada me hirió en pleno rostro. Lobessa no pudo aguantarlo y retrocedió, pero yo permanecí inmóvil. Un rumor, a mi izquierda, me indicó que Viriato estaba a mi lado.

Así partió Beduno, en medio de una tarde tibia, junto a las orillas del Anas; era en el cuadragésimo segundo año de su vida. Las cenizas fueron cubiertas con dos grandes piezas que los lusitanos arrastraron con ayuda de los caballos.

Ahora era yo quien tenía prisa por alejarme de allí. Viriato aceptó el caballo de Beduno, pero, insistió, solo como préstamo, hasta que el suyo estuviese curado. Partimos en dirección al Norte, y no paramos hasta que anocheció. Sentí entonces hambre por primera vez. Juntamos nuestras provisiones. Los lusitanos, habituados a una vida frugal, solo llevaban unas hogazas de harina de bellota y una liebre que habían cazado aquella mañana. A esto añadí mi ración de vino, pescado salado, un trozo de carne de cabrito y un pote de *garum*. Antes de sentarnos a comer, dos guerreros improvisaron un abrigo con ramas de árboles para que Camala y Lobessa pudieran dormir al resguardo.

La comida no fue muy animada, pero al acabar me sentía bastante mejor; el vino me había dado calor y ánimos. Había alejado las sombras de la muerte. Viriato —que había comido poco y solo bebió agua— preguntó a dónde íbamos. Sin dejarme abrir boca, mi madre le dijo que no teníamos destino preciso, pero si fuese posible, le gustaría acogerse al gran santuario de Atégina, en Turóbriga.

—Desgraciadamente no puedo acompañaros hasta allá —replicó Viriato—. Nosotros vamos hacia el Norte, y tenemos que cruzar el Tagus cuanto antes.

—Tampoco Turóbriga sería un lugar para nosotros —dije yo dejando que se transparentara la irritación que sentía. Por mucho respeto que me mereciera la diosa Atégina, no estaba dispuesto a pasarme el resto de mi vida al abrigo de las faldas de las sacerdotisas. Ya más tranquilo, añadí:

—Turóbriga queda en Beturia, demasiado cerca de las legiones romanas. Habíamos pensado establecernos en Ebora, pero realmente no teníamos nada firmemente decidido. De todos modos, será preciso pararnos antes en alguna población o ciudad donde podamos contratar una escolta de confianza.

Guardamos silencio durante algún tiempo, con los ojos clavados en la higuera, hasta que Viriato dijo:

—Tengo una sugerencia: ven con nosotros hasta Arcóbriga. Esto queda junto a otro santuario, el de Endovélico, y solo tardaríamos dos días en llegar. Es una ciudad fortificada, y se encuentra bajo la protección del dios. Los habitantes me conocen, soy amigo de uno de los ancianos. Él podrá daros albergue. Entonces, ya en seguridad tu madre, la esclava y la carga, podrás pensar mejor sobre la decisión que te conviene tomar.

Le di las gracias, y acepté su ofrecimiento. Realmente, no tenía otra alternativa. Mi madre, que se había encerrado en un mutismo ofendido, se retiró con Lobessa a su abrigo nocturno. Pronto los hombres empezaron a ceder a la fatiga uno tras otro, y se fueron tendiendo en el suelo, Junto a la hoguera, enrollados en mantos y pieles. Seguí su ejemplo y deseé a Viriato una buena noche. Viriato quedó en vela, en el primer turno de centinela, que era también el más largo.

\* \* \*

Cuando uno es joven, el sueño vence las mayores desgracias. Apenas me hube tendido, pidiendo a los dioses de la lluvia que no vertieran las aguas celestes durante la noche, me quedé dormido como si me encontrase en mi

cama, en Gadir. Desperté con día claro, cuando los lusitanos se disponían para la partida.

El aire estaba frío y flotaba sobre el Anas una densa neblina. Viriato indicó a sus hombres las posiciones que debían tomar, rodeando a los caballos que llevaban a las mujeres. Él se colocó en vanguardia, con Táutalo, y me hizo una señal invitándome a cabalgar a su derecha. Sin pensarlo, consideré que aquella invitación era un honor, como si partiera de un general famoso, tal era el influjo que Viriato tenía sobre todos.

Durante mucho tiempo solo cambiamos algunas frases sueltas. Ya con el sol muy bajo, Táutalo preguntó cuándo pararíamos para comer y Viriato le respondió que lo haríamos antes de dejar la orilla del río. Aproveché la ocasión para hablar sin parecer impertinente:

—¿Qué tipo de dios es Endovélico? ¿Qué poderes son los suyos? ¿También lo adora vuestra tribu?

Viriato movió la cabeza en una negativa.

—Endovélico no es conocido más allá del Tagus, pero cuando un guerrero viaja, aprende a conocer y respetar a los dioses de los distintos lugares por donde pasa.

Y me contó que Endovélico se había manifestado por primera vez en tiempos inmemoriales, en lo alto de una colina que domina la amplia planicie ondulada que cubre parte de la Mesopotamia, entre Tagus y Anas. El dios, dijo, había dado señal de su presencia a un viajero solitario, cerca de aquellas construcciones de piedras gigantescas que aún hoy se ven en todas las regiones del mundo sin que se sepa quién las alzó. El viajero habría sido, pues, el primer sacerdote y fundador del santuario. Más tarde, algunos pueblos oyeron hablar de los poderes de Endovélico: este dios ayuda a sanar a los enfermos, desvela el futuro y conduce al Más Allá a los espíritus de sus servidores.

Viriato continuó:

—Así nació según dicen la ciudadela de Arcóbriga, que prosperó mucho, y cuando la población ya no cabía en el recinto fortificado, los más jóvenes construyeron sus casas en un cerro próximo y fundaron Meríbriga. Hoy, las dos ciudades viven bajo la protección de Endovélico, pero se respeta la tradición y el sacerdote que guarda el santuario no es elegido

entre los habitantes de la ciudad: es siempre un extraño, un viajero a quien el dios designa en el momento adecuado, cuando el guardián muere o queda incapacitado. Y, tenlo en cuenta: el oráculo de Endovélico no mintió nunca.

—¿Cómo es ese oráculo? ¿Puedo consultarlo?

—El dios habla durante el sueño del peregrino, pero es preciso cumplir los ritos propiciatorios y dormir en el santuario.

En ese momento interrumpió Táutalo la conversación para anunciar que había llegado el momento de hacer una pausa en la marcha. Realmente, el curso del río Anas abandonaba allí la dirección Norte y trazaba una curva hacia nuestra derecha.

Llegamos a las proximidades de Arcóbriga dos días después del encuentro con los lusitanos. Era una ciudad muy pequeña pero bien fortificada, con un triple cerco de murallas, las dos exteriores de piedra, y la interior de tierra batida y adobes endurecidos por los años. Arcóbriga es muy antigua, y sus casas son pequeñas y toscas. Tienen, sin embargo, una dignidad sencilla que impone respeto. Junto a la falda del cerro pasa un río bordeado de árboles que sirve a los arcobrigenses y a los meribrigenses. Los dioses del agua y de la vegetación reciben honras en un templo arcaico, construido con enormes bloques de piedra.

Sin perder tiempo, Viriato nos llevó a casa de su amigo Tongato, un anciano imponente que dispuso de inmediato alojamiento para nosotros y para los guerreros. Lleno de curiosidad, procuré vislumbrar el santuario, en el cerro vecino, pero al caer la tarde se había alzado la niebla, y solo conseguí distinguir el contorno vago de los edificios.

Después de la cena, mi madre y Lobessa se retiraron a los aposentos de las mujeres. Viriato, Táutalo y Tongato empezaron a cambiar informaciones. Por la conversación entendí al fin que hacían aquellos lusitanos tan lejos de su tierra: cuando, el año antes, Galba había exterminado a las huestes lusitanas, los supervivientes se habían dispersado por la Mesopotamia, y allí, e incluso en el Sur, en Cinéticum, intentaba Viriato reunir a los compañeros perdidos.

Tongato, viendo que los otros hablaban libremente en mi presencia, no mostró reserva en decir lo que sabía. Habló de los pequeños grupos de guerrilleros hambrientos, heridos o enfermos, que habían pasado por

Arcóbriga. Muchos, añadió, habían sido tratados de sus dolencias y heridas en el santuario de Endovélico, donde el sacerdote, gran conocedor de hierbas y raíces medicinales, les daba acogida.

—El propio dios curó a algunos —añadió—, y esos siguieron viaje. Otros, murieron aquí, y nosotros nos cuidamos de sus ritos funerarios. Están sepultados como conviene a guerreros.

Viriato se lo agradeció en nombre de los suyos y relató entonces a Tongato la historia que yo le había contado, diciendo que mi madre y yo buscábamos un lugar seguro donde vivir lejos de los romanos. Tongato asintió y mostró su simpatía por mí. Arcóbriga, dijo, era segura, y podíamos quedarnos allí todo el tiempo que quisiéramos. Le expresé mi gratitud y dije que tenía intención de consultar al oráculo de Endovélico.

—Excelente idea —aprobó el anciano—. Y, ahora, vamos a dormir, que el sol ya se ha ocultado hace tiempo. Mañana volveremos a hablar de tus planes.

Al día siguiente, en cuanto desperté, fui a ver a mi madre. La encontré muy pálida y flaca, agotada por el viaje y por tantas emociones. Lobessa me dijo que Camala solo necesitaba reposo. No muy convencido, sugerí que la lleváramos cuanto antes al santuario, y Camala aceptó mi propuesta.

\* \* \*

Nunca podré olvidar mis primeras impresiones al aproximarme al santuario de Endovélico. Bien es verdad que, en los lugares sagrados, el aire, la vegetación, el suelo, son diferentes. Cuando me acerqué a la loma, un estremecimiento recorrió mi cuerpo haciéndome sentir que era preciso caminar con cuidado y en silencio. Antes de iniciar el ascenso de la cuesta, entregué a un acólito mi espada y mi daga —porque el hierro, metal impuro, no puede mancillar el espacio santificado. Todos los objetos religiosos, allí, están hechos de bronce o de barro, y el cuchillo ceremonial que el sacerdote utiliza en los sacrificios más solemnes tiene la hoja de piedra (es el mismo cuchillo que sirvió al sacerdote fundador... Soy yo quien lo usa ahora).

En aquel tiempo, el santuario tenía menos construcciones y era mucho más sencillo que el de hoy, pero no menos impresionante.

El templo primitivo aún se alzaba aislado, pequeño y macizo: tres grandes piedras formaban las paredes —uno de los lados estaba abierto—, y otra, tan voluminosa que sin duda no la habían podido mover simples hombres, servía de techo. Dentro estaba solo el ara principal y la estatua del dios, cuya antigüedad casi daba miedo, como si los ojos inmóviles de Endovélico contemplasen el tiempo pasado, cuando no había hombres y solo las divinidades habitaban el mundo.

El sacerdote también era muy, muy viejo, o así me lo pareció entonces. Nunca supe su nombre, pero recuerdo sus rasgos y la larga barba, toda blanca. Nos recibió con simpatía, y se mostró muy interesado por los conocimientos medicinales de mi madre. Cuando le dije que quería consultar el oráculo, respondió que tendría que esperar por la nueva luna, que empezaba dentro de dos días.

Viriato y sus compañeros se estaban preparando para reanudar el viaje. Sin querer confesármelo a mí mismo, sentía por anticipado el vacío que su marcha iba a dejar en mí, y fue esta la primera vez que experimenté verdaderamente una atracción hacia la vida aventurera de los guerreros.

Antes de partir, los lusitanos sacrificaron a los dioses en las orillas del río. Como no todos venían de la misma localidad ni siquiera pertenecían a la misma tribu (algunos eran ingeditanos), hicieron un sacrificio múltiple a Bandiarbariaico, a Trebaruna, y a los dioses tutelares de Viriato. Por respeto, y en homenaje a mis salvadores, participé en la ceremonia y subí luego con ellos al santuario para depositar las ofrendas debidas ante el señor de la región, Endovélico.

El sol iba alto cuando Viriato vino a despedirse. Le supliqué que aceptase algo de oro, no como paga sino como ayuda para su jornada. No quiso aceptar nada.

—No estaría bien cobrar por una ayuda que presté por libre voluntad. Además, no me gusta el oro. El oro corrompe a los guerreros. Te deseo felicidad, Tongio.

Impulsivamente, le respondí:

—Me gustaría unirme a tus hombres y partir también. ¿Qué voy a hacer yo aquí?

Viriato me miró con aire pensativo:

—No —dijo al fin—. En este momento no es posible. Tienes que cuidar a tu madre. También a mí me gustaría tenerte conmigo. Mostraste valor contra los romanos, y nosotros necesitamos buenos guerreros. Necesitamos a todos los guerreros de Iberia. El momento no es propicio, pero...

—¿Sí?

Sonrió abiertamente y fue como si hubiera dado una orden: sentí que mi sangre se desbocaba. Era como el entusiasmo que se experimenta al entrar en combate.

—¿Quién sabe? La traición de Galba no va a quedar impune. Puedes estar seguro. Van a ocurrir muchas cosas, y si estás destinado a combatir a nuestro lado, los dioses te conducirán. Ahora, adiós.

Nos saludamos. Táutalo, ya a caballo, hizo un gesto alegre de despedida, y los otros lo imitaron. Partieron al galope, y me quedé viendo cómo se perdían en la distancia.

## VIII

Se podría pensar que tras la marcha de los lusitanos mi primer deseo sería recibir el mensaje del oráculo, pero tenía quince años y la cosa más importante para mí era, en ese momento, volver a acostarme con Lobessa. Desde la salida de Gadir nuestras relaciones estaban congeladas, primero por falta de oportunidades, y luego por la muerte de Beduno. Durante esos días no sentí deseo físico, o mejor, no me di cuenta de que lo sentía.

Todo ocurrió como si estuviera así predestinado: mi madre fue al santuario para recibir tratamiento, y el sacerdote me dijo que tendría que permanecer dos días en el recinto sagrado, sin acompañantes. Lobessa y yo la llevamos allá y volvimos a Arcóbriga —pero pasó mucho tiempo antes de que entráramos en la ciudad.

A la orilla del río encontramos un rincón abrigado (estoy seguro de que no fuimos los primeros en descubrirlo) y tendí mi manto sobre la hierba. Es posible que fuera por la larga abstención, o quizá por el cambio de ambiente, el caso es que aquel día todo tuvo el encanto y el éxtasis de la primera vez. Y, como la primera vez, nos quedamos tumbados uno al lado del otro. Recuerdo una cosa que me dijo: me quería más ahora que me había visto combatir. Me dijo que estaba sorprendida y orgullosa, y que ni siquiera había llegado a sentir miedo, porque desde el principio había tenido la seguridad de que yo sería capaz de protegerla (pura ilusión; parecía olvidar la providencial llegada de Viriato y los suyos).

De todos modos, esas son cosas que a un muchacho siempre le gusta oír. Impulsivo, le dije que la protegería siempre, y que pensaba pedirle a mi madre su conformidad para liberarla. Lobessa me tapó la boca, sonrió con un punto de tristeza, me besó —y volvimos a empezar.

\* \* \*

—Señor Endovélico, acepta la ofrenda de tu siervo y dale tu bendición.

La voz del sacerdote era llevada por el ventarrón que se había alzado a la caída de la tarde. De pie ante la estatua, incliné la copa llena de sangre del cerdo que acabábamos de sacrificar y, al tiempo que hacía la libación, repetí las palabras.

Me sentía ligeramente aturdido, y tan leve que sería capaz de volar, porque no había comido nada desde el día anterior. El rito de preparación para recibir el oráculo dura dos días enteros y, aparte del ayuno, incluye baños en agua lustral y el recitado de complicadas fórmulas y oraciones. Ahora, cuando el momento se acercaba, sentía una sorda excitación mezclada con el temor ante la presencia de la divinidad.

Terminado el rito, ya con el sol ocultándose en el horizonte, seguí al sacerdote hasta la residencia para cenar en su compañía. Me estremecí involuntariamente cuando un esclavo trajo una gran tajada de cabrito asado y un ánfora de vino. Ante aquel olor se me hizo la boca agua y sentí un dolor en el estómago —pero yo solo podía comer dos panes de harina de bellota especialmente preparados y consagrados. El suplicio era aún mayor porque no podía entretenerme hablando. Tenía que comer en silencio, preparando el espíritu para la noche que iba a pasar en el santuario.

Había caído la noche cuando nos levantamos. Me estaba esperando un acólito con un hachón. Siempre en silencio, me llevaron a una casa sin ventanas, construida, como el templo, con grandes bloques de piedra. El hombre esperó a que yo abriese la puerta, me entregó una lamparilla de bronce, me ayudó a encenderla en la llama del hachón y se alejó luego. Yo me apresuré a entrar antes de que el viento me dejara helado.

El interior me desilusionó: era un cuartito exiguo y desnudo con piso de tierra. Cuatro escalones muy desgastados daban acceso a un nivel inferior —una gruta en la que solo había un lecho de paja cubierto con mantas de lana burda y unas pieles de carnero. En una especie de hornacina estaba una estatua de Endovélico representado con una rama de árbol en la mano derecha.

Me acosté. Apagué el candil y me eché encima todas las mantas y pieles, pues el frío era intenso. En la oscuridad, lo mismo daba tener los ojos abiertos o cerrados, pues de todos modos no se veía nada. Mentalmente, repetí las preguntas que había hecho por la tarde en el transcurso del ritual: «¿Qué futuro me espera? ¿Qué debo hacer?». Muy pronto comencé a sentir los párpados pesados y casi de repente me quedé dormido.

Mediada la noche ocurrió algo extraño. Continuaba dormido, pues no era capaz de moverme, pero estaba consciente, sabiendo que dormía. Una fuerza irresistible tiraba de mí, impelía a mi espíritu hacia fuera del cuerpo, y durante unos instantes de angustia creí que iba a morirme. Oía ruidos y restallidos secos y quedé convencido de que eran los rumores del reino de los Muertos. Entonces quedé como dividido en dos: me encontraba aún en el lecho de pajas, pero al mismo tiempo flotaba en el aire, junto al techo de la gruta y sintiendo incluso la aspereza de la piedra. Sin embargo, cuando intenté tentarla con la mano, esta penetró en la roca. Un zumbido que ya había oído antes de abandonar el cuerpo se fue haciendo más fuerte y llegó casi a ensordecirme. Sin transición, me vi a caballo, rodeado de hombres armados, en plena batalla. Los contornos de la escena eran imprecisos, pero aun así me di cuenta de que estaba combatiendo en una hueste lusitana contra las legiones de Roma.

A mi lado estaba un guerrero gigantesco, que con la espada abría brecha en las líneas enemigas. No conseguía verle el rostro por más que me esforzaba. Distinguía claramente su brazo derecho, ceñido por una viria, uno de aquellos brazaletes con los que los lusitanos suelen adornarse los brazos y que son símbolo de su jerarquía en la guerra. La viria era de oro, y refulgía al sol.

La hueste vencía. El campo estaba cubierto de cadáveres de romanos. Un portaestandarte surgió ante nosotros y el guerrero gigantesco lo traspasó con un dardo. El águila de Roma cayó por el suelo. Tiré de las riendas del caballo y me incliné para cogerla. En ese momento, el estandarte se convirtió en una cabeza cortada, un rostro conocido: el del centurión que había matado a mi tío Camalo... con los ojos abiertos y vivos, clavados en mí. La cabeza se rio con un visaje burlón. Al ver aquella risa me llené de cólera, pero al tiempo me sentía también impotente y dolorido, como si todas las miserias de los hombres se hubieran abatido sobre mí. Cambió la escena una vez más. Desapareció la batalla y quedó solo la oscuridad, y yo, en ella, ante una silueta misteriosa que tenía forma humana, pero irradiaba una luz difusa. Un gran terror se apoderó de mí al comprender que estaba en presencia del señor del santuario, el dios Endovélico. Este abrió los brazos... y yo desperté empapado en sudor frío.

En la gruta, las tinieblas habían sido sustituidas por una penumbra que permitía ver las paredes y la estatuilla del dios en su hornacina pétreo. Me quedé inmóvil, procurando recobrar el contacto con las cosas que me rodeaban. Al fin, me levanté. Un fino rayo de luz mortecina entraba por una rendija de la puerta.

Subí los escalones de piedra y salí de allí. Por el Este el cielo se hacía luminoso anunciando la aparición del sol. Vagué el azar por los alrededores del santuario desierto, contemplando las estatuas y los exvotos traídos por los fieles. Resultaba difícil volver a la realidad —era como si el dios estuviera presente aún, pero el terror había sido sustituido por una profunda tranquilidad.

En el mismo momento en que nació el sol, se abrió la puerta de la residencia y apareció el sacerdote en el umbral. Fui a su encuentro y lo saludé. Él correspondió al saludo y me preguntó si se me había manifestado el dios. Ante mi respuesta afirmativa, me condujo al templo. Allí me ordenó que le relatara el sueño con todos los pormenores, y me escuchó atentamente con los ojos clavados en los míos. Cuando acabé, esperaba que me diera una explicación de lo que había visto, pero se limitó a decirme que yo tenía que comer y me invitó a compartir su almuerzo.

Un esclavo nos sirvió pan de trigo recién salido del horno, unas tajadas de carne de cerdo, y unas cervezas. Solo entonces, a la vista de la comida, me di cuenta del hambre inmensa que tenía. Cuando acabamos de comer, el mismo esclavo limpió la mesa y se retiró. Miré al sacerdote con una interrogación muda, Él, alisando su larga barba, me preguntó:

—¿Has entendido el sueño?

—No sé. Por lo visto voy a luchar contra los romanos, pero no sé cuándo ni cómo —respondí.

—Eso es sencillo. Combatirás contra los romanos al lado de un gran jefe. El resultado de la guerra es un secreto que el dios se reserva. Pero, lo más extraño... Lo más extraño es que el destino final de tu vida es el propio Endovélico. Lo que me has contado no deja lugar a dudas.

Le pregunté qué quería decir eso, pero él se encogió de hombros y replicó que no tenía mejor explicación. De todos modos, tarde o temprano, el dios me llamaría.

—Pero no va a ser inmediatamente —me dijo—, porque lo que está claro es que antes de que esto ocurra, tú vas a ser un guerrero.

—¿Qué debo hacer, pues? ¿Partir en busca de ese caudillo?

El sacerdote desvió los ojos y respondió en voz baja:

—No. El dios no te ha mostrado un camino. Tendrás, pues, que esperar. Las cosas ocurrirán en su momento preciso. No se puede forzar el destino.

\* \* \*

Restablecida ya, mi madre empezó a ayudar a curar a los enfermos que acudían al santuario. Su conocimiento de las virtudes de las plantas y de la preparación de pociones, aliado todo a su porte y a una belleza aún no desvanecida, le proporcionó un aura de prestigio gracias a la cual los habitantes de Arcóbriga y Meríbriga aceptaron de buen grado nuestra presencia. El sacerdote acabó por invitarnos a residir en una de las casas construidas junto al acceso al recinto sagrado, para que mi madre no tuviese que hacer todos los días el recorrido entre Arcóbriga y el santuario.

Camala mostró de inmediato sus deseos de aceptar la propuesta, pues se había entregado por entero a la vida religiosa. En cuanto a mí, no encontré razones para negarme, pues no quería abusar de la hospitalidad de Tongato. Mientras tanto, pensé con secreta angustia que tal vez el sacerdote se hubiera engañado en la interpretación del oráculo. Tal vez Endovélico me quisiera llamar ya a su servicio... y yo ya me veía pasándome la vida allí, cosa que no me seducía.

Los días transcurrían iguales. Hice algunas amistades entre los jóvenes de la ciudad, e iba a caza con ellos o les ayudaba en sus trabajos. Otras veces asistía a las curas de los peregrinos enfermos, y aprendí a usar ciertas hierbas, cortezas de árboles y hojas para aliviar dolores y sanar heridas. Pero dentro de mí crecía la ansiedad, y no conseguía encontrar reposo para el espíritu.

Las relaciones con Lobessa proseguían. Con un irritante sentimiento de culpa, comprendí que mi deseo por ella había desaparecido casi por completo, y me sorprendí siguiendo con los ojos a algunas muchachas de Arcóbriga. Muchas de ellas no escondieron su interés, cosa que me perturbaba aún más —sabía que todas o casi todas eran novias de muchachos de la comarca, y de ninguna manera quería meterme en líos, pero me preguntaba cuánto tiempo conseguiría resistir.

Un día, cuando andaba buscando plantas que me había pedido mi madre para tratar a un hombre que padecía de los ojos, me salió al camino una joven de Meríbriga. Era evidente que estaba a mi espera, y yo no podía —ni quería— escapar. Al fin, cuando el deseo quedó saciado y empecé a sentir cierta preocupación por lo que había hecho, ella, con la mayor desenvoltura, disipó mis recelos. Me contó que desde que me había visto por primera vez se había sentido subyugada por mí, pero que había esperado hasta casarse (realmente, había habido poco antes un casamiento en Meríbriga) para poderle demostrar al novio que era virgen. Y ahora, terminó con la más cándida de las sonrisas, aunque quede embarazada no habrá escándalo. Pese a su descaro, respiré profundamente, aliviado, y le prometí que nos encontraríamos más veces.

Aquella misma noche, cuando me acosté, lo pensé mejor. Estaba deshonorando a un hombre a quien ni siquiera conocía y que no me había

hecho ningún mal. Además, tarde o temprano nos descubrirían. Y, aunque esto no ocurriese, quedaba el peligro (nunca se sabe con las mujeres) de que empezara a sentir celos y a exigirme una fidelidad de esposo.

Decidí cortar de raíz y evitar nuevos encuentros. Pasé el verano sin percances, y cuando las primeras lluvias empezaron a caer, todo resultó más fácil, porque ya no eran posibles las escapadas amorosas al aire libre, en los campos.

Con la llegada del otoño, empeoró mi disposición. La lluvia, el viento y el frío me resultaban deprimentes; la caza se hizo difícil y eran raros los peregrinos que visitaban el santuario. Las fieras, en cambio, se aproximaban a los poblados.

Cediendo a mi insistencia, el sacerdote consintió en que yo consultara de nuevo al oráculo, y volví a dormir en la gruta, pero esta vez el dios no se manifestó.

## IX

El invierno fue largo, pero terminó súbitamente. Un día me despertó el olor de la primavera que invadía mi cuarto. Y, con el cambio, los tiempos de pesimismo parecían ya lejanos. Participé con alegría en los festivales y en los ritos con los que Arcóbriga y Meríbriga saludaron la renovación del mundo y el regreso de las divinidades de la vegetación. Mi incómoda amante meribrigense no volvió a asediarme: había quedado embarazada, y cuando nació la criatura —fue una niña— resultó obvio que no era obra mía. La madre, dividida entre los cuidados de la niña y el trabajo en los campos, ya no tenía tiempo libre para aventuras extraconyugales.

Todo parecía ir de la mejor manera cuando una hueste guerrera apareció a la vista de Arcóbriga. En lo alto de la muralla, los centinelas aguzaron la vista intentando identificar las insignias y saber si eran amigos o enemigos. En breve se retiró la alerta. «Son los príncipes», oí decir a uno de los vigías, con aire de alivio.

Pregunté quiénes eran aquellos jefes. Curio y Apuleyo, respondió él. Eran príncipes bastetanos huidos de su patria. La Bastetania es una de las regiones de la Hispania Ulterior donde llevan más tiempo establecidos los romanos, pero, como ocurre en otras regiones, de tiempo en tiempo hay allí revueltas esporádicas. Tras una de esas revueltas, Curio y Apuleyo, que eran primos (y cuyos padres habían firmado alianzas con Roma), habían marchado con un puñado de hombres de su tribu para unirse a los lusitanos. Participaron en la expedición de Púnico y César y, más tarde, en la guerra

que acabó con la matanza ordenada por Galba. Ahora, veteranos de la lucha contra Roma, combatían por cuenta propia al frente de una hueste formada por gentes de entre el Tagus y el Anas. Mi informador añadió que varios jóvenes de Arcóbriga luchaban bajo la insignia de los dos príncipes y había incluso una alianza formal entre estos y la ciudad.

La hueste acampó en el valle, y los comandantes vinieron a cumplimentar a los Ancianos. Se ofrecieron sacrificios a los dioses, se celebraron juegos de destreza, y la casualidad quiso que trabara amistad con uno de los guerreros, un hombre enorme llamado Indíbil, que vino al santuario para tratar unas fiebres persistentes. Su nombre sonó como un presagio favorable: muchos años antes, en el país de los ilergetas, un rey llamado Indíbil había levantado a su pueblo contra Roma.

El presagio se cumplió. Cuando mi nuevo amigo se libró de la fiebre que lo atormentaba, no tardó en sugerirme que me uniera a la hueste.

—Estás perdiendo el tiempo aquí —me dijo—, y eres demasiado joven para pasarte toda la vida en un santuario, dicho sea con el respeto debido a nuestro señor Endovélico...

Y comprendí que aquella era la oportunidad que esperaba desde hacía tiempo. Aquel mismo día Indíbil me llevó a ver a Curio, un guerrero de aspecto formidable, con una barba cerrada donde solo unos hilillos blancos acusaban el paso de las estaciones. Tenía quizá unos cuarenta años.

El príncipe me miró de pies a cabeza, lentamente. Me preguntó si tenía armas propias y si mi salud era buena. Luego mandó llamar a Apuleyo, que era un poco más joven y no tan imponente, pero que, como pude observar más tarde, era un combatiente de primer orden. Hablaron los dos a media voz. Al fin, Curio me anunció que estaba admitido. Partiríamos al cabo de tres días.

Al ascender por la ladera del otero, mi euforia se desvaneció ante la idea de tener que darle la noticia a mi madre. Ni siquiera sabía cómo empezar. Su futuro no me inquietaba ya: era respetada, el dios la protegía, y el oro que habíamos traído le aseguraba una vida cómoda. No obstante, iba a separarme de ella por primera vez.

El recuerdo de esa conversación es algo que aún hoy no puedo evocar, tal vez porque Camala no protestó ni se inquietó. Me dijo que ya empezaba

mi partida y, que solo me pedía que viniese a verla siempre que me fuese posible. Me arrancó la promesa de que no revelaría mi ascendencia brábara más que a gente digna de toda confianza, y añadió que si alguna vez pasaba por Balsa ofreciera sacrificios por el espíritu de mi padre. Dicho esto, se retiró, alegando que no se sentía bien.

Otras cosas contribuyeron a hacer más penosa mi partida. Hasta entonces no me había dado cuenta de la fortaleza de los lazos de amistad que había trabado. Los tres hijos de Tongato me conmovieron casi hasta el llanto al ofrecerme una coraza de lino trenzado y un escudo igual al que los lusitanos usan —«para tener la seguridad de que sobrevivirás», me dijeron riéndose. Todos eran mayores que yo y me consideraban un hermano a quien era preciso proteger.

Y luego, estaba Lobessa, que hizo lo posible para facilitar la despedida. La víspera, me prometió —antes de que yo se lo pidiera— que seguiría cuidando a Camala como lo había hecho hasta entonces. No hablamos de nuestras relaciones —o, mejor dicho, yo hice una desastrada tentativa de explicación que Lobessa interrumpió:

—Mi señor Tongio, te conozco muy bien. Tienes que vivir tu vida... no me quejo. No puedes dejar de ser como eres. Creo que siempre vas a necesitar cambiar. Hasta cuando una mujer te guste realmente, tendrás que cambiar. Lo sé. He aprendido a conocer a los hombres por su manera de comportarse en la cama.

Hubo un silencio embarazoso, que ella rompió con una pregunta trivial, y evitó cuidadosamente la palabra «adiós» hasta que nos separamos. Al día siguiente, antes de amanecer, me despedí de mi madre. Mientras me alejaba, con la garganta contraída, pensé que realmente la amaba, pese a todo lo que me exasperaba en ella.

*Trueno*, mi fiel *Trueno*, que había acompañado todas mis aventuras desde Gadir, batía con los cascos en el suelo, impaciente. Descendía de un linaje de caballos de batalla, y la proximidad de la hueste despertaba en él reminiscencias ancestrales. Le acaricié el pescuezo, monté, y partimos al galope.

2

La insignia del toro

# I

Durante la primavera hicimos pequeñas incursiones en Beturia, más para poder sobrevivir que para enfrentarnos seriamente con los romanos. Nuestros efectivos no permitían una ofensiva —Curio y Apuleyo tendrían unos dos mil hombres en aquellos meses— y solo podíamos atacar por sorpresa y en un terreno conocido.

A pesar de eso, o quizá precisamente por eso, aquella primavera fue un período importante para mí, porque pude habituarme a la vida de campaña, a las largas marchas, a vivir día a día y a afrontar el peligro constante. Me habitué también al lado menos brillante de la guerra, al espectáculo de las aldeas saqueadas y de las mujeres violadas (cosa que nunca me gustó ver; pero algunos de los nuestros eran especialistas en eso, y los príncipes toleraban su práctica, aunque no participaran en ella). Realmente, lo que menos me gustó fue el comprobar que éramos más una banda de salteadores que un ejército. No había más objetivo que vivir a costa del saqueo y matar romanos.

Otro aspecto penoso, pero inevitable, de la guerra, es ver la muerte de camaradas con quienes la víspera se compartió la comida en torno a la hoguera del campamento. Así perdí a mi amigo Indíbil, que murió durante un asalto, atravesado por una lanza. Lo vengué matando al legionario que lo alcanzó con su arma. Antes de morir, Indíbil me ofreció su yelmo de bronce, y me pidió que, a cambio, enterrase su cuerpo. Cumplí su voluntad:

había sido un valeroso guerrero y un buen amigo, siempre presto a instruirme en el oficio de la guerra.

Cuando llegó el calor anunciando la llegada del verano, se nos unieron unos jinetes del otro lado del Tagus con mensajes para Curio y Apuleyo. Los príncipes oyeron en privado a los recién llegados, e inmediatamente convocaron una asamblea de tropas. Los mensajeros, instados a repetir en público lo que habían dicho en privado a los comandantes, anunciaron que se estaba preparando un ataque a gran escala de los lusitanos y sus vecinos contra la Hispania Ulterior, a fin de vengar la traición del pretor Galba. En aquel momento, añadieron, se estaba formando una coalición de reyes, príncipes y jefes tribales. Entre los pueblos que enviarían contingentes para la gran hueste se contaban los igeditanos, los taporos, los túrdulos de Aeminium y Conímbriga, y también los vetones, fieles a sus alianzas con los lusitanos. Había muchos más pueblos: en total cerca de diez mil guerreros. Algunos de los jefes más ilustres habían manifestado su deseo de invitar a Curio y a Apuleyo a incorporarse a la expedición, y allí estaban los mensajeros: si la propuesta era bien recibida, tendríamos que comparecer en la gran asamblea que se iba a realizar junto a los montes Herminios.

El debate fue corto porque, al final, los comandantes habían decidido ya aceptar la invitación. Los mensajeros, que nos servirían de guías, fueron honrados con un festín —no muy abundante, por cierto, ya que teníamos que mantenernos lo suficientemente sobrios para partir con el alba. Por eso fueron racionados el vino y la cerveza. Con todo, al acostarme, me sentía aturdido, pero no por causa del alcohol, sino por la excitación. Al fin iba Roma a tener respuesta. Camalo y Beduno podrían reposar contentos en el reino de los espíritus.

Cruzamos el Tagus no lejos de la ciudad de Aritium Vetus. El río —uno de los más grandes que yo había visto hasta entonces— estaba desbordado a causa de las recientes lluvias, pero nuestros guías conocían un vado ideal, y el cruce se realizó sin accidentes. Pese a las palabras de amistad y de alianza, avanzábamos con cautela y en orden de combate. En Iberia, las relaciones entre los pueblos no eran buenas ni cuando se trataba de tribus emparentadas (y eso ocurre aún hoy). Eran muy frecuentes las guerras tribales, sobre todo en la Lusitania, donde los pueblos montañoses atacaban

a los de la llanura o guerreaban entre ellos por cuestiones de pastos, de mujeres o por ofensas hereditarias.

Cuando los últimos hombres de la hueste llegaron a salvo a la orilla norte, ofrecimos libaciones a las divinidades del Tagus, en muestra de gratitud por habernos permitido atravesar sus dominios, y reanudamos la marcha. Yo iba alegre como unas castañuelas: me había habituado a mi nueva vida, y no echaba de menos las comodidades de Gadir.

Pero aun así me quedé varias veces sorprendido (aunque nada dijera) a medida que íbamos avanzando hacia el Norte y tomando contacto con las tribus montañosas, cuyas costumbres son aún las de sus antepasados. Tanto los pueblos de la Bética —sobre todo los turdetanos— como los conios, son civilizados y educados. Uno de los antiguos reyes de Cinéticum, Gargoris, se hizo incluso famoso por haber descubierto las virtudes de la miel, cuyo uso introdujo en la alimentación y en los ritos. Ahora, yo había dejado este mundo y estaba entrando en otro, más antiguo y brutal. Descubrí que era verdad lo que había oído en Balsa sobre los sacrificios humanos con los que honraban a numerosas divinidades de las tierras altas. En una pequeña ciudad fortificada que encontramos en nuestro itinerario, los habitantes acababan de leer los presagios en las venas de un prisionero, un hombre a quien el sacerdote había ofrecido al dios Bandiarbariaico. El espectáculo del cadáver abierto, envuelto aún en la vestimenta de sacrificio, me revolvió el estómago.

Tres días después de cruzar el Tagus avistamos a lo lejos las cumbres de los Montes Herminios, que forman la sierra más alta de la parte occidental de la Lusitania. Es una región muy hermosa, de una belleza agreste, muy diferente de los paisajes que me eran familiares.

Empezamos a encontrar grupos de guerreros que se dirigían como nosotros a las laderas de los Herminios respondiendo a una idéntica llamada. Los saludos que cambiábamos eran ceremoniosos, y cada cuerpo de hombres proseguía su marcha por separado. Hasta que se concluyera una alianza formal, sellada por juramento, no se podía hablar de ejército lusitano.

Se entendía, por otra parte, la razón que había impuesto aquel punto de concentración. La región era un inmenso valle, una especie de cuenco

gigantesco delimitado por serranías y colinas, con espacio bastante para que varias huestes acampasen a cierta distancia unas de las otras. Solo los notables y sus escoltas participarían en las deliberaciones de la asamblea.

Avanzamos durante un día más, y, recibimos órdenes de acampar en la orla de un bosque. Quedaríamos bajo el mando de Apuleyo, mientras Curio partiría a la mañana siguiente al encuentro de los otros jefes.

Fui elegido para formar parte de la escolta que lo acompañaría (un honor que no esperaba) y pasé buena parte de la noche limpiando las armas, el escudo y el yelmo, y reparando estragos en mi coraza. Además, saqué de mis alforjas la túnica mejor. Siempre he pensado que un guerrero debe cuidar su apariencia antes de participar en ceremonias o entrar en combate, pues en estas circunstancias, representa, en cierto modo, al pueblo al que pertenece.

\* \* \*

Enorme y alegre confusión reinaba en el lugar elegido para la asamblea, a orillas de un riachuelo. Los esclavos alzaban tiendas donde los jefes pasarían la noche, mientras grupos de mujeres con vestimentas abigarradas, llegadas de las localidades próximas, preparaban las mesas para el banquete que cerraría la reunión. Constantemente se cruzaban las insignias de las diversas tribus, empuñadas por guerreros a caballo que cambiaban saludos y bromas ruidosas. En el lado norte del recinto, donde se veían cinco aras de piedra muy antiguas, los sacerdotes estaban alzando ya las piras de los sacrificios.

Curio tenía amigos entre los jefes presentes, y pronto enhebró la charla con ellos, dejando a la escolta entregada a sí misma. Nos dispersamos, y yo, que no conocía allí a nadie, me entretuve observando a las muchachas — algunas bastante hermosas — que se afanaban en torno a hogueras donde iba a ser asadas las piezas de carne para el festín.

De pronto, tuve la sensación de que estaba siendo observado, y una voz me estremeció:

—Volvemos a encontrarnos, hijo de Tongétamo...

Me volví y me encontré con Viriato. Me precipité hacia él y lo abracé con tanta alegría como si fuese un hermano reencontrado. No era preciso preguntar para saber que Viriato estaba allí en calidad de comandante. Como si fuese un manto real, la misma aura de poder que yo había notado tiempo atrás continuaba revistiéndolo. No obstante, y a diferencia de los otros jefes, no llevaba ningún adorno ni insignia de oro. Los brazaletes que ceñían sus brazos eran de bronce, se protegía con la misma coraza de lino trenzado que vestía cuando lo conocí, y la única concesión aparente a la solemnidad de la ocasión eran las tres grandes plumas rojas que adornaban su casco.

Apenas había empezado a hablar con él cuando una fortísima palmada en las espaldas me hizo dar dos pasos adelante, y un grito amigo resonó en mis oídos:

—¡Vaya, hombre! ¡Aquí tenemos a ese chiquillo conio!

Era Táutalo, que ya sabía por uno de mis camaradas que me había alistado en la hueste de Curio.

—Cuando me dijeron que se les había incorporado un novato en Arcóbriga, enseguida imagine que eras tú...

Cambiamos informaciones, o, mejor dicho, ya que yo no tenía noticias que dar, me contaron ellos las últimas novedades, tanto de la Lusitania como de la Calecia y de las tierras sometidas a los romanos. De todo lo que me dijeron, retuve dos hechos: las dificultades en que se debatía la dinastía usurpadora que gobernaba Brácaro; el descontento contra el rey era tan grande que este no se atrevía a abandonar la capital y no iba a estar presente en la asamblea; se sabía que los nobles de la fracción adversa habían decidido permanecer en la ciudad para no dejar al monarca el campo libre. Como resultado, la coalición que se preparaba no podría contar con los brácaros —«lo que para ti será una buena noticia, ¿no?», comentó Viriato.

El segundo punto importante era la situación en el territorio romano, donde las autoridades ni soñaban con la posibilidad de un ataque. El exterminio de los diez mil lusitanos (sin hablar de los veinte mil vendidos en la Galia) era cosa reciente y había provocado en los romanos un sentimiento de prepotencia y la convicción de que la Lusitania no provocaría problemas en muchos años.

—Esa es nuestra arma más importante —dijo Táutalo—, porque caeremos por sorpresa sobre ellos y los barreremos hasta el mar.

Viriato lo miró con aire divertido, pero pronto se puso serio:

—Hasta el mar, no creo. Y veremos incluso hasta donde podemos barrerlos...

En ese momento vinieron a llamarlo. Intrigados por lo que había dicho, pregunté a Táutalo si había razones para dudar de nuestro éxito. Encogiéndose de hombros, me respondió que Viriato había deducido, de conversaciones con otros jefes, que sería difícil llegar a un acuerdo para establecer un mando único, centralizado en un solo hombre.

—Este es un viejo hábito nuestro —observó—. Ninguna tribu quiere ceder el mando a un extraño, aunque sea también lusitano, salvo en casos de emergencia especialísima...

—Pero... ¿Y Púnico? ¿Y César? ¿Y Cauceno?

—Mandaban a sus soldados, gente de sus pueblos. Sí, ya sé: tenían algunos aliados, pero nunca pudieron tomar una decisión importante sin reunir primero el consejo para discutir largamente. Es una antigua costumbre, y todos se aferran a ella. Viriato piensa que ese sistema no sirve cuando se trata de combatir a los romanos.

Táutalo abordó a una muchacha que pasaba con un ánfora de cerveza y fingió arrebatársela al tiempo que la galanteaba. Ella se echó a reír, le dio una palmada en la mano y le dejó el ánfora. Yo no quise beber y le pregunté si Viriato iba a hablar en este sentido en la asamblea. Durante unos instantes tuve como única respuesta el borboteo de la cerveza en la garganta de Táutalo. Luego, se limpió la boca con el dorso de la mano, y dijo:

—Es difícil que lo haga. Viriato es conocido y respetado, pero no es jefe de tribu, y nuestro contingente es pequeño. Somos los mejores, de eso ni se duda, pero no pasamos de mil jinetes y tienen que vernos en acción para comprender ciertas cosas... Entre tanto, Viriato tiene un aliado importante: Caturu, rey de los igeditanos. Cerca de trescientos hombres de Igedium forman parte de nuestro grupo. Y lo mismo pasa con los vetones... Pero no sé si eso bastará.

Sonó la trompa llamando a los jefes a asamblea. Antes de separarme de Táutalo quise saber qué pensaba él, personalmente, de la idea de Viriato.

—Por mí todo va bien mientras haya lucha —dijo riéndose—, pero el comandante es quien sabe de estrategia. Y siempre acierta. ¡Eso es también algo que los otros solo entenderán más tarde!

\* \* \*

Habían acabado el desorden y el bullicio. Los jefes estaban sentados en toscos bancos de madera formando un amplio círculo, y detrás de cada uno estaba su respectiva escolta en pie, en formación. Era un espectáculo curioso: al lado de hombres de la llanura, como los de Aeminium, cuyos guerreros vestían sus mejores ropas en las que destellaban el oro y las joyas, se veían feroces guerreros de las montañas, con los cuerpos relucientes de aceite y los largos cabellos prendidos detrás con una correa, como si fuesen a entrar de inmediato en combate.

Los discursos eran interminables, repetitivos, aunque todos tenían un tono inflamado. De vez en cuando, yo observaba a Viriato, que estaba al otro lado del círculo, casi enfrente de mí, quieto y callado, escuchando con la atención de quien no quiere perder palabra. La insignia de su tribu, un toro, era empuñada por Táutalo. Este, colocado tras su comandante como si quisiera protegerlo de un ataque por la espalda, manifestaba constantes señales de impaciencia.

Sus previsiones se confirmaron. Viriato no habló, pero Caturó abogó insistentemente por el nombramiento de un mando unificado. Con todo, el rey no participaría en la expedición —tenía problemas en sus fronteras— y eso quitaba fuerzas a sus argumentos. Al fin, fueron elegidos cinco jefes (cuyos nombres no recuerdo ya) atendiendo a los múltiples parentescos y alianzas que unían y dividían a los diversos pueblos.

Declinaba el sol cuando se dispersó la asamblea, y todos, en un ambiente de fiesta y bullicio, se dispusieron a participar en el banquete, que estaba ya servido. Más tarde, cuando el vino y la cerveza habían alegrado aún más a los comensales y los cánticos de guerra hacían que retemblaran las copas de los árboles, conseguí encontrar de nuevo a Viriato. Se mantenía perfectamente sobrio (Táutalo, borracho perdido, andaba a gatas soltando

aullidos). Le pregunté si la decisión de la asamblea iba a perjudicar el resultado de la empresa. Con una súbita mirada de soslayo, y mirando luego alrededor, pero con aire imperturbable, me respondió:

—Ya veremos. Lo que me molesta es que el resultado, ahora, va a depender de los romanos y no de nosotros.

Se alejó, llamado por uno de sus hombres, y yo me quedé pensando que me encantaría luchar bajo su mando. Pero me había comprometido con los príncipes y un hombre tiene que respetar su palabra.

\* \* \*

La mañana siguiente se dedicó a las ceremonias religiosas, que se iniciaron con el alba. Cerdos, toros, carneros y caballos fueron sacrificados a los dioses guerreros y ofrecidos por todas las tribus allí representadas. El número de víctimas era tan elevado que al mediodía el aire era casi irrespirable con el olor a sangre, grasa y carne quemada que se desprendía de las aras y de las piras. Los presagios anunciaban muchos peligros y algunos reveses, pero también una gran victoria. Se hicieron entonces los juramentos solemnes tomando a los dioses por testigos, y hubo juegos, saltos, carreras, luchas cuerpo a cuerpo y combates fingidos con espadas y lanzas. Yo gané un premio (una daga con empuñadura de plata) en una de las carreras. Al caer la tarde, el valle se llenó de luces: millares de hombres —los diversos contingentes que se habían concentrado— se sentaban alrededor de las hogueras donde asaban la cena.

Cuando me dirigía a mi campamento, alguien me llamó. Era Táutalo, que insistía en felicitarme por la victoria. Acabé por sentarme a su lado y bebí con él y con sus compañeros, todos del grupo de Viriato. Este se había retirado ya a su tienda, tras ordenar que la confraternización no fuera muy lejos en la bebida.

—Y apuesto —dijo Táutalo— a que el comandante se ha acostado vestido y con armas, dispuesto ya para la marcha. Para él, la guerra es la guerra, hasta de noche...

Ese comentario me proporcionó un motivo —que yo esperaba— para pedirle información sobre el pasado de Viriato: ¿de qué familia era?, ¿cómo se había convertido en jefe de guerra?, ¿tenía sangre real?

Táutalo no se hizo rogar: conocía a Viriato desde la infancia y, como todos los otros, sentía un inmenso orgullo por combatir bajo su enseña. Me contó que el padre de Viriato, Cominio, había sido un pequeño jefe tribal del valle del Tagus. Según la costumbre lusitana, el primogénito era el único heredero de los bienes de la familia, y por eso Viriato, tercer hijo (el segundo era una mujer), se había visto forzado, como muchos otros jóvenes, a elegir la vida ruda de las bandas que saqueaban las tierras del Sur. Había destacado rápidamente por sus cualidades; para apoyarlas, estaba su experiencia desde niño y adolescente: a los cinco años, el padre, antes de partir a la guerra, lo había dejado con la madre y los hermanos bajo la protección de los igeditanos, de quien era aliado. Cominio había muerto en combate, y Viriato había crecido entre los guerreros de Igedium, y con ellos se había preparado para la guerra. Anduvo por las montañas, había guardado rebaños, trabó amistad con los montañeses, y cuando llegó a los dieciséis años era ya un hombre hecho, curtido por el viento y el aire libre, con enorme resistencia física y una admirable capacidad de mando. La primera banda en que se integró, lo eligió inmediatamente como jefe.

—Desde esa época —concluyó Táutalo— es nuestro comandante, y hay hombres que darían cualquier cosa por formar parte de nuestro grupo. Y no solo porque Viriato es el más fuerte, sino, sobre todo, porque es el más justo. Los guerreros saben que con él al mando tienen más probabilidades de sobrevivir y de vencer. A muchos reyes les gustaría tener un hijo como Viriato... Empezando, mi querido Tongio, por el de los brácaros, que hoy debe de estar maldiciendo la hora en que su familia destronó a tu abuelo Tongétamo.

—Pues yo deseo ardientemente que siga maldiciendo esa hora —gruñí.

La verdad es que, en el fondo, me interesaban muy poco las discordias internas de Brácaro. Otra cosa me preocupaba más.

—No repitas eso —le dije a Táutalo—. Yo mismo me muero de ganas de luchar bajo la enseña del toro, pero he prestado juramento a Curio, y sería un deshonor abandonarlo...

Táutalo me miró:

—¿Quién sabe? Los azares de la guerra alteran nuestras vidas...

## II

De pie sobre la cúspide irregular de un roquedal, clavé la mirada en el caserío que destacaba, recortado contra el cielo enrojecido, en la línea del horizonte, e intenté dominar la emoción que sentía al volver a contemplar la ciudad de Gadir.

Se habían cumplido los vaticinios. Nuestra hueste se había precipitado como un huracán sobre la Bética, arrollando a los poblados y a las sorprendidas legiones romanas. Nadie había creído que los lusitanos, diezmados por Galba, serían capaces de alzarse con efectivos suficientes para lanzarse a una expedición como aquella, y el resultado de aquel exceso de confianza quedaba patente: en pocas semanas habíamos atravesado Beturia y entramos en Turdetania, tierra fértil y rica, consiguiendo abundante botín. Ahora, cargados con el producto del pillaje, estábamos a la vista de Gadir, y dentro de dos días, como máximo, podríamos atacar la ciudad —lo que me llevaba a pensar en la mejor forma de proteger a Eunois.

Sería quizá nuestra primera batalla, pues hasta entonces solo habíamos trabado combates por sorpresa, resueltos siempre con la matanza y la huida del enemigo. «Una expedición así —había comentado Táutalo, que luchaba por puro placer— no tiene gracia». Y se lamentaba de «no haber manchado siquiera la hoja de la espada».

En los últimos días lo había visto varias veces con Viriato. En marcha hacia los campamentos, sus hombres avanzaban junto a los de Curio y

Apuleyo. Por eso pude observar, una vez más, la diferencia que había entre Viriato y los otros jefes. Nuestras tropas apenas podrían considerarse un verdadero ejército; eran más bien una horda repartida en varios cuerpos que avanzaban en desorden, según el deseo y la inspiración de cada jefe. Los mil guerreros que avanzaban tras la insignia del toro formaban, ellos sí, un pequeño ejército disciplinado. Cuando acampaban, las tiendas se disponían de acuerdo con un orden establecido; durante la marcha, todos conocían la posición que debían ocupar y lo que les correspondía hacer. Batidores apostados en vanguardia y en los flancos de la columna vigilaban permanentemente el terreno.

Otra diferencia importante estaba en el reparto del botín. Casi todos los jefes elegían primero las mejores piezas y las mujeres más jóvenes; el resto quedaba para quien consiguiera echarle mano, y eran frecuentes las peleas, no solo entre guerreros sino también entre oficiales. Nada de esto sucedía en el campamento de Viriato. Con una autoridad absoluta e incontestada, él iba distribuyendo el botín según el valor demostrado por cada hombre, y reservaba para sí solamente algo que necesitaba: una espada, una azagaya, una túnica, e incluso a veces no quería nada. En cuanto a las mujeres, solo dejaba que se repartieran las esclavas, y no veía con buenos ojos que las maltrataran.

En consecuencia, la armonía reinaba siempre entre los mil jinetes, para quienes Viriato no era solo el jefe sino también el protector, el juez y casi un dios. Hombres maduros, endurecidos por años de guerra, obedecían sus órdenes sin pensar que podría ser su hijo. Al considerar todo esto, aún deseaba yo con más vehemencia pasar sin deshonor a servir a su insignia.

Fue precisamente la voz de Viriato la que me devolvió a la realidad:

—¿Soñando con la infancia, Tongio?

Se encontraba en la base del roquedal por el que yo había trepado. En dos brincos descendí y me acerqué a él.

—No. Más bien pensaba en la conquista de Gadir. Vive ahí un hombre, un griego, que me ayudó mucho. Me gustaría que no le pasara nada.

Viriato movió la cabeza con aire de duda:

—Va a ser difícil... Cuando las bandas entran combatiendo en una ciudad... pero habla con Curio. Tal vez puedas convencerlo... Eso, claro, si

llegamos a entrar en Gadir.

Algo me llamó la atención en su voz.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees que no lo vamos a conseguir?

Él se encogió de hombros.

—No sé... creo que las cosas han ido demasiado bien hasta ahora. Es posible sorprender a los romanos, pero son tenaces, y siempre intentan vengar lo que consideran una afrenta. Además, son poderosos...

—Bueno —objeté—, pero los hemos barrido ya de Beturia y de la Turdetania, y casi sin lucha.

—Precisamente por eso. Estamos muy adentrados en el territorio sujeto a Roma, a las puertas de la mayor ciudad de Iberia. Los romanos no pueden permitir que Gadir caiga. En fin, veremos qué nos trae el día de mañana.

En los campamentos de la hueste ardían ya las hogueras para la noche y algunos hombres preparaban la cena. Preferí olvidar las dudas de Viriato y lo único que me preocupó fue la mejor forma de proteger a Eunois cuando entrásemos en Gadir. Hablaría con Curio; un grupo de los nuestros podía quizá llegar a su casa antes que los demás. Era lo mínimo que podía hacer yo para pagar la amistad y la honradez con que Eunois me había tratado. Confiado en mi plan, me fui a dormir.

Desperté bruscamente con un escándalo de gritos e imprecaciones y el tintineo de las armas al ser aferradas a toda prisa. «Un ataque», pensé. Pero al salir de la tienda —clareaba la noche, y las hogueras estaban casi apagadas— solo vi hombres corriendo de un lado a otro. En un grupo vi a Tántalo, Viriato y Apuleyo. Curio llegaba en aquel momento. Corrí hacia allá.

Los hombres se apiñaban alrededor de los cuerpos ensangrentados de dos legionarios romanos. De los gritos deduje que habían sido atrapados cuando pasaban furtivamente junto a nuestro campamento, en dirección a Corduba. Viriato, irritado, censuraba a Apuleyo porque los captores —que eran guerreros bajo el mando del príncipe— se habían apresurado a matar a los legionarios en vez de traerlos vivos al campamento.

—Nunca se debe matar a los emisarios —decía Viriato intentando contenerse— al menos hasta que nos digan qué mensajes llevan. Necesitamos esa información.

—Bueno —gruñó Curio hundiendo los dedos en la barba—, ahora ya es tarde para interrogarlos. De todos modos, el mensaje no llegará a su destino, y eso ya es bueno... vosotros —y se volvió a los hombres que habían interceptado a los romanos— quedaos con sus cosas.

Fascinado, y sin saber por qué, me quedé mirando cómo los desnudaban. Uno de los legionarios llevaba unas monedas de plata y de cobre que fueron inmediatamente repartidas. De pronto, vi que uno de los guerreros tenía en sus manos algo que me era familiar. Lo miró, comprobó que no estaba hecho de metal precioso y lo tiró al suelo. Involuntariamente, di un grito y me precipite a recogerlo.

El hombre que lo había tirado me miró con asombro:

—¡Eh, oye! Si eso tiene algún valor, me pertenece ¿eh?

Lentamente, levanté hasta la altura de sus ojos la tablilla doble cuya parte interior estaba cubierta de cera escrita.

—Esto es lo más valioso del botín, pero no para ti. Para ti no tiene ningún valor. Es el mensaje que esos llevaban.

Apuleyo empezó a hablar con el tono de un chiquillo enrabiscado:

—¿Y quién va a entender lo que va escrito?

Dejé de prestarle atención porque alguien más próximo a mí me llamó tranquilamente:

—Tongio.

Me volví hacia Viriato, cuyos ojos centelleaban.

—Tú sabes leer ¿no? Y hablas la lengua de los romanos...

—Claro que sí. Perdí bastante tiempo de juegos y diversiones para aprender latín y griego... y otras cosas.

Rompí el sello. La luz era ya suficiente para descifrar el mensaje, y lo fui leyendo en voz alta ante el asombro de los guerreros que me rodeaban, hombres para quienes la escritura era un misterio cercano a la magia. La carta estaba firmada por un tribuno militar, probablemente el comandante de la guarnición de Gadir, e iba destinada al pretor Cayo Vetilio, en Corduba. El tribuno decía que los bárbaros (nosotros) estaban a la vista de las murallas gaditanas, la ciudad estaba en peligro, y le pedía que avanzara urgentemente hacia el Sur con tropas de refuerzo.

—¿Quién es ese Cayo Vetilio? Nunca he oído hablar de él... —rezongó Apuleyo.

Curio dijo lo mismo, y se quedaron ambos mirando a Viriato, como si esperaran alguna respuesta de él. Viriato movió la cabeza negativamente, y dijo en un tono sarcástico:

—Tampoco me lo han presentado nunca, pero no es difícil entender que se trata de un pretor llegado recientemente de Roma, y como es pretor, estoy casi seguro de que es el nuevo gobernador romano de la Hispania Ulterior. Está en Corduba, con tropas de refresco, y eso es suficiente para alterar los planes. Curio... —la voz de Viriato sonó ahora tensa y velada— hay que reunir un consejo inmediatamente. Ya no podemos atacar Gadir.

Apuleyo protestó, pero Curio, tras reflexionar un momento, gritó una orden, y sonaron inmediatamente las trompas convocando a los jefes. En medio de la agitación, Viriato se acercó a mí.

—Táutalo me ha dicho que te gustaría unirme a nosotros —dijo—. ¿Realmente te gustaría?

Respondí que sí y que solo el compromiso asumido para con Curio me impedía solicitar la admisión en su banda.

Viriato me dio una palmadita en el hombro:

—Aprecio tus escrúpulos. Hay tal vez una forma de satisfacer ese deseo sin quebrantar tu palabra... espera unos días, a ver qué puedo hacer yo...

Quise agradecerse, pero él me interrumpió:

—No lo haría si no pensara que vas a servirme de mucho... Sí, y no me mires así. Sabes luchar, aunque no tengas mucha experiencia. Sin duda hay guerreros mejores que tú, pero ninguno de ellos sabe leer, y pocos son los que conocen otra lengua que no sea la que aprendieron con su madre. Algo me dice, Tongio, hijo de Tongétamo, que vas a serme muy útil.

Los jefes empezaban a llegar, intrigados o irritados, según sus temperamentos, con la llamada a consejo. Sobre todo, los cinco jefes supremos parecían considerar ultrajante que alguien se permitiera el lujo de convocarlos. Pero las noticias, cuando fueron conocidas, los llevaron a olvidar la ofensa.

No asistí al consejo, pero me contaron cómo transcurrió todo. Hasta los más obstinados entendieron que no era posible atacar Gadir. Nos

arriesgábamos a ser atacados por la retaguardia durante el cerco, y si entrábamos en la ciudad, bastaría que las tropas del nuevo pretor vinieran desde Corduba, para que nos viéramos cercados en Kotinoussa, con el mar como única salida. Muchos de los nuestros nunca habían entrado en un barco, y, además, los romanos y, los gaditanos utilizarían todas las embarcaciones disponibles para huir antes de nuestra entrada en la ciudad.

Descartada la idea del ataque, quedaba por decidir qué se iba a hacer. Viriato propuso que nos dispersáramos en grupos y que intentáramos obtener más informaciones sobre los refuerzos del enemigo. Otros querían avanzar en dirección a Corduba para obtener más datos sobre las tropas de Cayo Vetilio, confiando en la reputación de invencibles que nos habíamos ganado al entrar en Beturia.

Prevaleció esta última opinión. Para compensar a los hombres por la pérdida del botín de Gadir, se decidió que saquearíamos la ciudad de Urso, que quedaba de camino hacia Corduba.

Encontramos a las tropas de Vetilio antes de lo que esperábamos. Un día después de haber interceptado a los mensajeros de Gadir, nuestras vanguardias trabaron un breve combate con unos jinetes romanos que surgieron inesperadamente de un bosque.

Esta vez, el enemigo no se dejó dominar por el pánico, y no huyó. Tras los primeros momentos de combate se vio claro que luchábamos con tropas muy diferentes de aquellas con las que habíamos combatido hasta entonces. Tuvimos bastantes bajas, y el propio Curio se vio en peligro. Viriato, que contra su costumbre se había aproximado y mezcló sus hombres con los nuestros, le salvó la vida atravesando con un venablo al decurión que le atacaba por la espalda. Al final, la caballería romana se retiró en buen orden.

Mientras los guerreros retiraban los cuerpos de los camaradas para prestarles honras fúnebres, Curio fue a ver a Viriato y le tendió la mano:

—Estoy en deuda contigo y nunca me ha gustado deber nada a nadie, aunque sea a ti. Si estás de acuerdo, elige lo que quieras de mi parte del botín, o si quieres, cuando saqueemos Urso te quedas con lo mío.

Viriato soltó una carcajada:

—Te lo agradezco, pero hablas con mucha confianza de ese ataque a Urso. Si quieres pagarme, puedes hacerlo ya sin perder nada de las riquezas que has conseguido.

Se volvió hacia mí, y llamó:

—¡Tongio!

Me acerqué con la sangre en las mejillas al darme cuenta de su idea.

—Este joven guerrero —dijo Viriato— es un antiguo conocido mío. En realidad, le debo un buen caballo y aún no se lo he pagado... Dispénsalo del juramento, permítele pasar a mi grupo, y quedará cancelada tu deuda.

Esta vez fue Curio quien se echó a reír.

—Si así lo quieres, sea. Tongio, quedas liberado del compromiso de luchar a mi lado. A partir de ahora, tu jefe será Viriato, hijo de Cominio.

Riendo aún, se alejó. Miré a mi nuevo jefe con emoción.

—No sé qué decir. Comprendo ahora... porqué te aproximaste tanto a Curio durante la lucha. ¿Pensabas...?

—Pensaba buscar la manera de que quedara en deuda conmigo. ¿Por qué no? Ya te dije que no es tan difícil encontrar un buen guerrero, pero sí lo es conseguir un intérprete, y además letrado.

—Bien, pero aun así, espero que me permitas combatir.

La sonrisa desapareció de su rostro:

—De eso, puedes estar seguro. Todos tendremos que combatir... Vienen días difíciles, Tongio, y sigo pensando que es un error seguir avanzando hacia Urso.

Mi alistamiento fue saludado alegremente por los guerreros, a quienes ya conocía. Pronto me sentí muy a gusto entre ellos, incluso más que con los hombres de Curio y Apuleyo, que se mantenían aferrados a sus prejuicios de tribu. Las tropas de Viriato, formadas por una mezcla de lusitanos de la llanura y lusitanos de la sierra, igeditanos y vetones, eran más fieles al espíritu de cuerpo que a la solidaridad tribal.

Aquella misma noche, durante una reunión con varios jefes, Viriato volvió a defender, en vano, la idea de que debíamos evitar el ataque a Urso. Yo estaba cerca, y oí la discusión. Los jinetes romanos que habíamos encontrado, argumentó Viriato, eran una vanguardia de exploradores de Cayo Vetilio, y habían dado muestras de experiencia y disciplina superiores

a las de nuestros hombres, y si el ejército del pretor estaba formado por tropas como aquellas, no estábamos en condiciones de arriesgar una batalla campal.

Pero el ansia de pillaje era más fuerte que la voz del buen sentido. Al día siguiente adoptamos ya, en marcha, el orden de batalla, con la caballería delante para forzar las líneas enemigas. En esta formación, el grupo de Viriato ocupaba el ala derecha. Avanzábamos por una región poblada en tiempo de paz, pero cuyos habitantes habían huido por los bosques y cerros fortificados, presintiendo la proximidad de la guerra. Solo algunos animales —bueyes escuálidos, y cabras flacas y enfermas que no valía la pena conservar— vagaban desamparadas por los campos. Urso debía de estar abarrotada de refugiados con sus enseres y animales.

El sol caía a plomo y muchos de los nuestros se quitaron los cascos para soportar el calor. Viriato, fiel a su costumbre, había enviado batidores para reconocer nuestro frente de avance. Volvieron acompañados por un pequeño grupo de jinetes armados, habitantes de Urso, que habían decidido unirse a nosotros por odio a los romanos o por pensar que éramos más fuertes. Sus jefes, dos hombres de pelo gris llamados Audax y Minuro, conferenciaron con Viriato, que antes de dejarlos con los cinco jefes máximos los interrogó largamente. El ejército del pretor, dijeron, estaba ya cerca, cerrando el camino ante Urso. Lo componían unos diez mil hombres.

—Estamos en igualdad de fuerzas —murmuró Táutalo, que cabalgaba a mi lado—, pero Viriato tiene razón, son legiones llegadas de Roma, frescas y bien entrenadas. Se ha acabado el juego... Ahora, al fin, vamos a demostrar lo que valemos.

Terminó el día sin que viéramos señal de los romanos. Aquella noche no hubo hogueras y tuvimos que contentarnos con carne salada y pan de bellota. De madrugada, Viriato mandó despertar a sus hombres para darles instrucciones: En ningún caso deberíamos abandonar la formación, ni aunque huyeran los romanos. Durante la batalla, toques de trompa combinados darían las órdenes oportunas. Y, sobre todo: no habría tiempo para sacrificar víctimas a los dioses ni para leer presagios. Táutalo me dijo luego confidencialmente que el propio Viriato había hecho un sacrificio durante la noche, y que las señales eran desfavorables.

Como resultado, al salir el sol estábamos ya a caballo y en movimiento, lo que forzó al resto de la tropa a apresurar los preparativos, con gran irritación de los otros jefes. Iba alta la mañana cuando quedó la tropa formada. Poco después avistamos las murallas de Urso. Entre ellas y nosotros, esperaba el ejército romano. Tal vez los veteranos pudieran describir la batalla y explicar los errores que cometimos. Todo me pareció caótico desde el principio, pues, por lo que puedo recordar, ya empezamos mal: los jinetes lusitanos, entonando sus impresionantes himnos de guerra, se lanzaron sobre las legiones, pero lo hicieron indiscriminadamente. Antes de alcanzar las líneas enemigas, una lluvia de saetas lanzadas por los infantes se abatió sobre ellos y los diezmó. Tropezaron entonces con una muralla de lanzas empuñadas por los triarios y, mientras intentaban en vano abrir una brecha, los escuadrones de caballería romana nos atacaron por los flancos. El ala mandada por Viriato resistió, pero el flanco opuesto cedió a la presión, y pronto el combate se convirtió en una matanza. De todos los cuerpos de tropas lusitanas, solo el nuestro mantuvo la formación, cumpliendo las órdenes de Viriato. Con este al frente, lanzamos una carga temeraria para cubrir la fuga de los otros. Esa carga, que ya no esperaban los romanos, salvó muchas vidas, pero la derrota era completa. En el campo quedaron millares de lusitanos, y solo nuestro grupo salió ileso, por favor de los dioses —y porque nadie había huido.

Y aún nos quedaba un trabajo agotador: intentar reunir a los fugitivos. Curio y Apuleyo habían logrado mantener a su alrededor a algunos centenares de hombres, y con ellos intentamos organizar una línea de protección. Al caer la noche, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, nos reunimos en un pinar para discutir qué podíamos hacer. Teníamos ya una idea más o menos exacta de la situación: con nosotros se encontraban unos dos mil hombres a caballo, algunos de ellos heridos e incapaces de moverse. Los heridos más graves estaban destinados a recibir el golpe de gracia de los legionarios, que entretanto parecían haber regresado a las posiciones que ocupaban antes de la batalla.

—¡Qué raro! —murmuró Viriato secándose con la mano el sudor que le corría por la frente—. Lo lógico es que nos persiguieran...

—Tienen miedo de aventurarse en un terreno desconocido —comentó Apuleyo, que había luchado como una fiera y acabó por romper su espada contra una coraza romana—. Pero ahora tenemos que aprovechar esta ventaja para encontrar refugio.

Audax, uno de los hombres de Urso, intervino:

—Conozco un buen lugar, un poblado abandonado, cerca de aquí. Las murallas están en pie. Es un lugar muy antiguo y no sé si habrá en él alguna maldición.

—No puede haber peor maldición que la que hoy nos ha caído encima —gruñó Curio—. Si agarro a los sacerdotes que nos leyeron los presagios en los Herminios, van a oír algo que no van a olvidar tan pronto...

Viriato, pensativo, acariciaba el pescuezo de su caballo.

—Pero si nos refugiamos ahí —recordó—, nos arriesgamos a que nos rodeen los romanos.

Apuleyo hizo un gesto de impaciencia que agitó su manto de pieles, rasgado por innumerables estocadas.

—¿Y qué otra solución nos queda? Necesitamos un sitio donde pasar la noche, para reunir a nuestros hombres y para cuidar a los heridos. Además, está oscureciendo ya.

Se decidió que Audax guiaría a la mayor parte de los hombres hasta la población desierta, mientras Viriato, con un centenar de guerreros, intentaría encontrar más fugitivos. Con nosotros vendría Minuro, el amigo de Audax.

Acompañé a Viriato. Durante gran parte de la noche, iluminados solo por la luz de la luna, batimos la región. El campo de batalla nos estaba vedado, pues estaba guardado por patrullas romanas (cuando nos acercamos, oímos los gritos de nuestros compañeros caídos, que los legionarios degollaban). En medio de aquella pesadilla, aún conseguimos reunir a un millar de guerreros que vagaban por los campos o se ocultaban en los bosques. Al fin, nos dirigimos al refugio.

La antigua ciudad estaba casi intacta. Solo la muralla exterior estaba en ruinas. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando vi las murallas y las viejas casas de forma circular, testimonio de una época muerta hacía ya mucho tiempo. ¿Qué espíritus habitarían aquellas ruinas? ¿Cómo iban a aceptar

nuestra presencia? Minuro nos aseguró que muchos habitantes de la región, cuando iban de caza, pernoctaban en aquellas casas y que nunca nadie los había molestado.

Cuando entramos en el recinto fortificado ya este se encontraba lleno de hombres y caballos. En la pequeña plaza frontera al templo —este sin tejado ni imágenes sagradas— estaban tumbados los heridos, a quienes algunos hombres, conocedores de los rudimentos del arte de curar, intentaban socorrer en lo posible.

Me sentía capaz de dormir un año entero, de tan cansado como estaba. Con todo, el espectáculo de Viriato y Táutalo (ambos tan fatigados como yo) organizando los turnos de vigilancia e intentando poner allí un mínimo de orden, me llevó a querer demostrar que también yo estaba a la altura de la emergencia. Conocía a uno de los hombres que cuidaban a los heridos, un joven vetón llamado Arduno, que pertenecía a nuestro grupo. Fui a verle y le ofrecí mi ayuda.

Arduno alzó hacia mí sus ojos sorprendidos:

—Cada día me das una sorpresa, Tongio... O sea que, además de saber leer, encima eres curandero...

—No exactamente, pero cuando vivía en el santuario de Endovélico ayudaba a mi madre a cuidar a los peregrinos.

—¡Muy bien! —respondió él—. Entonces, manos a la obra... —y me dio unas hierbas, que había ido a buscar no sé dónde, para que preparara con ellas un unguento.

Nos afanamos en lavar heridas, improvisar vendajes y distribuir la poca agua que había entre los hombres que ardían en fiebre. Al fin, cuando había hecho ya todo lo que era posible hacer, me recosté en un muro, tan cansado que hasta tenía miedo de caerme. Una cantarilla de barro apareció bajo mi nariz.

—Bebe —dijo Táutalo—. Lo necesitas.

Era cerveza, muy mala, pero me supo como si fuese néctar. Le di las gracias al tiempo que le devolvía la cántara, y pregunté:

—¿Habéis contado ya los supervivientes?

Hizo un gesto afirmativo:

—Hemos perdido más de la mitad de los nuestros. Se ha acabado la expedición, Tongio, y suerte tendremos si logramos salir de aquí.

—Pero los romanos no nos persiguen...

—No, y precisamente eso es una mala señal. En fin, es una preocupación para mañana. Ahora, vete a dormir.

Así lo hice. Dormí profundamente, pero por poco tiempo. Desperté con el alba, y me di cuenta inmediatamente de que algo pasaba, porque tanto las murallas como los roquedales —los había dentro del recinto de la ciudadela— estaban llenos de hombres en silencio y mirando hacia el exterior. Me levanté y subí a la muralla.

La luz de la mañana dejaba ver los campos de alrededor. Y, para cualquier lugar que se mirara, solo se veían legionarios romanos. Estábamos cercados.



### III

Parecía como si los dioses quisieran hacernos pagar muy caro las primeras victorias y el avance fulgurante hasta Turdetania. Rodeados de enemigos, apiñados en un espacio exiguo, sin alimentos, éramos una sombra de la hueste que había estremecido la Bética. Para colmo, el agua que descubrimos en el pozo de la ciudad estaba envenenada, y antes de advertirlo, habían muerto ya muchos hombres y caballos retorciéndose de dolor.

Los romanos esperaban tranquilamente —y no iban a tener que esperar mucho. Dos días después de la derrota, la situación era ya tan desesperada que algunos empezaron a hablar de rendición. Uno a uno, los heridos fueron muriendo de fiebre e infecciones. Al tercer día matamos los caballos más flacos y pudimos comer. Pero era una medida peligrosa, pues sin caballos no podríamos huir. Aunque en realidad, ya nadie pensaba que fuera posible la huida.

Durante todo este tiempo, Viriato habló poco, y cuando lo hizo fue para oponerse enérgicamente a la idea de rendición. Pasaba la mayor parte del tiempo en lo alto de las murallas (el enemigo ni siquiera disparaba sus flechas) y parecía estudiar con atención concentrada las posiciones de los legionarios. Pese a su expresión sombría, yo no veía en él la menor señal de temor, ni siquiera de verdadera preocupación. Se diría que, simplemente, estaba esperando.

En la noche del tercer al cuarto día desaparecieron algunos hombres y, por cierta agitación que notamos en el campamento romano al amanecer, dedujimos que habían ido a entregarse. Durante aquel día murieron de enfermedad dos caballos, y fue imposible evitar que los comieran —los guerreros que con ellos llenaron el estómago, murieron también.

Aquello era demasiado para los lusitanos, que son muy valerosos en combate, pero soportan mal la adversidad. Solo los hombres de Viriato se mantenían tranquilos y disciplinados, como si cobraran nuevas fuerzas al mirarlo —mientras él, imperturbable, no soltaba una queja. No se podía decir lo mismo de los jefes restantes, cuya moral no era superior a la de sus subordinados. Al fin, los tres jefes supremos que habían sobrevivido a la batalla anunciaron su decisión de enviar emisarios a Cayo Vetilio proponiendo una rendición condicionada.

Las protestas fueron débiles, y Viriato, para sorpresa mía, se abstuvo de manifestar su desacuerdo con la propuesta. Sin saber bien porqué, yo estaba cada vez más convencido de que tenía un plan y solo esperaba el momento propicio para ponerlo en práctica. Los emisarios partieron con el alba al sexto día, y volvieron por la tarde, con rostros risueños y ojos brillantes. Se reunió la tropa en asamblea, porque esta vez todos los guerreros tenían derecho a hablar, y ante ella expusieron los emisarios sus impresiones.

El pretor los había recibido bien, y antes de sostener la entrevista los obsequió con una excelente comida. Tras oírlos, aceptó las condiciones: una rendición honrosa y sin represalias; distribución de tierras a los guerreros que desearan establecerse en la Bética o en la Carpetania; salvoconducto para quienes prefirieran regresar a sus casas. En cambio, exigía la entrega de armas y el compromiso de no volver a alzarse contra Roma o sus aliados. Los pocos guerreros que se habían rendido dos días antes, añadió Vetilio, habían partido ya, felices, hacia sus nuevas tierras.

Cuando los enviados acabaron de hablar, los tres jefes, tras un rápido cambio de impresiones anunciaron que la propuesta les parecía justa, pero que querían oír la opinión de todos aquellos que desearan hablar en favor o en contra de la rendición.

Hubo un momento de silencio. El jefe de los guerreros túrdulos de Conímbriga se levantó y pidió que consideraran todos la situación presente.

Estamos cercados, dijo, y sin posibilidad de huir. Aun así, la propuesta del pretor satisfacía los objetivos de la expedición. Esos objetivos, recordó, eran vengar la traición de Galba y conseguir una vida mejor. El primer objetivo se consiguió con el avance por la Turdetania hasta el punto de que los romanos mostraban su respeto y aceptaban las condiciones propuestas. El segundo objetivo, sería alcanzado con la distribución de tierras. La sangre de los compañeros caídos, terminó, no había sido vertida en vano. Apenas había acabado, cortó el aire una voz clara y vibrante:

—¿Qué edad tienes, Crisso?

Asombrado, el conimbrigense se volvió para enfrentarse a Viriato, que se acercaba a él.

—Sí. ¿Qué edad tienes? ¿Es que de tan viejo has perdido ya la memoria?

No me había engañado: aquel era el momento que había estado esperando. Sin dejar de dirigirse a Crisso, pero vuelto hacia la asamblea, continuó:

—Has hablado del perjurio de Servio Galba, y ni siquiera te das cuenta de que las palabras de Cayo Vetilio son las mismas. Yo estuve cercado por Galba, escapé a su traición y te digo: nunca entregaré mis armas a un romano. Te pregunto, y os pregunto a todos: ¿Han respetado alguna vez los romanos la palabra dada? Si alguien se ha hecho ilusiones, sepa que Roma solo quiere una cosa: someter a su dominio a Iberia toda, imponer a los pueblos libres su ley y sus tributos. Para conseguirlo, ¿qué le importa faltar una o mil veces a sus juramentos? Y este nuevo pretor, para enriquecerse a costa nuestra, como Galba, no tiene que hacer más que engañarnos como Galba nos engañó. ¿Tendré que recordaros los miles de lusitanos asesinados, y los otros, más numerosos aún, vendidos como esclavos en la Galia?

No era tanto lo que decía; era la forma de decirlo. Los cinco mil hombres estaban prendidos de sus palabras. Viriato prosiguió:

—Los romanos no entienden más que un lenguaje: el de la fuerza. Solo entienden una razón: la del más fuerte. Solo aceptan un argumento: la victoria. Victoriosos, podremos negociar; pero nunca debemos hacerlo mientras crean que nos tienen a su merced.

Por la expresión de los rostros que veía a mi alrededor, noté que la situación había cambiado. No obstante, Crisso aún objetó:

—¡El caso es que estamos a su merced!

—No. No lo estamos si todos los que aquí se encuentran juran aceptar mi mando. Hasta ahora, hemos hecho lo que querían los romanos, pero hay una salida, y ella depende solo de vuestro valor y de vuestra disciplina.

El más viejo de los jefes avanzó unos pasos.

—Viriato —dijo de forma que lo oyeran todos—, tu nombre es bien conocido dentro y fuera de Lusitania. Pese a tu juventud, sabemos que eres un buen jefe, y no hay aquí nadie que no te respete. ¿Pero estás seguro de lo que dices? Está en juego la vida de miles de hombres...

Viriato sonrió, pero sus ojos se mantuvieron serios, tan brillantes y tan fijos que parecían despedir un rayo capaz de fulminar al veterano.

—Que mi vida quede como prenda, si así lo deseáis. La salvación está a nuestro alcance y podemos llevar a los romanos a oír nuestros argumentos... de la única manera que ellos entienden. Hay una condición para ello, solo una: solo debe mandar un hombre. Esta guerra no es como las que hacían nuestros padres y, nuestros abuelos. Luchamos contra la ciudad más fuerte del mundo, contra los hombres que derrotaron a Cartago en Iberia. Si estamos desunidos, nos exterminarán; si somos capaces de entendernos, podremos evitar la destrucción y mantener nuestra libertad. Ahora, elegid.

Entre los guerreros surgió un murmullo que fue creciendo en forma y en volumen. Sobreponiéndose al tumulto, Crisso, el conimbrigense, gritó:

—¡Por los dioses, Viriato! Si eres capaz de salvarnos, puedes contar conmigo para siempre...

Estalló la tempestad. Un grito único, entonado por cinco mil voces, resonó por las viejas piedras de la ciudadela:

—¡Viriato! ¡Viriato! ¡Viriato!

Un bosque de lanzas y de espadas se alzó, y cada hoja centelleaba a la luz del poniente.

Viriato, tras un momento de inmovilidad completa, subió al lugar más alto de la muralla y abrió los brazos pidiendo silencio. Cuando amainó la tempestad, se limitó a decir:

—Mañana romperemos el cerco. Que todos estén dispuestos con el alba. Pido a los jefes y a los jefes de grupo que se encuentren conmigo inmediatamente en la plaza del templo.

Bajó de la muralla. Se dirigió al lugar donde nosotros, sus hombres, estábamos concentrados, y llamó:

—¡Táutalo, Arduno, Tongio, Audax, acompañadme!

A nuestro alrededor, en vez de la apatía desalentada de los últimos días, reinaba una actividad febril. Los hombres reunían las fuerzas que les quedaban y limpiaban las armas, se reunían con sus compañeros de grupo y recogían las pocas hierbas y matojos que crecían junto a los muros para alimentar a los caballos.

Frente al templo, estaban ya los jefes. Obedeciendo a un gesto de Viriato, todos nos sentamos en el suelo o en las piedras sueltas que cubrían el umbral del edificio. Viriato esperó a que se hiciera el silencio, y habló después a media voz:

—Antes de que caiga la noche, iré a mostraros, desde lo alto de los muros, los puntos más débiles de las posiciones romanas. Son cuatro. Nos dividiremos en cuatro grupos y romperemos el cerco por esos puntos. Pero, atención: los ataques tienen que ser simultáneos. En cuanto a vosotros... — y se volvió hacia los que formábamos parte de su grupo— tendréis que transmitir durante la noche estas instrucciones a los guerreros de mi insignia, y solo a ellos: cuando amanezca, que formen en orden de batalla en el lado norte, que es donde se encuentra Vetilio.

Se trataron aún ciertos detalles. Básicamente, el plan era este: los mil jinetes de Viriato, con unas decenas escasas de ursenenses, compañeros de Audax y Minuro, atraerían la atención del mando romano. Los restantes, romperían el cerco y se dispersarían. Nos concentraríamos de nuevo más al Sur, en el valle del río Barbésula, cerca de la ciudad de Tríbola. Viriato, que conocía la región, dio indicaciones precisas sobre el bosque donde deberían reunirse los lusitanos.

Pocos durmieron aquella noche, y Viriato ni se acostó. Incansable, recorrió los diversos grupos hablando con los jefes y con los guerreros, asegurándose de que todos habían entendido el plan y sabían el papel que les correspondía en él. En cuanto a nosotros, nos reservó para el final: poco

antes de amanecer, volvió a repetirnos brevemente las instrucciones. Sus hombres lo conocían tan bien, y estaban tan entrenados, que no precisaban largas explicaciones.

\* \* \*

Cuando salió el sol y los vigías romanos pudieron observar con nitidez la ciudadela cercada, vieron esto: cuatro grupos de lusitanos concentrados junto al lado exterior de las murallas y, de espaldas al grueso de las tropas, un millar de jinetes lanza en ristre. Comprendieron entonces que no habría rendición, y en breve oímos sus toques de alerta, pero en ese momento, Viriato, que estaba ante nosotros, a pie, montó de un salto.

Esta era la señal. Entre gritos de guerra, los cuatro grupos corrieron en las direcciones previamente señaladas; al mismo tiempo, a un grito de nuestro jefe, nos lanzamos nosotros a la carga.

Fue una maniobra perfecta. No olvidamos nada: el viejo cántico guerrero de la tribu de Viriato atronaba los aires; las trompas repetían incesantemente el toque de carga, y la distancia que nos separaba de los romanos disminuía por instantes. En movimiento impecable, las legiones cerraron filas para sostener el embate —una verdadera muralla de hierro contra la que no tardaríamos en aplastarnos. Pero, cuando los hastiarios doblaban la rodilla y alzaban el *pilum*, Viriato levantó el brazo derecho, el toque de las trompas cambió súbitamente. En el espacio libre que nos quedaba dimos media vuelta y partimos en dirección opuesta dejando detrás dos legiones frustradas y desorganizadas, sin enemigo con quien luchar. Antes de que Vetilio comprendiera lo que había ocurrido y lanzara a sus jinetes en nuestra persecución, ya habíamos alcanzado un bosque cerrado donde la caballería apenas podía moverse.

La pesadilla había terminado, pero Viriato no descansó. Destacó a los mejores cazadores para asegurar provisiones y envió a Audax y a Minuro, por ser naturales de la región, en busca de noticias. Solo después de tomar estas medidas consintió en descansar. Se tumbó en un claro, armado y envuelto en su manta. Táutalo asumió el mando.

Seguíamos hambrientos y cansados, pero el alivio y el entusiasmo habían levantado nuestra moral. Frutas silvestres fueron nuestra primera comida, pero a lo largo del día fueron llegando los cazadores con ciervos y jabalíes, que abundaban en el bosque. Al fin pudimos matar el hambre, y para beber había agua fresca, límpida y deliciosa, llegada de fuentes y arroyuelos. Al caer la noche, Audax y Minuro regresaron trayendo con ellos un amigo, Ditalco. Habían avanzado, según dijeron, hasta las proximidades de Urso, donde lo encontraron. Ditalco dio toda la información que Viriato pretendía: los cuatro grupos de lusitanos habían conseguido forzar las líneas romanas con un número insignificante de bajas. Vetilio se disponía a levantar el campamento al día siguiente. Pasamos una hermosa noche, en seguridad y con la barriga llena. Pero el jefe, al designar los turnos de vigilancia, ordenó que estuviéramos dispuestos para la marcha apenas apuntara el sol: íbamos a atacar el campamento del pretor.

\* \* \*

El Barbésula, apenas un hilo de agua, a causa del estiaje, se deslizaba lentamente. La orilla opuesta, donde poco antes algunas mujeres lavaban la ropa de invierno, estaba ahora desierta. Todas habían huido al acercarnos, porque tantos jinetes armados era una clara señal de guerra.

Habían pasado dos días. Numerosas veces nos habíamos lanzado sobre los romanos para replegarnos enseguida. No podía mantenerse la táctica indefinidamente porque el ejército de Vetilio pronto tomaría medidas adecuadas, pero durante aquellos dos días sirvió perfectamente a nuestro objetivo: impedir el avance de los legionarios y dar a los nuestros tiempo suficiente para concentrarse en el punto acordado.

Y, ahora, también nosotros íbamos hacia el Sur, rumbo a Tríbola. Cumpliendo órdenes expresas de Viriato, dejábamos un rastro lo suficientemente nítido como para que Vetilio pudiera seguirnos sin dificultad. Por informaciones obtenidas en los poblados, sabíamos que el romano estaba loco de rabia por haber sido burlado por los «bárbaros», y juraba vengarse, aunque tuviera que convertir la Lusitania en un desierto.

Sabíamos también que los pocos lusitanos que habían abandonado la ciudadela para entregarse (aquellos de quienes decían que ya estaban «felices en sus tierras») habían sido decapitados.

Manteníamos un día de marcha entre nosotros y las legiones, pero ahora había que cumplir la segunda parte del plan. Viriato, dejando a sus hombres a orillas del Barbésula bajo el mando de Táutalo, partió al galope acompañado solo por Arduno y Minuro, camino del bosque donde los lusitanos deberían encontrarse. Pasamos la noche sin ver señal de los romanos, y el jefe regresó a la mañana siguiente con el caballo cubierto de espuma. Poco después, nuestros vigías anunciaban con señales de humo la proximidad de las legiones.

Viriato mandó que nos aprontáramos a montar en cuanto diera la orden. En ese compás de espera, pude hablar con él: estaba siempre dispuesto a oír a sus hombres, fuese cual fuese el tema.

—No quiero ser indiscreto —comencé— pero me gustaría que me explicaras una cosa: ¿por qué dejaste pasar tantos días antes de decir a la asamblea que tenías un plan para romper el cerco? Yo te observé con atención, y estaba seguro de que lo tenías todo muy pensado antes de decirlo.

Clavó los ojos en mí, primero con sorpresa; luego su expresión se modificó:

—Olvidaba que no conoces aún bien a los lusitanos... Mira, Tongio, nuestras tribus y clanes son fanáticos de su independencia. No sería posible unirlos si no sintieran la necesidad extrema de hacerlo. Si hubiera hablado antes, cada uno de los jefes pensaría que él tenía una idea mejor, y no nos entenderíamos. Pero todo cambió cuando comprendieron que había que unirse para sobrevivir. Por otra parte, las cosas no pueden seguir así: los jefes y las tribus tienen que entender que han cambiado los tiempos.

—¿Por la presencia de los romanos?

—Sí —replicó Viriato acentuando las palabras—, por los romanos. Los cartagineses también codiciaban Iberia, y cometían injusticias y robos, pero no les interesaba más que enriquecerse. Roma tiene hambre de tierras. No desistirá hasta que nos domine. Si queremos ser libres y vivir según

nuestras leyes, tenemos que luchar unidos. Es difícil, pero esto ha sido el principio y no podemos detenernos ya.

En aquel momento, se acercó Táutalo para advertir a Viriato de que el ejército de Vetilio estaba ya a la vista.

—Muy bien —dijo Viriato—. Todos a caballo. Continuaremos la retirada, y que todos los hombres recuerden las órdenes que se les dieron.

Poco después nos alejábamos de las orillas del Barbésula.

\* \* \*

Está aún muy viva la memoria de la batalla trabada en las proximidades de Tríbola. Muchos hombres con quienes he hablado me miran con un respeto casi religioso al saber que yo fui uno de los combatientes: sin enterarme, pasé a formar parte de la leyenda heroica.

Al inicio de la tarde las legiones estaban tan próximas a nosotros que mirando atrás podíamos distinguir sus insignias. La caballería, distribuida a los flancos, se adelantaba en la persecución, como si quisiera envolvernos y cortarnos la huida. En cualquier momento esperábamos la orden de formar para el combate, pero un suceso inesperado cambió los planes: el cielo, que en los últimos días se había mantenido claro, se encapotó, y de pronto cayó sobre los campos una tremenda tempestad de verano. Gritando para hacerse oír por encima de los truenos, Viriato y Táutalo consiguieron dominar el terror que amenazaba con dispersar a nuestros hombres, a quienes les explicaron que la tormenta y la lluvia eran un favor de los dioses, pues venían a facilitarnos la victoria. Avanzando lentamente bajo la tormenta, nos distanciamos de los romanos e improvisamos un campamento.

Llovió durante toda la noche, pero al día siguiente el sol se alzó en un cielo magnífico, sin una nube. Las legiones habían acampado, pero estaban dispuestas ya para avanzar. Formamos en orden de batalla y Viriato no permitió que los romanos tomaran la iniciativa. Lanzó el grito de guerra y nos lanzamos al galope. Después, como habíamos hecho junto a la ciudadela, cuando estábamos a pocos estadios de la vanguardia romana dimos media vuelta y nos batimos en retirada.

Me volví, y vi que esta vez el dispositivo de las legiones estaba preparado para contrarrestar nuestra táctica: los escuadrones iniciaron inmediatamente la persecución y los siguieron los vélites y los hastarios. El suelo, encharcado por la lluvia, dificultaba los movimientos de hombres y caballos, pero aun así no tardamos en descubrir el borde de una masa boscosa.

Ante nosotros, y hasta los primeros árboles, se extendía una franja de terreno salpicado de charcos. Alrededor de esta zona, roquedales y zarzales inmensos impedían el avance de los caballos. Sin detenernos, entramos en aquella franja de tierra dejando que los romanos, excitados por la proximidad de la presa, nos alcanzaran. Se trabó el primer combate entre los jinetes de ambos bandos mientras los legionarios de infantería entraban también en batalla. Se oyó entonces un prolongado toque de trompas y luego, acompasado, un canto de guerra lusitano. Del bosque salieron miles de guerreros, y los zarzales se agitaron cuando los hombres que en ellos estaban ocultos aparecieron lanzando nubes de dardos y piedras.

Al mediodía, terminó la lucha. El terreno era un barrizal rojo cubierto de legionarios muertos. Contamos cerca de cuatro mil, pero la matanza continuaba aún y los nuestros daban caza a los romanos que intentaban ocultarse en el bosque.

Rodeado por Táutalo, Arduno, yo mismo y algunos jefes menores, Viriato inspeccionó el campo de batalla respondiendo con una vaga sonrisa a las aclamaciones de los guerreros.

—No tenemos tiempo para quemar todos esos cuerpos —dijo mirando alrededor—. Tenemos que ponernos en marcha. Los buitres van a darse un banquete... ¿Están ya preparados los ritos para los cuerpos de los nuestros?

Arduno respondió afirmativamente, y añadió que solo se esperaba su presencia para iniciar la ceremonia. Nuestras bajas no rebasaban el medio centenar, mientras que el ejército enemigo había quedado reducido casi a la mitad.

Desmontamos y nos dirigimos al lugar donde estaban preparadas las piras. Después del chaparrón había sido difícil encontrar madera seca. De pronto, un grito inacabable nos dejó clavados. Táutalo exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Hay por ahí romanos escondidos? Lo mejor hubiera sido organizar patrullas...

Sin responder, Viriato avanzó rápido hacia el lugar de donde había partido el grito. Fuimos tras él y, tras un peñasco, vimos a un guerrero ocupado en desnudar sosegadamente a un cuerpo decapitado. Su espada, con la hoja chorreando sangre, estaba en el suelo, y del cadáver brotaban borbotones rojos.

Viriato observó el cuerpo y soltó una interjección que hizo que el ejecutor del romano se detuviera en su acción.

—¿Sabes qué has hecho? —le preguntó al guerrero.

Este le miró con aire beligerante, y respondió:

—He matado a un enemigo. Lo había cogido yo. ¿Qué pasa? Estoy en mi derecho, y no tengo por qué darte explicaciones. Soy de Conímbriga, y mi jefe es Crisso, hijo de...

Pero Crisso, que estaba precisamente detrás de mí, se adelantó y, sin aparente esfuerzo, le dio un puñetazo que lo tiró al suelo.

—Muérdete la lengua, miserable... —ordenó el viejo túrdulo—. ¿Es así como miras por mi honor y mi palabra? ¿No he aceptado yo libremente la jefatura de Viriato, hijo de Cominio? ¿No juré que si nos daba la victoria lo tendría siempre por jefe?

Viriato esperó a que el hombre se levantara, y volvió a hablar:

—Tienes la disculpa de no saber que en mi hueste no se mata a los prisioneros que se rinden. Y ese hombre se rindió, pues está desarmado. Pero tú ya tienes tu testigo, y es mayor de lo que piensas. Mira bien a ese romano.

Obedeció, y todos lo miramos. Con una náusea, contemplé aquel cuerpo obeso al que la muerte había convertido en un montón de carnes flácidas... y fui el primero en comprender. Una rabia asesina se apoderó de mí, pero esperé a que hablara Viriato.

—¿Lo has mirado bien?

Amedrentado y avergonzado, el conimbrigense hizo un gesto y gruñó:

—Bueno... Es un legionario gordo y...

—No. No era un legionario gordo, era un pretor gordo. Tienes que aprender a reconocer los distintivos militares del enemigo. Acabas de matar

al pretor Cayo Vetilio. ¿Calculas el rescate que los romanos estarían dispuestos a pagar por su comandante, por el gobernador de la Hispania Ulterior? Y buena parte de ese rescate sería para ti, pues tú lo capturaste. Pero veo que te contentas con una coraza, una túnica manchada de sangre y una espada...

Le volvió la espalda y se alejó. Crisso, que había escuchado con la boca abierta, soltó una carcajada sombría y volvió a hablar con su guerrero, cuyo rostro, ahora, era un espectáculo digno de verse:

—Si no fuera que la cosa tiene gracia, acababa ahora mismo contigo...

La calma de Viriato era forzada: se había dominado porque no podía hacer nada y tenía horror a las expresiones de cólera inútil. Pero, cuando se encontró a solas con nosotros, los guerreros que luchábamos bajo su insignia, soltó un suspiro prolongado:

—¡Por Bandioilenaico! ¡Por los dioses todos! ¡Teníamos en nuestro poder a Cayo Vetilio! Podíamos obligarlo a negociar, dictarle nuestras condiciones, exigir un rescate que nos garantizara un invierno con alimentos...

Táutalo opinó:

—Por mí, mandaba ejecutar a ese idiota. Crisso no se iba a oponer. No hay por ahí ningún precipicio para tirarlo, pero eso no es obstáculo. Podríamos...

—No —cortó Viriato—. Ese hombre no tiene la culpa. Es un ignorante, ha seguido sus costumbres y no fue entrenado. Todos sus antepasados hicieron la guerra así... Esto es lo que hay que cambiar. Y, ahora, los dioses nos exigen libaciones y nuestros compañeros muertos quieren los ritos fúnebres. Vamos.



## IV

Con la derrota y muerte de Vetillo, los habitantes del valle de Barbésula sintieron una súbita y entusiasta voluntad de auxiliar a los vencedores y no nos regatearon albergue, vituallas ni información. Nos enteramos así de que los últimos restos de las legiones del pretor —unos seis mil hombres más o menos— se habían retirado a marchas forzadas hacia la costa del Sur para atrincherarse en Carteia.

Desde esta ciudad, donde, según nos dijeron, reinaba el pánico, el cuestor había enviado mensajeros a la Celtiberia pidiendo refuerzos con urgencia. Viriato rechazó las propuestas de los otros jefes, que querían atacar Carteia, y llevó su hueste hacia el Norte, rumbo a la Carpetania. A quienes le preguntaban sobre sus planes, respondía: «Hay que enseñar a nuestros hombres a guerrear contra Roma». Y, de hecho, la disciplina y los ejercicios que había impuesto a sus jinetes se extendían ahora a todos los demás cuerpos de guerreros. Algunos no aceptaron el nuevo estilo; Curio y Apuleyo, por ejemplo, prefirieron regresar a sus tierras, entre el Tagus y el Anas, para volver a sus incursiones y cabalgadas. Con todo, la mayoría se adaptó bien al nuevo sistema. Cuando al fin pisamos suelo carpetano, la hueste era ya casi un ejército digno de ese nombre, con los jefes de los grupos responsables ante el comandante, a quien manifestaban su opinión, que era oída siempre, y de quien recibían órdenes.

Viriato no nos había llevado a Carpetania solo para adiestrarnos en maniobras militares. Conocedor del terreno y de todos los caminos y

senderos, mandó colocar vigías en las rutas que llevaban al Sur de Iberia y dio instrucciones para capturar vivos a cualesquiera emisarios que por ellas pasaran. Después, eligió un lugar donde alzamos el campamento y organizó juegos y competiciones para evitar que permaneciéramos inactivos.

No se detectó ningún mensaje, pero al cabo de unos días, al interrogar a unos mercaderes que iban en caravana hacia el Sur, obtuvimos las informaciones deseadas. Duramente castigados por los impuestos con los que el gobernador de la Hispania Citerior acababa de gravarlos, los mercaderes nos contaron todo lo que sabían y lo que habían oído en las ciudades por donde pasaron. La derrota de los romanos en Tríbola era ya conocida, pero las legiones de la Citerior continuaban en sus acuartelamientos, sin duda porque el gobernador temía revueltas locales. En contrapartida, había una gran concentración de guerreros de las tribus Titos y Belos en las márgenes del río Iberus. Estos pueblos celtibéricos eran aliados de Roma, y todo llevaba a pensar que se disponían a auxiliar a Carteia.

Viriato convocó a todos los jefes y les dijo que tendrían que redoblar la vigilancia en la región a partir de aquel momento:

—Estoy seguro de que los titos y los belos van hacia el Sur, camino de Cartela, y nosotros vamos a atacarlos aquí, en Carpetania, lejos de sus tierras, para que no haya pueblos amigos dispuestos a socorrerlos o a informarles de nuestra presencia... —Y se endureció su expresión al terminar—: No habrá prisioneros. Son pueblos ibéricos, como nosotros, pero se han aliado con el invasor romano. Hay que darles una lección que no puedan olvidar jamás.

La lección fue terrible, y jamás sería olvidada. Cinco días más tarde, nuestras patrullas avistaron a los celtíberos, unos cinco mil, avanzando a lo largo de un estrecho valle. Caímos sobre ellos por sorpresa. No fue una batalla, casi me atrevería a decir que fue una ejecución en masa: el valle quedó alfombrado de cadáveres. Luego, Viriato ordenó que levantáramos el campamento, y salimos hacia el Monte de la Diosa, donde decidió establecer los cuarteles de invierno. Llegaba ya el otoño, y empezaban a caer las primeras lluvias.

\* \* \*

Los romanos, que tienen por costumbre apoderarse no solo de las tierras ajenas, sino también de los dioses ajenos, le llaman Mons Veneris, en homenaje a su diosa Venus. Pero el monte —una serranía en el corazón de Iberia— fue consagrado hace ya mucho tiempo a la gran divinidad lunar, por eso los pueblos de la región le llaman simplemente Monte de la Diosa. Por lo visto ahora empieza a imponerse ya el nombre romano: triste signo de los tiempos. Esa zona es el refugio perfecto para quien la conozca como Viriato la conocía. La sierra está bordeada al Sur por un río que te sirve de foso defensivo. Desde lo alto de los desfiladeros es posible vigilar el territorio, y en los poblados dispersos por la llanura y en las laderas viven gentes amigas, tan celosas de la libertad como nosotros. No son ricas, pero comparten lo que tienen. Un ejército, viviendo sobriamente, puede pasar allí todo un invierno con seguridad, o atrincherarse contra un enemigo superior en número.

Al fin pudimos reposar y reparar los estragos sufridos en armas y corazas. Vivimos además largos y regalados días de paz, días como no creía yo que pudieran existir. Mientras los hombres descansaban, nuestro jefe se mantenía en actividad, como pude comprobar al ver partir en varias direcciones a varios grupos de mensajeros. Táutalo, a quien pregunté qué estaba ocurriendo, me lo explicó:

—Viriato está convocando el mayor consejo de tribus lusitanas que se recuerda, a fin de confirmar o revocar su elección como jefe militar de todas. Creo que hace bien. Si queremos seguir resistiendo a los romanos, tiene que haber una investidura en forma, con juramentos.

Yo conocía ahora a los lusitanos lo bastante para entender las razones que le llevaban a hacerlo, y me limité a observar:

—Me pregunto qué va a pasar luego... quiero decir qué va a hacer el jefe cuando llegue la primavera.

Táutalo se encogió de hombros:

—Eso es fácil de prever. Reanudaremos la guerra. Lo que me gustaría saber es qué hará Viriato cuando la hayamos ganado, porque seguro que la gana. Lo conozco bien, y sé que tiene la cabeza llena de ideas.

Nos liamos entonces a hablar de Viriato, de aquella astucia genial con que nos libró del cerco, de la derrota de Vetilio y de las cualidades de nuestro jefe. Estábamos en estas cuando yo —que era aún lo bastante joven como para dar importancia a aspectos de la conducta de los hombres que hoy me parecen muy secundarios— le dije a Táutalo:

—Hay algo que no entiendo. Con relación al jefe, quiero decir. Desde que estoy con vosotros... nunca lo vi con una mujer.

Yo, por mi parte, había estado con varias, y lo hacía siempre que se me presentaba la ocasión, pero, puedo jurarlo, nunca forcé a ninguna, al menos físicamente. Las esclavas que me habían tocado en suerte tras los saqueos, se habían mostrado siempre relativamente razonables, y algunas hasta satisfechas.

Táutalo se rio por lo bajo:

—Te sorprende, ¿eh? Pues bien, es que no conoces a Viriato como lo conozco yo. Eso es algo natural en él. No me interpretes mal, no se trata de la preferencia opuesta. Viriato no es un Curio a quien falta su Apuleyo... ¿o es que no lo sabías?

Ante mi aire de asombro, se echó a reír a carcajadas. Recordé entonces ciertos detalles en que había reparado mientras combatí bajo la insignia de los dos príncipes. Divertido con mi ignorancia, Táutalo me dijo lo que todos sabían: Curio y Apuleyo habían llevado muy lejos los efímeros lazos que a veces se establecen entre guerreros en campaña cuando escasean las mujeres.

—Y, para ellos, es muy cómodo —siguió diciendo Táutalo. Y continuó—: Pero, volviendo a Viriato, el caso es diferente. El jefe es hombre de una sola mujer, y esa está muy lejos.

Me contó entonces que Viriato, siendo casi un niño, se había enamorado de la hija de un riquísimo propietario del valle del Tagus. Su amor fue correspondido, pero aún no habían podido casarse, porque Astolpas, el padre de Tangina, estaba muy orgulloso de su riqueza, y Viriato era pobre.

—Pero ya verás cómo se casan —concluyó Táutalo—, porque Viriato consigue todo lo que se propone... y hasta entonces, está a la espera. Para él, no hay otras mujeres. No es un hombre como nosotros, tienes que entenderlo. La guerra y las responsabilidades del mando, igual cuando

éramos diez que ahora, cuando somos miles, lo absorben de tal modo que exigen toda su energía disponible. Cuando llegue la hora, Tangina va a ser una mujer feliz. Al menos, no tendrá que preocuparse con las infidelidades del marido... Y no podrá decir lo mismo tu esposa, que eres un golfante, muchacho...

A Táutalo le divertía enormemente mi éxito con las mujeres. También él tenía grandes apetitos (gastronómicos y sexuales), y los satisfacía de manera sencilla, sin preocupaciones sentimentales. Por regla general, caía simpático a las mujeres, y por eso no se sentía celoso ante los éxitos de los demás.

Hablábamos a la entrada del campamento, junto a una fuente, pero era ya la hora en que Táutalo tenía que hacer su ronda de centinelas. La hacían día y noche, sin interrupción, los comandantes de la tropa. Táutalo se despidió. Para pasar el rato, decidí dar un paseo explorando las inmediaciones.

\* \* \*

El día era hermoso. El aire, frío y estimulante, cargaba el aroma de la tierra húmeda. Trepé por los roquedales, atravesé riachuelos, y, casi sin darme cuenta, llegué a uno de los poblados, que era solo un conjunto de chozas hechas con piedras apiladas en seco. Pastaba un rebaño por allí, y podía oír los ladridos del perro. Fui en busca del pastor, para charlar con él un rato, pero vi que el rebaño estaba custodiado por una muchacha rubia, aún una niña, que clavó los ojos en el suelo cuando me vio. El perro vino a la carrera, dispuesto a atacarme, y no se detuvo hasta que se lo ordenó la muchacha, que se quedó mirando para mí, desconfiada y vigilante.

—Buenos días —dije—. No tengas miedo. No voy a hacerte nada.

La chica levantó la cabeza y sonrió. Era tan bonita que sentí que me quedaba sin respiración, pese a que era solo una niña —tendría quizá doce años—, y apenas pude oír su respuesta, dicha en voz muy leve:

—¡Ah! Tú eres de la hueste de Viriato. ¿Por qué me miras así? Me estremecí, moví la cabeza y busqué una razón aceptable.

—Quedé sorprendido al ver que conocías a mi jefe...

—No lo he visto nunca, pero todo el mundo lo conoce. Es un hombre muy valiente y muy bueno ¿verdad? Y ganó muchas batallas.

—Sí, es verdad. Ganó muchas batallas, es un gran guerrero, pero también un hombre justo.

Me senté en una piedra y la miré de nuevo, sintiendo el mismo placer que había experimentado la primera vez.

—Seguro que a los hombres de tu familia les gustaría luchar a las órdenes de Viriato.

Se iluminó el rostro de la muchacha, pero la respuesta acentuó mi desconcierto:

—Ya no hay hombres en mi familia. Murieron todos en la guerra. Solo me queda mi madre. Por eso guardo yo el rebaño.

—¿Cómo te llamas?

—Sunua. ¿Y tú?

Le dije mi nombre y permanecí en silencio, sin saber qué más decir. Sunua se encargó de seguir hablando y me contó toda su vida, pequeños episodios de la existencia sencilla de una chiquilla que nunca había salido de su aldea natal. Yo no me aburría, me parecían graciosos sus movimientos, su voz, su manera de agitar la larga cabellera dorada. Acabé por olvidarme del tiempo, allí sentado, oyendo su parloteo.

El sol se había desplazado ampliamente en el cielo, tanto que me di cuenta del cambio de las sombras. Me levanté, batí con los pies en el suelo para desentumecerme, y me despedí, no sin que Sunua, antes, me presentara al perro:

—Se llama *Ceniciento*, por su color —explicó.

Y *Ceniciento*, convencido ya de mis buenas intenciones, se dejó acariciar. Me alejaba en dirección al campamento cuando oí la pregunta de Sunua:

—¿Vendrás mañana?

Me sorprendí respondiendo que sí, y lo hice sin saber por qué. Y a la mañana siguiente, allí estaba, tras haber soñado con la muchacha toda la noche.

Así empezó una extraña amistad entre Sunua y yo, extraña porque nada había, aparentemente, que pudiera vincular a un chico de diecisiete años (que orgullosamente se consideraba hombre hecho y derecho) con una chiquilla de doce. Pero lo que más me preocupaba era mi certeza de que no podría hablar de ella con ninguno de mis camaradas, ni siquiera con Tátalo o Arduno, a quien me unía una gran amistad. Era aquella una relación secreta, sin que hubiera ninguna razón para que lo fuera —a no ser el temor a que se burlaran de mí sabiendo que pasaba mi tiempo libre en compañía de una pastorcilla. Con todo, los primeros días, logré engañarme a mí mismo diciéndome que Sunua había despertado en mí solo una ternura oculta: la ternura por la hermana menor que nunca había tenido.

\* \* \*

Uno a uno regresaron los mensajeros trayendo respuestas. No todos los pueblos habían aceptado el llamamiento, pero un gran número de jefes y notables estaba dispuesto a comparecer en el consejo convocado por Viriato. Por suerte, el tiempo era seco y no se creía que pudiera haber grandes atrasos, y así fue posible pensar en una fecha precisa. Mientras llegaba el día, Viriato nos obligó a hacer ejercicios y maniobras en las que gastábamos las energías acumuladas y se perfeccionaba nuestro entrenamiento. Empezaron a llegar los jefes con sus escoltas: en torno del campamento surgió una nueva ciudad de tiendas de campaña.

Todos los días, cuando terminaban los ejercicios, me daba un baño rápido en el agua helada que llenaba la pila de piedra, junto a la fuente, y salía en busca de Sunua. Nos encontrábamos a escondidas, como dos chiquillos que planean una travesura, y pasábamos el tiempo hablando de cosas sin importancia o guardando grandes silencios. Pero cuando volvía al campamento, iba yo feliz como un rey.

Un día, apareció Sunua vestida de blanco y con una brazada inmensa de hojas cogidas en las márgenes de algún riachuelo, pues venían aún goteando. Parecía una diosecilla pisando levemente la hierba que cubría el suelo. Para que no sintiera frío, tendí mi manto en la roca, y se sentó en él.

—Como en esta época del año no hay flores bonitas, traje plantas...

—¿Para qué?

Fingió un aire de misterio:

—Ya verás...

Y continuó, aún más seria:

—Quiero pedirte algo...

—Todo lo que quieras, si está en mi mano dártelo.

Sunua apuntó a mi barbilla:

—¡No te dejes crecer más la barba!

Desde que me uní a la hueste de Curio y Apuleyo, me había dejado crecer las melenas, y llevaba barba para no parecer un romano.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—No me gusta verte así, con un aspecto terrible, lleno de pelo, como los otros. En mi padre, o en mi hermano, no me importaba, pero contigo es diferente. No puedo ver tu cara si está llena de pelos ¿entiendes? Me prometes...

Le dije que sí, y me puse colorado, cosa que me irritó. Para alejar ideas importunas, volví a preguntarle:

—¿Y qué vas a hacer con esas plantas?

—¿No lo ves?

Con rapidez y habilidad iba trenzando los tallos para formar una corona de verdor. La terminó de hacer, se acercó a mí y me la puso en la cabeza. La ajustó cuidadosamente, y retrocedió para comprobar el efecto.

—¡Te queda tan bien... No la quites!

Yo había arrancado la guirnalda e, imitando sus gestos, se la coloqué sobre la dorada cabellera.

—Te queda mejor a ti —dije— aunque no necesitas coronas para parecer una diosa...

Inesperadamente, Sunua me echó los brazos al cuello.

—¿Eso crees? ¡Ah, Tongio, es que tú... tú... eres tan guapo!

Si no hubiera sonreído, yo hubiera podido resistirme, pero al ver aquel rostro lleno de luz tan cerca del mío, al sentir sus brazos apretados a mí, aquello fue superior a mis fuerzas. La abracé lentamente, como si temiera hacerle daño. En un último vislumbre de lucidez, intenté imprimir a mi

abrazo una intención fraterna, y le di un rápido beso en la punta de la nariz, pero Sunua no me soltó, sino que se acercó más a mí, y me besó en la boca, torpemente, con avidez.

Creo (sí, lo creo aun hoy) que los dioses arrebataron nuestros espíritus y los llevaron fuera de este mundo, hacia un lugar reservado a los amantes. Cuando, con una conmovedora ternura, dejó ella deslizar la mano que sostenía mi nuca y alejó sus labios de los míos, me pareció haber vivido miles de años... sé muy bien que todos los enamorados deben de sentir algo semejante, pero yo lo sentía de una forma tan intensa que me atemorizaba.

Así se transformó nuestra amistad en algo distinto, en una relación de la que yo no sabía huir, una dulce fiebre que se había infiltrado en mi sangre. Fueron días de éxtasis y, de sufrimiento, días de tortura y de encanto, llenos de actos de amor no consumados y poblados de sueños de ternura. Hoy, ya no siento ni culpa ni remordimientos. Los dioses quisieron que yo viviese aquello, y se cumplió su voluntad. Pero, por ser todo tan intenso, tenía también que ser muy corto.

## V

Llegó el día de la asamblea. Hablando ante los jefes, príncipes y reyes de Lusitania, recordó Viriato los crímenes del invasor romano, los abusos de los pretores, la avidez de los magistrados, la doblez de los generales. Relató —aunque ya todos la conocían— la historia de nuestra expedición, y advirtió que si realmente los lusitanos querían la libertad, deberían pensar que la guerra solo había empezado. Roma debería enfrentarse con un solo ejército y un solo general, no con un conglomerado de grupos desordenados. Los otros pueblos ibéricos, al ver nuestro éxito, no tardarían en unirse a nosotros en una confederación militar... Había llegado el momento de elegir un jefe único, y él, Viriato, se ofrecía, con sus hombres, para luchar bajo las órdenes de quien fuera elegido.

Un clamor interrumpió sus palabras. Ya no se trataba de un simple jefe de tribu que hablaba, como cualquier otro, en una asamblea. Ahora, él era el salvador de la expedición lusitana, el vencedor de Vetilio. No hubo debate, solo una aclamación espontánea. Al caer la tarde, ante las aras alzadas en honor de los dioses de la guerra, Viriato fue consagrado y colocaron en sus brazos las virias de oro, símbolo del mando supremo. Se cumplía con extraña precisión el significado antiguo de su nombre, Viriato: «el que ha sido investido con las virias». Nosotros, los guerreros de la insignia del toro, radiantes de orgullo, lo llevamos en hombros, defendiéndolo de la multitud. Al fin los lusitanos tenían un jefe capaz de luchar contra el opresor y superar la gloria efímera de Púnico, Cesáreo y Cauceno.

Un día después de la investidura de Viriato, empezó a llover, y las fuentes del cielo chorrearon casi ininterrumpidamente durante una quincena. Nuestros guerreros se vieron obligados a improvisar abrigos, sobre todo los montañeses, que, como solían hacer en sus riscos nativos, tenían el hábito de dormir a la intemperie, cubiertos con pieles.

Viriato no desperdició este período de forzada inmovilidad. Del mismo modo que había entrenado a sus tropas en el combate a campo abierto, entrenaba ahora a sus jefes y se esforzaba en organizar un verdadero estado mayor formado por hombres que lo conocieran bien y que se conocieran entre sí. Naturalmente, Táutalo era el «número dos», un hombre fiel hasta las últimas consecuencias, bravo en el campo de batalla y capaz de imponer disciplina. Le faltaba creatividad, intuición estratégica. También yo formaba parte del grupo, con Arduno, Crisso y los ursenses Audax, Ditalco y Minuro. Estos tres últimos no me gustaban nada, especialmente Audax (los otros dos estaban dominados por él). Admito que no le faltaba valor, pero por lo poco que había visto de su comportamiento, era hombre ávido de riquezas, aunque en presencia del jefe Viriato se esforzara en disimular esta avidez.

En cambio, me entendía bien con Arduno, el vetón. Tenía dos años más que yo, y era un muchacho inteligente y de raciocinio rápido. Lo que más me atraía en él era su curiosidad. A lo largo de mi vida, en el curso de los muchos viajes que hice, me encontré a veces con hombres así, con interés por todo lo que les rodeaba, siempre dispuestos a observar y estudiar las virtudes de las hierbas o el comportamiento de los animales. Si Arduno supiera leer y escribir, si viviera en algunas de las ciudades que yo visité, sin duda sería rico y famoso. Pero se sentía feliz tal como era y compensaba su ignorancia con una memoria prodigiosa. Yo me había ofrecido para registrar por escrito algunas de sus ideas, pero me resultó imposible, pues solo tenía una tablilla que les había cogido a los romanos cerca de Gadir, y la cera estaba ya casi inutilizable por lo mucho que me había ejercitado con ella para no perder la práctica.

Todos los días, al anochecer, nos reuníamos con Viriato para discutir nuevos planes de guerra. Él oía siempre las sugerencias que le hacíamos, pero, en definitiva, su proyecto acababa siempre por recibir la aprobación

unánime, pues era el mejor. Cuando cambiara el tiempo, saldríamos hacia el Norte, e intentaríamos conseguir la adhesión de los vetones y de los vacceos a nuestra causa, porque, como decía el jefe, «es preciso alzar a Iberia toda, tanto a los pueblos libres como a aliados de Roma».

Le pregunté si creía posible convencer a todos esos pueblos para que aceptaran un jefe lusitano. Él replicó:

—Va a ser muy difícil. Primero tenemos que hacer que se alcen contra los romanos. Luego, ya veremos... La única esperanza es que acaben por entender que no hay otro modo de combatir a los romanos. Mientras tanto, tenemos otras tareas más urgentes: hemos derrotado a las legiones de Vetilio, pero queda el ejército de Unímano.

El pretor Claudio Unímano era el gobernador romano de la Hispania Citerior. Desde la derrota de Vetilio no habíamos tenido noticias de él ni de sus tropas, y Viriato no quería correr el peligro de un ataque inesperado. Por otra parte, la derrota de Unímano sería un argumento de mucho peso en sus esfuerzos por provocar la sublevación de Iberia. Decidido a no perder tiempo, ordenó que nos dispusiéramos todos para levantar el campamento en cuanto los cielos lo permitiesen.

Al fin llegó el día en que las nubes desaparecieron, y los sacerdotes, tras observar el vuelo de los pájaros y las venas de las víctimas inmoladas, anunciaron que podíamos ponernos en marcha. Hartos de inactividad, los lusitanos se prepararon con entusiasmo.

\* \* \*

También yo acogía con alegría al sol y la perspectiva de nuevos combates, pero esa alegría venía envenenada por la idea de que tendría que separarme de Sunua.

Ella me oyó sin sorpresa, haciendo la posible por dominarse. Pese a su juventud, conocía la partida de los hombres de la tribu hacia la guerra, y sabía portarse como si fuera la esposa de un guerrero. Me sentí sumergido en una oleada de ternura al verla haciendo esfuerzos desesperados para

mantener esa actitud, con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla estremecida.

En el momento en que me disponía a dejarla, saqué del dedo mi pesado anillo de plata, regalo de mi madre, y se lo tendí, pidiéndole que lo guardase. Sunua se negó.

—Ese anillo me lo darás cuando vuelvas, porque cuando vuelvas nos casaremos... Tongio, también tú lo deseas ¿verdad? Si me dijeras que no, me moriría, estoy segura...

Sí, deseaba casarme con ella, le respondí (y era sincero), pero no sabía cuándo iba a regresar. El anillo sería un recuerdo, y prenda de nuestro noviazgo. Pero Sunua volvió a negarse. Y, después de besarme largamente, dijo con tono solemne:

—No necesito un anillo para acordarme de ti. Y ya tengo una prenda de noviazgo, porque estoy encinta: espero un hijo tuyo.

Di un salto y empecé a decirle que eso era imposible, pero no me dejó terminar:

—No me digas nada. Yo quería ese hijo, por ser tuyo. No podía dejarte marchar así. Va a ser un niño. Sé que será un niño, y tú volverás, por mí y por él.

La abracé con desesperación. Hubiera querido llorar y reír al mismo tiempo, besarla y colocarla sobre un altar para llevarle ofrendas como si fuese una divinidad. Me faltó valor para decirle que no habíamos consumado el único acto de amor que transforma a una virgen en mujer — no me había atrevido, por miedo a entristecerla, por escrúpulos y, extrañamente, las caricias de ternura habían bastado, por primera vez.

¿Pero cómo iba a decirle esto, viendo la alegría y el orgullo con que ella me había dado la «noticia»? Me callé. «Un día aprenderá», pensé, «cuando yo vuelva, si no muero en la próxima campaña. Ahora, ¡es aún tan niña!».

Me incliné sobre el rostro infantil de Sunua, la besé una vez más, y me puse en marcha, sin mirar atrás.

\* \* \*

De los vetones, obtuvimos la promesa de auxilio en todas nuestras operaciones de guerra contra los romanos, y algunos centenares de sus hombres se unieron a sus hermanos de raza que combatían ya bajo las órdenes de Viriato. Arduno, que como vetón fue elegido para iniciar las conversaciones, apenas tuvo trabajo: su pueblo era un aliado tradicional de los lusitanos y había ya una larga historia de expediciones conjuntas. Viriato era admirado y respetado por ellos.

Después de muchos banquetes, juegos y ceremonias, fuimos al encuentro de los vacceos. Arduno conocía bien a este pueblo, y me contó cosas curiosas. Como a los lusitanos, les apasiona la guerra, pero tienen hábitos peculiares. Por ejemplo, ni su rey ni los nobles poseen tierras de labrantío. La tierra pertenece a todos los hombres libres, y todos los años se sortea en lotes que las familias cultivan. El producto de las cosechas se almacena en silos comunes y se distribuye entre los cabezas de familia según el número de personas que de ellos depende. El rey y los ancianos velan para que no haya irregularidades, y quien oculte una parte de la cosecha antes de efectuada la distribución, es condenado a muerte. Me dijo Arduno que el sistema funciona bastante bien.

Los vacceos nos desilusionaron. Proclamaron su amistad hacia los lusitanos, su odio a Roma y su buena disposición para combatir, pero, dijeron, solo entrarían en campaña cuando sus dioses se lo ordenasen.

Viriato no se desalentó —no solía hacerlo. Los vacceos, declaró, acabarían por rendirse a la evidencia. Mientras tanto, ordenó que se construyeran fuertes arietes y, por sorpresa, atacó Toletum, a la orilla del Tagus. Aquella fue mi primera experiencia en asaltos a ciudades, que es el trabajo militar que menos me gusta, porque es imposible contener los excesos de los guerreros contra los habitantes cuando ceden las murallas y los soldados invaden las calles como un río mortífero. Pero, en fin, la guerra es así, y siempre ha ocurrido de este modo desde que el mundo existe. Y, por lo que me dijeron los veteranos, cualquier ciudad preferiría ser tomada por Viriato que por cualquier otro jefe, bien fuese ibérico o romano.

Después de Toletum atacamos Segovia y Segóbriga, aliadas de Roma — y, por serlo, fueron castigadas con especial ferocidad. Llegaron entonces noticias del Sur, diciendo que un nuevo ejército, mandado por el sustituto

de Vetilio, acababa de desembarcar con la expresa voluntad de vengar la humillante derrota de Tríbola. Viriato pensó que sería mejor que los legionarios no tuvieran tiempo suficiente para habituarse al suelo de Iberia, y atravesamos el Tagus hacia el Sur.

\* \* \*

Si alguien tuvo razones comprensibles para odiar a Viriato, ese fue sin duda el pretor Cayo Plaucio Hipseo. Enviado para gobernar la Hispania Ulterior, llevaba como tarea castigar a los «bárbaros», pacificar la Bética e imponer un saludable respeto a los conios, que mostraban indicios de agitación. El Senado le había confiado para esta tarea un ejército de diez mil hombres de infantería, reforzados con mil trescientos jinetes.

Plaucio debió de pensar que bastaría un paseo militar mostrando las águilas de las legiones, y no tuvo la preocupación de informarse suficientemente sobre la derrota de Vetilio. De todos modos, Viriato hizo con él lo que le vino en gana: recurriendo al ardid que nos había dado la victoria, atrajo al pretor a las márgenes del Tagus, simuló un ataque y se batió luego en retirada. Plaucio lanzó contra nosotros un destacamento de cuatro mil hombres que fue completamente aniquilado en una emboscada. Después volvimos a atravesar el Tagus y nos acercamos al Mons Veneris, donde Viriato esperó los acontecimientos.

Los romanos siguieron nuestro rastro y volvieron a caer en otra trampa. Con su ejército destrozado, aterrado por nuestra caballería (y sintiéndose en la situación del pobre Vetilio), Plaucio se lanzó a una fuga desordenada. Su pánico fue tal que no paró hasta llegar a Corduba, donde estableció cuarteles de invierno, pese a que aún estábamos en verano. No volvimos a oír hablar de él. Muchos años después supe que lo llamaron a Roma, que tuvo que informar ante el Senado y que lo condenaron al exilio. Pero en aquel momento nuestros informadores solo sabían que Plaucio estaba en cuarteles de invierno, lo que dejaba a Viriato manos libres para continuar la guerra en la Citerior.

También trajeron otras noticias los emisarios. El jefe, tras oír los informes, los despidió agradecido, colmándolos de regalos, y luego me llamó. Acudieron también Táutalo, Crisso y Arduno. Lo encontramos en un claro del bosque, solo, con aire preocupado.

Ha caído Cartago —nos dijo bruscamente.

Hubo un silencio incrédulo; luego, Táutalo balbuceó:

—¿Cómo es posible? ¿Cartago?

—La ciudad, incluso la ciudad, ha sido tomada y arrasada por los romanos —precisó Viriato—. Cartago es ahora un montón de ruinas. Cartago se acabó.

Nadie creería posible una cosa así. La presencia cartaginesa en Iberia había terminado hacía mucho tiempo (y sin dejar demasiado buen recuerdo, realmente) pero la ciudad, poderosa aún, seguía sosteniendo la guerra con Roma.

Su caída era impresionante, pensé yo, e iba a alterar completamente el equilibrio del mundo.

Sin duda, Viriato había pensado lo mismo, pues dijo:

—Ha caído, y tarde o temprano vamos a sufrir las consecuencias. Los cartagineses eran la arena en la sandalia de Roma... ahora, sin ella, tendrán más tropas disponibles para lanzarlas contra nosotros.

Y añadió luego, aunque con voz diferente:

—Es una razón más para intentar no perder tiempo. Mañana empezaremos la campaña contra las legiones de la Citerior.

La guerra contra el pretor Claudio Unímáno se resolvió en dos batallas: aplastamos a sus tropas, cuyos efectivos quedaron reducidos a la mitad, y capturamos sus estandartes —vergüenza suprema para los legionarios. Cargados de despojos, emprendimos el regreso al Mons Veneris, mostrando, a nuestro paso por la Carpetania, las águilas arrebatadas a los romanos.

\* \* \*

Estaba ansioso por ver de nuevo a Sunua, y en cuanto me lo permitieron mis deberes de guerrero, tomé un baño en la fuente, como había hecho

siempre antes, me puse mis mejores ropas y fui a verla.

No la encontré en los lugares por donde solía andar con las cabras, y decidí entonces acercarme al poblado, lo que me obligaba a hacer un camino mayor. Estaba el cielo cargado de nubes oscuras y amenazadoras, pero no tuve ánimo para volver al campamento sin ver primero a la muchacha. Iba sonriendo para mí al recordar su decisión: ¡nos casaríamos cuando yo volviese! ¿Por qué no? El tiempo había pasado deprisa, pero había pasado. Es increíble la rapidez con que una muchacha se convierte en mujer. Sunua debía de haber cumplido ya los trece años, y yo tenía ya dieciocho. La diferencia de edades no era muy grande, y acabaría por equilibrarse. Nos casaríamos, y yo podría darle el hijo que ella había creído esperar... ¡qué inmensa debió de ser su desilusión! Pero todo se desvanecería cuando nos encontráramos...

Pese a todo, al ver a lo lejos las chozas del poblado me sentía incómodo ante la perspectiva de hallarme ante la madre de Sunua y tener que decirle: «¿Dónde está tu hija? Quiero casarme con ella...».

Me detuve al pie de un árbol para ordenar mis ideas. Pasó una vieja y masculló un saludo (ya conocían el regreso de la hueste todos los de la sierra). Y entonces se me ocurrió que quizá ella supiera dónde estaba Sunua.

La vieja me midió con los ojos y empezó a decir:

—¡Qué disparate! Sunua...

Y se quedó callada, mirándome.

—Espera, espera, tú serás sin duda Tongio, el guerrero de Viriato. Pues mira, ahora lo entiendo todo... Sí, sí, lo entiendo... Sunua, pobrecita, hablaba mucho de ti. Te llamaba siempre, muchas veces, antes de morir.

Me quedé inmóvil, helado. Dejé de oír durante un rato la cantilena de la vieja. Solo retuve las palabras «enfermedad» y «delirio», nada más, hasta que se dio cuenta de que yo no la oía, y se calló. Sus ojos me devoraban, hambrientos de curiosidad.

Hubiera querido estar muy lejos. La mujer, con su apetito agudizado ante la historia del guerrero-de-la-hueste-lusitana-enamorado-de-Sunua-muerta, quería llevarme a la aldea, pero aquello era excesivo para mí. Providencialmente, resonó un trueno inmenso anunciando la tempestad. La

vieja se desgañitó en una afligida letanía a los dioses de las tormentas. Corté su discurso poniéndole bajo la nariz dos monedas de plata.

—Son para ti, para que me hagas un favor, pero si lo prometes y no lo cumples caerá sobre ti una maldición infalible que va oculta en estas monedas.

Quitó del dedo mi anillo de plata y se lo entregué.

—Llévaselo a la madre de Sunua. Le había prometido este anillo, cuando volviera...

La mujer intentó aún retenerme con manifestaciones de gratitud y juramentos y no sé qué más. Pero las primeras gotas de lluvia la hicieron desistir y partió a toda prisa hacia la aldea.

Me volví hacia el campamento. Caminaba tan lento que la lluvia cayó sobre mí a lo largo del camino, pero ni me di cuenta. Llegaría empapado, y nadie notaría que volvía llorando. Iba avanzando bajo las cataratas de agua que me golpeaban la cara y se mezclaban con las lágrimas.

## VI

He oído decir a hombres de experiencia que la guerra cura muy rápidamente las heridas del alma: metido en un combate, empeñado en sobrevivir por la muerte del adversario, no tiene uno tiempo para sufrir. No sé si el dicho es verdadero, pues semejante remedio me fue negado por los dioses. Aquel año, la campaña contra Unímano nos trajo una victoria tan rápida que apenas había empezado el otoño cuando estábamos ya de vuelta en el Monte de la Diosa. Las expediciones militares quedaban en suspenso hasta la primavera.

Empezó entonces una lenta tortura: no había rincón de la sierra que no me hablara de Sunua. Por las noches, una y otra vez, se me aparecía en sueños, riéndose o abrazándome, o bien angustiada, gritando que había perdido nuestro hijo. Luego, de pronto, desaparecía, y yo me despertaba cubierto de sudor, pero, al dormirme, volvían a empezar las pesadillas. Un día, ya a fines del invierno, empecé a gritar en pleno sueño, me despertó mi voz, y vi un rostro muy cerca del mío: era Arduno. Me obligó a salir de la tienda, cubierto bajo su propio manto, y me llevó hasta la hoguera más cercana, y sin decir ni una sola palabra, me dio vino. No pude contenerme, y le conté mi secreto.

Arduno era demasiado inteligente para intentar discursos de consuelo. Me oyó en silencio y, cuando acabé, me invitó a ir de caza con él a la mañana siguiente, «para alejar las sombras de la muerte y, también, para mantenernos en forma, pues vas a necesitar todas tus fuerzas...». El final de

la frase iba destinado, claro está, a aguzar mi curiosidad. Le pedí que se explicara, y así lo hizo:

—Si no hubieras pasado el día entero tan solo como un oso en invierno, sabrías que han llegado noticias de la Bética. Noticias frescas: el mensajero salió de Urso hace dos semanas. A propósito, por más que Audax te disguste, tienes que admitir que nos es muy útil, ha sido él quien más ha ayudado al jefe a formar una red eficaz de informadores.

—Bien. Admito lo que quieras. ¿Pero qué noticias son esas? —corté impaciente.

—Pues bien: el Senado romano ha enviado a Iberia un nuevo ejército. Y... a ver si adivinas la distinción que Roma nos ha concedido... A que no... Pues Roma ha decidido mandarnos uno de sus cónsules. Se llama Emiliano. Quinto Fabio Máximo Emiliano. Es el nuevo gobernador de la Ulterior, y debe de haber desembarcado ya.

—¿Y el ejército?

Arduno frunció el entrecejo.

—No sabemos cuántas legiones lo componen, pero es un ejército consular, y eso quiere decir que nos dará que hacer. Bueno, y ahora, si puedes, duerme un poco, porque te juro por todos los nombres de Bandua que vendré a despertarte antes de que salga el sol. ¡La caza nos está esperando!

Viriato decidió que antes de enfrentarnos al cónsul mediríamos fuerzas con el nuevo magistrado de la Citerior, el pretor Cayo Nigidio, a fin de evitar el riesgo de que nos cogieran en tenaza los dos ejércitos romanos. Así, apenas llegó la primavera abandonamos el Mons Veneris, lo que constituyó un auténtico alivio para mí. Estaba ansioso por combatir y olvidar mi tristeza. Además, había empezado a odiar a aquella tierra que me parecía maldita (digo «parecía», pero ahora estoy seguro de que la Diosa debió de abandonarla, resentida quizá por alguna ofensa que le harían allí).

Cayo Nigidio no era mejor general que sus antecesores, y se mostró incapaz de responder a la táctica de Viriato, basada como siempre en la movilidad y en la rapidez. Dejamos al pobre pretor con un territorio devastado y en pleno caos, y seguimos hacia el Sur, en busca de Emiliano.

La red de información tejida por Viriato (y que en contra de lo que Arduno creía, estaba muy lejos de deberse solo a los méritos de Audax) seguía trabajando. Nos enteramos así de que el ejército consular se componía de diecisiete mil hombres, pero el grueso de sus efectivos estaba formado por reclutas inexpertos. Esto era un misterio para nosotros. Si, como se decía, el nombre de Viriato causaba terror en Roma (y era verdad), ¿cómo se explicaba que enviasen a Iberia legiones sin experiencia, cuando tenían las tropas perfectamente adiestradas que habían acabado con Cartago?

Hoy sé los motivos. El Senado era un avispero donde hervían las intrigas, y Emiliano había sido víctima de una de las muchas conspiraciones en que Roma se complacía. Pero, en aquella época, un ejército de novatos nos parecía un favor de los dioses.

La hueste lusitana avanzó por la Bética sin encontrar apenas resistencia. Emiliano, después de establecer bases en Urso y en Gadir, evitaba el combate y se limitaba a sostener pequeñas escaramuzas. Podría hablar de ellas aquí, pues algunas fueron verdaderas obras maestras de astucia por parte de Viriato, pero creo que sería aburrido describir una larga serie de victorias sin importancia. Aquel año, los principales acontecimientos fueron las conquistas de dos ciudades: la primera fue Itucci, un importante punto estratégico, situado en lo alto de un roquedal. La tomamos sin lucha, pues los habitantes nos abrieron las puertas para recibirnos en triunfo.

La segunda ciudad fue la propia Urso, que había sido evacuada por Emiliano. Los habitantes no sufrieron mucho, pues la resistencia fue débil y muchos en los pobladores de la ciudad simpatizaban con nuestra causa. De todos modos, pude confirmar (e incluso reforzar) mi opinión sobre Audax, Minuro y Ditalco: fueron ellos los primeros en proponer el saqueo generalizado de los bienes de sus conciudadanos, con el pretexto de que Urso había aceptado el yugo romano. Viriato mostró su desacuerdo y prohibió saqueos y violencias, con gran enfado de Audax. Supongo que él y sus amigos, sabiendo cuales eran las casas más ricas de la ciudad, vieron una hermosa ocasión de acrecentar su propia fortuna. Comenté el asunto con Táutalo, pero me abstuve de hablar con Viriato para que no pensara que yo tenía algo personal contra los tres inseparables amigos.

La entrada de los lusitanos en Itucci y en Urso, y la casi absoluta pasividad del cónsul, alentaron a otras ciudades a expulsar a las guarniciones romanas y a proclamarse aliadas de Viriato. El año terminaba, pues, con gloria y beneficio para nosotros. Pese a todo, nuestro jefe no compartía esa euforia. Al contrario, parecía más serio y cerrado que nunca. Mediado el otoño suspendió las operaciones, eligió un lugar como cuartel de invierno, lo mandó fortificar y reunió a sus consejeros. Nos dijo que había que trazar los planes para el año siguiente, que, según preveía, iba a ser muy duro.

Nos miramos sin comprender. Crisso, que con la edad se iba haciendo cada vez más malhumorado e impertinente, se quejó del pesimismo de Viriato. ¿Qué más quería nuestro jefe? ¿No dictaba su voluntad en toda la Bética? ¿No habíamos derrotado acaso a Nigidio y a Emiliano?

Viriato lo escuchaba de pie, inmóvil. Un desmayado sol de otoño arrancaba reflejos dorados de los brazaletes que servían como insignias de mando.

—No tengo razones para quejarme de nuestros hombres —dijo al fin—, pero parece que todos olvidáis algo importante: Emiliano tiene su ejército casi intacto, y son diecisiete mil legionarios. Tongio, voy a recurrir a tus conocimientos. Aquí tengo un mensaje escrito. Va dirigido a Quinto Fabio Máximo Emiliano, en Gadir. No dice nada importante para nosotros y solo quiero que leas el principio y me digas si ves alguna palabra extraña.

Lo miré sorprendido, y él sonrió levemente:

—No, no es que haya aprendido a leer de un día para otro, no tengo tiempo para dedicarme a eso. Lo que en ese mensaje me interesa me lo tradujeron ya. Léelo.

Cogí la tablilla, empecé a leer y me di cuenta de inmediato de lo que el jefe quería que comprobase.

—En esta carta tratan a Emiliano de Procónsul...

—Exactamente —interrumpió Viriato— y, para quienes no lo sepan, conviene aclarar que el Senado de Roma, en contra de lo que es habitual, quiere mantener a Emiliano aquí en Iberia al menos durante el próximo año.

El incorregible Crisso rezongó:

—¡Menos mal! Si sigue haciendo con sus legiones lo que ha hecho hasta ahora...

Viriato replicó en el tono paciente de quien habla a un niño:

—Amigos míos no nos engañemos Emiliano es el mejor general que los romanos han enviado a Iberia desde que empezamos nuestra lucha. Le dieron un ejército de reclutas, ¿y qué es lo que ha hecho? Lo mismo que haría yo si estuviera en su lugar: ha evitado los peligros mayores y ha ido entrenando a sus hombres, enseñándoles a luchar contra nosotros. Y cuando llegue el invierno, estará ya dispuesto a enfrentarse a nosotros con diecisiete mil legionarios frescos y entrenados. Y con nuestra gente no podremos resistir.

Táutalo, optimista crónico, tronó:

—Bien, no vamos a echarnos a llorar como viejas medrosas. Estoy seguro de que nuestro jefe ha pensado ya en todo ¿no?

Viriato lo miró con ironía benevolente:

—Me conmueve tu fe. Pero sí, es verdad: he pensado en el caso. Tenemos que tomar la iniciativa. Vamos a atacar en la Citerior y en la Ulterior. No contéis con grandes victorias, lo que nos interesa ahora es experimentar la capacidad de los generales romanos... Y hay aún otra cosa que hacer: si somos derrotados, nuestra única salvación es obligar a los romanos a dispersar sus tropas. Es necesario que entren en guerra otros pueblos de Iberia, el mayor número posible. Si no aceptan nuestro mando, que hagan la guerra por sí solos, pero que la hagan...

—¡Tienen que aceptar tu mando! —exclamó Táutalo—. ¡Tienen que hacerlo!

Viriato se encogió de hombros:

—Lo sé. Roma divide a nuestros pueblos para ir aplastándolos uno tras otro... ¿Y quién tiene la culpa? ¿Cómo vamos a unir a nuestra causa a los vaceos, a los arevacos, a los ilergetas, si ni siquiera todos los nuestros aceptan seguirnos? ¡Por todos los dioses! ¡Lusitania podría dictar sus condiciones al Senado y al pueblo de Roma!

Súbitamente, cambió de tono:

—Pero todo esto son sueños, y no hay tiempo para soñar. Tongio: tú y Anduno seréis mis emisarios. Tenéis que salir para Cinéticum, y, desde allí,

subiréis hacia las tierras que están entre el Tagus y el Anas, y aún más al Norte. Hablaréis con los pueblos, intentaréis conocer su modo de pensar. Lanzaréis nuestra simiente. Yo mismo, en cuanto me sea posible, iré al Norte, por otro camino, para hablar con los pueblos vetones, con los vaceos, con los calaicos... con todos los que estén dispuestos a escucharme. Quedamos citados para el comienzo del otoño en Igedium. Mandaré aviso a algunas ciudades de vuestro itinerario.

—Un hermoso viaje —comenzó Arduno— pero voy a sentir la falta de combates.

—Lo que vais a hacer es tan importante como combatir. Tongio conoce el Cinéticum y algo de las tierras de más al Norte, pero cuando llegue al Callipus, estará perdido. Entonces, tú serás el guía, y él el intérprete, si es necesario.

Dio por finalizada la reunión. Arduno se me acercó y me dio una sonora palmada en la espalda.

—¡Después de la guerra, el mejor remedio para el aburrimiento es un buen viaje!

\* \* \*

Atravesamos el Anas por la zona de Baesuris, y pernoctamos en la ciudad. Yo sentía cierta preocupación: durante el viaje vimos numerosos contingentes romanos. También había romanos en las proximidades de Baesuris. Además, Reburus, el comerciante con quien había hablado cuatro años atrás, podría reconocerme.

Arduno intentó disipar mis temores: había pasado mucho tiempo desde entonces, y yo había cambiado mucho, estaba más alto y musculado, y llevaba barba. Además, pasaríamos solo una noche allí.

—Lo que sí me inquieta —añadió— es la abundancia de legionarios. Esperemos que nuestros disfraces sirvan de algo.

Para viajar por la parte del Cinéticum sometida a Roma decidimos decir que éramos curanderos ambulantes. La idea se le ocurrió a Arduno, y estaba muy orgulloso de ella —y aún más orgulloso quedó cuando comprobamos

que la idea había sido realmente inspirada, pues por todos los caminos había patrullas al mando de oficiales muy inquisitivos.

No tardamos en comprender la razón. Las noticias de las victorias lusitanas habían despertado en el espíritu de los conios un ánimo de revuelta que iba fermentando en el país. La tensión era perceptible, se respiraba en el aire: Balsa parecía más un cuartel que una ciudad; Ossonoba presentaba idéntico aspecto y, como era de esperar, pululaban espías pagados por los romanos para descubrir eventuales agitadores. En las tabernas y hospederías nos miraban con desconfianza y siempre había alguien con los oídos atentos... Hartos de aquel ambiente, Arduno y yo decidimos discutir nuestros planes lejos de curiosos.

La mejor solución era salir de la ciudad. En una de las muchas playas próximas a Ossonoba buscamos un lugar aislado y hablamos sobre el ambiente perceptible en Cinéticum. La situación, dije, parecía muy favorable, pero al mismo tiempo resultaba difícil establecer contactos sin levantar sospechas en las guarniciones romanas. Yo estaba seguro de que, al menos por dos veces, nos habían seguido.

Arduno se sentó en la arena, al borde mismo de la espuma, y se entretenía viendo llegar las olas que morían a un palmo de sus pies.

—Creo que lo mejor que podíamos hacer —dijo— es marcharnos de Cinéticum. Conocemos ya el estado de espíritu de esta gente, y si intentamos algo con los conios, corremos el peligro de provocar la rebelión demasiado pronto. Además, noto peligro en el aire... peligro para nosotros, quiero decir.

Yo había aprendido a tomar en serio sus presentimientos, y, en consecuencia, solo puse una condición: la de dejar, antes de partir, una ofrenda en la necrópolis de Ossonoba, en las tumbas de mis antepasados. En Balsa, por razones de seguridad, no me había atrevido a ir al sepulcro de mi padre, pero allí nadie iba a establecer relación alguna entre un oscuro curandero y una familia aparentemente extinguida.

Arduno se dejó convencer, y dijo que me acompañaría. La verdadera razón de hacerlo era, sin embargo, el temor a que me ocurriera algún percance, pero como detestaba mostrarse solícito, prefirió decir que sentía

curiosidad por ver cómo iba a descubrir yo aquellas tumbas, si nunca antes había visitado la ciudad.

—Es muy sencillo —le dije mientras lo llevaba a la parte de la necrópolis reservada a las familias de los Ancianos—. Mira...

Todas las tumbas estaban adornadas con inscripciones en caracteres conios. Arduno me lanzó una mirada furiosa, y protestó:

—No me dirás que también consigues leer esos garabatos...

—Esos garabatos —repliqué— son la primera escritura que aprendí, antes incluso de aprender las letras romanas. No olvides que soy como...

Rezongó:

—Bueno, está bien, está bien... La pena es no poder unir tus conocimientos a los míos. Sería invencible si lo consiguiera, pero... —hizo una pausa y volvió a hablar, ahora en voz baja— veo que continúan siguiéndonos, y esto no me gusta nada. Lo lamento mucho, Tongio, pero tus antepasados tendrán que quedarse sin ofrendas. Esta no es ocasión para ceremonias piadosas...

Realmente, dos hombres a quienes habíamos visto ya en el mercado de Ossoyoba se paseaban por la necrópolis afectando un aire demasiado ocioso para ser verdadero.

—Podemos tenderles una emboscada, atraparlos y torturarlos hasta que confiesen qué andan haciendo...

Arduno replicó que entonces tendríamos que matarlos también, para que no fueran a contar historias sobre nosotros, pero toda esta operación podría llamar aún más la atención sobre nosotros.

—Entonces, vamos a intentar largarnos de la ciudad con aire inocente, y cuanto antes.

Así lo hicimos. No salimos por el camino grande sino por las playas, y tirando hacia el Norte cuando nos fue posible. Fuimos todo el día a galope, solo con las paradas necesarias para dar reposo a los caballos, y continuamos la misma marcha hasta alcanzar las sierras que son frontera natural entre Cinéticum y Mesopotamia. Solo entonces redujimos la marcha, pero siempre con especial cuidado: acampábamos en lugares escondidos y comíamos solo cosas frías, buscábamos también caminos menos frecuentados, y, sobre todo, aquellos en los que no fueran fáciles las

emboscadas. Al cabo de cuatro días de marcha nos sentimos ya lo bastante seguros como para encender una hoguera que nos calentara un poco y nos permitiera cocinar. Traíamos pescado salado y *garum*, pero yo había cazado una avutarda y pudimos así ahorrar provisiones.

No hablamos palabra durante la comida, y solo después de ofrecidas las libaciones a los dioses del lugar rompí el silencio:

—Ahora podemos elegir entre tres caminos: podemos ir en línea recta al Norte; podemos buscar el curso del río Anas, al Este, o, al lado contrario, seguir hasta la costa occidental. Yo preferiría seguir el Anas, porque podría pasar por el santuario de Endovélico y ver a mi madre, pero ese es el itinerario menos recomendable: por una parte, si los espías siguen nuestro rastro, atraeríamos la atención del enemigo sobre el santuario; por otra, no hay dudas sobre la actitud de los pueblos de esta región, pues son aliados de Viriato.

Arduno se mostró de acuerdo, pero como era la segunda vez que las circunstancias parecían contrariar mis deseos (en Ossonoba no había podido rendir homenaje a mis antepasados, y ahora tenía que privarme de visitar a mi madre) dijo que iba a comprobar si el riesgo era real: buscaría una indicación en el fuego.

—¡Ahora eres tú quien me sorprende! —le dije—. No sabía que eras capaz de leer presagios en las llamas.

—No subestimes nunca a un vetón. Apártate un poco, y no hables nada.

Arduno echó más leña al fuego, hizo una libación y empezó a recitar una larga oración a media voz. Luego vertió vino en las llamas y se arrodilló rápidamente, observando el fuego. Al cabo de un rato, cuando yo sentía ya en la piel el frío de la noche y deseaba poder acercarme a la hoguera, Arduno se estremeció, asumió su aire natural y dijo en voz alta:

—Vispasca.

—¿Qué?

—Vispasca. Por ahí debemos ir: directamente hacia el Norte, hasta Vispasca. A partir de ahí... no sé bien, pero como es conveniente evitar el Este, sería aconsejable ir por la costa. Podríamos cruzar al Callipus por Evión.

La propuesta era lógica. Vispasca y Evión tenían importancia para nosotros; en la primera de las dos ciudades había minas de las que los habitantes de la comarca extraían metales para armas y herramientas; en cuanto a Evión, era ciudad famosa por sus armeros. Una alianza podría, en cualquiera de los dos casos, ser muy importante para nosotros.

—Ahora que hemos tomado ya una decisión —dije— estoy dispuesto a dormir ¿o prefieres que haga yo el primer turno de vela?

Arduno se encogió de hombros:

—Me es igual. Duerme si quieres. Aquí no corremos peligro: he invocado todos los nombres del dios Bandua.

Era la segunda vez que decía tal cosa y, como en la primera, no comprendí, Arduno, leyendo la pregunta en mis ojos, volvió a encogerse de hombros, y, explicó:

—Es una idea mía. Cada pueblo tiene sus dioses, y todas las montañas, ríos y bosques tienen también sus dioses. Pero hay sin duda unos dioses más poderosos que los otros, son dioses que protegen a varias tribus y usan nombres diferentes. En mis viajes, conocí a un dios Bandua. Luego conocí también a Banderaeico, a Bandiarbariaico, a Bandioilenaico. ¿No crees que son todos un mismo dios?

Yo no lo sabía, y aquello me sonaba a blasfemia. Se lo dije, y él movió la cabeza, riendo:

—Los dioses conocen nuestros pensamientos. Bandua no me ha fulminado por pensar de esta forma. Lo que importa es honrar a todos los dioses, y eso es lo que yo hago.

—Muy bien —concluí—, entonces voy a dormir, y espero hacerlo bajo la protección de todos los dioses.

\* \* \*

Los pueblos que vivían entre el Tagus y el Anas no se mostraban tan inclinados hacia la guerra como los conios. En ninguno de los lugares por donde pasamos obtuvimos una adhesión clara, aunque muchas tribus se

declararon dispuestas a hacer eventuales incursiones en la Bética, en el momento en que sus jefes lo decidieran y los presagios fuesen favorables.

En Vispasca oímos rumores sobre la guerra —nada en concreto, pero todo parecía indicar que Emiliano había conseguido mejorar la calidad combativa de sus legionarios y estaba ya en condiciones ventajosas de atacar. Se decía también que el nuevo gobernador de la Citerior, Cayo Lelio, había iniciado una campaña para secundar la acción del procónsul.

Al salir de la ciudad, proseguimos en dirección Norte. Si íbamos directamente a Evión, como habíamos decidido, acabaríamos por atravesar la zona entre el Tagus y el Anas, es decir la Mesopotamia, sin hablar con la mayor parte de las tribus. En consecuencia, tomamos camino de Eborá.

Los viajes en la Mesopotamia se ven facilitados por el terreno, casi todo llano o, cuando más, ondulado en pequeños cerros y colinas, como en la zona del santuario de Endovélico. Con todo, durante el día el calor nos impedía avanzar con la deseada rapidez... La travesía de las sierras del Cinéticum nos había hecho perder mucho tiempo, y teníamos ya el verano encima. Esta estación es muy calurosa en Mesopotamia, donde solo los bosques sirven de refugio contra los ardores del sol. Pero los habitantes de la región, a lo largo de generaciones incontables, fueron cortando los árboles para aumentar la tierra cultivable.

Eborá, ciudad que visitaba por primera vez en esta época del año, era un caserío sin gran belleza y aún pequeño. Lo más notable en ella eran los vestigios del pasado, las famosas piedras gigantes. No lejos de la ciudad, según nos dijeron, había un campo sagrado donde abundaban estas piedras.

Arduno y yo fuimos a presentar nuestros respetos a los dioses locales y, como guerreros, no dejamos de ofrecer un sacrificio en el templo de Runesos-Cesios, dios de la guerra y Señor del Dardo. Luego, fuimos a visitar a los Ancianos. Uno de estos, amigo de Viriato, había recibido un enviado con mensajes destinados a nosotros en los que se confirmaban los rumores pesimistas que habíamos oído en Vispasca: Viriato había sido derrotado por Emiliano en la Bética, y había tenido que abandonar Urso e Itucci. Otra ciudad, Arunda, había caído también en poder de los romanos. En la Citerior, Cayo Lelio había vencido a una fuerza lusitana mandada por

un lugarteniente —no pudimos saber quién era, pero pensé que podría ser Táutalo.

En este sombrío panorama había un solo punto brillante: la ciudad de Baikor se había puesto a nuestro lado y Viriato se había retirado a ella con todas sus fuerzas. Baikor tiene mucha importancia estratégica, pues está cerca de un desfiladero que domina la entrada del valle del Betis.

Estas informaciones nos sirvieron para argumentar, ante los notables de Ehora, en favor de un apoyo militar a Viriato. Por mi parte, expliqué que las tierras de entre el Tagus y el Anas no estaban a cubierto de una invasión romana, muy al contrario: en la Bética se jugaba la suerte de toda la Iberia libre. Si perdía Viriato, nada se opondría a las legiones de Emiliano y de Lelio, que podrían ocupar aquel mismo verano la Mesopotamia y lanzarse luego contra Lusitania y Calecia en la primavera siguiente. A esto añadió Arduno que resultaba urgentísimo tomar una decisión. Viriato había perdido tres ciudades, y era dudoso que pudiera resistir un ataque simultáneo lanzado por las legiones de la Citerior y de la Ulterior.

Aunque no obtuvimos respuesta inmediata, pude comprobar que nuestros argumentos causaban impresión. Nos despedimos, pues, dejando atrás una simiente que —o al menos eso era lo que esperábamos— podría dar frutos muy en breve.

Nuestra próxima escala fue Evión, donde gozamos de la ventaja de ser portadores de noticias aún no conocidas. En todo caso, yo tenía ahora prisa de llegar a las tierras de los túrdulos, donde esperaba mejor acogida, y por esa razón quise hacer el resto del viaje en barca, siguiendo por el Callipus hasta la hoz. Pero tropecé entonces con la negativa obstinada de Arduno, que estaba convencido de que iba a hacer todo el viaje mareado —«no me veo sobre el agua» decía—. El resultado fue que tardamos unos días más en alcanzar la costa y, para colmo, nos perdimos.

Quien sigue por tierra el curso del Callipus en dirección al mar, tiene dos caminos: por la orilla del Norte acabará llegando a Cetóbriga. Y por la orilla del Sur dará en una península muy llana y larga llamada Acale, que separa el estuario. Seguimos por esta orilla, cuando nuestro destino inmediato era Cetóbriga.

La región es bonita, con abundancia de pinos y árboles frutales. En el extremo de la amplia lengua de arena y tierra, junto a la boca del estuario, hay un poblado de pescadores también llamado Acale. Sus habitantes viven de la salazón y venta de pescado en las aldeas vecinas. Es gente pacífica y laboriosa, sin grandes ambiciones. Fuimos recibidos con hospitalidad, pero resultaba evidente que allí no teníamos nada que hacer y que había que ir a Cetóbriga. Desde la ensenada de Acale podíamos ver la ciudadela y el caserío apiñado en lo alto del promontorio, pero entre nosotros y Cetóbriga estaba el ancho estuario del Callipus.

Esta vez, Arduno se resignó y ni esbozó siquiera una protesta. Volver atrás equivalía a perder más tiempo. Contratamos a dos pescadores para que llevaran los caballos en una balsa. En cuanto a Arduno, apretó los dientes y entró detrás de mí en uno de los odiados barcos de cuero. Vomitó durante toda la travesía. Al desembarcar en la otra orilla, lívido, juró que no repetiría la hazaña por todo el oro del mundo.

Pronto se recuperó, y menos mal, porque necesitábamos los dos todas nuestras facultades. Durante el viaje por el río, yo, que nunca me había mareado sobre el agua, vi algo que me alertó de inmediato: dos galeras romanas estaban ancladas en el estuario.

La presencia del enemigo planteaba un interrogante: ¿qué relación había entre los romanos y los habitantes de Cetóbriga? Sin intentar salir de dudas decidimos no predicar la revuelta en Cetóbriga y abreviar nuestra estancia en la ciudad. En realidad, la redujimos de hecho a lo indispensable para comprar las provisiones que no habíamos conseguido en Acale, donde los pescadores acababan precisamente de vender todas sus reservas de salazón poco antes de nuestra llegada.

Cetóbriga es una ciudad primitiva y extraña. No creo que tenga gran futuro. Muchos de sus habitantes se sirven aún de herramientas de piedra, que los otros pueblos utilizan ya solo en los ritos, y, además, la ciudad está como cerrada en sí misma, en lo alto del promontorio, ceñida por las murallas. Los jóvenes prefieren vivir a orillas del río y se dedican a la pesca y al comercio. La ciudadela va quedando solo como un refugio, como un reducto para casos de peligro.

Dadas estas características, no es extraño que dos extranjeros como nosotros fueran observados con malos ojos, y apenas entrados en la ciudad, pese al pretexto de que íbamos a sacrificar un animal al dios tutelar, sentimos a nuestro alrededor una atmósfera de curiosidad hostil.

Un incidente vino en nuestro auxilio. Los habitantes de Cetóbriga tienen una costumbre idéntica a los lusitanos: los enfermos van de puerta en puerta, por las casas, contando sus males por si alguien conoce remedio. Pues bien, apenas habíamos dado unos pasos por una de las callejuelas cuando fuimos abordados por un anciano que se quejaba de fuertes y persistentes dolores de estómago. Arduno, como ya he dicho, era experto en medicinas. Se sentó al lado del viejo y empezó a hacerle preguntas, qué comía y cosas así —preguntas cuyo interés yo no podía comprender. Finalizado el interrogatorio, aconsejó al enfermo una infusión de hierbas y le ordenó que durante los próximos diez o veinte días se alimentara de caldo de carnero sin grasa, que no comiera pescado, ni salado ni fresco, y que no probara vino ni cerveza.

—Lo que quieres es matar de hambre a ese pobre viejo —le dije al oído mientras nos alejábamos—, y como la familia se empeñe en tomar venganza, sospecho que vamos a tener que largarnos de aquí aún más deprisa de lo que pensábamos.

Arduno se mostró seguro de sí:

—Va a curarse. Ya lo verás. Su enfermedad es que come y bebe demasiado. Mañana ya estará mejor, estoy seguro.

—Bien —insistí—, pero será mejor que no estemos aquí mañana para comprobarlo. No me apetece morir arrojado desde las murallas...

Pero, por lo visto, estaba dispuesto que permaneciéramos allí al día siguiente. Cuando íbamos a entrar en el templo, encontramos la puerta cerrada y a la población de la ciudad concentrada en silencio en el tramo de muralla que daba al estuario y el océano. Empecé a sentirme inquieto, pues no sabía si aquel era un día en el que nuestra presencia allí fuera tenida por sacrilegio. Por suerte, Arduno, que había viajado ya por la costa occidental, recordó a tiempo:

—El sol... Es por el sol. Empieza el crepúsculo...

Para muchos pueblos de la costa, me dijo, es sagrado el ocaso, y lo ven con temor: contemplan cómo el dios se hunde en las aguas del océano y temen que su fuego se apague para siempre. Entonces, hay que guardar silencio y rezar impetrando el regreso del dios.

Nos unimos a los habitantes de Cetóbriga y participamos en la oración. Luego, cuando el gran disco rojo desapareció en las aguas lejanas del horizonte, íbamos a alejarnos cuando toda aquella gente se apiñó a nuestro alrededor, finalizado ya el silencio de la oración, y empezaron a hablar todos al mismo tiempo.

Con la rapidez de un incendio se había corrido por la ciudad la voz de que habían llegado unos extranjeros sabios en dolencias y tratamientos. Llovían las consultas, y respondíamos como podíamos... pero lo peor estaba aún por venir. Llevábamos así un buen rato cuando una mujer joven empujó a los que tenía delante y se abrió paso hasta Arduno con tanta vehemencia y desesperación que tuvimos dificultad para entenderla: Un hijo suyo, de catorce años, estaba poseído por un mal espíritu que se había alojado en su cabeza.

Me estremecí y hablé en voz baja con Arduno:

—Esto es más grave. Dolores de estómagos, verrugas, encías que sangran, heridas, todo eso, pase; pero, malos espíritus... Es demasiado peligroso.

Él me miró, serio:

—Lo sé, Tongio... y sé también lo que hay que hacer en estos casos. Claro que es peligroso, pero ¿te das cuenta? ¡Un chico de catorce años! Al menos hay que intentar algo.

No me tranquilizó la respuesta, pero no tuve más remedio que acompañarlo. Menos mal que lo hice, pues así pude ser testigo de algo asombroso, una de esas cosas que yo solo conocía por viejas historias oídas en la infancia. Hoy, son muy raros los hombres capaces de esa proeza: abrir la cabeza a un poseso y expulsar los malos espíritus que se habían refugiado en el interior. Ni siquiera en sueños hubiera creído que Arduno era uno de esos hombres.

Arduno me permitió asistir a todo, bajo promesa del más absoluto secreto, pues la operación contiene actos de magia demasiado poderosa y

llena de peligro para poder revelarlos. Solo puedo decir que duró toda la noche. De madrugada, cuando Arduno terminó, agotado, el muchacho dormía profundamente. Tuvimos que esperar a que despertase, cosa que aconteció mediada la tarde del día siguiente, pues Arduno le había dado a beber un fuerte narcótico. Al despertar, el muchacho parecía normal, y ya entonces toda Cetóbriga estaba maravillada. Fuimos aclamados con efusión y con un respeto muy próximo al temor.

El éxito de Arduno nos proporcionó lo que más necesitábamos: comida. Y también algo que nos era muy precioso: información. No, las tripulaciones romanas no mantenían relación con Cetóbriga; compraban sus mantenencias a Acale. No, los de Cetóbriga no simpatizaban con Roma, y temían su poder. Y... sí, era frecuente el paso de barcos romanos por la hoz del Callipus; pero, por lo visto, era más frecuente aún su presencia en el estuario del Tagus, cerca de la ciudad de Olisipo.

Esto nos dio que pensar. Habíamos decidido pasar unos días en Olisipo, pero no teníamos muchas ganas de arriesgarnos a tener contactos con la población local teniendo a los romanos a la vista.

—Aun así —recordó Arduno— habrá que pasar por las inmediaciones. Podríamos dormir en las antiguas canteras, que están abandonadas.

Asentí. En el viaje por la Mesopotamia se nos había ocurrido la idea de darle una agradable sorpresa a Viriato y compensarlo así, en cierto modo, por las derrotas sufridas: para eso tendríamos que pasar algunos días en las proximidades de Olisipo.

Decidimos dirigirnos hacia Equabona, para derivar desde allí hacia el Noroeste, a fin de llegar al Tagus por un punto donde el río fuera fácilmente vadeable. Arduno observó que no tendríamos más remedio que buscar un vado, pues no estaba dispuesto a poner los pies en una embarcación, y mucho menos en un estuario como el del Tagus.

Dejamos Cetóbriga llevando con nosotros las bendiciones y el reconocimiento de sus habitantes. El muchacho, aunque muy débil, daba señales de cura, y el viejo glotón declaraba a todo el mundo que Arduno era un enviado de los dioses.

## VII

La siguiente etapa fue larga, monótona y sin incidentes. En Equabona nos recibieron bien, pero estaban en plenas fiestas de verano y nadie tenía tiempo ni ganas de oírnos. Como no queríamos que nos tuvieran por impíos, hicimos nuestra ofrenda a la divinidad festejada y seguimos nuestro camino.

Al cabo de varios días, ya en la margen norte del Tagus, avistamos a lo lejos las murallas de Olisipo, que era entonces un pequeño burgo concentrado en lo alto de un cerro frontero al estuario del río. No muy lejos estaban las canteras a las que Arduno se había referido. Mucho tiempo atrás, cuando los hombres no conocían el bronce ni el hierro y todas las armas se hacían de piedra, los pueblos de la hoz del Tagus habían excavado profundas galerías en su valle donde abundaba el sílex. Aún hay gente que hace lo mismo, pero no en Olisipo. Situada en la costa, y ofreciendo a los navegantes un refugio seguro, la ciudad recibió muy pronto la visita de los tirios, de los griegos y de los cartagineses, y con ellos aprendió a usar el cobre, el bronce y el hierro. Las galerías fueron abandonadas, y pasaron a servir de abrigo a los animales salvajes y, ocasionalmente, a viajeros como nosotros, que primero tenían que asegurarse de que no iban a encontrar lobos o jabalíes dispuestos a defender sus dominios.

Elegimos una de las grutas más pequeñas. Estábamos en relativa seguridad, pero, con todo, la noche la pasamos casi en vela, mal dormidos e inquietos, pues aquellos lugares estaban llenos de ruidos y de misteriosas

claridades como si en ellos persistiera la presencia de los tiempos pasados —tal vez las entidades protectoras de los antiguos trabajadores del sílex—. Por la mañana, Arduno, que tampoco había dormido bien, observó:

—Tuvimos nosotros la culpa. Ni siquiera prestamos homenaje a Coaranioniceus, y estos son sus dominios. ¡Y, para colmo, vamos a pedirle un favor!

Coaranioniceus, el dios protector de Olisipo, reside en una de las colinas próximas a la ciudad. Es un dios generoso, que ofrece a los hombres de la región oro y otros metales. Pero el favor que íbamos a solicitarle era muy distinto: se trataba de la sorpresa que preparábamos para Viriato.

Al pie de la colina de Coaranioniceus (la llamada Monte Santo por los habitantes de Olisipo) se crían con los mayores cuidados las yeguas sagradas del dios, una manada que solo a él pertenece. No hay en toda Iberia animales tan hermosos y de galope tan veloz. Los potros son criados aparte, y unos son ofrecidos a la divinidad, en las fiestas, y otros se venden. Solo uno, el más fuerte, el más puro, es designado para sustituir al garañón envejecido, que es sacrificado a Coaranioniceus. Así, la manada sagrada tiene solo un señor, al que, desde tiempo inmemorial, se le da el nombre de Viento, siempre el mismo. Este nombre, y la belleza y la rapidez de las yeguas del Monte Santo, hicieron que los pueblos más lejanos pensaran que las yeguas eran fecundadas por el viento.

La manada del dios es intocable, pero los potros que son separados de ella se aparean con otras yeguas, y así fue surgiendo una raza mezclada pero que conserva muchas de las características de la línea pura. Lo que nosotros pretendíamos era convencer a los servidores del dios para que nos vendieran potros de esta raza semidivina y con estos potros, en pocos años, Viriato podría tener un magnífico cuerpo de caballería.

Para presentarnos a los sacerdotes con la mejor apariencia posible, nos bañarnos en el río que corre junto a las canteras, y yo me arreglé la barba (seguía llevándola corta, en memoria de Sunua, pero durante el viaje no había tenido tiempo ni ganas de cuidar mi aspecto). Comimos algo ligero —pescado salado, regalo que nos hablan ofrecido los cetobrigenses, agradecidos— y nos dirigimos hacia el Monte Santo.

No era largo el camino. Toda aquella región es verde y fértil, una tierra creada para los dioses como lugar de reposo y belleza. Era una mañana brumosa, y nada rompía el silencio, pero el sol rozaba las nubes y las transformaba en luz. Después de una noche tan agitada, aquel día era una bendición. Sin hablar, para no romper el encanto, pusimos los caballos al paso. Hacía mucho tiempo que yo no me sentía tan feliz y tan tranquilo, como si la mano del dios estuviera abierta sobre mi cabeza. En las hojas de los árboles y en los arbustos centelleaban gotas de rocío transparentes y puras. Hubiera deseado cogerlas para guardarlas. Pero, pronto, al doblar una revuelta del camino, lo olvidé todo para quedar en éxtasis. Ante nosotros, en un prado cubierto de hierba lujuriente, atravesado por dos o tres arroyos, estaba la manada de yeguas salvajes.

Quien no haya visto semejante espectáculo difícilmente podrá imaginarlo. Eran cerca de cincuenta yeguas —todas inmaculadamente blancas, todas perfectas, sin un fallo en sus proporciones. Sus movimientos tenían una gracia y una armonía que yo hubiera creído imposibles en seres mortales. No dudé de que al galope serían invencibles, rápidas como el mismo viento de quien la leyenda decía que eran esposas e hijas.

Saciados los ojos, buscamos a los sacerdotes y empezamos a cumplir nuestro deber con el dios ofreciéndole un cabrito y un lechón en el ara del santuario. Más tarde, durante la audiencia con el sumo sacerdote, las negociaciones quedaron a mi cargo, y no salí mal parado. Coaranioniceus no necesita oro —ese metal abunda en sus dominios— pero quienes le sirven tienen otras necesidades en vestuario y utensilios. Acordamos el precio justo por la entrega de los mejores potros, que serían enviados a Viriato en cuanto llegaran a la edad conveniente. Los sacerdotes se mostraron interesados en colaborar con nosotros; temían la influencia de los romanos y los resultados que de ella podrían derivarse para su propia posición e importancia como servidores de la divinidad de Olisipo.

Llegadas las negociaciones a buen fin, lo celebramos con una comida sustanciosa y bien cocinada (cosa que celebramos especialmente, pues ni Arduno ni yo estábamos dotados para la cocina) y pedimos información sobre el camino más seguro y cómodo para la Sierra de la Luna.

\* \* \*

Es una tierra extraña esta región que se extiende entre el estuario del Tagus y la Sierra de la Luna, En los cabezos y en lo alto de las colinas viven hombres que sienten aún muy próxima la presencia de la diosa y conservan, como en Cetóbriga, sus antiguos ritos —igual que los cetobrigenses, los que viven a la vista del mar sienten la misma devoción aprensiva por el momento sagrado en que el sol desaparece en las aguas, y los viejos aseguran incluso que se oye a veces algo así como un silbido chirriante cuando el fuego y el agua se ponen en contacto.

Allí, la reina indiscutible es la Diosa-Luna, cuyo esposo es homenajeado también cuando la poderosa consorte está ausente de los cielos. Nosotros llegamos a la región en tiempo de luna nueva, y Arduno y yo asistimos a las fiestas en honor del dios lunar: en los poblados por donde pasamos, las noches se animaban con danzas y cantos en los que participaban todos los habitantes, yendo de casa en casa y recorriendo las calles varias veces hasta caer rendidos por el cansancio. Las músicas y los ritmos son tan antiguos y salvajes que hasta dan miedo, como si despertaran fuerzas adormecidas desde hace muchísimo tiempo.

No me desagradó, aunque teníamos mucha prisa, la lentitud de nuestra jornada, y cuando llegamos a la Sierra de la Luna estaba a punto de olvidar nuestro proyecto de seguir hacia el Norte. La sierra no es muy alta, al menos comparada con los Herminios, y no pasa de una sucesión de colinas escarpadas, pero lo que le falta en altura le sobra en belleza y majestad. Allí el tiempo está congelado para siempre por la presencia de la diosa. El aire, las piedras y las aguas murmuran eternamente en el denso bosque, roto por grandes roquedales. Si los hombres entendieran estos murmullos, alcanzarían la divinidad. En cuanto al santuario, está prohibido a los fieles, y solo los sacerdotes conocen su localización exacta. Se dice que el santuario es tan antiguo que ya existía cuando se formó la Sierra de la Luna.

Para los rituales abiertos a los devotos, hay un templo, también muy antiguo, situado no lejos del promontorio al que llaman simplemente Promontorio de la Sierra de la Luna. Allí se ofrecen sacrificios y se

pronuncian oráculos, y hacia allí nos dirigimos cumpliendo un deseo de Viriato, que quería saber cuál sería nuestra suerte en la guerra contra Roma.

Las respuestas dictadas por la diosa surgen de una mujer que se muestra al público con el rostro velado. Los ritos preparatorios son más simples que los del santuario de Endovélico, pero bastante más sangrientos. Allí usan también un cuchillo de piedra, cuya lámina está ennegrecida por la sangre de incontables víctimas. Observando a los sacerdotes, Arduno me cuchicheó:

—No me cuesta nada creer eso que dicen de que, en algunos momentos del año, las víctimas no son solo animales...

Le recomendé silencio en un gesto. También a mí me había asaltado la idea y sentí un frío en el estómago.

Al fin, la sacerdotisa se levantó de su asiento de piedra, se volvió hacia nosotros y empezó a hablar:

—Extranjeros, estáis desafiando el río del destino. Sois fuertes, y los dioses os concederán grandes victorias, pero...

Se calló. Intenté distinguir las facciones de la mujer tras el manto blanco que le cubría la cabeza. Solo se le veían los ojos, centelleantes y clavados en nosotros. Se hizo un silencio denso, que nadie se atrevería a romper mientras durase el trance.

—¡Tongio! —exclamó ella de pronto; y me recorrió un estremecimiento todo el cuerpo, de arriba abajo—. Tongio, semilla de reyes caída en tierra extraña: la diosa te hablará cuando estés a la sombra del Conejo. ¡He dicho!

Nos dio la espalda, entró en el templo y desapareció de nuestra vista. Miré a Arduno, cuyo rostro estaba contraído en una interrogación cómica. Si no fuera por la santidad del lugar, no hubiera podido contener la risa. Pero recordé que la sacerdotisa, en su trance, me había llamado «semilla de reyes caída en tierra extraña», alusión muy clara a mi origen, que yo no había revelado a nadie. El propio Arduno la desconocía, pues yo le había pedido a Viriato que guardara secreto y que no contara a nadie mi historia.

Uno de los sacerdotes se adelantó y nos saludó con inesperado respeto:

—Gran honor os ha sido concedido, extranjeros. La diosa no ofrece tal privilegio a peregrinos vulgares.

—Venerable sacerdote —respondí—, tendrás que perdonarnos. Somos realmente extraños a estas tierras, y es la primera vez que rendimos reverencia a la diosa en su morada y también la primera vez que consultamos su oráculo, por eso no hemos entendido lo que acabamos de oír.

—Es natural. Aquí estoy yo para explicaros el mensaje. La diosa os hablará junto a una de sus imágenes, hecha por sus propias manos... Esas imágenes están en la Sierra de la Luna. Muchas de ellas representan al Conejo Sagrado. A la sombra de una de estas representaciones la diosa os hará oír su voz. Pero, atención: no podréis dejar la Sierra hasta oírla.

Incliné la cabeza en actitud de obediencia.

—Lo cumpliremos. Indícanos el camino hacia esas estatuas.

El viejo sonrió:

—No, hijo mío, será la diosa quien os conduzca. Yo, lo único que puedo hacer es mostraros el camino más corto hacia la Sierra. Estad atentos: podéis pasar ante las imágenes y no verlas; podéis mirar para ellas y ver solo un montón de rocas o un canchal. Las figuras solo se pueden ver desde un lugar preciso. Y... un consejo: no será bueno que os detengáis ante las figuras que no representen el Conejo Sagrado. Algunas irradian una fuerza benéfica, pero otras... en fin, lo mejor es que las evitéis.

Terminó la entrevista. Cuando partimos, tuve aún que enfrentarme a la curiosidad indignada de Arduno, que quería saber qué era aquello de la «semilla de reyes». No tuve más remedio que contarle la historia de mi padre.

Dos días más tarde, vagabundeábamos por la Sierra casi sin provisiones y sin haber dado con una sola figura sagrada.

—La diosa se está burlando de nosotros —observaba Arduno preocupado—, ¿no será que quiere retenernos aquí para siempre?

Yo no compartía su pesimismo. Sin razón aparente, me sentía confiado y, bien dispuesto. Avanzábamos al azar, y conforme nos apetecía nos parábamos para descansar o reanudábamos la marcha, siempre atentos a los grandes bloques de piedra. Al segundo día, sin hacer caso de las protestas de mi compañero, decidí evitar los puntos más altos —que siempre nos traían problemas por culpa de los caballos— y explorar las pequeñas

elevaciones de terreno. Después de comer, me había quedado sentado a la sombra de unos pinos.

Arduno se puso furioso:

—¡Tenemos que seguir! Aquí no hay roquedales, ¿no lo ves? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Ahora vas a resultar un gandul?

Me desperecé complacido, y seguí sentado.

—No soy un gandul, pero estoy tan bien aquí... ¿No sientes una paz, una...?

—No. Al contrario, lo único que siento es hambre. Hemos racionado ya las provisiones y no sé si te has dado cuenta de que no hemos visto en todo el camino ni un solo animal, ni una sola pieza de caza...

Era verdad, y yo debería sentirme tan inquieto como él, pero no me sentía inquieto en absoluto. Me limité a comentar:

—Pasa lo que tiene que pasar, y de nada sirve tomárselo así...

En otras circunstancias, Arduno me habría insultado, pero la diosa estaba presente, y eso lo contuvo. Adoptó un aire ofendido y acabó por sentarse en una piedra mirando al suelo. Instantes después, para disipar un vago sentimiento de culpa, volví a hablar:

—Estoy casi seguro de que vamos a encontrar muy pronto al Conejo Sagrado. Además, solo...

Me callé, estupefacto.

Había dicho que Arduno estaba sentado en una piedra. Tras él había otras, un conjunto de bloques de granito irregulares y en nada semejantes a los imponentes roquedales dispersos por la Sierra: el conjunto, cuando uno lo observaba con un poco de atención, evocaba irresistiblemente la figura de un conejo alebrado y solo, con las orejas tendidas hacia atrás. Me levanté de un salto.

—¡Arduno! ¡Ven! ¡Deprisa!

Cuando obedeció, le obligué a dar la vuelta:

—Mira bien. Estabas sentado en el lomo de uno de los Conejos Sagrados...

Arduno volvió los ojos sedientos hacia el pedregal, y durante unos instantes intentó reconocer las formas del animal. De repente, respiró hondo y soltó el aire con un silbido largo.

—¡Por todos los dioses del cielo y de la tierra!

No había duda, era la configuración de un conejo. Cuando más lo mirábamos, más claro y visible aparecía ante nosotros. Di algunos pasos hacia la derecha, y la figura desapareció, convertida en un montón informe de rocas. Arduno pasó ante mí y siguió contorneando la piedra hasta que se detuvo y exclamó:

—¡Es increíble! Estábamos ciegos, Tongio. Mira...

A corta distancia del Conejo, en el lado opuesto a aquel desde el que el animal era visible, se hallaba un bloque de piedra enorme, cuadrado: un ara muy antigua, sin inscripciones ni adornos, pero aún en uso, como podíamos comprobar por las manchas de sangre infiltrada en la superficie rugosa y que el agua no había conseguido lavar por completo.

Me llevé la mano a la frente con un gesto de homenaje. La diosa nos había conducido con tanta seguridad como si nos hubiera llevado de la mano..., lentamente, rodeé una vez más las rocas hasta ver el Conejo. Ahora comprendía porqué había experimentado aquella sensación de bienestar, aquellas ganas de quedarme allí, la intuición de que la búsqueda había terminado. Había sido una señal de la diosa o quizá fuera el propio Conejo quien me manifestaba su presencia. Y pensé: «Esta es verdaderamente una obra moldeada por la divinidad...».

—¡Sí, míralo bien: no todos los mortales pueden verlo!

Restallaron las palabras en el aire seco. Me estremecí. No conocía aquella voz. Me volví, con un movimiento brusco, y clavé mis ojos en Arduno:

—¿Has dicho algo?

No respondió. Estaba yerto, pálido como la nieve, con los ojos muy abiertos y vidriosos:

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Lo has oído también?

Miré a mi alrededor y en ese instante oí una especie de silbido, como si fuese una serpiente, y luego, de nuevo la voz —y salía de la boca de Arduno, pero no era él quien hablaba, ni era su voz; parecía la de una mujer, aunque el sonido era grave y la articulación dura y enérgica.

—Tongio, hijo de Tongétamo el brácaro. ¿Por qué haces preguntas sobre el destino si los dioses ya te han dicho lo que podías oír? Ante

vosotros, el camino es largo. Hay victorias y derrotas, alegría y sangre, traición y gloria. El Águila está herida, pero este es el tiempo de su dominio. Después del Toro vendrá la Corza. ¿Por qué haces preguntas? Es tiempo de combatir. Solo tú verás la hora de la Corza. Pero los dioses te aman, los dioses surgirán en tu camino...

La voz se calló. Arduno se estremeció, sus ojos perdieron brillo y vida, sus párpados se cerraron. Cayó antes de que yo pudiera llegar a sostenerlo. Inquieto, me incliné sobre él, pero había caído sobre un matorral seco y no se había hecho daño. Casi inmediatamente, apretó los ojos y se sentó. El asombro que se leía en su rostro me hizo reír, incluso sin querer.

—Yo... Debo de haberme desmayado. ¡Ya te decía que tenía hambre!

## VIII

Fue difícil convencer a Arduno de que la diosa había hablado por su boca. No recordaba absolutamente nada del trance, y quizá no me hubiera creído nunca de no haber presenciado de inmediato un nuevo prodigio: una becada salió bruscamente de una mata y corrió hacia nosotros aleteando como si la persiguieran y saltó a las manos de mi compañero. Reaccioné a tiempo y me precipité con el puñal en la mano.

Dejamos sobre el ara la porción destinada a la diosa, y comimos con el apetito de quien lleva más de un día a media ración. Arduno quiso saber lo que había dicho durante el trance. Se lo conté, mientras nos disponíamos a montar, y fuimos discutiendo el significado del oráculo durante toda la jornada que nos alejó de la Sierra de la Luna.

Con prisas por llegar a Igedium, aligeramos todo lo posible en las paradas que ríos vimos obligados a hacer, salvo en Scallabis y en Moron, dos ciudades que interesaban como posibles aliadas de Viriato, la primera porque domina el Tagus y controla el tráfico fluvial; la segunda, muy próxima, porque está muy bien fortificada. Quien posea Scallabis y Moron tiene en sus manos toda la región del norte de Olisipo.

Desde la partida de Moron no nos detuvimos más que para comer y dormir, y aun así tardamos diez días en llegar al país de los igeditanos. Los pueblos de las sierras y colinas del norte del Tagus rechazan el contacto con extraños, y preferíamos seguir itinerarios más largos a tener encuentros desagradables —llegamos incluso a desviarnos para no encontrarnos con

gente de poblados amigos, pues las inevitables cortesías y discursos no harían más que retrasar nuestra marcha. A veces, sin embargo, nos fue imposible huir de ellas, y recuerdo la visita que tuvimos que hacer a una tribu aliada, próxima a Ammaia. Era gente montañesa, ruda, aferrada a sus costumbres y tradiciones. Cuando entramos en la aldea, los hombres acababan de regresar de una expedición a Beturia. Aquella pequeña guerra había resultado muy rentable: los guerreros volvían con oro, armas, ganado, mujeres y prisioneros romanos. Estos últimos, poco antes de nuestra llegada, habían sido sometidos al ritual acostumbrado: sus manos derechas, cortadas, cubrían el altar del dios de la guerra, y allí cerca, inclinados sobre los cuerpos de los prisioneros, los sacerdotes recuperaban sus mantos rituales con los que cubrían a los cautivos para el sacrificio. Lo que iba a seguir era obvio: lectura de presagios, una ceremonia larga y sangrienta a la que tendríamos que asistir. Al final, el jefe vino a hablarnos con el rostro iluminado por una amplia sonrisa: la posición de las venas anunciaba grandes acontecimientos favorables a los lusitanos, dijo, y nos pidió que transmitiéramos la buena noticia a Viriato.

Creo que no es necesario repetir que ya en aquella época era yo un hombre piadoso y cumplidor de los ritos, pero confieso que nunca me acostumbré a ver sacrificios humanos. Estos sacrificios son una antiquísima tradición en algunos pueblos de Lusitania, y, como tal, la respeto, pero prefiero no asistir a este ceremonial. Viriato se esforzó en convencer a los montañeses de que es preferible ofrecer cabras, puercos, toros y caballos a los dioses —las tribus de la llanura nunca habían visto rechazadas por las divinidades estas ofrendas— y que había que guardar a los prisioneros como rehenes o para el cobro de un rescate, pero los esfuerzos de nuestro jefe nunca fueron entendidos ni aceptados porque los viejos hábitos necesitan tiempo para morir.

Arduno soportó la prueba con la mayor indiferencia. Era vetón, y muchos de sus hermanos de raza tienen costumbres semejantes. Cuando todo acabó, nos dirigimos a la cabaña del jefe, donde estábamos invitados a un banquete de honor. Arduno puso en mis manos un pequeño frasco.

—Toma un buen trago. ¡Cuidado, no te lo bebas todo!

Obedecí. Era una bebida alcohólica a base de una infusión de hierbas (los vetones son peritos en hierbas). No sé nada más, aparte de que el efecto fue excelente: aguanté el banquete sin pensar en los cuerpos mutilados de los romanos, y dormí muy bien toda la noche.

Llegamos a Igedium cuando el otoño doraba las hojas de los árboles y daba a la brisa un frescor que nos consolaba del tórrido verano de entre Tagus y Anas. A las puertas de la ciudad vimos un pequeño campamento en el que la insignia de Viriato aparecía arbolada. En total, no pasarían de cincuenta los hombres de nuestra tropa acampados allí.

Táutalo y Crisso vinieron a nuestro encuentro con grandes demostraciones de complacencia, y nos dieron la bienvenida. Viriato, dijeron, estaba conferenciando con el rey Caturu, pero Táutalo ordenó a uno de los guerreros más jóvenes que lo fuese a avisar. Mientras llegaba el jefe, cambiamos noticias con nuestros compañeros. Arduno y yo contamos nuestros viajes y Táutalo describió la campaña de verano. Viriato, enfrentado a tropas muy superiores en número, y entrenadas ya para la guerra en Iberia, había sido derrotado por Emiliano y tuvo que retroceder hasta Baikor. La razón principal de este revés había sido la acción conjunta y coordinada de las legiones de la Ulterior y la Citerior.

—Sí, también perdimos con Lelio —observé—. ¿Eras tú quien mandaba nuestro ejército?

Táutalo me lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué? ¿Yo?... Bueno... la verdad es que hasta Viriato tuvo que retirarse ante Emiliano, pero en la Citerior las cosas fueron de otro modo. Viriato se equivocó... ¡Sí! ¡Sí! —la exclamación iba dirigida a Crisso, que parecía dispuesto a hablar—. Cometió un error: le dio el mando a Audax.

—¿Y por qué lo hizo?

Crisso consiguió intervenir:

—Porque era el único disponible. En la batalla contra Emiliano, Viriato mandaba la caballería, y Táutalo la infantería. Solo él sería capaz de mantener el orden durante la retirada. Yo protegía la retaguardia. A primera vista, no parecía un error. Audax es un buen guerrero.

—Es un pésimo jefe —remató Táutalo con energía.

Alternadamente —cosa que no contribuía precisamente a la claridad de la exposición— fueron contando los dos lo sucedido. Audax había cometido dos errores: había lanzado el ataque sin conocer bien el terreno, y había hostilizado a los habitantes de la región, que le negaron el apoyo necesario.

—Viriato se lo reprochó —dijo Táutalo—, pero lo mantuvo entre sus oficiales. Atribuyó a ignorancia el trato de Audax a los carpetanos... Ignorancia, falta de sentido común, qué sé yo... Para mí, la cosa es más sencilla: a Audax lo único que le interesaba era el saqueo.

Estábamos aún discutiendo el asunto cuando apareció Viriato. Las preocupaciones, y la incertidumbre de la malograda campaña, habían dejado en él su huella: estaba más flaco, con los ojos hundidos, y una profunda arruga surcaba su frente. Sin embargo, mantenía la misma energía tranquila, la misma seguridad. No era un vencido: era un estratega que había ordenado la retirada para planear un nuevo ataque.

Iba enfriándose la tarde, y en vez de hablar al aire libre pasamos a la tienda de Viriato, donde nos sentamos en el suelo muy juntos todos, pues el espacio era mínimo. Hice un informe completo del viaje, incluyendo el oráculo recibido en la Sierra de la Luna, y que yo había escrito en tablillas de cera para no olvidar ningún detalle importante. Cuando terminé, Viriato dijo:

—No hay nada que impida la continuación de nuestros planes, especialmente ahora, cuando podemos contar con varios contingentes de Calecia. Los jefes calaicos están dispuestos a aceptar mi mando, y tenemos también a los lusitanos de entre Durius y Tagus...

—¿Todos? —pregunté.

—Buena parte de ellos. Cuando vuelva a Baikor espero hacer aún algunas visitas (al oír esto, Táutalo me guiñó el ojo) pero aun así no tendremos gente suficiente. Será preciso esperar por los resultados de nuestros viajes, es decir: hay que ver si todos esos pueblos atacan a los romanos. Sin plan, sin estrategia, y, probablemente, sin victorias... pero al menos disminuirá la presión sobre nosotros, y ganaremos tiempo. Lo que necesitamos, es tiempo.

Táutalo soltó una interjección despreciativa y se desahogó:

—No entiendo cómo es posible tanta estupidez. Con un solo mando...

—Un solo mando significa un solo jefe, y, para ellos, un solo rey — recordó Viriato— y eso es difícil que lo acepten...

—¡Imposible! —reforzó Crisso.

Viriato lo miró con aire pensativo.

—Con todo, eso sería la salvación: un rey, no un jefecillo de tribu, un rey que estuviera por encima de los otros reyes y príncipes, no para derribarlos, sino para darles la misma justicia a todos y la misma protección. Para ser quien responda ante los dioses.

Crisso preguntó, incrédulo:

—¿Un rey para *toda* la Lusitania?

En vez de responder, Viriato continuó en el mismo tono:

—Los romanos son el pueblo más poderoso del mundo, pero han sido derrotados por nosotros, y volverán a serlo. Sus Ancianos, esos senadores como ellos los llaman, no piensan más que en enriquecerse, y, cuando un general es derrotado, queda en peligro, pero si es vencedor también queda en peligro, porque todos temen alguna ambición del vecino... ¿Entendéis, amigos? El poder, en Roma, no es sagrado, y quien lo tiene lo usa en su propio beneficio... Por eso los romanos son impíos, y también por eso, no lo dudéis, Quinto Fabio Máximo Emiliano será llamado a Roma antes de resultar peligroso. Y esa va a ser nuestra próxima oportunidad. Pero... ¿os dais cuenta? Si tuviéramos un solo jefe... un jefe único... Si tuviéramos un único jefe, yo de buena gana, le cedería el mando.

Crisso y Táutalo se removieron a disgusto. Viriato soltó una carcajada, y añadió:

—¿Para qué soñar? Volveremos a Baikor. La partida será mañana, con el alba.

Cuando salíamos de la tienda, oí que Crisso decía en voz baja:

—Un rey... ¡qué idea! El único rey que yo aceptaría por encima de mi tribu sería Viriato...

Por primera vez tuve la breve pero deslumbrante visión de un futuro nuevo, una nueva fuerza en Lusitania, un gran rey que arrastrase tras de sí a los otros príncipes. Pero es sacrilegio querer desgarrar el velo que los dioses tienden sobre el futuro de los hombres.

\* \* \*

El tiempo, que se había mantenido seco y agradablemente fresco, cambió durante la noche. De madrugada, cuando montamos a caballo, flotaba a unos palmos del suelo una neblina fría, y los jinetes parecían fantasmas desplazándose entre andrajos de bruma. Empecé a añorar el fuerte calor estival de la Mesopotamia, pues me sentía aterido, y me estremecía bajo mi cobertor de piel. Táutalo, insensible al frío, pasó junto a mí y mitigó el trote de su caballo para decirme con un sarcasmo irritante:

—Si no me engaño, ese montón de pellejos es Tongio, el conio...

Le habría contestado adecuadamente, pero tenía los dientes apretados para que no castañetearan. Solo cuando el sol fue ganando altura me sentí capaz de hablar y acerqué mi caballo a la montura de Táutalo:

—Ayer, cuando el jefe hablaba de la marcha, guiñaste el ojo. Supongo que no era una alusión a la temperatura del aire...

Se echó a reír, y se inclinó un poco para poder hablarme a media voz:

—En cierto modo, era cuestión de temperatura, pero no del aire. En este viaje a Baikor vamos a hacer un desvío y pasar por Aritium Vetus... y allá está Astolpas, el padre de Tangina. Viriato ha decidido hablar con el viejo y no solo de guerra, sino también de casamiento... ¿entiendes?

Claro que entendía. Viriato seguía tan pobre como antes, pero era el jefe supremo de los lusitanos, y su influencia y poder se habían extendido más allá de los vínculos de sangre. Astolpas no podría negarle la hija, si esta quería la boda.

—Creía que Astolpas vivía al Norte del Tagus —observé—, pero Aritium Vetus está en la orilla del sur.

—El viejo tiene propiedades en las dos márgenes, y además recoge el oro del río. Es muy rico... demasiado rico. Me parece que el jefe va a tener más facilidades para conseguir a Tangina que para lograr una promesa de ayuda contra Roma. Un hombre como Astolpas tiene intereses muy diversificados y ha de estar a bien con todo el mundo.

En aquel momento, Viriato, que iba al frente de la columna, se volvió e hizo un ademán llamando a Táutalo, que fue a galope hacia él. Arduno, que

hasta entonces había cabalgado a la izquierda de Táutalo, pasó a mi lado, y tras unos instantes de silencio dijo abruptamente:

—Voy a ser indiscreto; por eso, si quieres enfadarte, puedes empezar a hacerlo ya.

Era una introducción estúpida, y así se lo dije. Él, imperturbable, continuó:

—Quería decirte esto: desde el inicio de nuestro viaje, y me refiero al viaje de Cinéticum, no vi que te acostaras con mujer ni una sola vez, al menos que yo sepa, claro. ¿Me equivoco?

Admití que no se equivocaba. No podría decir yo lo mismo respecto de él, porque aprovechaba todas las ocasiones.

—Entonces, y visto que no me engañé, quiero decirte que esto no es normal ni saludable. Ni habitual. En consecuencia: quiero saber las razones...

Incómodo, le corté:

—Claro que lo sabes. Eres la única persona que lo sabe.

Arduno murmuró en tono de disculpa:

—Bueno. Cambiemos de tema. Solo quería decirte que eso no es bueno para la salud...

Realmente, hacía meses que no tocaba a una mujer. El recuerdo de Sunua estaba aún vivo, ella misma me acompañaba, manteniendo mi cuerpo y mi alma en aquel éxtasis desesperado que me había arrebatado el ansia de consumir el acto sexual. Desde la muerte de Sunua, mi cuerpo se había adormecido.

\* \* \*

Iba mediado el otoño cuando llegamos a Aritium Vetus. Es una ciudad próspera, situada en una región fértil, buena para la agricultura y la cría de ganado. Por otra parte, la baña el Tagus, y este río carga en sus aguas grandes cantidades de oro.

El lusitano Astolpas era el hombre más rico, poderoso e influyente de toda aquella amplia zona del valle del Tagus. Cuando lo vi —vino a nuestro

encuentro para recibir a Viriato— quedé sorprendido: por lo que Táutalo me había dicho, lo imaginaba gordo, viejo, con aire fofo, temeroso de la guerra y dispuesto siempre a inclinarse ante la fuerza, pero vi a un hombre alto, de largos cabellos blancos, maduro ya, pero vigoroso, y con un porte digno y noble. Todo lo contrario de lo que yo esperaba.

Con todo, se veía bien que él y Viriato no se llevaban demasiado bien. Los saludos fueron ceremoniosos y fríos, pero la necesidad puede mucho, y estaban ambos dispuestos a negociar: Viriato quería a Tangina y auxilios en hombres y provisiones; Astolpas precisaba garantía de que la gran hueste lusitana evitaría incursiones no autorizadas en sus tierras y las protegería contra vecinos ávidos o (nunca se sabe qué vueltas da el destino) contra las legiones romanas, pese a la conocida cordialidad de relaciones que mantenía con los magistrados de la Beturia.

Las conversaciones se desarrollaron sin testigos. Nadie supo qué fue lo que Viriato dijo, pero, como de costumbre, obtuvo lo que pretendía: Astolpas proporcionaría provisiones para el invierno y permitiría que la hueste reclutara voluntarios entre sus súbditos. Además, se declaró honrado con el interés que el caudillo lusitano manifestaba por su hija Tangina, para la que realmente, no podría desear mejor marido.

Habría que consultar a la joven (las mujeres lusitanas tienen derecho a elegir esposo), pero la respuesta era conocida de antemano, según me aseguraron. Tangina solo comentó que Viriato había tardado mucho tiempo en decidirse. Hecha esta observación, declaró que lo aceptaba. Pude verla antes de nuestra partida, cuando vino a despedirse del novio. Era muy hermosa, con pelo y ojos negros y la piel blanca y lozana. Miraba y se movía con modestia propia de una doncella, pero tras esa modestia se adivinaba una actitud, una altivez y una firmeza no inferiores a las de su futuro esposo... Viriato había encontrado, realmente, una mujer de su altura.

Para festejar los acuerdos —logístico, militar, matrimonial—, Astolpas ofreció un banquete suntuoso en la víspera de nuestra partida. Aunque él y Viriato continuaban tratándose con cortesía distante, la atmósfera se había hecho menos pesada y el festín resultó muy animado. Viriato, fiel a sus

hábitos, bebió poco y comió aún menos; probó de todos los platos por simple delicadeza.

También yo comí poco, pero por otra razón: una de las muchachas que nos servían no quitaba los ojos de mí y, por primera vez desde la pérdida de Sunua, sentí que necesitaba estar con una mujer. Me apresuro a aclarar que en esta disposición no había la menor influencia de las palabras de Arduno.

¡Qué ridícula es la vanidad humana! Aquí estoy yo, con ochenta años cumplidos, dando pruebas de un cómico orgullo juvenil... Claro es que hubo influencia. Arduno me había despertado hacia una realidad que yo, por apatía, había preferido ignorar. Primero fue el golpe y la herida abierta por la muerte de Sunua, y, luego, los días sombríos de desesperación. Al fin había llegado la costumbre y el miedo de sufrir más pérdidas como aquella. Pese a todo, el cuerpo vivía, y reclamaba lo que le era debido.

Llegada la noche, fue pagada esa deuda. No hubo éxtasis ni encantamiento, y sí, lo que quizá también es importante, descarga de energías, el reencuentro de algo que yo ya no creía desear. La muchacha era bonita y alegre. En la cama, todo acaeció con sencillez, sin peticiones ni promesas. Al amanecer, éramos buenos amigos, y como tales nos separamos.

\* \* \*

Llegamos a Baikor iniciado el invierno. El tiempo era aún seco y, según informaciones que nos esperaban, las legiones romanas se mantenían activas, noticia que nos puso en estado de alerta. Viriato difícilmente podría contener un fuerte ataque, y abandonar Baikor supondría para él perder lo que le quedaba de la Bética.

Vivimos días de amistad. Leídos los presagios, y nada nos revelaron, solo que no debíamos atacar ni retirarnos, que teníamos que esperar los acontecimientos. Entonces, empezaron a llegar buenas noticias: aprovechando el período de sequía, y buscando una oportunidad para robar los alimentos que quedaban en los poblados y sustituir con ellos el producto de las cosechas perdidas, varios pueblos con los que habíamos establecido

contactos iniciaron hostilidades contra Roma: túrdulos, vetones, vaceos —e incluso los turdetanos. En pocos días se extendió la rebelión por Iberia como el fuego en un pajar.

Recibimos estas noticias con un alivio fácil de entender, y nuestra moral se reforzó aún más cuando llegaron a Baikor los contingentes calaicos prometidos a Viriato: tropas frescas y aguerridas, feroces incluso, y con una especial aptitud para recibir el entrenamiento que les sería impuesto.

Tras la llegada de la última hueste de calaicos, el cielo se cubrió de nubes y empezaron a caer las lluvias de invierno, retrasadas pero torrenciales. Por aquel año, habían terminado las campañas.

## IX

El invierno en Baikor fue agradable, con alimentos en abundancia y buena leña para quemar. Viriato dirigió personalmente el entrenamiento de los calaicos, mientras Crisso, Táutalo y yo mismo nos encargábamos de mantener en forma a los veteranos de la hueste, organizando juegos, ejercicios y cacerías. Para compensar a la población por los inevitables inconvenientes provocados por la permanencia de un ejército acampado junto a la ciudad, hicimos escoltas de protección a las caravanas de los mercaderes y otros viajeros. No hubo conflictos graves (la presencia del jefe Viriato bastaba para mantener la disciplina) y las eternas cuestiones de mujeres fueron resueltas en paz y con justicia.

A veces, Viriato me llamaba para que asistiera a los entrenamientos de los calaicos, y era un placer ver el entusiasmo que estos mostraban —pero no me gustaría nada enfrentarme a ellos en el campo de batalla. Eran gentes nacidas para la guerra. Cuando luchan en la Calecia, las mujeres luchan a su lado, y son tan feroces y aguerridas como sus maridos.

Mientras tanto, yo buscaba una ocasión, no forzada, para hablar con Viriato. Esta oportunidad se me presentó una noche en la que, después de una larga charla alrededor de la hoguera, Táutalo, Arduno, Crisso y algunos otros se despidieron para dormir. Viriato y yo nos quedamos a solas. Lo pensé durante unos instantes, y decidí al fin no andarme con rodeos.

—¿Recuerdas la última noche que pasamos en Igedium?

Él se estremeció, como si despertase, y volvió el rostro hacia mí. La claridad incierta de las llamas avivaba sus rasgos, haciéndolos más duros.

—Hablaste de la necesidad de dar un rey a los lusitanos.

—Sí —respondió en tono reservado—, pero aquello fue un desahogo. Hay muchos reyes y jefes en Lusitania.

Intentaba esquivar el tema, pero yo lo había iniciado, y estaba dispuesto a llevarlo hasta el fin.

—Lo sé. Hablaste de un rey que los mandara en la guerra y que respondiera por todos ante los dioses. Cuando te fuiste, Crisso refunfuñó (Crisso, como sabes, refunfuña siempre) y dijo que solo aceptaría esa idea si fueras tú el rey... lo que quiere decir lo siguiente: estoy seguro de que muchos otros piensan igual que Crisso.

Viriato clavó de nuevo los ojos en la hoguera:

—Quizá, pero no es esa mi ambición, Tongio. Lo que quiero es unir a los lusitanos y a los otros pueblos contra Roma.

—Una cosa depende de la otra. Nuestra hueste no vacilaría un instante en proclamarte rey.

Viriato se levantó, y yo lo imité. Muy serio, se acercó a mí y puso con fuerza sus manos en mis hombros.

—No es un ejército quien hace a un rey. El rey tiene que ser designado y consagrado por los dioses. Yo hago lo que tengo que hacer... Si los dioses quieren que yo sea rey, darán señal de su voluntad. Pero querer la realeza sin el compromiso, sin la consagración... querer la realeza así, es un acto de impiedad.

—Pero...

—No. Y óyeme bien. Apenas comience la primavera intentaré difundir la revuelta por toda Iberia. Quién sabe lo que ocurrirá luego. Esperaremos. La Gran Diosa, en el Santuario de la Luna, no dijo que el hombre del toro sería coronado... Y, ahora, buenas noches.

Sonrió, solo para mostrar que no estaba enfadado, y se fue. Yo le dije, cuando ya estaba de espaldas:

—¡Pero la Gran Diosa tampoco dijo lo contrario!

Él continuó andando, y yo me quedé solo, sin ganas de irme a dormir. Cuando al fin me acosté, dormí mal, tuve sueños confusos, llenos de voces

y de imágenes que no conseguía retener. A la mañana siguiente desperté fatigado y mal dispuesto. Por suerte, aquel día no habría ejercicios de combate ni juegos. Era fiesta en Baikor: un día dedicado a las celebraciones de los dioses de la ciudad.

La ceremonia religiosa fue larga, y estuvo acompañada de cantos entonados por muchachos y muchachas en los inicios de la pubertad. A medida que avanzaban los ritos parecía crearse una expectativa especial, como si lo más importante estuviera aún por acontecer. No pude contener la curiosidad, me alejé unos pasos —hasta entonces había estado integrado en el pequeño grupo que rodeaba a Viriato, a quien habían reservado un lugar de honor— y detuve a uno de los muchachos del coro cuando pasaba junto a mí, apresurado, como si le hubieran encomendado una tarea urgente, y le pregunté qué iba a ocurrir.

—De un momento a otro será el instante del oráculo, va a aparecer la Señora del Altar.

—¿Quién es?

Me replicó impaciente:

—Crovía, que pronuncia los oráculos para el nuevo año.

Se desprendió y siguió su camino, mientras yo volvía a mi lugar, a la izquierda de Viriato. No sabía que en Baikor hubiera una profetisa; solo conocía la de la Sierra de la Luna, y había oído hablar de otra, que leía el futuro en un templo de Clunia. No hay muchas mujeres en Iberia con don de profecía.

Sonó una trompa. Los sacerdotes se volvieron hacia la puerta del templo, que se abrió inmediatamente, y del interior salieron, en dos hileras, diez bellas muchachitas vestidas de lino blanco. Se oyó de nuevo la trompa, y en el umbral del templo apareció imponente Crovía, la profetisa. El complicado y riquísimo tocado, la pintura de los ojos y la boca disfrazaban casi por completo sus facciones. Por lo que podía ver, era joven, pero ya no una adolescente.

Avanzó Crovía lentamente, con el cuerpo rígido, haciendo solo gestos rituales. Pasó ante el ara, vuelta hacia la concurrencia, y vino a su encuentro un sacerdote con la víctima en brazos: un cabritillo. El animal se mostraba tan manso que supuse que le habían dado a comer alguna hierba especial.

Cuando lo posaron en el ara, el cabritillo se quedó muy quieto, como si estuviera junto a su madre. Entonces, lentamente, la profetisa paseó su mirada por la multitud. Yo, que desconocía el rito, me preguntaba si aquella mujer iba a tener fuerza suficiente para abatir a su víctima, pero de pronto vi que todas las miradas estaban clavadas en mí. Y Crovia me señalaba.

Por la expresión de envidia que leí en las caras de los muchachos de Baikor deduje que me había sido conferido un gran honor, aunque no sabía cuál. Tátalo cortó mis vacilaciones dándome un empujón y susurrando:

—¡Venga, tonto! ¡Adelántate!

Obedecí y avancé hasta el ara. El sacerdote más viejo me entregó un hacha enorme cuya hoja, muy afilada, brillaba al sol. Entonces comprendí: la profetisa me había elegido como sacrificador. Empuñé el hacha y me volví hacia Crovia; viéndola desde tan cerca me di cuenta de que era extremadamente hermosa. A distancia, la pintura ocultaba las líneas sensuales de su rostro y el brillo húmedo de los ojos. Me miró, y sus párpados se estremecieron, pero pronto recuperó la expresión rígida, y con voz expresiva dijo:

—Los dioses esperan el sacrificio, extranjero.

Sostuve el mango del hacha con ambas manos, la levanté por encima de la cabeza. Tumbado sobre el ara, el cabrito exponía el pescuezo al golpe. La hoja descendió cortando el aire con un silbido, y un chorro de sangre caliente inundó mis manos. El animal continuó estremeciéndose incluso después de que la pequeña cabeza cayera al suelo. Crovia se mantuvo impassible mientras las muchachas, entrenadas ya, se acercaban a mí y una de ellas —la más bonita— me lavaba con agua lustral.

La profetisa empezó a hablar con voz sonora y vibrante. Habló durante mucho tiempo y no le entendí nada —por otra parte, solo los sacerdotes podían interpretar el oráculo. Empezaba a sentirme cansado y un poco aburrido cuando la ceremonia llegó a su fin. O, al menos creí que era el fin, pero cuando iba a alejarme, un gesto de Crovia me detuvo. Siempre en actitud hierática se dio la vuelta y se encaminó hacia el templo... Alarmado, comprendí por la actitud de los acompañantes que yo tenía que seguirla. Eché una mirada temerosa a Viriato, pero el jefe parecía tranquilo y me hizo una leve señal, como diciéndome que obedeciera. Pese a su habitual

gravedad, acentuada aún más por la solemnidad de la ocasión, creí ver en sus ojos una vaga expresión divertida. Respiré más a gusto. Viriato nunca abandonaba a sus hombres y si los ritos de Baikor incluían un sacrificio humano, no me iba a entregar.

El templo era pequeño y oscuro. Cuando se cerró la puerta detrás de mí, la única iluminación venía de la llama que ardía ante la imagen de un dios cuyo nombre desconozco —una escultura muy antigua, de trazos groseros. Crovia no se detuvo, excepto para saludar a la divinidad. Se encaminó hacia una puerta lateral y desapareció seguida por dos jóvenes. Las otras me rodearon e hicieron una profunda reverencia. Luego me acompañaron hasta la misma puerta. Atravesamos un patio cerrado y entramos en una sala ricamente decorada. Con hábiles movimientos, las sacerdotisas me desnudaron por completo.

En un rincón de la sala había una alberca excavada en el suelo rocoso y llena de agua tibia y perfumada. Entré en el baño, y luego dejé que me secaran —no permití, sin embargo, que me quitaran el amuleto que llevaba al cuello. Me vistieron con una túnica de lino blanco ceñida con un cinturón de cuero trabajado, y me llevaron hasta otra puerta que no había visto antes por estar oculta tras una cortina. Me detuve en el umbral, deslumbrado.

Estaba ante mí la mujer más hermosa del mundo —o así me lo pareció. Sin pintura, tocado ni vestido ceremonial, Crovia era una maravilla. Admiré largamente sus formas, el cabello rubio que caía en cascada sobre los hombros, los senos duros y alzados, la piel marfileña. Un rumor me hizo saber que acababa de cerrarse la puerta a mis espaldas. Crovia tendió los brazos:

—Ven. El rito ha de cumplirse.

\* \* \*

Volví al campamento a tiempo de ocupar mi puesto en la ronda de centinelas. Un poco desconcertado, vi sonrisas a mi alrededor. Táutalo me preguntó si quería cambiar mi turno, «porque tendrás que dormir, ¿no? ¡Vaya ojeras!». Me negué.

Realmente, apenas había dormido. El ritual había sido cumplido como debía, pero después de satisfacer a los dioses tuve que satisfacer a su profetisa, y esta resultó poco menos que insaciable. A medida que avanzaba la noche, el ambiente entre nosotros se fue haciendo menos sagrado y más humano. Crovia era maestra en las artes del amor. Pocas veces (¿qué digo yo? ¡Nunca!) he encontrado una mujer así. Nada tenía, pues, de extraño que me sintiera extenuado, vacío y aturdido a la mañana siguiente, pero aguanté a pie firme. Cuando, al fin, pude comer, devoré un pedazo enorme de cabrito asado, regado con cerveza, y me encerré en mi tienda. Dormí hasta muy tarde, con un sueño profundo y magnífico.

Arduno me despertó al caer la noche diciendo que el jefe quería hablar conmigo «cuando estuviese recuperado». Respondí que lo estaba ya, y me levanté. Mientras me vestía, Arduno me dio una noticia: no había sido yo el único en pasar una noche agradable (exactamente «agradable» fue su expresión), pues también Viriato se había llevado una moza a la tienda.

—La verdad es que la llevó por cortesía, porque le fue ofrecida por los Ancianos, pero por el aire satisfecho de la chica, esta mañana, tengo la seguridad de que no fue solo una concesión a las leyes de la hospitalidad. ¿Crees que va a tomarle gusto a la cosa?

—Arduno, eres una celestina desvergonzada. Hasta un hombre como Viriato, que se entrega a una empresa en cuerpo y alma, necesita ceder a los sentidos de vez en cuando. Acaba de pasar un año malo, aunque no lo diga en voz alta. Es natural que precise, al menos por una noche, olvidarse de la hueste y del mando. Pero eso no es cosa nuestra. Yo ya estoy listo.

Viriato estaba solo, sentado en un tronco. Hizo un ademán, invitándome a sentarme a su lado.

—Espero que haya sido agradable el honor que te fue concedido —dijo con tono tranquilo—. Te he llamado solo para explicarte que lo que ocurrió fue el cumplimiento de una tradición de Baikor.

—¿El sacrificio?

—El sacrificio, y lo demás. La profetisa elige el sacrificador y luego lo recibe en su lecho. Es un acto sagrado, para garantizar las buenas cosechas y crías saludables al ganado. Esto viene ocurriendo desde tiempos que

escapan a nuestra memoria, y es siempre la profetisa quien escoge... o los dioses, por mediación suya.

Recordé las miradas de envidia de los jóvenes de Baikor y, como si me hubiera expresado en voz alta, Viriato dijo:

—Sí, una envidia natural. Es un gran honor ejecutar el sacrificio, pero sospecho que la envidia venía de otra cosa: de la noche sagrada en la cama de la profetisa. Cuando Crovia sea vieja, las miradas serán de alivio. Entretanto, es posible que ella vuelva a llamarte, y esa vez no será para cumplir un rito. Haz lo que quieras: eres libre. Pero dentro de unos días, Tongio, vamos a marcharnos, reanudaremos la guerra. Y entonces tendrás que elegir...

No le dejé continuar, y protesté indignado contra la mísera opinión que tenía de mí. Él levantó la mano para acallarme, y dijo:

—Siempre he confiado en ti, pero conozco a Crovia y sus artimañas cuando quiere conservar consigo a un hombre que le gusta. Pero no vamos a hablar más de esto. Con todo, no olvides lo que te he dicho.

Aquella noche, cuando iba a cenar, surgieron ante mí dos jóvenes sacerdotisas que se alumbraban con antorchas. No dijeron nada, pero comprendí y seguí tras ellas. Crovia me estaba esperando en su cuarto, donde el aire era tibio y estaba cargado de aromas. Estaba servida la cena, mucho mejor sin duda que la que me esperaba en el campamento. Como había ocurrido el día anterior, no volví a mi tienda hasta el amanecer.

Y lo mismo ocurrió en los días siguientes. Ahora, pasados tantos años, puedo decir que no me enamoré de Crovia, pero entonces era incapaz de distinguir entre el amor y la pasión física, violenta y obsesiva que despertó en mí. No voy a describir las largas y tumultuosas noches, los actos de locura, el placer casi doloroso del que gocé hasta la extenuación. Las palabras son insuficientes —y, además, ¿qué importa ahora todo esto? La característica especial de la pasión es arder hasta las cenizas y extinguirse luego por completo. Entonces, las cenizas son aventadas, y todo se acabó.

\* \* \*

Las lluvias y el frío habían disminuido en intensidad y un día llegaron a Baikor los caballos prometidos por los sacerdotes de Coaranioniceus. No sé qué caminos ignorados habían elegido para viajar, o si usaron la magia, pero el caso es que nuestros espías no se habían apercebido de su aproximación.

Viriato nos llamó a Arduno y a mí para agradecer y elogiar públicamente nuestra idea. Los caballos eran magníficos, pequeños, resistentes, veloces. Tenían, en fin, todas las características del linaje sagrado. Fueron entregados a los cuidados de nuestros mejores jinetes, que se encargaron de terminar su entrenamiento para la guerra. Viriato quedó tan impresionado con aquellos animales que entró en negociaciones con los sacerdotes de Coaranioniceus que habían conducido la manada y obtuvo la promesa de la entrega de otro centenar de caballos para el año siguiente.

Y no fueron solo los caballos de Olisipo lo que llegó a Baikor. Mensajeros venidos del valle del Betis y, de la Carpetania trajeron también informaciones sobre los movimientos del enemigo. Este se encontraba de nuevo en situación delicada. Los pueblos sublevados en los inicios del invierno seguían las hostilidades y, por otro lado, los gobernadores romanos habían sido sustituidos. Conforme había previsto Viriato, Emiliano había sido llamado a Roma, y en la Ulterior se hallaba ahora el propretor Quinto Pompeyo. El gobierno de la Citerior había sido entregado al pretor Quincio, una absoluta nulidad, por lo que decían.

Había llegado, pues, el momento de establecer un nuevo plan de campaña. En contra de lo que sería de esperar, pensaba yo, Viriato decidió no lanzarse a recuperar de inmediato las posiciones perdidas en la Bética. En vez de hacerlo así, intentaría que la revuelta se fuera propagando y que llegara incluso a los aliados de Roma.

—Y, cuando atacemos, empezaremos por la Citerior. Si ese Quincio es tan mal general como se dice, nuestro trabajo va a ser más fácil y podremos poner a prueba, sin grandes riesgos, la nueva caballería. En consecuencia, quiero que todos se preparen para la partida. Ya llevamos demasiado tiempo en Baikor. Dentro de tres días saldremos para el Norte.

Dijo las últimas palabras mirando para mí. Sostuve su mirada y, por la noche, cuando vinieron a buscarme las dos sacerdotisas, iba más seguro de

mí mismo.

Era una confianza excesiva. Al verla, en aquel lecho recubierto de pieles y tejidos preciosos, se me heló la sangre ante la idea de que tendría que abandonarla. Estaba envenenado por su cuerpo, por el perfume de su piel, hasta por aquel cuarto repleto de oro, joyas y aromas extraños que excitaban el deseo.

Crovia sabía ya que la hueste iba a partir. No sé qué leyó en mis ojos o si fue su don de profecía, o si tenía informadores, el caso es que nada de lo que ocurría en Baikor escapaba a su conocimiento. Fuese lo que fuese, me habló como si estuviera convencida de que yo iba a quedarme allí, a sus pies, adorándola. La noche fue aún más deliciosa, turbadora y febril que las anteriores.

Los dioses, a quienes irrita verse contrariados, me enviaron un rayo de sol. Por la mañana, al despertar, la luz del día penetraba en el interior del cuarto a través de una rendija de la ventana. Tenía que volver al campamento. Crovia dormía aún, y me incliné con cautela para besarla sin perturbar su sueño. El rayo de sol, finísimo y brillante como una cinta de luz, caía en la cama, al lado de su cabeza. Entonces, al verla dormida, con el rostro abandonado a sí mismo, la vi como realmente era: un rostro ávido, duro, no de profetisa sino de cortesana. Arrugas que nunca antes le había descubierto surcaban su faz y le daban una expresión viciosa. Fue un golpe inesperado. Paseé la mirada por todo su cuerpo. En los días santificados, este cuerpo era iluminado y poseído por la divinidad, pero cuando el dios se retiraba quedaba solo una mujer sin alma, que no conocía más que sus placeres y sus caprichos... Yo, Tongio, hijo de Tongétamo, era su placer y su capricho. Solo eso.

Me deslicé suavemente fuera de la cama, me vestí y, salí. En el exterior, el aire puro y frío fue una sensación agradable. Con pasos rápidos me encaminé hacia el campamento y, en un riachuelo próximo, tomé un baño de agua helada para liberarme del perfume que había quedado aferrado a mi piel. Por la noche, cuando las sacerdotisas vinieron a buscarme, hablé con una de ellas:

—Transmitid a Dama Crovia mis saludos, y decidle que mi corazón está infinitamente triste por no poder verme honrado con su compañía. La

hueste va a partir, y mis deberes militares me obligan.

Vi en el rostro de la muchacha una expresión de terror. No iba a serle saludable, sin duda, llevar aquel recado. La profetisa no era mujer para recibir bien a los portadores de noticias desagradables. Sentí pena por ella, y le pregunté:

—¿Temes que tu señora se enfade y te maltrate? ¿Quieres que hable yo con ella?

Su pequeño rostro oval se cerró. Sin una palabra, me dio la espalda y se fue, seguida por su compañera. No quise saber más. Los misterios de las mujeres son sagrados y no debemos intentar desvelarlos.

La víspera de la marcha, la hueste ofreció sacrificios a los dioses de la guerra en diez aras diferentes, tantas como dioses eran venerados por las tribus que habían aportado contingentes a aquel ejército lusitano. Detrás de cada ara se había erigido una estatua con la imagen del respectivo dios, con excepción del ara de los calaicos, porque este pueblo no hace estatuas de sus divinidades. Ofrecimos diez caballos de batalla elegidos entre los de la manada llegada de Olisipo. Todos los presagios se mostraron favorables.

\* \* \*

Muchas cosas, verdaderas y falsas, se dijeron luego sobre Viriato. Como ocurre con todos los grandes hombres, se transformó en una leyenda, y las leyendas, por regla general, son injustas incluso para con aquellos a quienes pretenden glorificar. Por ejemplo, oí no pocos disparates y exageraciones sobre la fuerza y la bravura de nuestro caudillo (él era un héroe, no un dios); en contrapartida, quedaron olvidados, por menos espectaculares, verdaderos prodigios de estrategia, diplomacia y elocuencia. El año al que ahora me refiero fue sin duda un año lleno de prodigios. ¿Qué otro nombre se podría dar a la sublevación de la Celtiberia, iniciada solo por la palabra de Viriato?

Era ya primavera cuando penetramos en la Hispania Citerior. En vez de atacar a las legiones de Quincio, Viriato nos llevó a una región que todos hubiéramos creído que sería la menos adecuada para encontrar en ella una

acogida cordial: eran las tierras de titos y belos, pueblos que llevaban ya mucho tiempo sometidos a Roma, y que habrían sufrido algunas humillantes derrotas enfrentados a nosotros, cuando, en el primer año de su mando, Viriato aniquiló una columna de refuerzos enviada a petición de Vetilio, ya entonces derrotado y refugiado en Carteia.

Ni siquiera Táutalo se sintió feliz por esta decisión, pero, contra todas las previsiones, la hueste avanzó sin provocar movilización general. Verdad es que no llegábamos en son de guerra; muy al contrario, Viriato anunció que cualquier violencia sería castigada con la muerte, y envió emisarios a los reyes y jefes de la región. Supongo que nuestra llegada causó el pánico y que, probablemente, hubo un alivio proporcional cuando los embajadores fueron recibidos en los poblados, y esa fue la primera parte del prodigio.

El efecto fue completado por la presencia y la palabra de Viriato en la asamblea de jefes reunida a continuación. No recuerdo sus palabras exactas; recuerdo solo que conquistó a los asistentes con la fuerza de sus argumentos y la magia de su voz, cuando quería, le daba una vibración especial que la hacía irresistible. Se abstuvo de sugerir que titos y belos se integraran en la hueste lusitana, ante el temor de que la derrota sufrida cuatro años antes despertara algún amargo recuerdo. Se limitó a alentarlos a la revuelta y solicitó que coordinasen sus ataques: él iniciaría la ofensiva contra Quincio y —aseguró— lo derrotaría. Entonces sería el momento de intervenir los celtíberos. La propuesta fue aceptada sin vacilaciones.

Nunca aprecié tanto un banquete como el que cerró aquella asamblea. El gusto de la victoria daba un sabor especial a los manjares y a los vinos... una victoria conseguida por Viriato solo —y tan brillante como las que habíamos obtenido en combate. Pensé de nuevo que sería magnífico verlo aclamado por rey de los pueblos lusitanos. Ningún otro hombre había conseguido lo que él, y ninguno como él merecía la realeza.

La euforia era general. Ya al final del festín, el grupo de los amigos íntimos pudo reunirse alrededor de Viriato y todos queríamos saber cuándo atacaríamos a Quincio.

—Todavía no; más tarde lo haremos. Aún no hemos acabado lo que veníamos a hacer aquí —dijo Viriato—. Los belos y los titos son

importantes, pero para levantar a la Celtiberia es preciso conquistar antes su alma: Numancia, los arevacos.

Táutalo soltó un silbido.

—Si se nos unen los de Numancia, Quincio puede preparar el equipaje y volverse a Roma, y una vez allí, que se esconda bajo la cama...

Viriato asintió:

—Los arevacos son los más numerosos, los más aguerridos. Su capital es una fortaleza inexpugnable. Para ganar esta guerra necesitamos el apoyo de Numancia, que se alce contra Roma, porque los arevacos, y sobre todo los numantinos cuando comienzan una empresa, la llevan hasta el fin.

\* \* \*

Precedida por dos jinetes que ostentaban los símbolos de la paz, la hueste se aproximó a la ciudad, hizo alto, y esperó a que un destacamento de la guarnición viniera a su encuentro. Luego, retrocedió unos cinco estadios y ocupó el terreno indicado por los numantinos como espacio de acampada. Llegaron emisarios con una invitación formal. El estado mayor montó a caballo y siguió a Viriato, que para esta ocasión solemne se había adornado con su yelmo de plumas rojas.

Numancia me impresionó. No era, como Gadir, una ciudad opulenta. Gadir se impone por su riqueza; Numancia impresionaba por su fuerza. Las murallas formaban una compacta masa de piedra, tan espesa y formidable que yo creí que se remontaba a los tiempos de las piedras gigantescas alzadas por los dioses. La gran ciudad de los arevacos no tenía los lujos de las ciudades del Sur, pero era noble en su dureza agreste.

Ante los numantinos, Viriato empleó todos sus recursos oratorios. El encuentro con los titos y los belos había sido solo un ensayo, un ejercicio antes de la batalla: esta era la verdadera batalla, el enfrentamiento en el que todo estaba en juego.

Si lo hubieran escuchado todos los hombres de Numancia, Viriato hubiera salido de la ciudad entre las aclamaciones de los arevacos. Desgraciadamente, Viriato no habló para una asamblea de guerreros. Solo

los jefes estaban presentes, y estos se mostraron convencidos y vibrantes de entusiasmo, pero no hasta el punto de olvidar sus propios poderes y prerrogativas. No llegó a haber una posibilidad real de que aceptaran un mando único. Viriato, para ellos, era solo un aliado y un amigo: nada más.

La campaña contra Quincio fue fulminante. En realidad, fue la repetición exacta de lo que había ocurrido con Plaucio: Viriato simuló una derrota, y se retiró al Mons Veneris, eligió las posiciones que más le convenían y cayó por sorpresa sobre las tropas del pretor. Quincio dejó mil muertos en el campo de batalla, y regresó a sus bases, donde le esperaban noticias de la revuelta celtibérica. Desesperado, hizo una última tentativa, enviando contra nosotros un cuerpo de ejército bajo el mando de Cayo Marcio, un ibero renegado. Viriato no se dignó hacerle frente: un destacamento de la caballería lusitana, mandado por Táutalo, destrozó a estas tropas. Ya entonces estaba Quincio en marcha hacia Corduba, donde, como había hecho también Plaucio, estableció sus cuarteles de invierno en pleno verano.

Viriato se volvió al fin contra la Bética, derrotó a Quinto Pompeyo sin dificultad, y marchó sobre Itucci, decidido a recuperarla y aprovechar su posición estratégica. Tampoco fue difícil esta tarea. Los itucenses, al ver nuestro ejército, abrieron las puertas de la ciudad y se proclamaron aliados del caudillo lusitano.

Tendrían que conocerlo mejor. Viriato recibió la bienvenida del Consejo de los Ancianos, y luego, con semblante muy amistoso, anunció que iba a contar una historia. Desconcertados, los nobles viejos de Itucci dijeron que nada podría resultarles más agradable... Entonces, el jefe les contó la historia de un hombre que cometió la imprudencia de tener dos esposas. Como eran diferentes los gustos de las dos, el pobre marido intentó mantener la paz doméstica como fuese, y acabó en la miseria. El silencio atemorizado que siguió a la narración demostró que los Ancianos habían entendido. Itucci había abierto las puertas a Viriato durante la primera ocupación de la ciudad; luego, había permitido que los romanos la recuperaran fácilmente, y ahora volvía a declararse a nuestro favor.

Tras esta advertencia, Viriato se apresuró a aprovechar las ventajas de una rendición tan fácil, y asumió virtualmente todo el poder en la ciudad,

aunque tuvo la prudencia de dejar decidir a los Ancianos en todos los asuntos que no eran del ámbito militar. Ninguna ley fue abolida o violada, ningún dignatario fue sustituido, pero Itucci se convirtió en una plaza fuerte lusitana. Para la cotidianeidad de los habitantes, la única diferencia fue que desde entonces contarían con la protección de la hueste. Viriato recurrió a los itucenses más jóvenes, los reforzó con efectivos nuestros y les hizo ampliar y perfeccionar las fortificaciones. Pero los trabajos terminaron, reunió a las tropas y anunció la nueva campaña.

Hasta la llegada del invierno multiplicamos las incursiones en la Bastetania, que se nos ofrecía indefensa. Nunca el poder romano había pasado por tantas humillaciones en Iberia.

\* \* \*

El producto de los saqueos realizados en Bastetania fue suficiente para mantenernos durante el invierno sin exigir demasiados sacrificios a la población de Itucci. El período de lluvias fue sosegado y confortante: teníamos comida, alojamientos —e información, pues la influencia de Viriato se había dilatado tanto que los mensajeros afluían casi ininterrumpidamente en cuanto el tiempo lo permitía.

Ninguna de esas informaciones era discordante. Con las victorias lusitanas y el alzamiento de los celtíberos, el pánico se había apoderado de Roma, donde se temía ya que los ilergetas, invocando la memoria de su rey Indíbil, se pusieran también en armas y llevaran el incendio de la revuelta hasta más allá de los montes que separan Iberia de las Gallas. El Senado había votado el nombramiento del cónsul Lucio Cecilio Metelo, recién elegido, para el gobierno de la Hispania Citerior, y le había dado orden de incorporarse a su destino lo antes posible. En cuanto a la Hispania Citerior, nada se sabía.

Metelo llegó en pleno invierno, y consiguió algunas ventajas en la Celtiberia. Viriato preparó una nueva campaña para la primavera, y cuando se acercaba el día fijado para la partida, me mandó llamar.

—Una vez más vamos a tener que prescindir de la presencia de nuestro guerrero brácaro... o mejor dicho, de nuestro guerrero conio...

—Comprendo —repliqué—. ¿Quieres que haga una nueva tentativa en Cinéticum?

Viriato asintió:

—Va a ser más fácil ahora. La vigilancia romana está desorganizada, y, por lo que me dicen los mensajeros llegados del Anas, los ánimos de los conios andan exaltados... Hay que apresurar la marcha...

—¿Cuándo tengo que partir?

Viriato dio unos pasos, reflexionando:

—Lo antes posible. Con todo, conviene que busques un disfraz, en previsión de cualquier emergencia. Mercader: eso es lo más indicado. Mientras tanto, y de camino hasta el Cinéticum, podrías ir a ver a tu madre... También tengo interés en que lo hagas, porque quiero renovar contactos con nuestros aliados de Arcóbriga y Meríbriga.

Le di las gracias. Le estaba muy reconocido, tanto más cuanto que, y lo sabía yo muy bien, no era realmente necesaria una visita a estas ciudades, a las que aún muy recientemente había enviado Viriato emisarios con presentes. Hacía seis años que yo no veía a mi madre ni a Lobessa, ni a mis amigos de Arcóbriga. Para un guerrero, siempre en peligro, seis años son una eternidad.

## X

Por alguna razón profunda, que por aquel entonces yo desconocía aún, experimenté una sensación extraña al cruzar el río Anas y volver a ver un paisaje tan conocido. Me sorprendí pensando: «Al fin, vuelvo a casa...», pero yo no tenía casa, mi hogar era una tienda y la insignia del toro; mi familia era un ejército y un caudillo. Nunca antes me había preocupado eso. A medida que uno va madurando empieza a pensar ciertas cosas: no temía la muerte en combate, pero empezaba a preguntarme si tendría algún día casa y mujer que pudiera tener por mías, e hijos para perpetuar mi nombre y hacerme las ofrendas cuando llegara la hora.

A pesar de estas ideas, me encontraba en excelente disposición de espíritu cuando avisté a lo lejos el santuario de Endovélico en la cumbre de su altozano. Fue como si volviera al día en que allí llegué por primera vez: el silencio, la tranquilidad, la ligera brisa, hasta las nubes que corrían por el cielo luminoso parecían las mismas.

Pero la inmutabilidad era solo aparente. Al acercarme al camino sagrado que permite el acceso al templo del otero, pude ver modificaciones: dos o tres construcciones recientes, estatuas nuevas del dios ofrecidas por peregrinos... la vivienda de mi madre estaba a media ladera, unida al camino sagrado por un senderillo. Me dirigí hacia allá. Una voz que pronunció mi nombre hizo que me detuviera. Me costó trabajo reconocer a uno de los acólitos del sacerdote, pues cuando salí de allí, era aún un chiquillo al borde de la adolescencia, y ahora era un hombre ya. Se mostró

encantado al verme, pero no sorprendido porque con la reanudación de las guerras en la otra orilla del Anas los Ancianos y los sacerdotes habían ordenado que se colocaran vigías y estafetas ocultos a lo largo de los caminos principales. Uno de los vigías me había reconocido.

El joven me contaba esto con gran abundancia de gestos y palabras, hasta el punto de que levantó sospechas en mí. Por dos veces intenté interrumpirle, y a la tercera comprendí que había allí algún error. Un grito, dado en el tono apropiado (no en vano llevaba yo seis años en campaña), lo hizo callar. Sonreí, para mitigar un poco el efecto del grito, y le pregunté:

—¿Le ha ocurrido algo a mi madre?

Clavó los ojos en el suelo, y en aquel instante comprendí porqué, al verme, había corrido a colocarse ante un gran roble situado en la misma orilla del camino y no salía de allí. Una oleada de revuelta se apoderó de mí —revuelta contra mí, que nada había sentido ni había sido capaz de considerar la posibilidad. Me dominé, y dije en voz baja:

—Comprendo. Puedes salir de ahí.

Dio un paso hacia el otro lado. La tumba era muy hermosa teniendo en cuenta el nivel de los artistas de Arcóbriga. Estaba junto al tronco del roble, de manera que quedaba protegida por el follaje. Sobre la gran lápida habían grabado una inscripción en caracteres ibéricos: *Camala, de Balsa, en Cinéticum, servidora del Señor Endovélico*. Más bajo había otra frase que, a juzgar por la diferencia de coloración de la piedra, había sido añadida con posterioridad: *Benefactora del santuario*.

Nacemos para morir: esa es la condición humana. Sería impío criticar la bondad y la sabiduría de los dioses. La muerte de Camala no provocaba en mí una sensación de protesta impía. Lo que no podía perdonar —no podía perdonarme a mí mismo— era no haber vuelto a verla en tantos años. Más allá del resentimiento que podía sentir hacia aquella mujer posesiva que no quería ver cómo su hijo escapaba a su dominio, más allá de mi ansia de libertad, nos unía a ambos un gran amor.

El ruido de las hierbas secas holladas por alguien que se acercaba me volvió a la realidad. El acólito había desaparecido, y ante mí estaba Lobessa, a quien sin duda había ido el joven a llamar. Sin perder tiempo en saludos, ella me dijo lo que yo quería saber:

—Murió serenamente, sin sufrimientos. Ocurrió hace dos años. Estaba enferma desde el invierno anterior, y nunca más se sintió bien... Ella lo sabía... sabía que iba a morir. Mandó hacer la tumba con la primera inscripción. El sacerdote —no el que tú conociste, que murió también— la autorizó a elegir el lugar de su reposo. Cuando empeoró...

—¿Habló de mí?

—Solo una vez. Nunca dejó de quererte, pero debes entender que el dios la había tomado en sus brazos. Mi señora Camala lo sirvió bien, y él le pagó esos servicios evitándole preocupaciones y sufrimientos. Fue enflaqueciendo, y siguió al servicio de los peregrinos. Murió muy dulcemente. El sacerdote, en persona, cumplió los ritos y mandó grabar esa frase: *Benefactora del santuario*. El nombre de tu madre es venerado en toda la región.

Hubo un corto silencio que yo rompí:

—Ante todo, tengo que ofrecerle un sacrificio y rendirle homenaje. Luego, Lobessa, quiero hablar contigo. Pero... antes, una pregunta ¿te liberó mi madre antes de morir?

Lobessa desvió la mirada y se ruborizó. Tras una leve vacilación, respondió:

—Sí. Mi señora fue muy bondadosa. Poco después de tu marcha me liberó de la servidumbre y... me ofreció una dote cuando me casé.

Me avergonzó la vaga sensación de frío que se concentró en mi estómago. ¿Qué era lo que esperaba yo? ¿Había pensado alguna vez en casarme con Lobessa? ¿Podía esperar que ella quedara eternamente sola, esperando a ver si yo volvía? La miré con atención. Seguía siendo hermosa, pero parecía más pesada, sus muslos eran más carnosos, y había perdido, comprensiblemente, el brillo y la hermosa alegría un poco impúdica de los viejos tiempos. Era una mujer casada y tranquila. Si yo no estuviera conmovido por la muerte de Camala, habría reparado ya en ese cambio. Me apresuré a decir:

—Me hace feliz saberlo, Lobessa. Espero que tu marido sea bueno para ti. ¿Quién es?

—Un hombre de Meríbriga. No es rico, pero tenemos lo suficiente para nosotros y para nuestro hijo.

¡Un hijo! Era de esperar, claro. La felicité con toda sinceridad, y subimos los dos al santuario. De camino, fue explicándome que, en cierto modo, había sustituido a mi madre en las tareas de acogida a los peregrinos, pues Camala le había transmitido muchos de sus conocimientos medicinales. Además, cuidaba de unas tierras propiedad del marido. Era una vida muy ocupada, pero sin otras preocupaciones que no fueran las derivadas del estado habitual de guerra en la Mesopotamia... Esa preocupación por las guerras es el sino de todas las mujeres desde que el mundo existe.

Lobessa me presentó al sacerdote, un hombre vigoroso, de unos cuarenta años. La memoria y la reputación de mi madre estaban muy vivas, como pude comprobar por el respeto y la cordialidad con que el sacerdote me habló, tras invitarme a pernoctar en su residencia, donde conocí también a su mujer, una muchacha de Meríbriga con quien se había casado tras ser investido de la categoría sacerdotal.

Las ofrendas a Camala, la visita de cortesía a los Ancianos de Arcóbriga y Meríbriga y los saludos a los amigos que tenía en las dos ciudades me ocuparon durante dos días enteros, durante los cuales apenas pude ver a Lobessa. No volví a hablar con ella hasta la mañana del tercer día, poco antes de mi partida para Cinéticum. Le había dicho que me gustaría conocer a su marido y al hijo, pero invocó un impedimento cualquiera —que estaba ausente el marido, con el ganado, en los pastos; que el hijo estaba enfermo. Era natural, pensé, que intentara mantener bien separados los dos períodos de su vida: el de esclava de mi madre y amante mía, y el de mujer libre, casada y madre.

Pero a la mañana del tercer día vino a verme al santuario, cuando yo estaba vigilando a los esclavos que cargaban la mula con el equipaje y algunos tejidos que debían completar mi fingida condición de mercader. Hablamos un rato sobre los tiempos pasados, y luego me dijo que tenía que entregarme algo: la herencia de mi madre, es decir joyas y el dinero que Camala no había llegado a gastar, pues llevó una vida sencilla y el santuario le ofrecía cuanto precisaba.

Iba a responderle, pero fui interrumpido por una voz de niño que llamaba: «¡Madre!». Un chiquillo espigado y esbelto, de hermoso pelo

negro encaracolado, corría hacia nosotros. Me volví hacia Lobessa y la sorprendí haciendo un gesto evidente —una orden al hijo, para que se alejara. Mi mirada la paralizó, y el niño, que debía de haber adivinado su intención pero que también estaba dominado por la curiosidad, aprovechó para aproximarse.

Lobessa, recuperándose, le ordenó que me saludara y me presentó como «Tongio, hijo de la señora Camala y guerrero de Viriato». El muchacho alzó el rostro y sonrió sin timidez. Correspondí a su sonrisa y dije:

—¡Enhorabuena, Lobessa! Tu hijo es un hermoso muchacho... —y la voz se me quedó prendida en la garganta.

Realmente, era un hermoso muchacho. Los rasgos de su rostro eran delicados sin exceso. Tenía una sonrisa alegre y contagiosa, y los ojos verdes, de un verde muy claro y transparente...

Doblé una rodilla, para que mi cabeza quedara a la altura de la suya, y pregunté:

—¿Cuántos años tienes?

—Seis años, señor.

Cerré los ojos, intentando resistir el vértigo. Hasta con los ojos cerrados sentía el miedo de Lobessa. Volví a hablar con el niño:

—¿Cómo te llamas?

Antes de que pudiera responder, se oyó la voz de la madre con una especie de desafío que era al mismo tiempo una advertencia:

—Se llama Aminio. Es el nombre de su padre.

Y acentuó con desesperación la palabra «padre».

Pensé. Pensé mucho y muy deprisa. La presencia del dios (estábamos en suelo sagrado) me ayudó, estoy seguro. Cuando me enderecé, sabía ya lo que tenía que hacer, aunque mi propia decisión me llenara de cólera y de amargura.

—Aminio —le dije en el tono de quien habla con un adulto sobre asuntos en los que las mujeres no deben meterse—. Aminio, me ha gustado mucho conocerte, y siento no haber conocido a tu padre. Salúdalo en mi nombre. Mis deberes de guerrero exigen que me vaya.

El niño abrió los ojos con una expresión de tristeza:

—Pero... Yo creía que me ibas a contar las batallas contra los romanos... Y quería saber cosas de Viriato.

—Lo sé. Te prometo que volveré en cuanto pueda, y entonces te contaré todo lo que quieras saber.

Otra vez aquella sonrisa —yo sabía ahora donde había visto una sonrisa idéntica: había sido en un espejo de bronce pulido— y la voz temblorosa de esperanza:

—¿Me lo prometes?

Mentalmente me impuse una penitencia ante Endovélico por mentir en su recinto.

—Te lo prometo. Y esta es la prenda de mi promesa.

Indiferente a las protestas de Lobessa me quité del dedo uno de los anillos. No era un anillo cualquiera. En memoria de Sunua yo había enviado a su madre mi anillo de plata, pero el que le daba al niño era el sello de mi familia, que había pasado de mi padre, Tongétamo, a mí. El oro viejo lucía con un brillo mate, mostrando el emblema de la vieja dinastía real de Brácara.

Aminio tenía su orgullo. Muy serio, y sordo también él a las protestas de la madre, dijo en un tono cortés:

—No puedo aceptar un regalo como este, señor...

—No es un regalo. Confío este anillo a tu guarda como prenda de mi palabra. Si vuelvo, lo recuperaré, y hablaremos de la guerra, de Viriato, de todo lo que te interese. Pero nunca se sabe qué va a pasar en la vida de un guerrero. Si no vuelvo, entonces sí, el anillo será tuyo con pleno derecho. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza, muy gravemente. Pero yo no había acabado. Del brazo derecho quité el más hermoso de mis brazaletes de guerra, en cobre trabajado, y se lo tendí.

—Y esto es para ti. Para cuando seas un hombre y un guerrero. Cuídalo: me lo regaló mi jefe.

—¿Tu jefe?

—Viriato, el lusitano.

Aminio estuvo a punto de dejar caer el anillo al coger el brazalete. Lo miró deslumbrado. Apenas conseguía hablar. Tartamudeó:

—¿Viriato?

—Sí, Viriato, caudillo y comandante de las huestes de la Lusitania, lo colocó un día en mi brazo. Ahora es tuyo. Y, ahora, Aminio vamos a despedirnos, porque tengo que marcharme, y antes quisiera hablar con tu madre.

Se alejó corriendo —y fue como si me quitaran la luz del sol. Mi garganta se contrajo. Casi no podía respirar. Le supliqué a Endovélico que me diera valor para dominar mi pena.

Lobessa y yo estábamos de nuevo solos. Sus ojos brillaban cubiertos de lágrimas, y con un largo suspiro murmuró:

—Tuve tanto miedo... Gracias, Tongio, gracias por el...

—Una cosa quiero saber —interrumpí en tono duro—, y espero que me digas la verdad. Cuando me fui, hace seis años ¿sabías ya que estabas encinta?

—No. Te juro que no lo sabía. Tienes que creerme porque te juro que si lo supiera no lo diría... ¿para qué? ¿Para amarrarte a mí? ¿Es que intenté hacerlo alguna vez? Entonces ya te habías cansado de mí. No lo niegues, Tongio. Y, además, estoy segura que, de todos modos, te habrías ido.

—¿Sin ver a mi hijo?

—El hijo de una esclava. —Lobessa sonrió dulcemente—. ¿Qué edad tienes hoy? Veintidós años, lo sé. A los veintidós años, un guerrero que aún no se casó piensa en los hijos que aún no ha tenido. Pero cuando te fuiste, a los dieciséis años, solo soñabas con tu libertad y con la guerra.

No tenía respuesta, ni ella la esperaba.

—Cuando me di cuenta de que esperaba un hijo, supe que tenía que buscar marido. Aminio me cortejaba tímidamente... Es un hombre bueno y fuerte. Adora a su hijo... A todos los efectos es su hijo.

Solté una carcajada poco simpática.

—¡A todos los efectos! ¡Basta mirarnos al chico y a mí!

La mano de Lobessa se posó en mi brazo, no para acariciarme, sino para suplicar:

—Lo sé. Por eso he hecho lo posible para que mi marido no te vea. Aminio es un buen hombre. No muy inteligente, lo admito, pero hasta él

vería el parecido... ¿Y cómo se sentiría al saberlo? Tongio: quiero que mi hijo tenga un padre.

Me revolví por última vez, aunque sabía que era esclavo de mi propia decisión:

—¡Por el Santo Señor Endovélico! Hablas como si el niño fuera huérfano... ¡Yo estoy aquí!...

—Es ya tiempo de cargar las cosas... Tongio, hijo de Tongétamo; Tongio, guerrero, emisario y amigo del gran Viriato...

Ahora, su expresión era agreste, casi feroz: era una hembra dispuesta a luchar por su cría. Respiré hondo, porque sentía que me faltaba el aire.

—Lobessa... No tienes que temer nada. Voy a cumplir lo que he decidido. Pero intenta comprender, fue un choque demasiado grande. Nunca hubiera supuesto...

—Lo sé —replicó, ya en todo diferente—. Yo comprendo, e intenta comprender también tú, lo que sentía al verlo a tu lado. Es tu retrato, aún más de lo que yo pensaba.

—¿Y lo lamentas?

Lobessa contrajo el rostro como si sintiera un dolor profundo:

—Quise ese hijo por ser tuyo, pero eso no cambia en nada la situación. Para ti las cosas son más fáciles: te casarás, tendrás otros hijos...

—Ninguno como este. Pero tienes razón, claro. Es mejor que me vaya cuanto antes.

La mula ya estaba cargada, y mi caballo pateaba en el suelo para espantar a las moscas, ansioso de un poco de ejercicio. Querido *Trueno*... sería el último viaje. Ya lo habían herido dos veces en combate, y estaba enflaqueciendo. Quería ahorrarle la ignominia de una vejez abandonada. Al regresar de Cinéticum, cuando pasara por Olisipo, se lo ofrendaría a Coaranioniceus si los sacerdotes del Monte Santo lo consideraban digno.

Lobessa hablaba de nuevo, diciendo que iba a entregarme la herencia de mi madre. Le respondí que no la quería:

—Esa herencia es tuya, y de... tu hijo. Cuidaste de Camala hasta el fin, y el oro y las joyas te pertenecen.

Ella aceptó con sencillez, sin protestas fingidas. Y, en el momento de la partida, preguntó:

—¿Quieres verlo otra vez?

Vacilé. Era lo que más quería en el mundo en aquel momento, pero tenía miedo...

—Mejor que no. Me dolería más aún... Adiós, que Endovélico os proteja.

Mis amigos de Arcóbriga se habían ofrecido para escoltarme hasta las tierras de Cinéticum —una prueba de verdadera amistad, que acepté, más por tener compañía que por deseo de protección. Estaban ya esperándome al pie del cerro, y podía oír sus voces traídas por el viento. En silencio, monté, cogí la rienda de la mula y bajé la cuesta por el camino sagrado.

\* \* \*

Me despedí de mis compañeros en lo alto de una colina. Ante mí se extendía la llanura conia, cubierta de bosques y punteada de poblados. Antes de iniciar el descanso contemplé aquel paisaje, bañado por la intensa luz del sol, con una emoción que nunca antes había sentido. Criado en Gadir, viviendo luego los azares de la guerra, siempre había considerado a Cinéticum con cierta lejanía, aunque ahora, quizá porque sabía que mi sangre corría en las venas de un hijo, veía las casas, y los bosques, y los ríos, de forma diferente —la tierra donde había nacido, donde los antepasados de mi madre habían vivido y donde reposaban las cenizas de mi padre. Un vínculo invisible, de cuya existencia no había sospechado, me unía al viejo reino dominado ahora casi totalmente por las águilas romanas.

## XI

Como dije más tarde a Viriato, mi mérito no fue grande en lo que se refiere a la eclosión de la revuelta conia; no fui más que el incentivo final. Lacóbriga, Ossonoba y Conistorgis estaban ya prácticamente sublevadas cuando pasé por allí, y la noticia del ataque a las guarniciones romanas me llegó cuando estaba en Portus Hannibalis, que no tardó en adherirse. Balsa y Baesuris también se unieron. El Cinéticum sacudía el yugo.

Con la misión cumplida mucho antes de lo que me hubiera atrevido a esperar, solo me quedaba partir para Olisipo, pero antes quise visitar el Promontorio Sagrado, que no conocía todavía. No era solo curiosidad: los dioses verían con desagrado que yo abandonara de nuevo Cinéticum sin prestarles homenaje en su morada. Por eso, al salir de Portus Hannibalis, tomé rumbo al Oeste, a lo largo de la costa, y tras un día de rápido viaje (me había deshecho de la mula y del disfraz de mercader) avisté la tierra más sagrada de Iberia.

El Promontorio está dividido en dos grandes cabos (uno de los cuales es completamente llano, sin la menor elevación de terreno) que avanzan mar adentro como dos proas de navío. Con excepción de algunas islitas, simples roquedales dispersos junto a la costa, solo se ve el océano hasta el horizonte: no hay en el mundo paisaje más sencillo y más grandioso.

Podría pensarse que en un lugar tan santificado como este abundarían las aras y los templos, servidos por un ejército de sacerdotes. Nada más falso, pues la presencia divina es tan fuerte que las construcciones erguidas

por los hombres acaban por desaparecer rápidamente. En el pasado, los tirios edificaron allí dos santuarios, uno en cada cabo; al igual que hicieron en Gadir, los consagraron a Melkaart y a Baal, pero mientras que en Gadir los templos prosperaron y pasaron a recibir los nombres que griegos y romanos dan a aquellos dioses, en el Promontorio ya poco o nada queda de los edificios. La tierra está desnuda, sembrada de matojos dispersos, y tan poderosa es la fuerza divina, que los mortales solo pueden levantar allí montículos de piedras. Aun así, por lo que me dijeron los habitantes de las aldeas próximas, esas piedras cambian frecuentemente de posición durante la noche, arrastradas o lanzadas a lo lejos por el paso de las divinidades. Porque es de noche cuando son más fuertes las Presencias, y lo son tanto que ningún hombre, ni siquiera el sumo sacerdote, puede permanecer allí después de ponerse el sol.

A todos los pueblos les gusta fabricar leyendas, pero puedo asegurar que esto es verdad y que los habitantes de la región no han inventado nada. Yo mismo, cuando pisé aquella tierra sagrada, por la mañana, muy temprano, sentí tenso mi cuerpo, los músculos contraídos hasta el dolor, y el corazón oprimido. Mis manos temblaban al hacer la libación con el agua traída de la aldea donde había pernoctado (allí no hay pozos, ni arroyos, ni fuentes). Y no me sorprendí cuando me dijeron los sacerdotes que no iba a poder ofrecer ningún sacrificio, porque estaba prohibido derramar sangre sobre la tierra del Promontorio.

Terminada la visita, pensé en la mejor manera de llegar a Olisipo. Si me hubiera acompañado Arduno, me habría visto obligado a hacer el viaje por tierra, pero como solo dependía de mí, intenté encontrar el modo de viajar por mar. La suerte me favoreció. Muy cerca del Promontorio hay una pequeña ensenada donde los barcos hacen escala para que los tripulantes puedan orar a sus dioses pidiendo buen tiempo y vientos favorables. Allí encontré un navío gaditano que se dirigía al Norte y cuyo capitán accedió a llevarme por un precio razonable. Me habló también de la guerra, y así me enteré de que el cónsul Lucio Cecilio Metelo había obtenido algunas victorias en la Celtiberia, donde se había apoderado de tres ciudades, aunque luego había sido derrotado por los lusitanos. Ahora, el cónsul intentaba evitar encuentros armados y, por lo que se sabía en Gadir,

procuraba retirarse a Corduba, que era el refugio tradicional de los generales romanos derrotados por Viriato.

\* \* \*

Si bien es verdad que nunca me mareé a bordo de un navío, tampoco soy lo que se pudiera llamar un marinero, y por eso me sentí muy satisfecho al pisar tierra firme. Más contento aún se quedó mi caballo *Trueno*, que, él sí, se mareó terriblemente. Tuve que ocuparme de él, y pasaron tres días hasta que el pobre animal se recuperó y ganó fuerzas. Durante todo ese tiempo, analicé la situación en Olisipo y descubrí que las relaciones con Roma estaban considerablemente deterioradas. Los abusos cometidos por las tripulaciones de las galeras romanas, y la hostilidad de los sacerdotes de Coaranioniceus, me parecieron los motivos principales de este enfrentamiento. No tuve dificultad en ser oído por los notables y en obtener de ellos la promesa de una ruptura formal.

Cinco días después de la llegada me dirigí al fin al Monte Santo, donde me esperaba una sorpresa agradable: la primera persona que vi, montado en un espléndido caballo, fue Arduno. Saltamos los dos al suelo y nos abrazamos con alegría.

—He venido solo para hablarte —me explicó mientras nos encaminábamos a la residencia de los sacerdotes— porque traigo un mensaje del jefe... o, mejor dicho, una invitación.

—¿Invitación?

—Sí. ¿No lo adivinas? Invitación a la boda... Pero, antes, las noticias y las instrucciones. Espera, vamos a sentarnos allí, en aquella piedra. Luego hablaremos con los sacerdotes.

Me senté a su lado. Estaba más flaco, tenía una cicatriz reciente en la mejilla izquierda, pero parecía fuerte y sano, y conservaba su vivacidad habitual.

—¿Y la campaña contra Metelo? —pregunté.

—Fue dura, pero rápida. Y decisiva. No volverá a molestarnos, cosa que nos conviene mucho, porque tenemos que rehacernos. La hueste lleva ya

cinco años de guerra, e incluso con los nuevos contingentes calaicos, necesitamos más gente... y descanso. En fin, por ahora hay tregua, no oficial, pero sí efectiva.

Arduno prosiguió contándome que había llegado al Monte Santo hacía diez días, y que había negociado ya la compra de cincuenta caballos, los únicos disponibles, que serían entregados, al final del otoño, en Aritium Vetus.

—Porque el jefe va hacia allá —remató— y la boda se realizará precisamente a finales de otoño o a principios del invierno. Por nuestra parte, lo que tenemos que hacer es llevar los caballos a Aritium Vetus. A propósito, si me permites una sugerencia, creo que tendrías que elegir uno para ti.

—Eso está ya decidido. Voy a enviar a mi *Trueno* a Coaranioniceus, para agradecerle la protección que nos ha dispensado...

—... y que los sacerdotes nos cobran a buen precio —rezongó Arduno en voz baja.

Le aconsejé que guardara para sí semejantes comentarios, para no ofender al dios ni a sus servidores, de quienes íbamos a precisar.

No siento vergüenza al confesar que se me llenaron los ojos de lágrimas al despedirme de *Trueno*. El sumo sacerdote aceptó ejecutar él mismo el sacrificio, cuando le hablé de la nobleza y la bravura del animal. Creo también que aceptó por deferencia hacia un enviado de Viriato.

Cuando llegó el momento, me acerqué a *Trueno*, que, como era costumbre en él, vino a apoyar su cabeza en mi hombro.

—Ha llegado el momento de separarnos —le dije en voz baja— y nunca te dejaría si no supiera que vas a pasar a las manos de un dios. Si te quedaras conmigo, cuando la edad paralizara tus piernas no podría yo seguir cuidándote; estaría muy lejos, combatiendo. Y no puedo ni imaginar que alguien te maltratara... Adiós, *Trueno*, sirve con lealtad al dios, como siempre me has servido a mí.

Relinchó suavemente, y dejó que lo llevaran hasta el ara. Creo que había entendido mis palabras, pues ni se estremeció cuando el sacerdote alzó el cuchillo. Por suerte, era hombre vigoroso y sabía bien su oficio. Un

solo golpe fue suficiente. Cuando cayó el cuerpo, me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, y me alejé.

Mi nuevo caballo era blanco, de un blanco níveo y resplandeciente. Fiel a su linaje sagrado, era veloz como un dardo, y por eso le di ese nombre. Para que nos conociésemos mejor, lo llevé de caza durante los días que permanecí en el Monte Santo. Fueron pocos días, ciertamente, pues el otoño se nos había echado encima y no sabíamos cuánto tiempo íbamos a necesitar para llevar la manada hasta Aritium Vetus.

El día anterior a nuestra partida ocurrió algo que nos llenó de desasosiego. Cuando los sacerdotes estaban ofreciendo a Coaranioniceus uno de los caballos que habíamos comprado, el animal, presintiendo su muerte, se encabritó e intentó escapar. Tras el sacrificio, las venas y las vísceras confirmaron el presagio desfavorable: se aproximaban tiempos difíciles para Lusitania. Arduno insistió en saber pormenores —si era sequía, peste o guerra—, y la respuesta fue «guerra». Así, nuestro estado de espíritu no era el mejor cuando nos pusimos en marcha. Discutí con Arduno sobre si debíamos advertir a Viriato antes o después de la boda, y decidimos al fin que si no había noticias del enemigo esperaríamos hasta después del casamiento.

El viaje desde el Monte Santo hasta Aritium Vetus transcurrió sin más contrariedad que la de una lentitud irritante. Conducir una manada de caballos no es fácil, ni siquiera con buen tiempo y en terreno llano, pero pasamos varios días de lluvia y la búsqueda de caminos discretos y seguros nos obligó a prolongar el itinerario. Como si esto no bastase, los hombres que nos acompañaban no eran simples caballerizos o pastores: eran sacerdotes, y aunque estuvieran aún en el grado más bajo de la jerarquía, tenían deberes religiosos que cumplir y ritos que ejecutar, lo que nos obligaba a largas detenciones.

Fueron pasando los días, y cuando avistamos Aritium Vetus ya había caído el invierno y la hueste se encontraba acampada en la orilla opuesta del Tagus. Mientras galopábamos al encuentro de los centinelas (Viriato había colocado vigías en todos los caminos) Arduno observó, con irónica satisfacción, que Astolpas iba a tener una óptima oportunidad de ostentar su riqueza alimentando a un ejército entero.

\* \* \*

—A veces no lo entiendo. En una ocasión como esta, es el único que no parece satisfecho...

Crisso, el autor del comentario, echó dos leños a la hoguera para mitigar el frío de la noche. Al mirarlo, pensé que cada vez se parecía más en un viejo oso rezongón. No obstante, seguía siendo un buen compañero y un combatiente respetado.

Su desahogo tenía a Viriato como blanco. Mientras se multiplicaban los preparativos para la boda, aumentaba el entusiasmo de los guerreros y de los habitantes de la ciudad. Era Astolpas, en persona, quien dirigía las operaciones, y no había duda de que la fiesta iba a ser suntuosa, pero, fiel a sus hábitos, nuestro jefe no parecía más entusiasmado que en vísperas de una batalla, momento en que su tranquilidad resultaba impresionante.

Arduno y yo habíamos hablado largamente con él. Luego, Viriato fue a ver los caballos, y se ocupó de su distribución entre los guerreros. Al mismo tiempo, dirigía la construcción de un puesto de acampada en una colina alejado de Aritium Vetus, al norte del Tagus. A veces estaba ausente de la ciudad durante dos o tres días. Cuando se unía de nuevo a nosotros, seguía durmiendo en una tienda, pues había rechazado la casa que su futuro suegro había puesto a su disposición. Estábamos a dos días de la boda y aquella aparente falta de alegría por parte del novio irritaba a Crisso como si fuese él el padre de Tangina.

—No es que no tenga ganas de casarse —le dije al jefe túrdulo— pero creo que sigue pensando en la guerra. Deberías conocerlo más...

—Claro —replicó él—, pero hasta a un guerrero le gusta la paz de vez en cuando, con moderación. Y, sobre todo, en vísperas de boda... Me acuerdo muy bien...

Apareció alguien junto a la hoguera. Era Audax, envuelto en su manto hasta la barbilla.

—Perdona que te interrumpa, venerable Crisso, pero el jefe os llama.

Al verlo y oírlo, sentí que mi antipatía hacia él se hacía más intensa. Aunque hubiera rechazado la comodidad de un edificio, Viriato se había visto obligado a aceptar, al menos, el ofrecimiento de Astolpas de una

tienda lujosa y amplia. Una tienda que poco serviría en campaña, y que Viriato dejaría en Aritium Vetus, pero que era allí muy conveniente. Viriato no había delegado el mando, y constantemente tenía que resolver problemas, recibir mensajeros que debían ser interrogados lejos de oídos indiscretos, pues su confianza en el padre de la novia no había aumentado.

Precisamente uno de esos mensajeros se hallaba en la tienda con Viriato, Minuro y Táutalo.

—Amigos —empezó Viriato—, este es Magón, turdetano, guerrero de Connobas, príncipe turdetano aliado nuestro. Magón ha viajado durante veinte días para traernos noticias. Y para traer esto...

«Esto» era un pequeño rollo de papiro. Yo no había visto aquel material de escritura desde que salí de Gadir. Volvieron a mi memoria escenas de la infancia, imágenes de Camalo y de Beduno. Para apartar el pasado, sacudí la cabeza y presté atención a lo que Magón decía.

—Las tropas no salen de los cuarteles de invierno —estaba diciendo— a no ser para patrullar alrededor de las ciudades y por las vías militares. Pero se nota algo en el aire. Han llegado mensajeros de Roma, y uno de ellos traía sin duda la orden de cese para Metelo, porque este mandó preparar sus equipajes y entregó al cuestor los asuntos de gobierno. Llegaron también otros mensajes, y uno de ellos es este —Magón sonrió—, y no hay peligro de que su portador vaya a decir a Corduba que fue interceptado, pues no quedó en estado de hablar. Ni de respirar, siquiera.

A un gesto de Viriato, el turdetano me entregó el papiro. Lo leí rápidamente para poder resumir su contenido en voz alta: estaba firmado por un cónsul recién elegido —él mismo lo decía— llamado Quinto Fabio Máximo Serviliano, a quien habían nombrado gobernador de la Hispania Ulterior. La carta contenía instrucciones destinadas al cuestor de Metelo, en Corduba. Lo que más nos interesaba eran órdenes de aprovisionamiento y acuartelamiento del nuevo ejército consular cuya llegada a Hispania estaba prevista para la primavera. Y el cónsul enumeraba los efectivos: dos legiones con un total de dieciocho mil hombres de infantería y mil seiscientos de caballería.

Al llegar a este punto de la carta alcé los ojos hacia Viriato, pero su rostro se mantenía impenetrable. Se limitó a preguntar:

—¿Eso es todo?

—No. Hay algo más... aquí está: «El rey Micipsa, de Numidia, ha prometido trescientos jinetes y diez elefantes con sus respectivos conductores. Si esos refuerzos llegan antes de mi presencia en Hispania, deberá alojarlos y alimentarlos también». Y, ahora sí, nada más.

—¿Elefantes? —rezongó Crisso—. ¿Y qué es eso?

—Animales monstruosos —respondí—, con dos lanzas de hueso en la cabeza, y el hocico es una especie de brazo poderoso. Los usan en la guerra...

En Gadir había visto una pintura que representaba un animal de esos. Pero Crisso me miró con aire escéptico, y dijo:

—No creo nada.

Intervino Viriato:

—Pues es mejor que lo creas, porque esos animales existen. Nunca los he visto, pero mi bisabuelo combatió en los ejércitos de los Barca, y vio muchos. Los cartagineses los usaron contra los romanos.

Y prosiguió volviéndose hacia Magón:

—Te agradezco los trabajos que pasaste para traernos esa carta. Espero que honres con tu presencia mi fiesta de casamiento. Luego, te irás cuando quieras, y le llevarás al príncipe Connobas un saludo mío. Su amistad es para nosotros más preciosa hoy que nunca... y a propósito: el nombre de ese nuevo cónsul me resulta familiar. Quinto Fabio Máximo Serviliano... ¿será pariente de aquel otro Quinto Fabio Máximo Emiliano?

Magón respondió que no sabía nada. Realmente, lo supimos más tarde, Serviliano y Emiliano eran hermanos adoptivos. Se retiró Magón y el jefe le dijo a Minuro que lo acompañara y ordenase que le sirvieran comida y vino.

Cuando salieron, nos quedamos callados, hasta que Viriato advirtió:

—Esos informes hay que mantenerlos secretos. No quiero que nuestros hombres los conozcan de momento. Cuando acaben las ceremonias de la boda, el ejército partirá para el campamento que hemos estado construyendo. Entonces duplicaremos el entrenamiento y, antes de que acabe el invierno, volveremos a Itucci. Si el nuevo cónsul es experto, su primera meta será Itucci, para quitarnos la base de operaciones contra la Bastetania. De todos modos, presiento que vamos a tener un año difícil.

—Bueno... —observó Táutalo—. Ya hemos tenido otros años así. Y, en cuanto a los elefantes, apuesto a que no pueden trepar cuesta arriba por los montes. Aníbal los usó, muy bien, pero ni con esas evitó la destrucción de Cartago.

Viriato objetó:

—Hay otras cosas que tendremos que tener en cuenta. Nuestra hueste lleva ya cinco años de guerra y somos cerca de seis mil hombres, contando con los calaicos. Si ese Serviliano es un buen estratega, irá aplastando pueblo por pueblo a todos los de Iberia.

—Pues que lo haga... —gritó Crisso—. Cuando nos toque a nosotros, estará debilitado, y acabaremos con él.

Viriato movió la cabeza como si rechazara esta conclusión. Yo había aprendido a conocer sus gestos y expresiones, y comprendí que solo se sentía cansado y amargado. ¿Cómo no?, pensé, mirando su rostro, donde nuevas arrugas habían excavado su piel. En sus manos estaba la libertad de la Lusitania, y posiblemente incluso la de toda Iberia, y, además, la vida de seis mil hombres, y pese a todo eso estaba terriblemente solo. Incluso entre sus amigos más próximos, ¿quién era capaz de acompañar sus pensamientos? Táutalo, quizá, en parte. Yo mismo, quizá, pero detrás de mí no había una hueste ni influencia política. Los otros eran, en el mejor de los casos, gente como Crisso, que hacía la guerra por el placer de combatir y por el saqueo. Si Crisso no hubiera empeñado su lealtad, y luego su amistad, seguiría guerreando igual, y quizá no a los romanos, sino a los taporos, a los nemetanos o a los célticos de entre el Tagus y el Anas, o quizá a los mismos lusitanos. Crisso, y muchos como él, hacía la guerra por la guerra, y nunca podría entender a Viriato ni su manera de pensar. En toda Iberia, los pueblos, desde los numantinos a los conios, solo por especial deferencia para con Viriato aceptaban a veces coordinar sus ataques con la acción de la hueste lusitana. ¿Quién, en estas circunstancias, no se sentiría por un momento desalentado, incluso en vísperas de su boda?

Pero ahora el jefe, ya con un semblante diferente, respondía a Crisso:

—... sea lo que sea, los aceptamos, aceptamos su alianza, y tenemos que cumplir nuestra parte de los acuerdos. Además, cuanto más tiempo dejemos a Serviliano maniobrando a su gusto, más se enriquecerá con

esclavos, tributos y despojos. Cueste lo que cueste, no podemos darle descanso... Audax, Minuro, Ditalco: después de la boda saldréis para Beturia, y desde allí iréis recorriendo las ciudades que son aliadas nuestras para decirles que se preparen todas para la próxima campaña. Tienen que contar —todas, repito— con la eventualidad de un asedio.

—¿Y en la Citerior? —preguntó Audax.

—Ese es problema de los numantinos y de sus vasallos y aliados. No creo que los romanos de la Citerior puedan atacarnos mientras esté Numancia en pie de guerra.

Con un ademán, Viriato dio a entender que la reunión había acabado. Fueron saliendo todos. Solo yo me quedé. Cuando estuvimos a solas, el jefe me preguntó:

—¿Qué hay, Tongio?

—Estaba dudando si decírtelo o no, pero vistas las noticias que ha traído Magón creo que es mejor que te lo diga.

Le hablé de los presagios desfavorables del Monte Santo. Me escuchó con atención y me tranquilizó. No se anunciaba una derrota definitiva, pero sí grandes dificultades, y esas estaban en marcha con Serviliano y sus legiones. Pero, al menos, sabíamos lo que nos esperaba.

—Y, ahora —terminó en tono ligero—, vamos a intentar olvidar por unos días todas esas preocupaciones, que resultan poco adecuadas en días de boda. Descansa y diviértete, Tongio que te lo has ganado.

No podía ayudarle a llevar una carga que solo él era capaz de soportar. Acepté complacido sus órdenes, tanto más cuanto que al otro lado del río, en Aritium Vetus, había comodidades, vino, mujeres en calidad y cantidad suficientes como para cumplir sus órdenes al pie de la letra.



## XII

El día de los desposorios amaneció frío y con el cielo límpido. Desde el romper del alba hervía la multitud con los últimos preparativos y se respiraba una atmósfera de alegre expectación. Por la mañana, Viriato fue a cazar con sus amigos. Cuando regresamos, pasado el mediodía, todo estaba dispuesto, y nunca, ni siquiera en Gadir, había visto yo un lujo tan deslumbrante, aunque no siempre era de buen gusto.

Astolpas había decidido que el matrimonio de su única hija legítima fuera tema de comentarios en toda Lusitania de generación en generación, y yo estaba convencido de que iba a ser así. Su residencia en la ciudad, pese a ser muy espaciosa, no podría albergar a todos los invitados de honor, y hubo que montar un amplio toldo al aire libre, en el lugar donde se alzaba el altar familiar. Este altar era el centro del recinto ceremonial, y a su alrededor se dispusieron las mesas reservadas a los huéspedes más ilustres: los invitados de parte del novio eran muy pocos, solo los jefes de la hueste y su estado mayor, pero los del padre de la novia debían de rebasar el centenar. Había profusión de riquísimas tapicerías, y, en las mesas, dispuestas bajo el toldo, la vajilla era de oro y plata. Fuera de ese recinto se extendía un amplio espacio descubierto, lleno igualmente de mesas, y en la otra orilla, donde acampaba nuestra hueste, ardían hogueras en torno de las cuales se reunirían los guerreros para gozar de un inmenso banquete nupcial. Bueyes, cerdos y cabritos enteros estaban en los asadores; pirámides de patos y capones ya cocinados se erguían hasta la altura de un hombre; y no faltaban,

en calidad y número, los pescados del Tagus. Filas apretadas de ánforas desbordantes de vino y cerveza esperaban por la sed de los invitados.

Me divertía observando todo aquello. Luego me dirigí a la tienda de Viriato, que debía de estar preparándose para la gran ocasión. Al entrar en el campamento sonaron las trompas en Aritium Vetus anunciando el inicio de la fiesta.

Dentro de la tienda se apretaban los amigos, los jefes de las unidades militares y algún que otro vasallo de Astolpas. El jefe estaba dispuesto ya. No había aceptado las vestimentas suntuosas ofrecidas por su suegro, y prefirió la sencillez de una túnica de lino ceñida al cuerpo por un cinturón, y el único oro que llevaba era el de los brazaletes de guerrero, las virisas de su nombre.

Nosotros, los amigos, fieles a la tradición, intercambiábamos chistes e insinuaciones, como es habitual en estos casos, y él nos oía sonriendo. Al fin, se había desvelado su rostro, se había dado tregua a sí mismo, iba a recibir a su Tangina tras tantos años de espera.

Al verlo alegre redobló nuestra alegría. Entre risas, retazos de canciones y consejos bienhumorados, ofrecidos por quienes ya conocían la vida de casado, atravesamos el río en pequeñas embarcaciones, y nos dirigimos al recinto de la fiesta, donde ya nos esperaban los invitados de Astolpas. Y fue a medio camino donde Viriato se detuvo de súbito. Los que iban a su lado siguieron su ejemplo; los que le precedían tardaron algún tiempo en darse cuenta de lo que pasaba, y acabaron por volverse atrás.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Preguntas y comentarios se cruzaban, y todos se volvieron hacia Viriato. Este, con los ojos semicerrados por la claridad del Sol, observaba el recinto de honor. A aquella distancia podíamos ver a Astolpas. Destacando por su porte majestuoso; vuelto hacia la derecha, conversaba con tres hombres cuyas vestes, corte de pelo y adornos no permitían la menor duda sobre su origen. A mi lado, Táutalo murmuró, incrédulo:

—¡Romanos! ¿Ha invitado este hombre a los romanos a la fiesta?

Y Ditalco, también en voz baja:

—Ayer oí decir que habían llegado invitados de Beturia, pero nunca pensé...

No llegó a acabar la frase, porque Viriato dio la vuelta bruscamente, se dirigió a uno de los barcos de cuero. Llegado a la otra orilla, regresó a la tienda. Todos lo seguimos, claro, pero no nos atrevimos a entrar, y durante algunos instantes nos quedamos desconcertados a la puerta, hasta que Táutalo dijo que iba a ordenar una alerta general, pero en aquel mismo momento reapareció Viriato. Sobre la túnica llevaba una coraza de lino trenzado. Colgaban del cinturón la espada y la daga, y empuñaba la azagaya en la mano derecha. Nos miró, y habló en un tono que conocíamos muy bien: el que empleaba para dar instrucciones para el combate.

—Quiero veros a todos armados y con los caballos dispuestos. Que lleven discretamente el mío hasta cerca del recinto... Minuro se encarga de eso. Tongio, tú te quedas conmigo. Vigila especialmente lo que el intérprete de Astolpas les diga a los romanos. Los demás, cerca de mí. Ahora, vamos.

La última frase era aproximada, pues para cumplir las órdenes tuvimos que dirigirnos primero, a la carrera, a nuestras tiendas, para ponernos las corazas y ceñir los cinturones.

Viriato nos esperó. Volvimos entonces a atravesar el río, y nos aproximamos al recinto cubierto.

Circulaban las ánforas, y todos los invitados parecían muy animados. Astolpas se adelantó para saludar a Viriato y conducirlo hasta el ara. Hizo allí su alocución, una pieza oratoria grandilocuente en la que a través de elogios dedicados a su futuro yerno consiguió evidenciar sutilmente su propia importancia como máximo potentado del valle del Tagus... Un intérprete, sentado al lado de los dos invitados romanos, les iba susurrando con aire servil la sustancia del discurso, y ellos lo escuchaban componiendo una expresión benigna y complaciente, y bebiendo vino a traguitos. Sentí que la rabia contraía mi estómago. ¡Qué bien conocía yo a aquella gente! Podía leer sus pensamientos con la misma claridad con que lo haría si estuvieran escritos en un papiro. «A ver si hacéis amigos entre esos bárbaros», les había dicho el magistrado de la ciudad donde vivían, «Haced amigos y a través de ellos podremos acabar dominando a esos salvajes. Una relación cordial es un tributo recibido sin esfuerzo...».

Astolpas no paraba de hablar. Admito que sabía construir un discurso y que nunca tropezó en las palabras. Al fin, alzó la copa para saludar a

Viriato, y bebió. Todos lo imitaron, pero nuestro jefe solo se llevó la copa a los labios. Dio algunos pasos y tendió la mano derecha. Un esclavo se apresuró a coger la copa. Entonces, Viriato se apoyó en su lanza y empezó a hablar:

—Habéis oído las palabras de Astolpas y habéis comprendido hasta qué punto es un hombre rico e importante...

Con un gesto amplio abarcó todo el lujo que nos rodeaba:

—... Oro, joyas, tejidos preciosos... Astolpas es rico en bienes y en amigos... muchos amigos. Entre ellos, por lo que veo, se cuentan incluso los opresores de su pueblo. Un hombre rico tiene amigos en todas partes ¿no? Con todo, él se declaró muy honrado al darme a su hija por esposa, pese a que yo no tengo más riquezas que mis armas y mi caballo. Pero Astolpas, que es sabio, comprende que son las armas, las mías y las de mis compañeros, lo que le permite disfrutar de los tesoros que aquí vemos.

Viriato hizo una pausa. Se diría que un sortilegio nos había convertido a todos en estatuas de piedra. Los ruidos alegres del campamento llegaban hasta nosotros, pero bajo el toldo hasta la respiración de los convidados pareció cortarse. Astolpas se quedó pálido, del color de la ceniza. Con movimiento deliberado, Viriato señaló a los romanos:

—Sin nuestras armas, sin las vidas sacrificadas año tras año, estos hombres a quienes Astolpas trata como huéspedes de honor estarían aquí ocupando su casa, robando sus ropas y su oro, gozando de sus concubinas. Pero Astolpas es un hombre sabio, y por eso me acepta como yerno. Comprende, ¿no es verdad?, que todas estas riquezas son cosa vana, pues es algo que puede perderse un instante después de adquirirlas, pueden perderse en cualquier momento... —e indicó hacia la hueste— y bastaría, por ejemplo, una palabra mía, y todas las riquezas de Astolpas, y no solo su hija, pasarían a pertenecerme... Esa es la maldición del oro. Bebo por la sabiduría de Astolpas.

Pero no bebió. El esclavo, paralizado, no se acordó siquiera de devolverle la copa. Pese a aquella tensión, casi insoportable, reprimí la risa al ver los esfuerzos del intérprete que traducía para los intrigados romanos. El hombre estaba utilizando todos los recursos de su imaginación, y había improvisado libremente, con voz estremecida. Sin embargo, quizá no fuese

un cobarde. Por lo menos, hablaba aún, mientras los demás parecían muertos. Astolpas, por su parte, no estaba aterrorizado, sino, más bien, sofocado por la cólera —el efecto era el mismo, o sea: no conseguía hablar. El jefe de sus esclavos, un hombre cuya voz y cuyos gestos podrían pasar por los de un maestro de ceremonias gaditano, decidió salvar la situación. Se acercó a Viriato y le anunció que estaba ya dispuesto el baño de la hospitalidad. La respuesta, dada sin mirar para él, fue:

—Ya me he bañado esta mañana, en el río.

Sin desconcertarse, el otro dijo que el lugar de honor esperaba, pues, al ilustre huésped. El ilustre huésped no dio señales de oír, y se volvió hacia nosotros:

—Comed algo, porque vamos a marcharnos.

En aquellas circunstancias, el apetito no era mucho. Y como Viriato no se sentaba, también nosotros nos quedamos de pie. Astolpas, recompuesto, hizo una señal dando por iniciado el banquete, y con eso nos sentimos mucho más a gusto. Táutalo cogió un capón asado, lo partió y me pasó la mitad. Los otros siguieron nuestro ejemplo mientras el jefe de la hueste comía rápidamente medio pan y una tajada de cerdo sin posar siquiera la lanza. Cuando acabó, se volvió hacia el jefe de los esclavos —cualquiera habría creído que Astolpas no existía y pidió que trajeran a Tangina.

Era un comportamiento inaudito, el silencio volvió a reinar hasta que fue roto por una música de flautas que anunciaba la presencia de la novia. En este momento, Viriato dijo algo al oído de Táutalo, que se alejó.

Vestida con galas ceremoniales, Tangina venía hermosa y, como suele decirse, irradiaba felicidad. Reparé, con todo, en un detalle interesante: entre las esclavas que la rodeaban, estaba una a quien había visto poco antes sirviendo a los invitados. Cuando la novia se detuvo delante del padre, el modo de mirarlo confirmó mis sospechas: Tangina sabía ya lo que había ocurrido, y la sonrisa que dedicó a Viriato mostraba qué campo había elegido. Astolpas se puso aún más pálido.

Después de haber entrado la novia de una manera tan abrupta, había que iniciar el rito nupcial. Trajeron la cabra destinada al sacrificio, y Viriato la inmoló sobre el ara. Después, al lado de Tangina, siguió lo que quedaba del rito sin volverse a mirar al resto de la multitud de invitados. Al final,

cuando fueron declarados esposo y esposa, prendieron los ojos uno en el otro como si no oyeran los votos de felicidad que entonaban todos a su alrededor.

Se oyó el resuello de un caballo: era el de Viriato, que Táutalo había ido a buscar y que traía de las riendas, impasible ante el aire escandalizado de los asistentes. Viriato, teniendo a Tangina de la mano, habló algo con Táutalo, y, al pasar junto a nosotros, dijo:

—A caballo todos. Táutalo, mañana lleva a la hueste al campamento nuevo.

Hicimos el saludo guerrero y nos alejamos para cumplir lo que había ordenado. Cincuenta guerreros armados, llamados sin duda por Táutalo, estaban ya montados. Cuando nos reunimos a esta escolta, Viriato se encontraba en vanguardia, con Tangina sentada en la grupa del caballo, ciñendo con sus brazos el torso del marido. Había deshecho su tocado, y el cabello negro revolaba suelto, agitado por la brisa. El jefe dio orden de marcha. Y abandonamos así Aritium Vetus, al son de las trompas y los cuernos de la hueste, bajo las estruendosas aclamaciones de los guerreros. En el recinto de honor, la fiesta quedó definitivamente rota.

\* \* \*

Los hombres que Viriato había dejado para que terminaran los trabajos de fortificación del campamento de invierno habían rebasado las órdenes recibidas. Con un esfuerzo complementario, habían construido una casita de piedra y madera para el jefe y su mujer. Por otro lado, el jefe de una tribu vecina había enviado tres esclavas para servir a Tangina.

Viriato no rechazó estos regalos, sino que los agradeció. El día de nuestra llegada se improvisó un festín durante el cual Viriato se mostró alegre y tranquilo, bromeando como raras veces lo había hecho antes. Creo que, en parte, esto era simulado, para corresponder a la amistad y al respeto de los guerreros. Era verdad, no obstante, que se sentía mucho mejor allí que en Aritium Vetus.

La hueste se instaló y se preparó para pasar los meses fríos del invierno. No creo que la perspectiva de pasar tan largo período en una cabaña modesta, en medio de un campamento guerrero, resultara muy agradable para Tangina, pero la mujer se mostró contenta y tranquila.

Diez días después de nuestra llegada, tuvimos una sorpresa: los centinelas avistaron un grupo de jinetes, y cuando estos se aproximaron lo suficiente como para distinguir sus enseñas, vimos que eran hombres de Astolpas... En realidad, era el propio suegro de Viriato quien venía a vernos. «Ha llegado la hora de las explicaciones», pensé. Realmente, Viriato y Astolpas se metieron juntos en la espesura de un bosque para mantener una conversación sin testigos. Nadie supo lo que hablaron entre sí, pero algo sí es seguro: desde entonces Astolpas cortó sus relaciones con sus amigos romanos, y el auxilio prestado al yerno aumentó sustancialmente.

Astolpas visitó a su hija, participó en un banquete, en el que le fue reservado el lugar de honor, y partió al día siguiente después de una despedida relativamente cordial.

Pasó el invierno sin más incidentes. Caían aún las lluvias con abundancia cuando recibimos noticias de la Bética anunciando que Serviliano había llegado a Iberia y se movía, con sus legiones, en dirección a Itucci.

## XIII

De regreso a la Bética, la hueste hizo un breve alto en Aritium Vetus, donde Tangina quedó al cuidado de su padre. Arduno me contó, y no sé cómo logró saberlo, que esta decisión de Viriato provocó el primer conflicto conyugal, porque Tangina estaba empeñada en seguir con su marido y acompañarlo durante toda la campaña. Comprensiblemente, Viriato se negó a aceptar esta idea.

La tempestad no se hizo esperar, y fue seguida de un período de frialdad, pero cuando los esposos se despidieron en la orilla del Tagus, los ojos de Tangina estaban húmedos y ansiosos. En cuanto a Viriato, la miraba con una mezcla de ternura y orgullo. No había cedido a las pretensiones de su mujer, pero aquella prueba de valor le había gustado.

Pronto cedió el tiempo de las batallas conyugales: en Itucci nos esperaban otras guerras. Serviliano se aproximaba, y todos los días llegaban mensajeros con noticias sobre su avance. El cónsul había empezado por guarnecer las plazas fuertes romanas, y marchaba ahora a la cabeza de seis mil legionarios. No sabíamos qué había pasado con los elefantes y los jinetes de Numidia.

Viriato reunió a los jefes de los contingentes en la sala de banquetes de la ciudadela, y les describió la situación con todo detalle. Ante algunos, que mostraron su optimismo ante el hecho de que Serviliano se acercara con un número de hombres más o menos igual al de nuestros guerreros, replicó Viriato que estaban en un grave error: para Serviliano, seis mil hombres

eran solo una pequeña parte de su ejército, mientras que nuestros seis mil hombres representaban de momento la totalidad de la hueste lusitana, pues no podíamos llamar a las guarniciones que teníamos en las diversas ciudades que se hallaban en estado de alerta.

Cuando se callaron todos, hundidos en un silencio lleno de preocupación, Viriato, que se había mantenido en pie durante la reunión, paseando de un lado al otro, los miró uno a uno e, inesperadamente, sonrió.

—Espero que hayáis entendido todos la gravedad de la situación —dijo—. Pero ahora voy a explicaros lo que tenemos que hacer.

Se oyó un suspiro de alivio, y Crisso exclamó con su voz de trueno:

—¡Vaya, menos mal! Tanto pesimismo me tenía ya deprimido. Vamos a ver cómo conseguimos despedazar al cónsul ese...

Hubo una carcajada general. Viriato siguió hablando:

—No es tan sencillo, pero si no lo despedazamos, al menos creo que podríamos darle varios tajos... Ante todo, quiero que los jefes de las diversas agrupaciones de guerreros hablen con sus hombres de los elefantes: qué son, cómo son, el ruido que hacen. En fin, todo. Tongio, que vivió en Gadir y, oyó cosas sobre esos animales, os dará detalles. Es necesario que los hombres no se vean dominados por el pánico cuando los elefantes aparezcan. Ahora, en lo que se refiere a lo más inmediato, a los próximos días, una cosa ha de quedar clara: no podemos permitir que Serviliano se aproxime a Itucci. Mañana saldremos de la ciudad y marcharemos a su encuentro.

—¿Dejar Itucci? —preguntó Minuro, seguido inmediatamente por Audax—. ¿Y a dónde vamos a encontrar una ciudad con mejores fortificaciones?

El jefe se encogió de hombros:

—En ninguna parte. No tengo la menor intención de que los romanos nos cerquen. Los romanos son expertos en asedios de ciudades. Itucci nos interesa como base de operaciones, no como reducto defensivo... No quiero ver a nuestra hueste reducida otra vez a la necesidad de comerse sus propios caballos...

Siguió una larga serie de órdenes e instrucciones, y acabó la reunión. Al día siguiente, cuando la luz del sol tiñó de oro las murallas de la ciudad,

salimos en formación de combate al son de cánticos de guerra.

Sorprendimos a Serviliano cuando este se encontraba ya a la vista de Itucci.

Le tendimos una emboscada en terreno propicio, un espacio ceñido por barrancos y poblado de bosque espeso donde no había posibilidad de enviar batidores para guardar los flancos. Nuestros jinetes les saltaron al camino, y cuando los romanos, desorientados y ensordecidos por el griterío, retrocedieron para adoptar una formación defensiva, la infantería lusitana surgió por retaguardia. Siguió un combate confuso, durante el cual recibí una herida en la muñeca derecha, nada grave, afortunadamente, y Arduno se ganó otra cicatriz en la cara. Por nuestra parte no hubo bajas, y cuando Viriato ordenó la retirada, para no exponer demasiado a la hueste, ya el enemigo estaba desorganizado y en fuga. En el campo de batalla dejaba unos centenares de muertos.

El cónsul —a quien vi de lejos en la batalla, montado en un caballo blanco— se dio cuenta de que no podía seguir avanzando ni permanecer allí, y retrocedió hasta hallarse de nuevo en campo abierto.

Pensamos entonces que todo nos iba bien, y que la campaña iba a ser como las anteriores. Habíamos olvidado los refuerzos que le habían prometido a Serviliano. Cuando, días más tarde, volvimos a ver a los romanos, su número se había duplicado, y con ellos estaban los trescientos jinetes nómadas, montando caballos tan ágiles y rápidos como los nuestros, y, los famosos elefantes. Quien nunca haya visto a esos animales de carne y hueso no podrá imaginar lo que sentimos. Son tan grandes y poderosos que ya de lejos dan miedo. Cuando corren al combate haciendo que la tierra se estremezca, los caballos se horrorizan y huyen como si estuvieran ante criaturas concebidas por las más terribles divinidades.

Pese a todo, y con orgullo lo recuerdo, plantamos cara. No obstante, la desproporción era excesiva. Sin descanso, Viriato atormentó al enemigo con ataques constantes, pero cualquier ofensiva nos salía cara en hombres y en caballos. Además, Serviliano se negaba ahora a abandonar el terreno donde podía maniobrar a gusto, y nosotros no podíamos arriesgarnos a una batalla campal.

Impotentes, asistimos, pues, a su avance y vimos cómo extendía un poderoso dispositivo, abría trincheras, alzaba empalizadas y construía, en fin, un magnífico campamento fortificado a partir del cual podría prolongar su área de acción. El camino hacia Itucci quedaba abierto, y nada podíamos hacer para impedir la caída de la ciudad. Fue entonces cuando nuestro jefe envió un mensajero, por caminos desviados, para decirles a las gentes de Itucci que evitaran el derramamiento inútil de sangre, que los dispensaba de su juramento, y que era mejor que abrieran las puertas de la ciudad a los romanos.

Así lo hicieron. Y fue para nosotros un golpe muy duro ver desde lejos las águilas romanas dominando de nuevo las murallas de Itucci. Aquella misma noche, en el campamento que habíamos improvisado, oculto en la vertiente de un enorme barranco, los jefes de los contingentes fueron a ver a Viriato y le suplicaron que ordenase un ataque general, no ya para vencer al cónsul, pero sí, al menos, para morir con honor. Viriato los escuchó atentamente, como hacía siempre. Nunca ha habido, y creo que ya lo he dicho antes, un general tan próximo a sus hombres. Cualquier guerrero podía dirigirle la palabra, y sus amigos, los oficiales, también podían acudir en cualquier momento a su tienda, incluso por la noche, despertarlo y hablar con él.

Viriato escuchó, y cuando ya todos habían dicho lo que querían decir, replicó:

—Habláis de morir con honor. Yo creo que podemos aún vivir con ese mismo honor que exigís. Tenemos que vivir para defender la libertad de nuestros hijos...

—¿Pero, cómo? —interrumpió uno de los oficiales—. Ese romano, con sus legiones, con los elefantes, con los númidas... ¡ese romano es invencible!

—También Cayo Vetilio parecía invencible y lo vencimos. Cierto es que la situación era distinta. No podemos recuperar Itucci por ahora, pero podemos hacer otra cosa. Vamos a dar una batalla campal...

Se levantó un murmullo, y fue Crisso, por una vez, quien entendió el pensamiento de Viriato:

—¡Eso es! ¡Una batalla igual que aquella contra Vetilio! —gritó.

Viriato se acercó a él y posó las manos en sus hombros:  
—Al fin, mi querido amigo, mi túrdulo cerril, entiendes algo...  
Y, volviéndose hacia los demás, empezó a dar órdenes.

\* \* \*

Pasaron tres días, y las tropas de Serviliano se encontraban casi en el lugar exacto donde queríamos que estuvieran.

Por medio de pequeñas maniobras de ataque y fuga, Viriato había conseguido alejar al cónsul de su campamento atrincherado y atraerlo poco a poco, de manera imperceptible, hasta tenerlo a su alcance. Otra maniobra más, y lo tendríamos en terreno ideal.

La víspera de esta acción, Viriato sacrificó tres caballos a los dioses de la guerra, implorando su auxilio y protección para la hueste lusitana. Incapaz de dormir, pasó la noche conversando con Arduno y Táutalo, que estaban de servicio. De madrugada, el jefe salió de la tienda dispuesto ya para montar —en campaña dormía completamente vestido y con coraza, para poder enfrentarse a cualquier emergencia— y los saludó calma contagiosa.

—Quiero ver alegría en todas las caras —dijo—. ... En definitiva, los presagios nos son favorables, y no hay motivo para sombríos pensamientos.

Era verdad, pero yo sentía aún una ansiedad indefinible, como si una voz dentro de mí me exigiera en silencio mantenerme alerta.

La voz, si existía, se vio sofocada por el rumor de los preparativos para el combate, el resonar metálico de las armas, el relincho excitado de los caballos, los gritos de los hombres que respondían a la llamada de los jefes. Estaba el día claro, sin nubes, y prometía ser cálido. Esto era una ventaja para nosotros en la misma medida que un inconveniente para los romanos, cuyo equipo de guerra era más pesado y acabaría por dificultar sus movimientos.

Solo los jinetes participarían en el ataque. Los restantes hombres deberían permanecer en el campo, bajo las órdenes de Crisso. Pero, en el último momento, este la armó: empezó a decir que mandar en retaguardia

no era su vocación y que si alguno de los presentes pensaba que era ya viejo para el combate, allí mismo lo desafiaba y le demostraría que, de viejo, nada. Incluso se negó a escuchar los pacientes argumentos de Viriato, y dijo que si no tomaba parte en el ataque de la caballería, iría igualmente a nuestra zaga, llevando la infantería tras él. No había tiempo para discutir y Viriato, contrariado, lo sustituyó por Audax.

Quedó este al mando de las reservas, y dio Viriato la orden de marcha.

Atacamos a la columna romana al inicio de la tarde. De acuerdo con el plan establecido, no intentamos defender nuestro terreno. Una vez ejecutada la carga, nos batimos en retirada —todos menos Crisso y un puñado de sus túrdulos, que se habían embreñado en un combate cuerpo a cuerpo. Mirando hacia atrás, vio Túrdulo lo que pasaba, rechinó los dientes y maldijo:

—¡Tongio! ¡Arduno! ¡Traedme a esos cabezotas inmediatamente! ¡Van a echar a perder nuestros planes!

Galopamos hacia el grupo mientras las trompas repetían y otra vez el toque de retirada.

—¡Crisso! —grité desde lejos aún—. ¡Son órdenes de Viriato! ¡Retirada!

Crisso combatía con ferocidad, abriéndose paso entre la chusma de velites. Me oyó, sin embargo, y tiró de las riendas obligando al caballo a dar media vuelta. Lo siguieron sus hombres mientras una nube de flechas caía sobre nosotros —una de ellas silbó rozando mi yelmo de cuero— y algunos túrdulos cayeron.

Llegó Crisso a galope, con rostro sombrío, cerrado. Pasó a lado como un relámpago mientras Arduno lo cubría de epítetos más o menos insultantes.

Había desaparecido la caballería lusitana, pero conocíamos bien el camino que llevaba al lugar de concentración. Penetramos en el bosque y tropezamos con Táutalo, echando aún espumarajos de rabia por la indisciplina de Crisso. Sorprendentemente, este no abrió la boca ni se detuvo. Continuamos, pues, en silencio.

A la entrada del campamento esperaba Viriato, aún montado, con el entrecejo fruncido y una sombra en la mirada, mucho más temible que la ira

de Táutalo.

Desmontamos todos, excepto Crisso. Su caballo clavó las patas ante el de Viriato, y durante unos instantes quedaron los dos hombres mirándose de hito en hito, como en un desafío.

Entonces se oyó la voz del jefe, pero no tal como yo esperaba:

—¡Arduno, Tongio, rápido!

Antes de que diéramos el primer paso, el cuerpo inmenso e imponente de Crisso se curvó, se hundieron sus hombros y resbaló hacia la derecha hasta caer al suelo. En pleno vientre, a través de un desgarrón de la coraza, tenía clavada una saeta cuya asta se había quebrado. Durante la retirada, Crisso la había ocultado con el escudo; era un milagro que hubiese podido aguantar el galope.

Pero el milagro había acabado. La sangre se extendía por su túnica y empapaba la coraza. De la boca del viejo guerrero salía un gemido ronco. Arduno se arrodilló. Viriato y yo seguimos su ejemplo. Nuestras miradas se cruzaron en una pregunta muda. Arduno hizo un signo negativo. El jefe se inclinó y murmuró:

—Crisso, vamos a decirte adiós y a entregarte a los dioses. Pero, si eso te es permitido, tu espíritu asistirá a la venganza. ¡Voy a ofrecer en tu honor una hecatombe de legionarios!

Crisso no podía responder; toda su energía se concentraba en un último esfuerzo por dominar su dolor. Viriato hizo un gesto imperioso. Obedeciéndome, me levanté y desenvainé la espada mientras Arduno agarraba con firmeza el pedazo del asta de la flecha.

—¿Estás dispuesto? —me preguntó, e hice una señal afirmativa.

Con un movimiento brusco y hábil, Arduno tiró de la punta de la flecha. Crisso emitió un breve grito, se estremeció violentamente y quedó inmóvil. No necesité usar la espada.

Ya Viriato se encontraba de pie, dando instrucciones rápidas y precisas: que nadie, ni siquiera los guerreros túrdulos, prorrumpieran en lamentos. Los ritos fúnebres tendrían que esperar, pues si el espíritu de Crisso los recibía, podría retirarse así sin asistir al ataque durante el cual lo vengaríamos —y también, pensé adivinando el pensamiento de Viriato, los romanos estaban demasiado cerca de nosotros; el fuego de la pira y los

lamentos denunciarían nuestra posición. Después de la batalla, tendría Crisso sus honras fúnebres.

Los hombres de Conímbriga aceptaron este argumento. Lo que no podíamos negarles era la ceremonia de vela: durante toda la noche, los guerreros túrdulos rodearon el cadáver de su jefe entonando cánticos en sordina. No obstante, de mañana no parecían fatigados; al contrario, el deseo de venganza les había dado nuevas fuerzas, y cuando suplicaron a Viriato que les permitiera ir en vanguardia, para ser los primeros en atacar, el jefe accedió. Luego, suspiró, volviéndose hacia mí:

—Es una cuestión de justicia; pero, desgraciadamente, vamos a perder el contingente de Conímbriga...

\* \* \*

Serviliano avanzaba creyendo que nos perseguía. En realidad, venía a nuestro encuentro. Los dos ejércitos se avistaron, hicieron alto para reconstruir la formación y tomar posiciones para el combate. Viriato envió mensajeros a los jefes de los contingentes confirmando las instrucciones del día anterior. Después, alzó la mano derecha, que empuñaba la lanza, y dio el grito de guerra. Le respondió, como un eco, el mismo grito, entonado por la hueste entera con furor. Se inició el ataque.

El espíritu de Crisso quedó satisfecho viendo a sus conimbrigenses en primera línea: el ímpetu de la carga fue tal que rompió la vanguardia romana, y nuestra caballería se precipitó por la brecha. Esta se amplió rápidamente bajo la carga de infantería, y los legionarios empezaron a ceder terreno, sin dejar de combatir. Durante unos momentos —perdí la noción del tiempo— me entregué a la lucha sin pensar. Mi cuerpo obraba por sí mismo, guiado por la sabiduría instintiva de los guerreros; mi espíritu reposaba sin duda en los brazos de alguna divinidad, porque nunca me sentí tan tranquilo en el campo de batalla, pese a combatir al lado de Viriato, es decir en el punto donde el enfrentamiento era más encarnizado.

Un coro de aullidos extraños se sobrepuso al griterío y al entrechocar de las armas. El sonido me horrorizó. Miré a mi alrededor... Venidos de no sé

dónde, los diez elefantes númerados entraban en combate. «Todo está perdido», fue la idea que me asaltó, fría y mortal como la de una lanza. A mi izquierda, Táutalo, pálido, observaba ansioso a Viriato. En aquel momento, las filas se abrieron por completo para dejar paso a los elefantes.

Viriato levantó el brazo izquierdo y lanzó un grito especial. Nuestras trompas sonaron con una señal bien conocida («retirarse simulando pánico») y la hueste obedeció sin vacilar; toda la hueste, menos los hombres de Conímbriga, exactamente como Viriato había previsto. En retirada, lancé una mirada hacia atrás y vi a los elefantes en acción con sus enormes patas rojas de sangre.

Los conimbrigenses habían elegido su destino, y ahora nos perseguía la caballería romana, desordenadamente, a rienda suelta, dirigiéndose con entusiasmo e inconsciencia hacia el lugar de la emboscada.

Serviliano perdió allí cerca de dos mil hombres y, al retirarse, no habían terminado sus desgracias. Viriato dejó nuevamente a Audax el mando de la infantería, con orden de acosar a los fugitivos y recoger despojos. Audax, con todo, tendría que actuar correctamente, pues con él se había quedado Arduo para reunir a nuestros heridos. Por atajos que solo nosotros conocíamos, Viriato llevó la caballería hasta las proximidades del campamento mayor de Serviliano. Cuando, al caer la tarde, llegó el cónsul, fue atacado a la puerta de sus propias fortificaciones. Durante la noche entera no le dimos descanso. Con el alba, el ejército consular había sufrido un millar de bajas más. Desde nuestros puestos de observación vimos a los legionarios abandonar el campamento con armas, bagajes y elefantes. Serviliano se retiraba hacia Itucci.

La hueste ocupó el campamento abandonado y lo incendió. Allí, en aquella tierra reconquistada al invasor, fue quemado el cuerpo de Crisso en una alta pira, junto con su caballo, las armas y las joyas. Un funeral digno de la bravura del conimbrigense jefe, y en el que solo faltaban sus propios guerreros, los hombres de Conímbriga, que se habían inmolido en el campo de batalla cumpliendo el rito de no sobrevivir a su jefe.

Era un sacrificio respetable, pero muy inconveniente. Conseguimos la victoria, Serviliano había tenido que retroceder y estaba ahora refugiado en Itucci; pero cuando contamos los efectivos de la hueste y reunimos y

## XIV

Con una vaga sensación de recelo contemplé las altas crestas de los montes Herminios. Seis años antes había empezado allí la gran expedición lusitana que haría de Viriato y de su pueblo el símbolo de la libertad ibérica. Estábamos ahora de vuelta, victoriosos aún, pero terriblemente debilitados, y el principal objetivo que había que alcanzar, la unión de los esfuerzos contra el invasor, me parecía un sueño cada vez más lejano. Los numantinos hacían la guerra y firmaban treguas a su aire; los vaceos alternaban derrotas con pequeñas victorias. Ninguno de los jefes había comprendido la imposibilidad de oponerse aisladamente al enemigo común.

Mientras avanzaba a través de la Bética y de la Lusitania, Viriato había enviado emisarios a todas las tribus y pueblos aliados. Las respuestas habían sido diversas, pero muy pocos se habían decidido a reforzar nuestra hueste. Había que reposar, esperar, y utilizar las vías diplomáticas. Entre tanto, un mensajero especial, Arduno, había ido a Aritium Vetus para decir que Viriato esperaba a su esposa en el campamento de invierno.

Arduno regresó antes de lo que pensábamos. Astolpas, nos dijo Arduno, enviaba un saludo cordial a su yerno, le comunicaba que Tangina gozaba de buena salud —desgraciadamente no estaba encinta, contra los rumores que habían llegado hasta nosotros— y anunciaba que él personalmente escoltaría a su hija. En treinta días, como máximo, estaría con nosotros.

Esta respuesta irritó a Viriato, porque pensaba que treinta días eran demasiados. Si sus deberes se lo hubieran permitido, se habría puesto

inmediatamente en marcha para ir en persona a buscar a su esposa y discutir con el suegro. Pero esto era imposible. El trabajo de Viriato se había duplicado: aparte de ocuparse de la hueste, estaba enviando y recibiendo mensajeros constantemente, discutiendo con los reyezuelos y con los príncipes de la región, analizando las noticias que le llegaban del Sur.

Y, después de nuestra retirada, estas noticias no eran alentadoras. Serviliano había salido de Itucci, había reorganizado su ejército y se apresuró a atacar a nuestras guarniciones en las plazas de Beturia. Cinco ciudades aliadas habían sido forzadas a la rendición y saqueadas implacablemente, lo que significaba para nosotros la pérdida casi total de influencia en la región. Luego, el cónsul se había dirigido a Cinéticum.

—Pero Cinéticum —se asombró Tántalo— está alzado a nuestro favor. Serviliano no puede establecer allí cuarteles de invierno seguros...

—Y no piensa hacerlo —respondió Viriato—. Este cónsul es un general tan bueno como Emiliano. Conoce nuestra debilidad, y va a combatir durante el invierno mientras pueda; conquistará Cinéticum para asegurarse la retaguardia, lo que significa que desde allí marchará hacia las tierras de entre el Tagus y el Anas, y entrará luego en Lusitania. Es una ocupación metódica.

Calló, dio unos pasos y me miró:

—Tongio ¿estás dispuesto a marchar?

—Cuando quieras. Puedo llegar a Baesuris dentro de...

—No. Cinéticum está perdido, estoy seguro, y lo siento. Pero entre el Tagus y el Anas encontrarás la hueste de Curio y Apuleyo. Ya es hora —añadió con amargura irónica— de que nuestros ilustres príncipes hagan algo por mí. Durante estos últimos años se han estado divirtiendo por ahí con sus saqueos y pequeñas incursiones, sin querer saber nada de la verdadera guerra... Tú luchaste con ellos, tienes que convencerlos para que ataquen a Serviliano antes de que este ocupe sus propias bases. Andan por Atégina, y ahora mandan sobre diez mil hombres, por lo que me han dicho. La verdad es que yo me sentiría muy feliz si tuviera aunque solo fuese la mitad como refuerzo, pero, en fin... Lo esencial es que detengan el avance de los romanos. Procura ser explícito: todo depende de ellos.

*Dardo*, mi caballo, estaba descansado y bien alimentado, mis armas estaban también limpias y dispuestas. Aquel mismo día, cumpliendo las órdenes recibidas, elegí una escolta de veinte hombres —me hubiera gustado contar con Arduno, pero había sido enviado con un mensaje a Caturu, rey de los igeditanos. La escolta tenía por objeto el que no me viese obligado a andar por caminos escondidos, y que pudiera avanzar con seguridad relativa por los mejores, sin temor a eventuales salteadores, pues tenía que llegar a la Mesopotamia lo antes posible.

\* \* \*

Los príncipes estaban en Sirpa, y no me fue difícil convencerlos para que entrasen en acción. Diariamente llegaban pequeños grupos de hombres y mujeres huidos de Cinéticum, pasado a hierro y fuego por las tropas consulares. Serviliano se encontraba ya en las sierras, y podía entrar en la Mesopotamia cuando quisiera. Un peligro tan próximo no permitía dudas sobre la decisión que había que tomar. Curio me preguntó si participaríamos en el ataque mis camaradas y yo, y le respondí que sí —en cierto modo, nuestra presencia allí establecía un enlace entre Viriato y los príncipes, lo que coincidía con los deseos de nuestro jefe.

Tras haber pasado seis años combatiendo bajo la enseña del Toro, el contraste entre Viriato y cualquier otro jefe guerrero de la Bética me parecía aún mayor. Lo que distinguía sobre todo a nuestro jefe era el arte de transformar las bandas de guerreros en un ejército, y no a la manera romana, sino aprovechando las mejores cualidades de los combatientes ibéricos y anulando sus defectos: un ejército con una organización reducida al mínimo, pero perfectamente disciplinado, lleno de movilidad, flexible y eficiente. Curio y Apuleyo no tenían esa virtud. Se imponían a sus hombres solo por la fuerza y la bravura. Y los guerreros los obedecían, pero no formaban un cuerpo unido. Con ellos, la guerra (si guerra podía llamarse a las correrías e incursiones a que se entregaban) era algo que se improvisaba día a día al albur de los deseos de los jefes.

Estos acusaban visiblemente el paso de los años y las marcas de los combates. Curio tenía todo el pelo blanco y se movía con gestos pesados. Apuleyo tenía la mejilla izquierda surcada por una enorme cicatriz que le rozaba el extremo del ojo. En torno a los dos príncipes, eran pocos los veteranos, aquellos con quienes yo había combatido: los guerreros más viejos habían caído ya.

Partimos de Sirpa en medio de una discusión encendida de contenido estratégico: Apuleyo, confiando en los efectivos de la hueste, se inclinaba por lanzarse a una batalla campal; Curio se mantenía fiel al excelente y ya probado método de las emboscadas, de los ataques y de las fugas constantes. Cabalgando uno al lado del otro, discutían a gritos como dos comadres... una escena poco digna, pensé. Los hombres de la hueste, habituados ya, sin duda, a escenas semejantes, parecían divertidos con el espectáculo. En cuanto a mis camaradas, parecían asombrados: aquello era inimaginable en el ejército de Viriato.

Volvimos a tener noticias de Serviliano: había entrado ya en la Mesopotamia. La discusión, que se había prolongado durante varios días, se volvió más violenta. Curio acabó por vencer, con el apoyo de la mayoría de los guerreros, y Apuleyo se encerró en un mutismo furioso. Pero el día elegido para el ataque, apareció, pese a todo, activo y bien dispuesto, dando órdenes con su voz alegre y violenta, una voz que, por lo que yo recordaba, impelía a los guerreros a una obediencia inmediata.

En mi opinión, el terreno elegido para la emboscada no era el mejor, pero los legionarios romanos avanzaban inadvertidos y se dejaron sorprender. La caballería de Apuleyo cayó sobre la vanguardia e hizo estragos terribles en las filas de los lanceros, mientras, aprovechando la confusión, Curio se apoderaba de la columna de los bagajes, donde estaba el botín de Serviliano tras la campaña del Cinético. Nos apoderamos de la columna de asnos y acémilas cargadas con el riquísimo botín, y llevamos lejos de allí a los atemorizados animales mientras se daba la señal de retirada general. La caballería de Apuleyo se desprendió al galope del enemigo, que empezaba en aquel momento a reorganizarse, y vino a nuestro encuentro.

Era una primera victoria —limpia, bien lograda, brillante... por ahora. Los dos cuerpos de la hueste iban ya a reunirse en una cola cuando Apuleyo gritó:

—¡Deteneos! ¡No he acabado aún!

Dio media vuelta y galopó de nuevo contra la legión obligando a sus hombres a seguirle. Curio estaba rabioso:

—¡Ese idiota! ¡Maldito perro idiota! Quiere librar su batalla campal, aunque nos pierda a todos... ¡Por Endovélico, Runesos-Cesios, por Atégina, por todos los dioses y diosas, juro que como lo agarre lo desuello!

Para desollar a Apuleyo había que echarle la mano encima, y pronto lo vimos rodeado por los romanos. Con una última blasfemia, Curio acudió en su ayuda. Con nuestra carga abrimos brecha durante el tiempo suficiente para que Apuleyo y los suyos pudieran librarse del cerco, y nos batimos de inmediato en retirada hasta un lugar seguro.

Mi primer cuidado fue reunir y contar a mis camaradas —estaban presentes todos, menos uno. Los restantes no tenían heridas graves, y yo mismo solo había recibido una estocada en el costado que solo había desgarrado la coraza, sin llegar a la piel. Solo después reparé en lo que pasaba a mi lado, en los gritos y señales de tristeza. Curio había regresado de la carga tumbado sobre el cuello del caballo, con dos guerreros sosteniéndole a un lado y a otro. Había recibido un lanzazo en el pecho y estaba moribundo. Apuleyo, que se encontraba lejos, ocupado en concentrar a sus hombres y en contar las bajas, aún no sabía nada.

Ofrecí mis servicios como curandero, y me llevaron hasta el príncipe, pero me bastó un breve examen para comprender que no había nada que hacer. Curio estaba agonizando. La punta de la lanza no había quedado dentro de la herida, y la sangre se derramaba en abundancia —había cubierto las crines y el pescuezo del caballo durante la fuga, sus ropas estaban empapadas y la roca donde lo habían tumbado era ahora una mancha roja. Poca sangre quedaría dentro de su cuerpo.

Con todo, tardó en morir más de lo que yo hubiera creído posible. En voz baja, hice esta reflexión al oído de uno de los guerreros que lo habían amparado en la retirada, y él me respondió:

—Está esperando a Apuleyo.

Realmente, Curio resistió hasta el momento en que Apuleyo llegó. Se miraron los dos con un silencio que me pareció largo, pero que no podría serlo. Al fin, Curio reunió sus últimas fuerzas para decir:

—¡Burro!

Intentó una sonrisa, y su alma partió.

Nunca oí grito tan prolongado, con tanta desesperación y tan salvaje como el que salió de la boca de Apuleyo. Traspasó el aire, vibró en las hojas de los árboles y en los roquedales, acalló los lamentos de la hueste, y murió en una especie de rugido. Inmediatamente, la misma voz soltó otro grito, este articulado:

—¡Al ataque!

Mientras montaba pensé: «Es la hora de la venganza, y quizá también del desastre...». La furia es la peor consejera de un jefe de guerra.

No fue exactamente un desastre, pero perdimos el botín. Serviliano, que había venido detrás de nosotros, lo recuperó con facilidad, porque nadie se acordó de llevar los bagajes a las colinas y protegerlos con una guardia. De todos modos, el cónsul pagó cara su venganza, pues este segundo ataque, tan inesperado como el primero, le causó bajas muy elevadas. Dos o tres días después del encuentro, la legión se retiró hacia el Anas, cruzó el río y regresó a la Bética.

Aunque entristecido por la muerte de Curio respiré profundamente: el objetivo de Viriato se había alcanzado. Y mi alivio rebasaba con mucho las cuestiones puramente militares, porque —como es fácil de suponer— desde la entrada de Serviliano en tierras conias, vivía yo angustiado pensando en Lobessa y, sobre todo, en mi hijo. Había llegado incluso a enviar un mensajero al santuario, con palabras de advertencia, y en respuesta había obtenido un corto y lacónico recado: que no me inquietase, que el dios había garantizado su constante protección. Pero la retirada de los romanos me daba aún más alivio.

\* \* \*

En la vasta llanura, la pira alzada para consumir el cuerpo de Curio se alzaba como una torre. La hueste había formado, apenada. Delante de ella, solo y silencioso, estaba Apuleyo, con la espada, el escudo, la lanza, su mejor coraza y todos sus adornos. Soportaba el peso de las armas sin fatiga aparente, pese a no haber comido ni dormido en los últimos días.

Tras él, mis camaradas y yo, también armados, formábamos la primera fila. Luego, detrás de nosotros, se había subvertido el orden tradicional: en vez de los jefes y los veteranos, se perfilaban, de dos en dos, algunas decenas de jóvenes guerreros. La relación íntima entre Curio y Apuleyo se había modificado con el tiempo (ambos se habían casado y tenían varios hijos) pero el ejemplo había cundido, y había ahora en la hueste numerosas parejas de amantes. Eran ellos quienes, asumiendo de manera natural y tácita un derecho que nadie podía discutirles, se encontraban en vanguardia de la formación para acompañar a Apuleyo en la despedida. No hablaban, ni soltaban los gritos y lamentos rituales: se limitaban a mirar a su jefe.

Una de estas parejas de guerreros llevó hasta la pira al caballo de Curio, que debería acompañar a su señor. Apuleyo ejecutó el sacrificio con gestos precisos y sobrios, y fue también él quien empuñó la antorcha y prendió el fuego a la madera resinosa. Las llamas se fueron extendiendo lentamente antes de ganar fuerza y altura. Cuando el humo ocultó el cadáver, un esclavo se aproximó a Apuleyo con una copa llena de vino en cada mano — cosa que me pareció realmente extraña.

El príncipe tomó una de las copas, vertió el vino en una libación y lo echó en la hoguera (me di cuenta de que aquella era la copa de Curio). Tendió de nuevo la mano para coger la otra y el esclavo, que estaba pálido y estremecido, dudó antes de entregársela, pero una mirada amenazadora le obligó a obedecer. Apuleyo cogió la copa, se volvió hacia atrás, y dijo, casi silabeando las palabras:

—Este hombre no puede ser castigado, cumplió órdenes.

Bebió el líquido hasta la última gota. Debía de haber escogido un veneno muy fuerte, pues se doblaron sus rodillas incluso antes de vaciar la copa, y cayó de inmediato. Corrí hacia él, pero ya estaba muerto. En la pira, rugían las llamas, atizadas por el viento.

A través de las filas de la hueste, cuyos hombres parecían estatuas, alguien se abrió camino empujando a los que tenía delante como si apartara espigas de trigo en un sembrado. Lo reconocí. Era Alucio, el más temible y sanguinario de los veteranos. Se detuvo junto al cadáver de Apuleyo; sin apresurarse, posó la lanza y el escudo en el suelo, tomó en sus brazos el cuerpo del príncipe y, con un gesto vigoroso, le lanzó sobre la pira, donde las llamas empezaban a menguar. Y mientras otros cargaban más leña para la hoguera, Alucio recogió las armas y volvió a su lugar. Trompas y bocinas sonaron en un último saludo a los dos príncipes.

\* \* \*

Con las muertes de Curio y Apuleyo, se disolvió la hueste. Muchos guerreros regresaron a sus tierras, otros formaron pequeñas bandas. Aproveché esta oportunidad que me permitiría aportar refuerzos a Viriato. No me interesaban hombres como Alucio, pese a su indiscutible valor en el combate, porque veteranos como él causan más problemas que los que ayudan a resolver, y están siempre dispuestos a pendencias por mujeres o por el producto del saqueo. Me dirigí a los guerreros más jóvenes, capaces de aceptar y entender la disciplina y la organización que había entre nosotros. Tanto y tan bien hablé (con la ayuda de los dioses, pues la elocuencia no es mi fuerte) que logré llevar conmigo cerca de tres mil hombres.

Cuando volví a ver los Herminios era ya pleno invierno y las cumbres estaban cubiertas de nieve. Nuestra hueste seguía acampada en el mismo lugar, protegiéndose del frío como podía, pero no faltaba leña ni alimentos, porque —¡oh, prodigio!— Astolpas, el opulento Astolpas, no se había limitado a acompañar a su hija, sino que había llegado con mil quinientos guerreros y abundantes provisiones para colocarse bajo las órdenes de su yerno. Esta era la gran novedad que me esperaba, o al menos, la mejor y quizá la única buena noticia. Las otras, que me fueron relatadas por Arduno, eran mucho menos agradables.

Durante el viaje de regreso, Viriato había seguido recibiendo informes de nuestros aliados: Serviliano, que había dado la espalda a la Bética para volver a Cinéticum, se encontró con que varias ciudades ocupadas se habían puesto de nuestro lado y habían aniquilado a las guarniciones romanas (esa fue, pues, una de las razones que le llevaron a abandonar precipitadamente la Mesopotamia). Serviliano, cuyo consulado estaba a punto de rematar, había marchado primero en dirección a Corduba, hasta encontrar un destacamento enviado por el cuestor con una carta del Senado. Sin duda este le ordenaba que continuase en el gobierno de la Hispania Ulterior, como procónsul, pues, en vez de seguir hacia Corduba, reanudó las operaciones de guerra. Y lo hizo con éxito. Tres de las ciudades sublevadas—Astigis, Obulcola y la propia Itucci— habían caído de nuevo en poder de los romanos. El castigo había sido durísimo: los emisarios hablaban de quinientos hombres decapitados de inmediato, apenas firmada la rendición, y de más de diez mil ejecuciones en los días siguientes. Después, el mal tiempo había impedido al procónsul intentar nuevos ataques, y lo había obligado a entrar en sus cuarteles de invierno.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunté a Arduno.

Se encogió de hombros:

—Continuar, supongo. Con los refuerzos de Astolpas, y con los que tú has traído, es casi seguro que en primavera salgamos al encuentro de Serviliano. Viriato ha jurado impedir su entrada en Lusitania.

Le hice otras preguntas: ¿cuál había sido la respuesta de Caturó? El rey había prometido enviar un pequeño contingente de igeditanos. ¿Estaba encinta Tangina? No, que él supiera, pero las relaciones entre los dos esposos parecían excelentes, y entre Viriato y Astolpas se cambiaban palabras cordiales. «Todo bien en casa, todo bien fuera de ella», concluyó Arduno.

Sus previsiones eran correctas. Pese al rigor de la invernada, Viriato empezó a entrenar a los nuevos efectivos. Aún nevaba cuando recibimos orden de levantar el campamento.

Entre preparar hombres, caballos y armas, pasamos unos días que aprovechamos para inmolar víctimas y leer los presagios, que anunciaron mucha sangre y una victoria. Por mi parte, me deshice de un brazalete de

oro, que entregué a un sacerdote para que ofreciera un buey a los dioses y preguntara sobre el futuro de mi hijo (no había quedado descansado, ni siquiera sabiendo que Serviliano estaba en Corduba). La respuesta fue corta y severa: el niño estaba bajo protección divina y no debía hacer más preguntas.

Rompía la primavera cuando entramos en Beturia y nos enteramos de que Serviliano estaba ya en campaña. Había aplastado a las tropas de Connobas, nuestro aliado turdetano, y se hallaba ahora en Beturia, preparándose para cercar Erisana.

La noticia era particularmente grave, porque la derrota de Connobas había sido definitiva. El príncipe se había rendido al procónsul y estaba prisionero. Serviliano le había perdonado, pero mandó cortar la mano derecha de todos sus guerreros, gesto de crueldad gratuita que nos indignó, aunque esta crueldad gratuita era un gesto muy típico de los romanos. El corte de manos era practicado por casi todas las tribus lusitanas, pero como oferta consagrada a los dioses, para que estos concedieran su auxilio en las incertidumbres de una guerra. Es una costumbre que viene de la noche de los tiempos, ordenada e instituida por las divinidades, que exigen este sacrificio. Los romanos cortan fríamente las manos de los prisioneros «solo para castigar a los bárbaros», como ellos dicen —castigarlos por su amor a la libertad y a su patria. Usurpan un acto de piedad, un acto religioso, y lo convierten en una simple salvajada.

Entretanto, el objeto de nuestra cólera estaba muy cerca: los defensores de Erisana nos habían hecho un llamamiento desesperado y la hueste se agitó con el deseo de venganza. Cuando se conoció la noticia, los jefes fueron a ver a Viriato para discutir con él las medidas que convenía tomar.

Por primera vez, Viriato no los recibió, O, mejor dicho, no quiso hablar del asunto.

—Sé a qué venís —dijo antes de que nadie pudiera abrir la boca—, pero ahora quiero estar solo. Marchaos, tengo que pensar.

El tono no admitía réplica, y todos obedecieron. Táutalo anunciaba, a gritos, que iba a empezar a coleccionar manos de legionarios romanos.

Viriato se aisló completamente. Por la noche, se negó a cenar, y ni siquiera durmió en la tienda. De madrugada, me vi sacudido en medio del

mejor sueño. Era él.

—No hagas ruido, y ven conmigo.

Me levanté, medio aturdido aún, eché mano al manto de pieles —el aire estaba helado fuera de la tienda— y le seguí. En el claro encontré dos caballos dispuestos, uno de ellos era mi *Dardo*. El guerrero que los tenía de las riendas saludó al jefe. Este correspondió, y se volvió hacia mí.

—Óyeme bien, Tongio. ¿Podrías pasar por un romano, en caso necesario? No digo por un legionario, sino por el hijo de un colono, por ejemplo...

Lo pensé un poco, y respondí:

—Creo que sí, pero solo durante un tiempo, hasta que alguna palabra me traicione...

—Es solo para una emergencia. Escucha: Cantios (Cantios era el hombre que sostenía los caballos) conoce un camino hasta Erisana. Como sabes, los romanos están cercando la ciudad, y necesitamos saber en qué punto están. Cuando llegues a la vista de las murallas, tendrás que ir solo, porque así, si te agarran, podrás inventar una historia cualquiera... decirles que Itálica fue atacada por los lusitanos, por ejemplo, y que conseguiste huir... que te perdiste, que anduviste vagando por las montañas...

—¿Y mi ropa?

—En aquel envoltorio que está junto a tu caballo hay ropa romana. Póntela cuando te acerques a Erisana. Si todo va bien, vamos a darle a Serviliano una respuesta merecida. Una respuesta que le debemos desde hace ya demasiado tiempo...

Contra lo que yo esperaba, salí bien librado. Conseguí acercarme a la ciudad sin ser visto, y observar la situación: el ejército del procónsul se había dispuesto frente a la puerta principal, a una distancia que lo ponía al abrigo de las armas arrojadas. Grupos de esclavos y de auxiliares excavaban trincheras y levantaban empalizadas, pero el trabajo apenas estaba comenzado. Cuando iba a regresar, se acercó a mí una patrulla a caballo. Escondido en la copa de un árbol contuve la respiración y recé a todos los dioses de la guerra pidiéndoles que la rama no cediera y que ningún ruido me delatara a los romanos. La patrulla se alejó, y, en cuanto pude, me dejé caer deslizándome por el tronco y traté de salir de allí.

Cantios me esperaba en un lugar acordado, y no protestó cuando insistí en cambiarme de ropa —no quería llevar vestidos romanos por más tiempo del que me era necesario. Avanzaba el día. Era urgente regresar para llevar la información a Viriato y también para evitar que nos sorprendiera la noche en medio del camino, pues solía levantarse al anochecer una intensa niebla y el tiempo no parecía próximo a cambiar.

Más de cien veces nos arriesgamos a una mortal caída, al galopar por sendas de cabras al borde de los precipicios. Pese a todo, llegamos sanos, salvos y enteros. Cuando Viriato me oyó, mandó disponer dos mil jinetes y ordenó a Tántalo y Astolpas que llevaran el grueso del ejército hacia un valle cerrado próximo a Erisana. Ninguno de los dos cuerpos de tropas estaba autorizado a montar tiendas ni a encender hogueras, debían avanzar con el mayor silencio que fuera posible, y la mitad de la paja que llevábamos para los caballos fue distribuida en pequeñas porciones entre los dos mil guerreros que él mismo mandaría. Y, con estas órdenes, partimos a la madrugada siguiente.

Si yo conociera entonces su plan, lo consideraría impracticable e insensato. Realmente, salió bien solo porque los dioses estaban con nosotros y Viriato lo eligió solo porque los presagios habían anunciado una victoria tras la sangre, y esta sangre había sido derramada ya, en dolor e ignominia por los turdetanos de Connobas.

Cerca de Erisana, desmontamos y llevamos los caballos de las riendas. La niebla apareció al fin al anochecer, y Viriato volvió a llamar a Cantios, a quien dio instrucciones en voz baja. El guerrero se despojó de las armas y de la coraza, hizo una rápida libación a Durbédico, dios de su tribu, y desapareció en la niebla. Era fácil adivinar lo que iba a hacer.

Cuando salió el sol, vinieron a llamar a Viriato, que estaba conmigo y con Arduno.

—¿Es la señal? —preguntó, levantándose de un salto.

Lo seguimos hasta el puesto de vigía, donde, sin riesgo de ser descubierto por los romanos, era posible observar Erisana. De lo alto de las murallas subía al cielo límpido una delgada columna de humo negro, nada que pudiera despertar prevenciones. Podría tratarse de una hoguera en la que alguien estaba cocinando la comida de los centinelas, o en la que se

consumía una víctima ofrecida a los dioses. Había solo un detalle sorprendente: era el único humo que se alzaba en la ciudad.

—Sí —murmuró Viriato—, es la señal. Cantios ha conseguido entrar. Tongio, Arduno, transmitid estas órdenes: no quiero oír el menor ruido. Los caballos, que se queden detrás del roquedal grande. No podemos ofrecer sacrificios, pero todos los hombres deberán rezar pidiendo que por la noche se alce la niebla...

Es difícil reducir al silencio a un cuerpo de caballería, pero lo conseguimos, porque Viriato lo había ordenado. Y la niebla respondió a la llamada, una niebla tan opaca y densa que parecía posible perforarla de un lanzazo. Procedimos entonces a los preparativos finales: cada guerrero envolvió las patas de su caballo con el puñado de paja que le había sido entregado, y dispuso las armas de manera que no hicieran ruido durante la marcha.

Puede imaginarse lo que representa recorrer una extensión de terreno —no me detuve a calcular cuántos estadios eran— en medio de la noche, avanzando a través de una niebla espesa, con miedo de respirar y más miedo aún de que uno de los caballos se espantara o decidiera soltar un relincho que nos denunciase. Creí que no íbamos a llegar nunca, que nos habíamos desviado, que íbamos a acabar en pleno campamento romano. Cuando me di cuenta, estaba ante las murallas de Erisana. Una puerta, con los goznes chorreando aceite, se abrió en silencio, y entramos de dos en dos.

Las órdenes eran claras: seguía rigurosamente prohibido cualquier ruido. Arduno, yo y tres oficiales más nos encargamos de hacerlas cumplir mientras Viriato conferenciaba con los notables de Erisana. Estos (lo supe después) insistieron en tomar parte en la salida, cosa que Viriato rechazó argumentando que no sería prudente dejar desguarnecida la ciudad —una buena disculpa para encubrir el motivo real: prefería contar solo con hombres entrenados y habituados a recibir sus órdenes.

Cuando empezó a clarear la niebla, rompimos el ayuno con un poco de pan de bellotas y agua, todo lo que Erisana nos podía ofrecer, pues escaseaban ya los víveres. Quitarnos entonces la paja de los pies de los caballos y esperamos la señal. Un viento fuerte sopló y dispersó la niebla.

Viriato, con la cabeza descubierta, estaba en lo alto de la muralla observando al enemigo como si esperase alguna cosa. Y, realmente, esperaba a que los romanos reanudaran de lleno el trabajo de excavar zanjas y terraplenes. Todos nosotros, pese a no haber pegado ojo en toda la noche y a no haber comido apenas, nos sentíamos alegres y animosos. No era solo el éxito, la entrada silenciosa en Erisana, realizada, por así decir, en plenas barbas del enemigo: era, sobre todo, la voz y la mirada de nuestro jefe. El año anterior, aunque sin perder la vieja energía, se había mostrado reservado y sombrío —nada asombroso, vistos los reveses sufridos— y más tarde, cuando pasamos el invierno en el campamento, su impaciencia era visible. Ahora, su rostro volvía a resplandecer, tranquilo y abierto, iluminado por aquella llama irresistible que era señal de victoria. Cuando se colocó el yelmo con las tres plumas rojas y montó a caballo, sentí que retrocedía en el tiempo, que volvía a aquella mañana en la que hicimos una salida semejante contra el ejército de Cayo Vetilio.

Se abrió la gran puerta de la ciudad, y yo, que estaba inmediatamente detrás de la insignia, pude ver a lo lejos que los hombres que trabajaban en las trincheras corrían abandonándolo todo, buscando un lugar seguro. Viriato lanzó el grito de guerra, correspondimos nosotros y toda la población de Erisana, y avanzó clavando la espuela en los flancos del caballo.

En el campamento romano solo hubo pánico a partir del momento en que fue reconocida la insignia, porque todos creían a Viriato lejos. Contaban con una salida de los de Erisana, pero nadie esperaba tener que vérselas con la gran hueste lusitana. Y, por primera vez, Serviliano perdió totalmente el dominio de sus hombres, que fueron barridos hasta el valle donde se encontraba el resto de nuestro ejército. Allí, Táutalo y Astolpas, en un ataque simultáneo, completaron la maniobra envolvente. Por la tarde, cuando nuestro caudillo ordenó una pausa en el combate, los pocos centenares de legionarios que aún no habían muerto o huido estaban concentrados en el fondo del valle, alrededor del procónsul. Pero no había salida. Serviliano estaba virtualmente en nuestro poder.

## XV

Serviliano intentó, al menos por dos veces, si no me traiciona la memoria, forzar una salida, cosa completamente imposible. La hueste lusitana, que ocupaba todos los pasos y senderos, podía observar los menores movimientos de los legionarios romanos.

Esperábamos una orden para el ataque final y discutíamos si el procónsul tendría valor suficiente para suicidarse antes de caer en nuestras manos, cuando un toque de cuerno convocó a los oficiales a una reunión. Viriato había trepado a una gran roca desde la que podía ver el valle entero. Los romanos, en una acción desesperada, intentaban improvisar defensas y habían construido un muro irregular con piedras y rocas sueltas... Como ya he dicho, era una medida desesperada o quizá Serviliano quisiera tener ocupados a los legionarios para mantener alta su moral.

Obedeciendo a un ademán de Viriato, nos sentamos dispersos por lo alto de la roca, que era grande y con un remate casi plano.

—Amigos —empezó—, la situación es esta: el procónsul está ahí, a nuestra merced. Podemos destrozarlo, a él y a todos sus hombres, liberarlo bajo rescate o usarlo como rehén. O...

—O cortarle la mano derecha —sugirió uno de los presentes—, como él hizo con tantos de los nuestros...

No recuerdo quién dijo esto, pero sí que no fue Táutalo, a pesar de que había anunciado su intención de coleccionar manos de legionarios. Táutalo

estaba callado, y recordé entonces que poco antes lo había visto en animada conversación con Viriato.

Este, entretanto, estaba respondiendo al horrible que lo había interrumpido:

—Ganaríamos poco y perderíamos mucho. No. Os he llamado para deciros que voy a ofrecer la libertad a Serviliano, bajo condiciones...

No pude contenerme, y exclamé:

—¡Pero si tú mismo nos has dicho que no se puede creer en palabra de romanos!

Sin exaltarse (nunca se exaltaba cuando nos oía), respondió:

—Ya hablaremos sobre eso. Ahora, quiero que sepáis lo que he pensado en estos últimos tiempos: con el auxilio y la protección de los dioses hemos conseguido vencer a los ejércitos que los romanos enviaron contra nosotros. ¿Pero cuántos ejércitos enviará Roma aún? Todos los años entramos en campaña y obligamos al enemigo a retroceder y todos los años llega un nuevo ejército. Amigos, no podemos olvidar que luchamos contra la ciudad más poderosa del mundo... Hemos intentado unir contra ella a los pueblos de Iberia, y, no lo hemos conseguido. Nuestros campos están sin cultivo por culpa de la guerra. Nuestra hueste disminuye, los hombres están fatigados y acabaremos por no tener provisiones. No podemos continuar combatiendo sin descanso, derrotando ejército tras ejército. Pero podemos salvar nuestra libertad, y ahora tenemos la mejor ocasión de hacerlo. Y tal vez la última.

Había hablado moviéndose un poco al azar (era el único que estaba en pie), pero se quedó parado al llegar a mí.

—Los romanos mienten, es cierto; y faltan a su palabra. Pero lo que voy a exigirles no es una promesa, y sí un tratado, firmado con juramentos ante los dioses y ratificado por el Senado de Roma. Un tratado que ellos no pueden violar sin cometer perjurio, sin traicionar ni ofender a los dioses. Ningún hombre, ningún pueblo es loco hasta el punto de faltar a la palabra dada a sus divinidades. El castigo sería terrible.

Nadie objetó nada contra este argumento, y así, poco después, dos guerreros, empuñando los símbolos de paz, avanzaron lentamente hasta el campo romano. Los vimos, a lo lejos, detenerse a escasa distancia del muro improvisado. Algunos legionarios, entre ellos, casi con seguridad, un

intérprete, se aproximaron, y hubo un cambio de palabras. Luego, nuestros hombres regresaron al galope.

No tuvimos que esperar mucho. Los romanos se sabían perdidos, y tenían que estar empezando a sufrir hambre y sed. Un grupo de seis jinetes se destacó y vino a nuestro encuentro. Al frente se veía al procónsul, un hombre alto, de anchos hombros, cabello cano y rostro severo. Pese al odio que sentía por él, me causó buena impresión. Se dominaba perfectamente, y si tenía miedo no permitía que se notara.

Realmente, se mostró a la altura de las circunstancias: a pesar de que Viriato se encontraba a pie y con la cabeza descubierta, Serviliano, que nunca lo había visto de cerca, se dirigió a nuestro jefe inmediatamente y en tono firme:

—Soy Quinto Fabio Máximo Serviliano. ¿Cuáles son tus condiciones?

El intérprete que él había traído empezó a traducir, o mejor dicho, a intentar traducir —su conocimiento de nuestra lengua era rudimentario, y los sonidos que articulaba parecían vagidos. Viriato me miró. Avancé unos pasos, y dije en latín:

—Viriato, hijo de Cominio, caudillo de la hueste de Lusitania, desea hacerte una propuesta de paz.

Ellos no esperaban oír a un «bárbaro» hablar su propio idioma con fluidez, y la sorpresa que demostraron me hizo sonreír. Viriato empezó a hablar, y yo iba traduciendo su discurso:

—Romano: has entrado en nuestras tierras como invasor; has hecho correr sin piedad la sangre de los guerreros que aprisionaste, y ni siquiera te mostraste clemente con la población de las ciudades que cayeron en tu poder. Ahora, estás a mi merced. Pero no quiero tu vida. Lo que yo quiero, es la libertad de mi pueblo. Por eso estoy dispuesto a dejarte marchar.

Cuando acabé de traducir la frase, Serviliano habló de nuevo:

—Vuelvo a preguntar cuáles son las condiciones.

—Te dejaré partir, y juraré ante los dioses no levantar las armas contra vosotros. Eso es lo que exijo: un tratado de paz. Exijo, no de ti, sino de Roma, que se reconozca la libertad de los reyes y jefes que son mis aliados. Exijo, con juramento, que Roma no vuelva a atacarnos. Exijo, en fin, que Roma me reconozca como amigo de su pueblo. En cambio, haré también un

juramento: Viriato, amigo del pueblo romano, hará honor a esa amistad. Ahora, vete. Esperaré tu respuesta hasta el alba.

Cuando los romanos se alejaron, me dirigí a nuestro caudillo y le pregunté si pensaba que Serviliano iba a aceptar sus condiciones. Él me dio una palmada amistosa en el hombro:

—No tiene otra salida, Tongio, a no ser que prefiera morir, pero creo que va a aceptar.

Me acerqué un poco más, y bajé la voz:

—¿Sabes que el título de *Amicus Populi Romani* solo es concedido por Roma a reyes aliados suyos...?

Él hizo un gesto afirmativo, y yo continué:

—Entonces... ¿este es realmente el primer paso para...?

—Quizá. Si es esa la voluntad de los dioses...

Y puso fin a la conversación con otra palmada en mi hombro.

El procónsul no esperó a la mañana siguiente. A media tarde, nuestros vigías lo vieron montar a caballo y salir del cercado de piedras rodeado por sus oficiales. Viriato montó también, y fue a su encuentro, seguido por su estado mayor. Cuando los dos grupos se hubieron reunido, Serviliano saludó a Viriato gravemente (debía de ser la primera vez que saludaba a un lusitano) y me miró, como solicitando que tradujera sus palabras:

—Acepto tus condiciones, pero he de advertirte que, según nuestras leyes, el tratado solo puede ser válido cuando el Senado lo aprueba en Roma. Por mi parte, puedo jurar por los dioses del Capitolio que lo respetaré. Pero tendrás que confiar en mi palabra.

Viriato clavó los ojos en él. Serviliano sostuvo su mirada. Luego de un breve silencio, Viriato dijo:

—Confiaré.

\* \* \*

El tratado fue redactado y firmado de acuerdo con las condiciones de Viriato, y se hicieron ante los dioses los juramentos solemnes para que ninguna de las partes pudiera faltar al acuerdo sin cometer sacrilegio.

Después, nuestra hueste abandonó las posiciones que ocupaba en la salida más ancha del valle, y los restos del ejército romano marcharon en dirección a Corduba, mientras nosotros regresábamos a Erisana para festejar la victoria.

«Festejar» es un término exagerado, pues Viriato prohibió los grandes festines, y dio órdenes en el sentido de que durante un tiempo se mantendría la situación de alerta. Aquella misma noche, en conversación con los amigos, acentuó que solo deberíamos considerarnos en paz cuando recibiéramos la noticia de que el Senado había ratificado el tratado. Hasta entonces, se podía esperar aún un ataque de las tropas romanas de la Citerior.

—¿Y de la Ulterior no? —pregunté.

Él movió la cabeza:

—Confío en Serviliano. No ha dudado en jurar por los dioses de su ciudad. Es una excepción: un romano honrado... qué pena que haya tanta sangre entre nosotros, porque podría ser su amigo.

Intervino Táutalo:

—¿A pesar de todo lo que ha hecho?

Viriato se encogió de hombros:

—¿Y qué hicieron los otros? Para ellos, «castigar a los bárbaros» es como matar moscas en verano. Pero Serviliano, a diferencia de los otros, aprendió que somos hombres como él. Lo aprendió cuando se vio cercado, cuando esperaba tener que lanzarse sobre su propia espada para escapar a la vergüenza y a la tortura. Lo vi en su cara cuando nos encontramos por primera vez, y luego, en el momento de jurar.

Realmente, Serviliano se mantuvo fiel a su palabra. Regresó a Corduba, mandó reforzar las guarniciones de sus plazas fuertes, pero se abstuvo de acciones ofensivas, y aún hizo más: dos meses después, envió un mensajero a Viriato saludándolo como *Amicus Populi Romani*. El Senado había ratificado el tratado, y la paz, al fin, se había conquistado.

Devolver la espada a la vaina, dormir un sueño completo sin temor de ataques nocturnos, montar a caballo por la mañana solo para ir de caza —y pensar en encontrar mujer que me diese hijos... La paz tenía para mí el

sabor de una bebida fresca después de un día cálido y seco. La amé sin moderación. El espíritu del viejo Crisso debió de quedar escandalizado.

Entretanto, había aún mucho para hacer. Viriato disolvió todos los cuerpos de la hueste (los hombres ansiaban volver a sus tierras ya las familias que habían dejado), pero los guerreros de su tribu y los amigos más allegados se quedaron con él: unos mil quinientos jinetes en total. Faltaba ahora completar la misión: transformar a los lusitanos en un pueblo organizado, con un rey que lo defendiera, y esto tendría que conseguirse por la voluntad libre de los jefes y de los príncipes de Lusitania. Sabíamos que la tarea sería ardua, pero la reciente victoria permitía todas las esperanzas. Más confiados nos sentíamos aun cuando llegaron hasta nosotros mensajes de varios pueblos, no solo de Lusitania sino también de otras regiones: las tribus aclamaban a Viriato como Protector de la Libertad ibérica, y como tal fue saludado durante el viaje de Erisana a Aritium Vetus, donde lo esperaba Tangina.

A finales de aquel año supimos que había ocurrido algo también muy importante: Serviliano había terminado su mandato en la Ulterior y había sido sustituido por su propio hermano de sangre, el procónsul Quinto Servilio Escipión. Pensamos entonces: «¡Esta es la última garantía que nos faltaba!». Y nos regocijamos todos.

## XVI

Sí, nos regocijamos como niños que ven llegar el lobo y creen que es el perro guardián.

Y por eso estábamos ahora refugiados en la Carpetania. Una hueste reconstituida a toda prisa y forzada luego a retroceder para que no la aplastaran. Una pequeña hueste sometida a los rigores de un invierno cruel, y empeñada en un desesperado esfuerzo de supervivencia.

Servilio Escipión no había perdido tiempo en ocultar sus intenciones. Los emisarios que Viriato le envió como mensajeros de paz y amistad fueron sabiendo, a medida que se acercaban al campamento romano, de constantes ataques romanos contra poblaciones libres, aliadas nuestras, y al comprobar que el gobernador mandaba personalmente estas incursiones, se volvieron atrás.

Viriato era hombre de reacciones rápidas, pero estaba preso del juramento, y su palabra era sagrada. Pensó, naturalmente, que Escipión obraba por su cuenta y riesgo, rebelde a las órdenes del Senado romano, para obligarnos a responder a las provocaciones y a reanudar la guerra. Huyendo de esa trampa, pidió refuerzos a los vetones y a los calaicos, pero no abrió las hostilidades; antes bien, consideró la posibilidad de mandar una protesta al gobernador de la Hispania Citerior e incluso al mismo Senado, en Roma. Entretanto, abandonó Aritium Vetus con los hombres de que disponía, y marchó hacia Beturia.

No contaba con la prisa de los romanos en traicionar compromisos. Al entrar en Beturia, supimos que Erisana estaba cercada. Cuando nos acercamos a la ciudad, ya había caído esta en poder de Escipión —no había podido resistir mucho tiempo, pues se hallaba desguarnecida— y dos hombres de la ciudad, a quienes Escipión había cortado la mano derecha, vinieron a transmitirnos un mensaje verbal: «El Senado y el pueblo romano declaraban la guerra a los lusitanos para vengar las afrentas recibidas».

De inmediato, las legiones de la Ulterior cayeron sobre nosotros, y solo tuvimos tiempo para retirarnos. Escipión nos persiguió hasta la Carpetania, pero como desconocía el terreno, escapamos de él con facilidad. Allí estábamos, tratando a los heridos e intentando recuperar fuerzas. Creíamos aún que el procónsul mentía, que la declaración de guerra había sido una iniciativa suya, pero la ilusión se deshizo cuando nos enteramos de que el cónsul Popilio Lenate, gobernador de la Citerior, había recibido órdenes del Senado de romper las treguas con los numantinos.

Cuando recibimos esta noticia, que nos llegó con un agotado mensajero que venía de Numancia, nuestros rostros ansiosos se volvieron hacia Viriato, que había oído al hombre en silencio y con los dientes apretados.

—Me equivoqué —dijo por fin— al pensar que los romanos son hombres. ¿Hombres? ¿Qué hombres? ¿Qué pueblo humano hay que sea capaz de cometer semejante impiedad? ¿Qué ciudad es esa que se burla de sus propios dioses? ¡El mundo está siendo dominado por un pueblo de fieras!

Su voz había subido de tono hasta acabar en un grito. Sacudió la cabeza, y volvió a hablar casi en un susurro:

—Pues bien, voy a tratarlos como fieras, sin ahorrar ardid ni fingimiento, ni golpe a traición. Vamos a inclinarnos, amigos, vamos a ceder, vamos a suplicar. Vamos a aceptar sacrificios y humillaciones, vamos a ganar tiempo. Y cuando llegue el momento...

Dejó cortada la frase. Su rostro reflejaba una ferocidad que nunca le había visto.

—Pero ahora —prosiguió— es tiempo de sumisión y quiero que todos comprendan una cosa: los sacrificios que nos veamos obligados a hacer no

hay que tomarlos como vergüenza. Serán, para nosotros, una operación militar más.

El numantino, agotado por el viaje, se tambaleaba, y Viriato se apresuró a pedirle disculpas, y ordenó a Arduno que le diera comida y un espacio donde pudiera descansar. Hecho esto, la reunión siguió:

—Hay una esperanza —dijo Viriato—, y esa esperanza es Popilio Lenate. Mientras que Escipión llegó a Iberia decidido a destruirnos, Lenate respetó la tregua con Numancia hasta recibir órdenes de Roma. Será a él a quien ofrezcamos nuestra sumisión.

\* \* \*

Tocaba el invierno a su fin cuando regresó nuestra embajada. Las condiciones de Lenate eran más duras de lo que esperábamos: el cónsul exigía un tributo elevado, la entrega de desertores romanos (había muchos en la Carpetania, y tanto ellos como nosotros respetábamos un tácito pacto de no agresión) y también la entrega inmediata de los jefes de los contingentes de la hueste como rehenes.

Viriato oyó la respuesta, se aisló durante un día entero, y, llegada la noche, nos llamó. Acudimos todos, y nos sentamos alrededor de la hoguera que ardía ante su tienda.

—Tenemos que ceder —anunció— porque no hay más solución. Y hay que hacerlo cuanto antes, para que nos crean desmoralizados y abatidos. A todos vosotros —hablaba a aquellos que serían entregados— os lo repito: esta es una parte de la guerra. Con vosotros irán nuestras bendiciones.

Arduno carraspeó, y Viriato lo miró con aire interrogante.

—Has hablado con nuestros emisarios —dijo Arduno—, y hay algo que no te han dicho, que no han tenido valor para decirte. El cónsul quiere que Astolpas sea entregado con los otros rehenes...

Algunos de los presentes gritaron indignados, otros (entre ellos, yo) sintieron que se les cortaba la respiración. Nadie habló, y no era preciso, pues todos sabían el significado de la exigencia: era un arma que apuntaba

directamente contra nuestro jefe. Astolpas, que hasta aquel momento había estado sentado en un tronco de árbol, se levantó.

—No.

Su voz era tranquila. No pedía que evitaran su retención, no intentaba huir del infortunio, hablaba como quien discute un problema cualquiera.

—No. Esa condición es inaceptable. Si los romanos quisieran retenerme solo como represalia, o por haber roto yo las relaciones que tenía con ellos... con alguno de ellos... sería tal vez admisible. Pero quieren tenerme allí porque Viriato es mi yerno. Además, estoy demasiado viejo para el cautiverio o para la suerte, cualquiera que sea, que puedan reservarme.

Viriato había palidecido, hasta el punto de que pensé que iba a desmayarse, cuando lo vi que se apoyaba en la lanza. Se sentó cerca del fuego, con los ojos clavados en las llamas, y ordenó:

—Dejadme a solas con Astolpas.

Nos fuimos, y quedaron ellos dos junto a la hoguera, hablando en voz baja. Avanzó la noche, dormía ya el campamento, pero Arduno y yo no nos recogimos en la tienda. Preferimos encender otra hoguera, alejada, y allí nos mantuvimos velando, conversando, intentando imaginar qué podrían estar diciéndose Viriato y Astolpas.

Había acabado por nacer cierta amistad entre los dos. Astolpas seguía siendo (y no cambiaría) un hombre orgulloso y pronto a la ostentación de su riqueza, pero se había unido a la hueste, combatía con valor y nunca había disputado la supremacía de su yerno, muy al contrario, aceptaba su mando como cualquiera de nosotros. En definitiva, había dudado antes de dar su adhesión, pero, una vez dada, se había convertido en hombre de Viriato.

¿Qué sucedería ahora? Negarse a entregarlo era confesar ante Lenate que la sumisión de los lusitanos no era definitiva. Entregarlo, sería colocar a Viriato ante el dilema de aceptar el yugo romano o condenar al padre de Tangina a una muerte vergonzosa.

—Solo hay una solución —murmuró Arduno. Y repitió, más bajo aún —: Solo hay una solución...

De madrugada, los cuernos despertaron a los guerreros con orden de formación para el combate. Contrariamente a lo que era su hábito, Viriato no dio instrucciones ni explicaciones —él y Astolpas se habían recogido en

sus tiendas y nadie sabía qué iba a pasar. Cuando la hueste estuvo pronta, aparecieron ambos, armados y con la cabeza descubierta, Astolpas avanzando con paso firme y lento, con el rostro impassible, y Viriato, aún muy pálido, con movimientos bruscos y la frente sudorosa, pese al frío.

Ofrecieron ambos libaciones a los dioses; nada más había que ofrecerles, pues estábamos reducidos a comer pan, aceitunas y raíces. Luego, Astolpas llamó a tres de sus guerreros y ordenó en voz alta, para que se le oyera suficientemente:

—Hoy mismo partiréis para Aritium Vetus y le contaréis a mi hija todo lo que habéis visto. Decidle que esta es mi voluntad y que su marido está libre de toda sospecha.

Hizo un gesto imperioso, como todos los suyos, y un esclavo le entregó una copa de oro. Astolpas bebió rápidamente y se la pasó a Viriato, que, a su vez, se la pasó a Audax. Desgraciadamente, el esclavo había mezclado mal el veneno, o no había echado una cantidad suficiente. Caído en el suelo, Astolpas se retorció de dolor y estuvo gimiendo hasta que tendió un brazo a su yerno. No podía hablar, de la boca le salía una espuma roja, pero el gesto lo decía todo. Viriato empuñó la daga y le asestó un golpe en el pecho.

Los hombres que llevaban el mensaje a Tangina partieron al día siguiente, llevándose las cenizas de Astolpas para que reposaran junto a las de sus antepasados.

\* \* \*

Lenate recibió a los rehenes y los devolvió tras cortarles la mano derecha. Al devolvérselos, los hacía portadores de una nueva exigencia: la entrega de las armas.

En respuesta, Viriato atacó a una columna de legionarios y se retiró de la Carpetania, donde no le era posible sostener una ofensiva en amplia escala. Nos quedaba el Mons Veneris como único refugio seguro, y allí nos atrincheramos.

Una posición defensiva, hasta siendo tan fuerte como aquella, no puede ser mantenida indefinidamente cuando el enemigo tiene una superioridad

aplastante y casi entera libertad de movimientos. Hago este comentario para explicar que, a pesar de encontrarse fortificados en el Monte, la situación no se había alterado, es decir, teníamos que elegir entre el ataque suicida y la rendición.

Viriato lo sabía mejor que nadie, y en consecuencia no había cambiado su decisión. La emboscada de la Carpetania había sido una forma de vengar a Astolpas y a los rehenes y de mostrar que los lusitanos eran aún un hueso duro de roer, pero aquella demostración iba destinada, de acuerdo con su pensamiento, a intentar una negociación en condiciones aceptables.

Instalada en el Mons Veneris, la hueste se reunió en asamblea, y el jefe expuso su nuevo plan: se trataba, simplemente, de capitular ante Escipión, si este no exigía la entrega de las armas y permitía el regreso de cada hombre a su tierra de origen. Viriato acentuó de nuevo que tal acuerdo nos daría tiempo para recuperar fuerzas y ganar nuevos aliados; en la primera oportunidad sería relativamente fácil efectuar una nueva movilización.

Pudieron hablar con todos los que quisieron hacerlo, y se cerró la discusión. Los más ardientes defensores de la rendición eran los hombres de Urso: Audax, Ditalco y Minuro, que no estaban dispuestos a continuar una guerra sin esperanzas de victoria... «y sin esperanzas de pillaje», me desahugué conmigo mismo, incapaz de dominar la vieja repugnancia que sentía por aquellos tres. Por mi parte, di mi voto a la propuesta de Viriato. Lo hice de mala gana, solo porque me habían convencido sus argumentos. En oposición absoluta se encontraba Táutalo, cosa que no era de admirar dado su fogoso temperamento. Pero cuando la mayoría aprobó la propuesta de nuestro caudillo, también Táutalo aceptó la derrota.

Más tarde, fui a ver a Viriato y le pregunté quién iba a llevar nuestra propuesta a Escipión. Audax y sus amigos, respondió. Y, quizá leyendo mi pensamiento, quiso saber la razón de la pregunta.

—Eres tú quien debe decidir —le dije—. ¿Pero por qué no mandas a Táutalo, a Arduno, a cualquier otro? Yo mismo estoy dispuesto a partir, y, además, soy el único capaz de discutir con Escipión en su lengua, con lo que las cosas serían más fáciles. No obstante, y hablando claro, es que no confío en esos tres...

—Ya me he dado cuenta, Tongio, pero necesito enviados que crean sinceramente en mi idea. Táutalo es fiel, claro, pero está contra ella, y tanto Arduno como tú... no digas que no... también, en el fondo, estáis en contra. No quiero pedir sacrificios inútiles, y no tengo razones para retirar mi confianza a Audax, Minuro o Ditalco. Sería injusto...

Comprendí que no iba a volverse atrás, y le pedí entonces que me dejara ir con ellos, como intérprete. Viriato se negó:

—Nos eres más útil aquí. Quedan aún algunos heridos, y Arduno no puede tratarlos a todos al mismo tiempo. ¿Pero, por qué esa animosidad contra los tres de Urso, Tongio? ¿Ha habido algo entre vosotros?

Me vi forzado a confesarle que no, que mi antipatía era instintiva, que el único argumento contra ellos era su rapacidad, su ansia de botín.

—No son los únicos —objetó Viriato—. ¿Te acuerdas de Crisso? Y, sin embargo, erais amigos... Es imposible un ejército de amigos... Por otra parte, hay cosas más importantes. Y si acompañaras a Audax y a los otros no tardarían en surgir problemas, discusiones. Imagínate, qué pensaría Escipión...

Sin otras objeciones que presentar, asistí a la partida de los emisarios con un presentimiento de desastre, seguro de que ellos, en vez de regresar al campamento, se pasarían al enemigo dejándonos sin contactos y sin noticias. La convicción se hizo más fuerte mientras iban pasando los días con una lentitud obsesiva. Incapaz de callarme, obligué a Arduno y a Táutalo a oír una y otra vez mis desahogos, hasta el punto de que acabaron burlándose de mí —o evitando mi presencia, cansados de aguantarme. Audax y sus amigos nos habían traicionado, aseguraba yo, y no regresarían, y hasta podrían haber indicado a los romanos la localización exacta de nuestro campamento. Eso era lo más probable, pues su ausencia se prolongaba más de lo normal... Al final, les resultaba insoportable a todos, incluso a mí mismo.

No es extraño, pues, que llovieran las burlas y censuras sobre mi cabeza cuando Audax, Ditalco y Minuro regresaron al Mons Veneris con el aire festivo de quien es portador de buenas noticias y proclamando a todos que el procónsul había aceptado las propuestas de Viriato. Me preparé para aguantarlos a los tres, seguro de que alguien les habría hablado de mis

comentarios —y así fue, porque Audax, que era siempre quien decidía, respondió que no valía la pena perder el tiempo con los envidiosos. Claro que no me lo dijo a la cara...

De todos modos, estábamos tan aliviados con el desenlace que pronto se olvidó la cuestión. Inmediatamente después del regreso de los tres amigos, Viriato convocó una reunión en la que anunció que la desmovilización de la hueste se iniciaría al día siguiente con la partida de varios contingentes hacia sus tierras de origen. Pero, advirtió, hasta la puesta del sol seguían los guerreros lusitanos siendo un ejército sujeto a disciplina. Y, para dar ejemplo, cuando volvió a su tienda se acostó vestido y con coraza, y con las armas al alcance de la mano, como era costumbre suya en campaña.

Esta última noche no fue alegre. Habíamos salvado la vida y el honor, pero aun así, una derrota es siempre una derrota, y el «gran proyecto» se quedaba en nada después de siete años de guerra. Mi agitado sueño fue cortado por pesadillas, y desperté varias veces sobresaltado y empezaba entonces a hacerme preguntas sobre mi futuro. Preguntas para las que no tenía respuesta.

Desperté del todo antes del alba, sacudido por Arduno, que quería hablarme con urgencia. Salí de la tienda con él y nos acercamos a una hoguera: pude ver entonces que estaba muy pálido, y le preguntó qué pasaba.

—Creo que ha hablado la diosa —dijo con voz entrecortada.

—¿Cómo es eso? ¿Crees...?

Arduno se agitó impaciente.

—Sí, creo... no tengo la seguridad, realmente. Ha sido como aquella vez en la Sierra de la Luna, pero no había nadie cerca de mí. Sé que me quedé dormido en la tienda y, desperté de pie, aquí. Había aún un sonido de palabras en el aire. Sé que estas palabras habían salido de mi boca, pero eso es todo lo que sé. ¿Y ahora?

Abrí los brazos en un gesto de impotencia.

—Ahora, nada, ¿qué podemos hacer? Si era un aviso, es decir si no fue una pesadilla, tal vez la diosa vuelva a hablar. De todos modos, yo ya no voy a pegar ojo, y en definitiva, lo mejor es que nos quedemos aquí. Está ya a punto de amanecer.

\* \* \*

A pesar de este incidente, no tuvimos el menor presentimiento de la catástrofe. Salió el sol, el campamento empezó a llenarse de ruidos; los hombres preparaban los bagajes, escasos, que eran toda su fortuna. Por mi parte, no tenía prisa. Ni siquiera había decidido a dónde iba a ir. No podía regresar a Arcóbriga después de lo que había prometido a Lobessa. La noche me había dejado fatigado y con un fortísimo dolor de cabeza que no me permitía pensar.

Vino Táutalo a preguntarme si había visto a Viriato, y le dije que no.

—¡Qué raro! —exclamó—. Nadie lo ha visto, y empiezo a creer que está aún durmiendo. Nunca, en toda su vida, el sol lo sorprendió en la tienda.

Arduno también estaba asombrado.

—O pasó la noche en un claro, o está enfermo. Creo que lo mejor será que vayamos a ver... Tongio, ven conmigo, dos curanderos no son demasiados cuando se trata del jefe.

Fuimos al fin los tres, y Táutalo, que se había adelantado, fue el primero en entrar...

Después de tantos años, tengo aún que hacer un esfuerzo para dominar el asco que siento al escribir esto, y mi mano vacila.

Táutalo apareció en la puerta y lanzó un grito inarticulado, un aullido que me horrorizó. Se volvió hacia nosotros temblando, con los ojos inyectados en sangre:

—¡Traición! ¡TRAICIÓN!

—¡Por los dioses, Táutalo! —grité—. ¿Qué ha pasado? ¿Viriato...?

Volvió a repetir, como si nos viese por primera vez:

—¡Traición!

Y gritó luego:

—¡Tongio! ¡Arduno! ¡Cantios! Todos... ¡Alerta general! ¡Que nadie salga del campamento! ¡Matad al primero que intente salir!

Pero nosotros nos precipitamos hacia la tienda, lo apartamos de nuestro paso y entramos.

La sangre se había secado ya y le pegaba los cabellos al rostro. El cuerpo, protegido por la coraza, estaba intacto, y reposaba como si Viriato durmiera. Solo un punto vulnerable se ofreció al enemigo: el cuello. La cabeza, cortada, separada, se había inclinado hacia la derecha. Los ojos estaban cerrados.

Mis rodillas cedieron y caí en el charco de sangre mientras a mi alrededor se desencadenaban las fuerzas del caos.

\* \* \*

Cuando menguaron un poco el desorden y el pánico, cuando al fin fue posible reunir a todos los guerreros, solo tres hombres faltaban a la llamada: Audax, Ditalco y Minuro. Habían desaparecido los tres, y con ellos su bagaje y sus caballos. Durante el día y toda la noche, a la luz de hachones, recorrimos los caminos de la sierra, exploramos las grutas, batimos los bosques y las aldeas despertando a los vecinos aterrorizados. No los pudimos encontrar. Los asesinos estaban ya lejos, camino de la Bética, para reclamar a Escipión el pago de su crimen.

3

Endovélico

# I

Un clamor hecho de millares de voces resonó por los bosques en el momento en que las llamas ascendieron por la gigantesca pira.

Alrededor, centenares de hogueras más pequeñas consumían los restos de los sacrificios —ovejas, cabras, cerdos y bueyes, rebaños enteros traídos de la llanura o de las poblaciones de la sierra. Fue inmolado en primer lugar el caballo de Viriato. Luego, fue depositado a sus pies, con las armas, el escudo y el yelmo.

Nada más podíamos hacer sino lamentar aquella pérdida y manifestar al espíritu del jefe, antes que de él se alejase, el dolor que su muerte nos causaba. Mientras el fuego devoraba los leños, el cuerpo y las ofrendas, formamos en orden de combate y desfílamos alrededor de la pira, soltando los gritos rituales y los lamentos fúnebres que deben saludar a un gran jefe. Pero los gritos y lamentos que salían del corazón de los guerreros no eran el simple cumplimiento de un deber. Ningún rey ibérico tuvo de su pueblo el homenaje que la hueste lusitana y los habitantes del Monte de la Diosa prestaron a Viriato.

La realeza que los dioses no le habían conferido en vida, le fue reconocida por todos nosotros en aquel último adiós. Viriato no partió solo; en los juegos que se realizaron sobre el sepulcro que acogió sus cenizas, más de doscientos guerreros combatieron hasta la muerte, para que en el Más Allá tuviese su escolta, una verdadera guardia real.

\* \* \*

Toda Iberia se estremeció de pánico y revuelta. Engrosada con bandos llegadas de toda Lusitania, la hueste se reunió en asamblea para elegir un sucesor. La elección recabó, naturalmente, en Táutalo, que recibió los brazaletes de oro. El nuevo jefe de la hueste se recogió durante todo un día, en la cima del Monte, y cuando volvió al campamento, las trompas sonaron a sus órdenes.

Los lusitanos volvían a la guerra y marchaban contra Saguntum.

## II

Arduno había apretado los dientes para no dejar escapar ningún gemido involuntario, pero cuando retiré de la herida el emplaste de hierbas para sustituirlo por uno nuevo, que había estado preparando, protestó roncamente:

—¡Deja eso! ¿No te has dado cuenta de que no quiero más remedios?

Yo lo sabía, pero había intentado engañar su decisión de dejarse morir.

La expedición contra Saguntum fue un fracaso. Nos faltó el genio, la intuición y la fuerza vital de Viriato. Derrotados por las tropas de Escipión, volvimos a encontrar refugio en la Carpetania. Arduno había vuelto del último encuentro con una estocada en las ingles, y cabalgó durante cuatro días sin someterse a tratamiento. La herida se había infectado, y él se negó a lavarla o a aplicar cualquier remedio, hasta que yo, demasiado tarde, logré vencer su resistencia. Ahora, consumido por la fiebre, agonizaba.

Por vigésima vez le pregunté por qué aquella resistencia. Arduno pidió vino:

—¿Por qué? Quiero elegir el tiempo de mi muerte. Se ha acabado todo. ¿Es que no lo entiendes, Tongio? Nuestro mundo se acaba. Roma dominará Iberia. Tendremos que vivir con sus dioses, sus magistrados, las leyes romanas, complicadas y sutiles. Tendremos que soportar perjurios, tributos, impuestos... No quiero vivir en ese mundo, Tongio. Solo sé vivir con los dioses y las leyes simples y sagradas de mi tribu.

Aparté las moscas que intentaban posarse en la herida, y guardé silencio. Arduno tosió. Hizo un gesto de dolor y continuó:

—Cada hombre tiene su destino, y el mío acaba aquí, Tongio. Quiero pedirte un favor.

—No. No pienses en eso.

Arduno intentó reír, pero sin conseguirlo.

—¿Ves? Lo has adivinado. Tienes que hacerlo, Tongio. Esperaba que esa herida me llevase pronto... Si al menos no me hubieras puesto esos emplastos repugnantes... Estoy harto de sentir dolores por tu culpa. Me lo debes, Tongio...

Y como yo no respondiera, insistió:

—Voy a decir la verdad. Si no morí en combate fue porque no quería morir en manos de nadie más. Y tú sabes que no tengo salvación... ¿Me oyes?

Miré a mi alrededor. Tres o cuatro guerreros asistían a la escena. Uno de ellos, Cantios, me tendió su daga. La cogí con mano temblorosa.

—¿Ves? —habló Arduno con voz ronca—. ¿Qué amigo eres, que te niegas a lo que te pido?

La daga temblaba tanto que la posé en el suelo.

—Los dioses saben que no quiero hacer esto... Vuelve la cara hacia el otro lado; si me miras no conseguiré hacer lo que me pides.

A pesar de los horribles dolores, Arduno bromeaba hasta el fin:

—¿Desde cuándo un guerrero anda con tanta delicadeza? Siempre dije que los conios no servían para la guerra... ¿o serán los brácaros los que no sirven? Usa la daga y acaba de una vez con esto, pero no me pidas que vuelva la cara. No estaría bien visto. Al menos moriré viendo caras amigas... Me horrorizaba la idea de mirar para un romano... ¡Tongio!

La última exclamación fue una súplica urgente. Habían aumentado los dolores. Elegí un punto donde la daga, al entrar, lo matara de inmediato. Apoyé la punta de la hoja.

—Adiós, Arduno. Que tu espíritu no se ofenda conmigo, porque si lo hago, es porque tú me lo pides.

Agarré la empuñadura de la daga con las dos manos, y apliqué toda mi fuerza. Cerré los ojos cuando la hoja penetró en su carne. No quería ver el

rostro de Arduno. Oí una especie de sollozo, y, luego, nada.

\* \* \*

Táutalo estaba sentado en lo alto de una peña y miraba, absorto, el campamento que la hueste había improvisado diez días antes y que íbamos a abandonar de inmediato.

—Arduno ha muerto —le dije, omitiendo pormenores innecesarios.

Táutalo no movió la cabeza, pero respondió:

—Mejor así. Para él se acabaron los problemas... Era un buen amigo y un buen guerrero. Lo voy a echar de menos, pero no lo lamento... No puedo imaginarme a Arduno como súbdito de Roma.

Me senté frente a Táutalo, y esto le obligó a mirar hacia mí.

—¿Es verdad, entonces? ¿Y qué garantías hay?

Replicó con una sonrisa fatigada:

—¡Oh! Todas las garantías... Escipión empezó por comunicarnos... escúchalo bien: «que los asesinos de Viriato, hijo de Cominio, le habían pedido una recompensa, pero él no quiso dársela, porque Roma no paga traidores».

—¡Qué canalla! ¡Pero si fue él quien contrató a Audax y a los otros! Estoy tan seguro de eso como...

—No te canses, Tongio. También yo estoy seguro. Pero, de todos modos, lo que ha dicho supone al menos una actitud conciliadora. Escipión jura que no seremos maltratados y, aún menos, esclavizados. Aceptó estas condiciones, y sabe que si no las respeta tendrá más problemas que ventajas. Además, nos ofrece lotes de tierras en el valle del Turis. El suelo es fértil allí, ya me he informado. A cambio, exige nuestra sujeción. Tiene lo que quería, no necesitaba cometer más perjurios... En cuanto a nosotros, es la única solución.

Bajé la cabeza y comenté en el tono y en los términos que me parecieron más adecuados:

—Fue una pena que no hubiéramos llegado a Saguntum. En fin, los dioses...

La mano de Táutalo se posó en mi hombro:

—No elijas las palabras, Tongio. Lo sé bien, lo supe siempre, que solo ha habido un Viriato. Conozco mi propio valor. Nadie de nosotros, nadie, en toda Iberia, podría hacer lo que Viriato hizo. Si acepté mi elección como jefe no fue porque me hiciera ilusiones, sino porque sabía que todo estaba acabado y que, al menos, era necesario salvar lo que pudiéramos.

—Entonces, el ataque a Saguntum...

—Una jugada. Podía resultar, pero no contaba con eso. Había que vengar a Viriato y demostrarle a Escipión que aún podíamos resultarle incómodos, a fin de que se convenciera de que lo mejor era aceptar unas condiciones. Conseguí las dos cosas, y me doy por satisfecho. Es lo mejor que se podía esperar de cualquier jefe, excepto de Viriato.

Encontré valor para sonreír:

—Has cambiado mucho, como todos nosotros. En vez de un jefe impulsivo e inflamado, veo ahora un jefe prudente y...

—... y poco brillante. —Observó, devolviéndome la sonrisa—. Pero, realmente, prudente. Y, como dices, todos hemos cambiado. ¿Y tú? ¿Vienes con nosotros al valle del Turis?

Respiré profundamente antes de responderle:

—No, Táutalo. No tengo vocación de agricultor. Ni sé bien, en definitiva, cuál es mi vocación... Voy en busca de ella. Sé latín y griego, sé leer y escribir, soy capaz de tratar a enfermos... Eso basta para enfrentarse con el destino. He aprendido a contentarme con poco.

—¿Cuándo te vas?

Me levanté.

—Inmediatamente. No quiero asistir a la disolución de la hueste. Hace un momento, tuve que ayudar a Arduno a morir. Eso me basta, por hoy, y para mucho tiempo...

Por acuerdo tácito, no nos despedimos. Cuando me alejé, seguía Táutalo silencioso y solo, en lo alto de la roca.

### III

Tenía veinticinco años, y la vida había acabado para mí. Con esta idea hice una larga jornada sin rumbo, al azar. Muchas veces pensé seguir el ejemplo de Arduno, y si no me maté no fue por falta de ganas ni de valor. Siempre, en el último instante, una fuerza superior a la mía paralizó mi brazo.

Pasé el primer invierno de mi soledad en una gruta próxima a Ammaia, viviendo de la generosidad de los pastores, a quienes, en cambio proporcionaba remedios contra las fiebres. Con la primavera llegaron noticias. Y hasta yo, a quien ya nada interesaba, tuve que prestarles atención: las águilas de Roma volvían a extender las garras por todos los territorios situados entre el Tagus y el Anas, por la Mesopotamia. Todas aquellas tierras habían caído bajo su poder. El nuevo procónsul de la Hispania Ulterior, Décimo Junio Bruto, había atravesado el Tagus, había entrado en Olisipo, y ocupaba Scallabis y Moron.

«¿Qué importa todo eso?», pensé. Sin embargo, aún no estaba preparado para ver romanos a mi lado, y por eso volví a la vida errante y me dirigí al Norte, a las tierras que aún respiraban la libertad por la que Viriato había muerto. Recorrí así muchas regiones donde los pueblos, alarmados por el avance de las legiones de Bruto, se movilizaban para la guerra. Los miré como si fuesen ya fantasmas, hombres condenados a morir bajo el hierro de Roma. Y un día, llamado no sé por qué voz, tomé la decisión final: abandonar el suelo de Iberia.

\* \* \*

Mi vida fue larga y llena de aventuras. Me establecí en varias tierras durante largo tiempo. Incluso llegué a casarme, por dos veces, pero las mujeres a quienes me uní murieron sin darme hijos. Fui a Italia, y, por suprema ironía del destino, recibí la ciudadanía romana. Sí, me convertí en «ciudadano», usé los privilegios que ese estatuto me proporcionaba para ir viviendo con seguridad. Y vi, con terror, pero también con un gozo secreto, la venganza de los dioses romanos abatiéndose sobre la República perjura y corrompida: el flagelo de la guerra civil sobre la Ciudad, cubriéndola de sangre y de lamentos.

Gané experiencia y sabiduría, hice nuevas amistades —pero, en el fondo de mí, solo había un enorme vacío. Me habitué a él, me habitué a ser un simple envoltorio carnal a la espera de la muerte. Me abandoné al lento desfile de los días.

Pero es la voz de los dioses quien decide el destino de los hombres, incluso cuando estos se niegan a darle oídos. En el sexagésimo nono año de mi vida, una voluntad imperiosa me empujó a viajar de nuevo, de regreso a Iberia, para —creía yo— ir a morir en mi país o tal vez en pleno camino. Yendo hacia Balsa pasé por el santuario de Endovélico. Los hombres de Arcóbriga y Meríbriga vivían en el valle desde que Décimo Junio Bruto los había obligado a abandonar sus ciudadelas de los cerros. No reconocí a nadie. Pregunté por una tal Lobessa y por su hijo Aminio; nadie los conocía. La ocupación romana había agitado a los pueblos como un viento de tempestad revuelve las hojas secas. Perdí la esperanza de volver a ver a mi único hijo.

Pero mi destino se cumplió. Cuando llegué al santuario, hacía un mes que el sacerdote había muerto. El dios me señaló como guardián y servidor de su casa. Y aquí me quedé. He llenado mis ocios contando la historia de mi vida, para que en el futuro no se apague la memoria de los hombres que ofrecieron su sangre por la libertad de sus hijos.

Arduno tenía razón: nuestro mundo se ha acabado... Y hasta yo me veo obligado a escribir esto en la lengua del invasor, la única en que hoy soy capaz de escribir... Pero algo subsistirá de nuestro mundo asesinado; los

romanos que viven por aquí, ofrecen presentes a Endovélico y solicitan los favores del Dios... Los recibo cordialmente, y recibo sus ofrendas. Ese es mi deber.

Al fin estoy en paz con todos los hombres y puedo oír, en el silencio, la voz del Señor Endovélico. Todas las mañanas cumplo con los ritos que le son debidos. Y no me perturba la certeza de que, muy en breve, una de esas mañanas será la última.

## EPÍLOGO

(Año 79 a. C.)

*De M. Hirtuleyo para Quinto Sertorio:* Saludos. El viaje ha transcurrido sin sorpresas, y los hombres están con moral elevada y se muestran disciplinados. Te escribo desde Arcóbriga, esperando que te encuentres aún en Conistorgis, hacia donde enviaré esta carta. Al llegar aquí he comprobado que muchos de los habitantes del valle habían regresado a sus antiguas casas. Los expulsé de la ciudad con la amenaza de obligarlos a demoler a mano las murallas si volvían a desobedecer. Conforme ordenaste, visité el santuario local, consagrado a un dios bárbaro, Endovélico. Lo encontré abandonado, pues el sacerdote murió hace casi un año. Tus instrucciones han sido cumplidas, limpiamos el santuario, lo arreglamos todo hasta dejarlo en condiciones, y esto nos valió la gratitud de los bárbaros, pese a las amenazas con que los había intimidado. Por otra parte, hay también ciudadanos romanos que vienen a rendir homenaje al dios. Algunos con quienes hablé me aseguraron que este dios les había curado diversas enfermedades, y por eso nombré un nuevo guardián.

Con esta carta te envió un interesante documento que encontré en la residencia del difunto sacerdote. Ese hombre, que murió de avanzada edad, se entretuvo escribiendo la historia de su vida mientras fue compañero de Viriato, aquel jefe bárbaro que tanto trabajo dio a nuestras legiones en tiempos pasados. Te recomiendo la lectura de este texto, y lo hago por dos razones: porque te ayudará a entender mejor el pensamiento de esta gente,

y, sobre todo, porque —con enorme sorpresa por mi parte— se halla en él una clara referencia a tu persona: una profecía en la que habla de la *Era de la Corza*... No puede ser más clara, creo yo.

Mañana emprenderemos la marcha de regreso hacia la Citerior, donde espero, con ayuda de los dioses, derrotar a Domicio Calvino.

# NOTAS

## 1. VIRIATO

Viriato surge en los testimonios históricos a partir del momento en que los guerreros lusitanos, cercados por las tropas de Cayo Vetilio lo eligen como caudillo. Sabemos también que fue uno de los supervivientes de la matanza ordenada por Galba, pero se desconoce el lugar y la fecha de su nacimiento, del mismo modo que ignoramos también cuál era su familia y dónde vivió su infancia. Hay referencias a su juventud en las montañas, pastoreando ganado, pero se trata de referencias muy vagas. Diodoro Sículo afirma, por su parte, que el jefe lusitano había nacido en el litoral occidental de Iberia.

Todos, o casi todos, los historiadores modernos se muestran unánimes en rechazar la hipótesis de un Viriato nacido en las montañas. Así, J. Leite de Vasconcelos piensa incluso que podría ser natural del Alentejo, mientras Jorge Alarcão, basándose quizá en Diodoro, apunta al litoral norte del Tajo. Por otra parte, el hecho de que Viriato se casara con la hija de un rico propietario del valle del Tajo (Astolpas), sugiere que pasó algún tiempo en esa región.

Para trazar el «retrato posible» de Viriato, disponemos, en primer lugar, de las informaciones dejadas por los autores antiguos en cuanto a sus hábitos y carácter, sobrio, escrupulosamente justo y fiel a la palabra dada, con total desprecio por el lujo y el confort, etc. Tenemos también algunas descripciones, como las de su casamiento y las de los funerales. Y,

finalmente, podemos intentar interpretar su acción como estratega y político a lo largo de los siete años en que fue jefe indiscutido de los lusitanos y alma de la resistencia ibérica. De todos estos datos surge la imagen de un verdadero caudillo militar y político hábil, no la de un rudo pastor de las montañas. Recuérdese, por otra parte, que en aquella época los lusitanos de las montañas eran aún muy primitivos y se habían mostrado completamente incapaces de resistir al avance romano, como demuestra la fulgurante ofensiva de Décimo Junio Bruto.

Podrá parecer, pues, exagerado presentar a Viriato como defensor de cierta unificación militar y política ante el poder romano; y aún más, quizá, como eventual pretendiente a la realeza en Lusitania, pues ese territorio no constituía una unidad social o política. Sin embargo, lo cierto es que a la acción diplomática del caudillo se debe la revuelta simultánea de varios pueblos y, muy especialmente, el inicio de la guerra numantina. Viriato no mandó sobre los arevacos, pero, al menos, los convenció para que tomaran la ofensiva. Por otra parte, y como Jorge Alarcão hace notar, fue él quizá el primero en mandar un cuerpo de guerreros formado por gentes oriundas de diversas tribus, y nótese al respecto que, según Apiano, en los siete años de campañas no hubo ni un solo caso de indisciplina, hecho extraordinario, sobre todo en un «ejército de bárbaros». En fin, es significativo que Viriato, con ocasión del tratado impuesto a Serviliano, recibiera el título de *Amicus Populi Romani*, que habitualmente solo se concedía a los reyes bárbaros aliados de Roma. Verdad es que, si bien procuró realmente unificar la Lusitania, no pudo conseguirlo, pero la tentativa en sí resulta una hipótesis aceptable.

Pienso, pues, que es legítimo afirmar que el período de Viriato corresponde a un momento histórico extremadamente interesante: la primera tentativa de resistencia organizada, el primer, y *último*, esfuerzo *coherente* de los lusitanos para resistir a Roma. Y la derrota significó el fin de un mundo —el mundo sin la ley romana. Pero ninguna acción posterior de los lusitanos tuvo la misma importancia y amplitud. La «tradición folclórica» hizo de Quinto Sertorio un «sucesor» de Viriato, cosa falsa, pues Sertorio era un romano y un patriota. Nunca pensó en liberar a los lusitanos del dominio de Roma, ni siquiera cuando estos le ofrecieron el mando. Su

lucha fue una guerra civil contra la dictadura de Sila, y los guerreros ibéricos fueron usados por él como simple instrumento.

Para la descripción de las campañas de Viriato recurrí a los datos históricos existentes, con los que mezclé cierta dosis de imaginación. Así, Curio y Apuleyo no fueron inventados —eran jefes guerrilleros y salteadores (incluso hay quien los toma por desertores romanos) que atacaron a Serviliano en el territorio del actual Alentejo. Nada más se sabe sobre ellos, excepto la muerte de Curio en combate. La relación entre los dos y su relación con Viriato son ficticias. Igualmente ficticio es el estatuto conferido a Táutalo, aunque no es ilógico pensar que fue un hombre de confianza de Viriato. Sin embargo, no todos los pormenores son inventados; por ejemplo, la forma de romper el cerco de Vetilio, y las líneas generales de la táctica adoptada en Tríbola, en Erisana, y en el primer año de campaña contra Serviliano, que corresponden a los relatos históricos. Lo mismo ocurre con la descripción de la muerte de Vetilio, abatido por un guerrero que, al no reconocer en él al pretor, y viéndolo solo como un legionario viejo y gordo, creyó que no tenía ningún interés conservarlo con vida.

## 2. RITOS Y LUGARES SAGRADOS

La descripción del oráculo de Endovélico es imaginada; me limité a aprovechar una hipótesis formulada por J. Leite de Vasconcelos. También los ritos y los oráculos de Baikor y de la Sierra de la Luna son ficticios; en el primer caso me he inspirado en referencias sobre una profetisa que existía en Clunia (y no en Baikor); en cuanto a la Sierra de la Luna (Sintra) nada se sabe, excepto que debía de ser un lugar consagrado a un culto lunar, como el propio nombre de la sierra y algunos hallazgos arqueológicos indican la existencia en Sintra de masas rocosas que, desde una perspectiva determinada, presentan siluetas semejantes a las de diferentes animales, es un hecho cuyo significado solo muy recientemente ha empezado a ser objeto de estudio.

En cambio, son datos históricos establecidos la importancia religiosa del santuario de Endovélico y del Promontorio Sacro, las leyendas y tabúes

vinculados a este último, el carácter sagrado de la zona de Monsanto (Lisboa) —la leyenda de las yeguas fecundadas por el viento, fue adaptada e interpretada, así como la práctica de la trepanación en vivo, practicada por Arduno en Cetóbriga. Varias supersticiones y costumbres referidas en el libro (el temor ante la puesta del sol, el uso de amuletos y de hierbas, etc.) son también datos que nos proporcionan la Historia y la Arqueología.

### 3. REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Sería pretencioso presentar una referencia bibliográfica completa para fundamentar una novela; y aún más pretencioso sería presentarla aquí. Me limito, pues, a hacer referencia a mis principales fuentes de consulta.

En cuanto a los autores antiguos, recurrí a Apiano Alejandrino, a Diodoro Sículo, a Plutarco, a Suetonio y a Estrabón —este último, sobre todo para obtener datos referentes a la antigua Cádiz (traducción al español y comentarios de A. García Bellido).

Para informarme sobre las mentalidades que podrían caracterizar a los pueblos ibéricos antes de la romanización, consulté dos libros: *Mito y metafísica*, de Georges Gusdorf, y *Lo sagrado y lo Profano. La esencia de las Religiones*, de Mircea Eliade. Otros dos libros, de Colin Wilson, *The Occult* y *Mysteries*, me proporcionaron también algunos elementos de inspiración.

No obstante, mi punto de partida fue la magnífica obra de J. Leite de Vasconcelos *Religiões da Lusitânia*, y, complementariamente, *Portugal Romano*, de Jorge Alarcão, *La Romanización*, de José María Blázquez, y dos ensayos, ambos titulados *Viriato*, uno de A. Schulten, y el otro de Antonio García Ribeiro de Vasconcelos.

### 4. PRINCIPALES TOPÓNIMOS

ACALE (ACHALE): Nombre hipotético de la península de Tróia (Setúbal. Portugal).

AMMAIA: Aramenha. Portugal.

ARCÓBRIGA: Ciudad situada en el Alentejo (Portugal) pero cuya localización se desconoce. La identificación, en este libro, de Arcóbriga y Meríbriga con las ruinas de los castros próximos al santuario de Endovélico es arbitraria.

ARITUM VETUS: Alvega, en Portugal.

BAESURIS: Castro Marim (?).

BAIKOR (o BAÉCULA): Bailén, en España.

BALSA: Tavira, en Portugal.

BRÁCARA: Braga, en Portugal.

CETÓBRIGA: Algunos autores la identificaron en las ruinas de Tróia, pero parece más probable que se trate de un castro próximo a la ciudad portuguesa de Setúbal.

CONÍMBRIGA: Condeixa-a-Velha, en Portugal.

CONISTORGIS: La ciudad principal del Cineticum (en la actualidad provincia portuguesa del Algarve). Se desconoce su situación.

CORDUBA: Córdoba, en España.

EBORA: Évora, en Portugal.

EQUABONA: Coia, en Portugal.

ERISANA (o ARSA): Es desconocida su localización, pero estaba sin duda en lo que es hoy territorio español.

EVIÓN (más tarde Salácia): Alcácer do Sal, en Portugal.

GADIR (Gades para los romanos): Cádiz, en España.

IGEDIUM: Nombre probable de la plaza fuerte de los igeditanos, más tarde llamada Egitánia, y hoy Idanha-a-Velha, en Portugal.

ITUCCI (o Tucci, Itucca, etc.): Martos, en España.

LACÓBRIGA: ¿Lagos?

MERÍBRIGA: Véase Arcóbriga.

MONS VENERIS: Sierra de San Vicente, junto a la Sierra de Gredos (España).  
Es ficticia su asociación a un culto lunar.

MYRTILIS: Mértola, en Portugal.

NUMANCIA: Ciudad de la antigua Iberia, capital de los arevacos; estaba  
junto al Duero, y cerca de Soria (España).

OLISIPO: Lisboa.

OSSONOA: Faro, en Portugal.

PORTUS HANNIBALIS: Portimão, en Portugal.

PROMONTORIO SAGRADO: La zona de la Punta de Sagres y del Cabo de San  
Vicente, en Portugal.

SANTUARIO DE ENDOVÉLICO: Estaba situado en el cerro de san Miguel da  
Mota, cerca de Terena, Alandroal (Portugal). Como ocurrió con muchos  
otros lugares sagrados, fue cristianizado, y en lo alto del cerro se  
construyó una capilla consagrada a san Miguel Arcángel, con piedras  
procedentes del viejo santuario. Esta capilla estaba ya en ruinas a finales  
del siglo XIX. Leite de Vasconcelos recogió estatuas, aras, lápidas, etc.,  
para el museo que hoy lleva su nombre. Las restantes piedras fueron  
usadas para construir calzadas, puentes y otras «obras» locales, como  
sigue haciéndose hoy, más o menos, en el país. Nada queda, pues, al  
menos en superficie, y lo mismo ocurre en los dos castros vecinos,  
Castelho Velho y Castelinho, a los que arbitrariamente llamé Arcóbriga  
y Meríbriga.

SIERRA DE LA LUNA: Sintra (el Cabo de la Sierra es el actual Cabo da Roca,  
en Portugal).

SIRPA: Serpa, en Portugal.

VISPASCA: Aljustrel, en Portugal.

Nombres de ríos

ANAS: Guadiana.

BARBESULA: Guadiaro (España).

BETIS: Guadalquivir.

CALLIPUS: Sado (Portugal).

CILBUS: Guadalete (España).

DURIUS: Duero.

IBERUS: Ebro.

MINIUS: Miño.

TAGUS: Tajo.

## 5. PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

Aparte del nombre, bien conocido, de Aníbal Barca, general cartaginés, todos los nombres romanos citados en el libro corresponden a personajes históricos, incluyendo el del íbero romanizado Cayo Marcio, por lo que no se presenta aquí lista exhaustiva. Servio Sulpicio Galba fue un antepasado de otro Galba más famoso, uno de los «Doce Césares» de Suetonio, sucesor del emperador Nerón, pero cuyo reinado fue efímero.

La tradición cuenta que Sertorio solía ir acompañado de una corza. Para impresionar a sus soldados ibéricos, Sertorio decía que este animal le transmitía en secreto los planes del enemigo. En esto se basa la referencia imaginaria del oráculo a la «Era de la Corza».

Hay referencias también a un legendario rey conio, Gárgoris, de quien se decía que había descubierto las propiedades de la miel e introducido su uso en el Algarve.

APULEYO: Uno de los jefes de salteadores (¿guerrilleros?, ¿desertores romanos?) que atacaron a Serviliano en el año 141, cuando este avanzaba desde el Algarve por el Alentejo.

ASTOLPAS: Rico propietario lusitano del valle de Tajo, suegro de Viriato, que lo habría matado para no tener que entregarlo a Popilio Lenate.

AUDAX: Uno de los tres asesinos de Viriato. Audax, Ditalco y Minuro eran naturales según parece, de Urso (Osuna, España), y gozaban de la confianza de Viriato, que los utilizó como embajadores ante Escipión. Este los convenció para que mataran a su jefe a cambio de una cantidad de dinero.

CAUCENO: Jefe lusitano. Mandó una expedición contra Cinéticum, en el año 153.

CÉSARO: Jefe lusitano. Sucedió a Púnico durante la expedición de lusitanos y vetones en 155-153.

CONNOBAS: Jefe ibérico derrotado por Serviliano, que hizo cortar la mano derecha a todos sus guerreros.

CURIO: Véase Apuleyo.

DITALCO: Véase Audax.

INDÍBIL: Rey de los Ilergetas. Se convirtió a la causa de los romanos en 209-208, pero en el 205 se alzó de nuevo contra Roma. Fue derrotado y muerto.

MINURO: Véase Audax.

PÚNICO: Jefe lusitano. En el año 155 mandó una expedición conjunta de lusitanos y vetones contra los Bastulofenicios. Tras varias victorias, fue muerto de una pedrada. Le sucedió César en el mando de las tropas.

VIRIATO: El más célebre caudillo lusitano. Sostuvo la guerra de resistencia contra Roma entre los años 147 y 139. En este año fue asesinado por orden de Quinto Servilio Escipión.

TÁUTALO: Jefe lusitano. Sucedió a Viriato tras la muerte de este en el año 139, y mandó la fracasada expedición contra Sagunto.

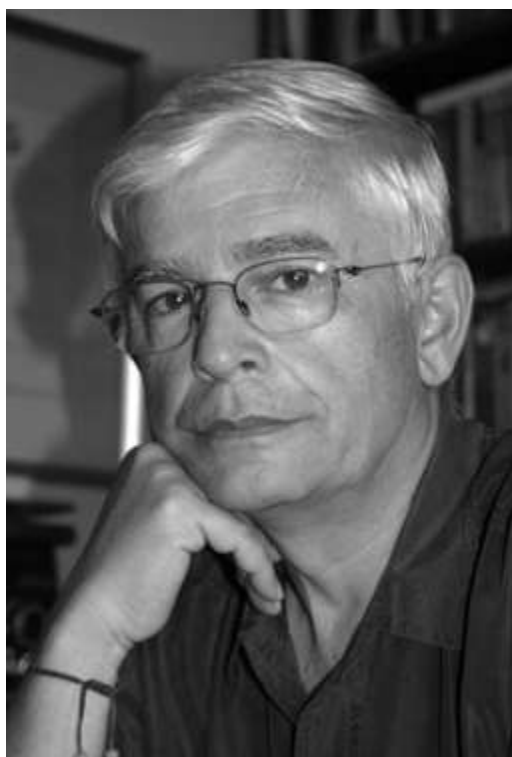
## 6. RESUMEN CRONOLÓGICO

(Fuentes: J. Leite de Vasconcelos, José María Blázquez y Jorge Alarcão).

Año (a. C.)

- 155: Expedición de Púnico. Derrota de los pretores Manillo y Pisón. Muerte en combate del cuestor Terencio Varrón.
- 153: César o sucede a Púnico y vence al pretor Lucio Mumio. Cauceno invade Cinéticum y toma Conistorgis.
- 152: El pretor Marco Atilio Serrano, gobernador de la Hispania Ulterior, vence a los lusitanos y toma la ciudad de Oxthracas, en territorio actual de España.
- 151: Lucio Licinio Lúculo extermina a la población de Cauca, en territorio de los vaceos. Servio Sulpicio Galba, sucesor de M. Atilio Serrano, es derrotado por los lusitanos y se refugia en Conistorgis, en Cinéticum.
- 150: Lúculo saquea Lusitania. Traición de Galba y matanza de lusitanos. Entre los escasos supervivientes se encuentra Viriato.
- 149: Galba, acusado en Roma, logra la absolución.
- 147: Diez mil lusitanos invaden la Turdetania; son vencidos y cercados por Cayo Vetilio. Elección de Viriato. Derrota y muerte de Vetilio en Tríbola (España).
- 146: Viriato vence a C. Plaucio y a C. Unimano.
- 145: Derrota de C. Nigidio. Llegada a Hispania del cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano.
- 144: Viriato es vencido por Emiliano y se retira a Baikor.
- 143: Viriato intenta, y consigue, llevar la revuelta a la Hispania Citerior (belos, titos y arevacos). Inicio de la guerra numantina. Viriato derrota a Q. Pompeyo y a Quincio.
- 142: Viriato fortifica Itucci y derrota al cónsul Lucio Cecilio Metelo Calvo.
- 141: Llegada a Iberia de Quinto Fabio Máximo Serviliano. Viriato se enfrenta al nuevo cónsul y, a pesar de luchar brillantemente, se ve forzado a retroceder. Serviliano toma cinco ciudades en Beturia, pasa a Cinéticum y desde allí sube a la Mesopotamia de entre Tagus y Anas (Alentejo), donde es atacado por Curio y Apuleyo. Curio muere en combate. Servillo regresa a la Bética.

- 140: Cerco de Erisana. Derrota de Serviliano. Tratado de paz. Viriato recibe el título de Amicus Populi Romani.
- 139: El Senado rompe el tratado de paz. Viriato es asesinado por Audax, Ditalco y Minuro, por orden de Q. Servillo Escipión, después de haber intentado un acuerdo con Popilio Lenate, gobernador de la Citerior.
- 138-136: Décimo Junio Bruto, procónsul de la Ulterior, vence a lusitanos y calaicos.
- 133: Caída de Numancia.
- 83: Quinto Sertorio es nombrado pretor de la Hispania Ulterior.
- 82: Sila se apodera de Roma y se proclama dictador. Sertorio decide oponerse a las tropas enviadas por Sila a Iberia.
- 80: Sertorio, refugiado en Mauritania. Los lusitanos le envían embajadores pidiéndole que se ponga al frente de ellos en guerra contra Roma. Sertorio regresa a Iberia.
- 79: Hirtuleyo, cuestor de Sertorio, vence a M. Domicio Calvino, pretor de la Citerior.



JOÃO CASIMIRO NAMORADO DE AGUIAR (Mozambique, 28 de octubre de 1943 - Lisboa, 3 de junio de 2010). Periodista y escritor portugués.

Se graduó en periodismo por la Universidad Libre de Bruselas, después de haber trabajado en el sector del turismo de Portugal en Bruselas y Ámsterdam.

Regresó a Portugal en 1976 para dedicarse al periodismo. Trabajó para la Radio y Televisión de Portugal (donde comenzó su carrera en 1963) y diversos periódicos diarios y semanales como el *Daily News*, *A Luta*, *Diário Popular*, *O País* y *Sábado*. Colaboró regularmente en la revista mensual *Superinteressante*, siendo miembro de su Consejo Asesor.

En 1981 fue nombrado secretario de prensa del entonces Ministro de Calidad de Vida.

En 1984 escribió su primera novela histórica, *Viriato*, que se convirtió en un éxito editorial. Desde entonces, ha escrito más de catorce novelas. Su obra